



**La cultura  
es de todos**

Mincultura



# SAIL AHOY!!! (¡VELA A LA VISTA!)

Hazel Robinson Abrahams

Prólogo  
Adriana Rosas Consuegra

Ministerio de Cultura  
2021





*Sail Aboy!!! (¡Vela a la vista!)*

© 2004, del texto: Hazel Robinson Abrahams  
© 2021, de la presente edición: Ministerio de Cultura  
Calle 9 n.º 8-31, Bogotá D. C., Colombia  
www.mincultura.gov.co

*Coordinación editorial:* Pilar Quintana

*Edición:* Natalia Mejía E.

*Corrección:* Gustavo Patiño Díaz

*Traducción al inglés:* Anni Chapman

*Comité asesor:* Adriana Rosas Consuegra, Adriana Villegas Botero,  
Alejandra Jaramillo, Álvaro Castillo Granada, Amalia de  
Pombo Espeche, Ángela Inés Robledo, Camila Charry Noriega,  
Diana Patricia Restrepo Torres, Felipe González, Gloria Susana  
Esquivel, Graciela Maglia, Lina Flórez, Luz Mary Giraldo,  
Margarita Valencia, María Orlanda Aristizábal, Paloma Pérez  
Sastre, Silvia Castrillón, Yijhan Rentería

*Diseño de la colección:* Tragaluz editores S. A. S.

*Diagramación y producción:* Laguna Libros

*Foto de portada:* 2009, archivo particular, cortesía de la autora

*Impresión:* Diverarte S. A. S.

Primera edición en español: Universidad Nacional de Colombia,  
Instituto de Estudios Caribeños, San Andrés (isla), 2004  
Primera edición bilingüe (español e inglés):  
Ministerio de Cultura, Bogotá, 2021

ISBN 978-958-753-443-6

ISBN Biblioteca de Escritoras Colombianas 978-958-753-424-5

Impreso en Colombia/*Printed in Colombia*

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del  
*copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción  
total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Angélica María Mayolo Obregón  
*Ministra de Cultura*

José Ignacio Argote López  
*Viceministro de Fomento Regional y Patrimonio*

Adriana Patricia Padilla Leal  
*Viceministra de Creatividad y Economía Naranja*

Claudia Jineth Álvarez  
*Secretaria general*

Ángela Marcela Beltrán Pinzón  
*Directora de Artes (e)*

Diana Patricia Restrepo Torres  
*Directora Biblioteca Nacional*

María Orlanda Aristizábal  
*Coordinadora Grupo de Literatura*

Vanesa Morales, Ángela Amarillo,  
Daniela Mercado, Felipe Martínez,  
Cristian Velásquez, Carlos Cómbita  
*Integrantes Grupo de Literatura*



## CONTENIDO

Presentación . . . . .	11
Prólogo . . . . .	13
De esta edición. . . . .	21

### *Sail Ahoj!!! (¡Vela a la vista!)*

Capítulo 1: Tres monjas en una goleta . . . . .	27
Capítulo 2: El convento . . . . .	53
Capítulo 3: Providencia. . . . .	75
Capítulo 4: La emergencia . . . . .	95
Capítulo 5: El matrimonio . . . . .	121
Capítulo 6: Un sacerdote austríaco . . . . .	139
Capítulo 7: La <i>Endurance</i> . . . . .	157
Capítulo 8: Un médico austríaco . . . . .	181
Capítulo 9: La dote. . . . .	207
Capítulo 10: Colón-Panamá-zona del canal . . . . .	235



## PRESENTACIÓN



Desde los tiempos de la Colonia, cuando se escribieron los primeros textos en lengua española en nuestro territorio, pasando por los albores de nuestra historia republicana y bien entrados en la modernidad, las escritoras han estado relegadas a un lugar marginal dentro de la tradición literaria de Colombia o se las ha excluido del todo por prejuicios que apenas en la historia reciente se han comenzado a derribar.

Como es de esperarse, los procesos de reconocimiento e inclusión de las mujeres en nuestra literatura han aumentado y seguirán haciéndolo en su importancia y complejidad. Colombia es cuna de estupendas escritoras, como bien podrán comprobarlo quienes lean esta Biblioteca de Escritoras Colombianas, conformada por dieciocho títulos de las autoras más relevantes del país desde la Colonia hasta las nacidas en la primera mitad del siglo XX.

Con esta colección, el Ministerio de Cultura busca rescatar y promover el trabajo de nuestras escritoras, en respuesta a las necesidades identificadas en un estudio que supuso el diálogo con un comité de especialistas conformado por escritoras, editoras, académicas, librerías y gestoras de lectura.

Si bien el común denominador de la Biblioteca de Escritoras Colombianas es el enfoque de género, su piedra de toque es la diversidad. Entre las dieciocho escritoras reunidas

*Sail Aboy!!! (¡Vela a la vista!)*

en la colección hay mujeres que escribieron sus obras en condiciones y épocas diferentes, atendiendo a temas disímiles en distintos géneros literarios y con perspectivas estéticas y sociales ricas en contrastes. Las hay de la región Andina, de la costa Caribe, del archipiélago de San Andrés y Providencia, del nororiente, del suroccidente, del Pacífico y del Eje Cafetero; hay escritoras mestizas, negras, raizales e indígenas; privilegiadas y excluidas; amas de casa y profesionales; religiosas y laicas, y también en condición de discapacidad.

En el mundo de hoy, donde cada día se hace más obvia la urgencia de reconocer, reivindicar y respetar los derechos de la mujer, resultan fundamentales tareas como esta de rescatar libros de autoras sobresalientes que están descatalogados o que no han tenido el reconocimiento que merecen y ofrecérselos a los lectores en bellas y pulcras ediciones prologadas por especialistas.

Quiero agradecer a quienes hicieron posible esta Biblioteca de Escritoras Colombianas: a las escritoras, por supuesto, y también a las prologuistas, a los equipos de edición, corrección e impresión, así como a los herederos y familiares de las escritoras ya fallecidas, por su generosidad, y al equipo del Ministerio de Cultura. El entusiasmo y el compromiso que todos ellos aportaron a este proyecto auguran un porvenir próspero para las mujeres en la literatura colombiana.

**ANGÉLICA MARÍA MAYOLO OBREGÓN**

*Ministra de Cultura*

## PRÓLOGO



*Sail Aboy!!!* (*¡Vela a la vista!*) llega a nuestras manos para anunciarnos historias de navegantes, de un mar Caribe interconectado por goletas<sup>1</sup> entre Providencia, San Andrés y Cartagena de Indias, en Colombia; Limón, en Costa Rica; y Colón, en Panamá. Con un amor que suena a prohibido y con impedimentos que deben sortear sus protagonistas: María Fernanda Gómez Rodas y el capitán Henley Alva Brittany.

Hazel Robinson Abrahams nació en San Andrés, de padre providenciano y madre sanandresana. En su libro *Los cinco delantales de mi abuela* cuenta la procedencia de su familia: «Mi abuela materna era una diminuta mujer negra, con cabello y otros rasgos de la raza blanca. Vivía orgullosa de su madre blanca, de su hermano militar, general de Nicaragua, de su marido, hijo de familia de judíos sefardíes, y de su hijo genio. A su padre, de origen negro e hindú, le guardaba un calculado respeto.

»Mi abuela sabía que su suegro, Alexander Emanuel Abrahams (1842-1912), era rechazado por su familia Abrahams en Jamaica por haberse unido en la isla de Colombia con Drecella Bernard, nieta de esclavos» (Robinson, 2020, p. 23).

---

<sup>1</sup> Embarcaciones de dos o más mástiles dedicadas en particular al transporte de mercancías y pocos pasajeros.

Estas mezclas interculturales de la familia Robinson Abrahams son propias del Caribe insular, como lo explica Antonio Benítez Rojo en su libro *La isla que se repite: para una reinterpretación de la cultura caribeña*. Se trata de islas con factores muy similares de esclavitud y colonización, y a la vez con particularidades que las hacen diferentes las unas de las otras.

En sus obras, Hazel Robinson nos muestra el archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, lo que le confiere un carácter único dentro de la literatura colombiana. Gran parte de su narrativa tiene como epicentro estas islas, en un periodo comprendido entre finales del siglo XIX y mediados del XX, con excepción de sus libros *No Give Up, Maan!* (*¡No te rindas!*) y *Si Je Puis (I Will, if I Can)*, que se desarrollan en tiempos de la esclavitud.

Al llenar un vacío literario, por el tiempo en que ocurren —antes de la creación del puerto libre<sup>2</sup>, que generó un cambio sustancial en todo el sistema sociocultural y económico al producirse la «colombianización»—, sus libros son una resistencia y una lucha por mostrar la identidad de su pueblo

.....

<sup>2</sup> «Las islas en 1802 pasaron a ser parte de la Nueva Granada, sin que Colombia ejerciera una fuerte presencia hasta 1953, fecha en que se creó el puerto libre, y a partir de ese momento la resistencia y la lucha por una identidad se ha manifestado de diversas maneras, para hacer muros de contención ante una nueva colonialidad: la de los pañamanes [en la obra, panyas], que son los continentales provenientes de Colombia, como los han denominado los raizales; y también de turcos, como son llamados en Colombia los árabes provenientes del Líbano, Siria y Palestina, principalmente, que llegaron con el fin de crear comercios.

»Raizales son las personas nativas del archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, afrodescendientes, con tradiciones propias y el creole como lengua, resultado del mestizaje de culturas, entre ellas la africana, la de los colonos ingleses, españoles y holandeses, principalmente, y de las Antillas» (Rosas, 2019, p. 64).

antes de 1953: *No Give Up, Maan!* (*¡No te rindas!*) (2002), *Sail Aboy!!!* (*¡Vela a la vista!*) (2004), *El príncipe de St. Katherine* (2009), *Narrativa de la isla de San Andrés* (2016), *Si Je Puis (I Will, if I Can)* (2019), *Los cinco delantales de mi abuela* (2020) y *Copra* (2020).

En *Sail Aboy!!!* (*¡Vela a la vista!*) la escritora recrea las islas de Providencia y Santa Catalina alrededor de la tercera década del siglo XX, las costumbres de sus habitantes, sus procedencias y mezclas, principalmente entre ingleses y africanos, sus lenguas (creole, inglés, español), algunas de las historias que los antecedieron, los descendientes de esclavos traídos de África, un austríaco del que se sospecha un pasado oscuro que lo lleva a recluirse en Providencia, tal vez huyendo y buscando una isla pequeña, de diecisiete kilómetros cuadrados, sin muchas conexiones con el exterior, para que nadie lo pueda reconocer.

Reconstruirnos a través de la historia (con *h* minúscula y no con *H* mayúscula), saber de dónde vienen los isleños del siglo XXI: esto es lo que parece decirnos por momentos Robinson con este libro. Ya Derek Walcott, otro caribeño de la isla de Santa Lucía, ganador del Premio Nobel de Literatura, hace énfasis en la historia al decirnos que con el traslado de lo oral a la literatura escrita la estamos reconstruyendo alejada de datos registrados en los anales de la Historia: «Es la historia, y no la Historia, es el dicho, la fábula, el rumor, lo contrario del tiempo, de las fechas, de los lugares»<sup>3</sup> (1998, p. 121-122). Para la escritura de su libro, Robinson entrevistó a varios capitanes de goletas, le sirvió su propia experiencia al viajar desde los catorce años en estas embarcaciones y también están

.....  
<sup>3</sup> «C'est *l'histoire*, et non l'Histoire, c'est le dit, la fable, la rumeur, à l'opposé du temps, des dates, des lieux». (Traducción de la prologuista).

entreveradas las historias que se comentaban sobre algunas personas de las islas.

La memoria oral sirve de vehículo para la construcción de la escritura de esta obra, mediante las narraciones de los navegantes y sus recorridos por un Caribe de aguas tranquilas o tormentosas, de corrientes y vientos huracanados que rompen las velas de las embarcaciones. Cuenta las formas de transportarse: a caballo o en bote de remos o de velas; y también cómo se celebraban los matrimonios —muchas veces entre primos—, cómo eran las restricciones de los adventistas y la colonización de la Iglesia católica. Relata historias sobre el alto porcentaje de isleños que trabajaban en el canal de Panamá, y el racismo que sufrían por parte de los estadounidenses.

Robinson no solo se limita a mostrarnos lo que ocurre en el microcosmos de Providencia y Santa Catalina. *Sail Ahoy!!! (¡Vela a la vista!)* se desarrolla también en San Andrés y en Colón, Panamá, y algunos incidentes ocurren en Cartagena, en Austria y en el mar, a bordo de las goletas. Goletas como espacios temporales de convivencia, de encuentros, de belleza y también de intento por sobrevivir y no sucumbir ante un animal inconmensurable que cambia de estado de ánimo de un momento a otro, que acoge a los humanos con todo el beneplácito y tranquilidad; y que, de repente, cuando desata su cólera, pareciera que quiere engullirlos y llevárselos a sus entrañas: ese mar que tiene personalidad, el mar del que viven los isleños.

El mar es descrito con poesía vibrante por Robinson, alguien que viajó en goletas; que vivió muchos años de su infancia y adolescencia frente al mar en la casa de su abuela; que pasó muchas horas hablando con capitanes para después trasladar sus experiencias personales con el océano y

sus entrevistas con marineros a una ficción entretejida con conocimientos de navegación, como observamos cuando Henley va en la goleta *Endurance*: «Caminaba hacia la proa cuando de repente un rayo alumbró la pequeña embarcación que batallaba contra el ambiente [...]. El impacto lo tumbó en el piso de la cubierta de estribor al final de la cabina, casi al lado del mástil de la vela principal y contra la amura de la goleta. Faltó poco para que la fuerza del golpe lo arrojara al océano».

La obra de Hazel Robinson es una forma de resistencia ante las colonizaciones que han sufrido las islas. Una forma de resistencia escrita para saber cómo era la vida antes, para que no haya un borrón y cuenta nueva, sino una conciencia y una reivindicación de ciertas costumbres o saberes en su historia, con un mayor conocimiento del pasado para tener unas bases y avanzar más seguros hacia un futuro.

*Sail ahoy!* era ya una frase importante para los isleños, como lo demuestra Robinson en uno de sus escritos en el *Magazine Dominical* del diario *El Espectador*, en 1959, en el que escribió la crónica «*Sail ahoy!* La voz solidaria del caracol»<sup>4</sup>. Desde ese entonces, la frase *sail ahoy* tenía implicaciones y más tarde llegaría a ser el título de su segunda novela.

La utilización del caracol es una forma de resistencia, primero ante los colonizadores ingleses y después ante los colonizadores colombianos. Tal como lo expresa la autora en una entrevista que me concedió en 2018: «Los ingleses les quitaron los tambores a los esclavos, porque ellos los utilizaban para llamar, como señas; determinados tambores y determinadas formas eran señales. Por eso se los quitaron y, entonces, ¿qué

.....  
<sup>4</sup> En este periódico, desde 1958 hasta 1960, la autora escribió una serie de crónicas tituladas *Meridiano 81*.

hicieron ellos? Después empezaron a usar el caracol, cuando les quitaron el tambor, utilizaron el caracol.

También en *El Espectador*, en mayo de ese mismo año, en un aparte del periódico llamado *Carta desde San Andrés*, Hazel Robinson escribe el titular: «¡Incora Ahoy...!» y explica con un tono reivindicativo que «el caracol era el instrumento utilizado para anunciar la llegada de las naves, un incendio, o la muerte de alguien». Y, después, con el caracol se llamaba a las reuniones en las que hablarían sobre el Incora<sup>5</sup>, porque les estaban imponiendo desde Colombia ciertas restricciones a sus tierras. De manera similar, en su primer libro, *No Give Up Maan! (¡No te rindas!)*, el caracol es la forma de avisar que algún barco se está acercando a tierra y también si alguno ha encallado.

Un hecho histórico que afectó de manera directa al archipiélago caribeño es descrito en *Sail Ahoy!!! (¡Vela a la vista!)*. Durante la Segunda Guerra Mundial, los submarinos alemanes bombardearon algunas goletas, y varios isleños perdieron la vida. Este tema lo había tratado la escritora en *El Espectador* el 23 de agosto de 1959, en una crónica que tituló «La goleta *Persistence* cruzó el mar, ilesa, por entre submarinos nazis», en la que escribe sobre el significado de su nombre: «Perseverancia, persistencia, o lo que es lo mismo, firmeza en los propósitos o permanencia en la ejecución de algo».

Y *persistence* es lo que ha tenido Robinson a lo largo de su escritura, desde 1958, cuando comenzó a escribir para ese periódico, y ha continuado luego en sus libros de ficción. Persistencia para mostrar cómo se vivía en las islas. Perseverancia para lograr una obra que recupera la tradición oral, a su vez,

.....  
<sup>5</sup> Antigua Instituto Colombiano de la Reforma Agraria. (Nota de las editoras).

con una voz de denuncia, tal como se expresa el narrador de esta novela, que adquiere vigencia a raíz del último huracán: «Como muchos otros isleños que vivieron en Colón, la zona del canal y Panamá, que salieron a Norteamérica durante y después de la segunda guerra —fuera por voluntad o por desprecio a los recuerdos del abandono de la nación a su lugar de origen— nunca más dieron señales de vida».

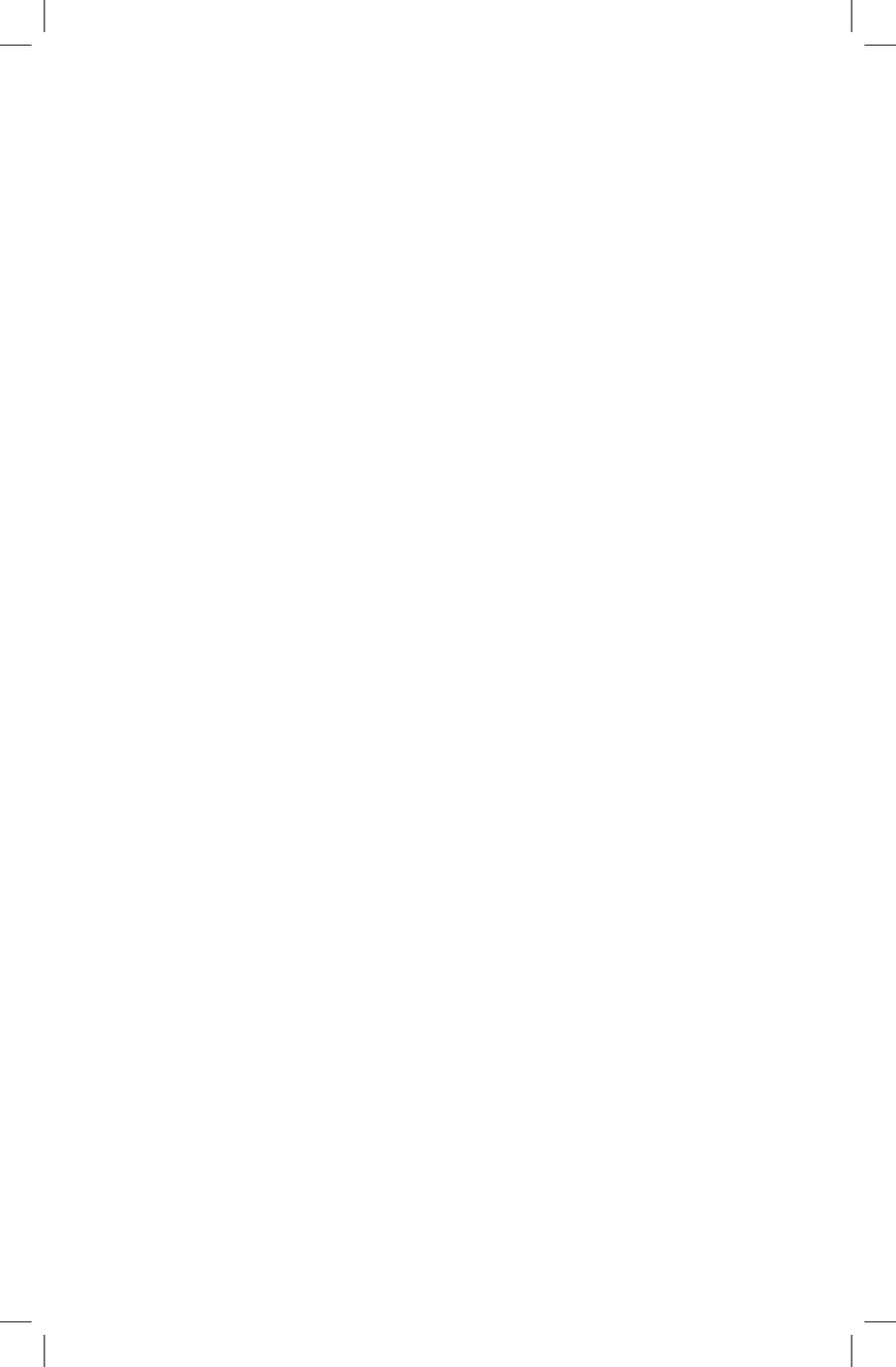
ADRIANA ROSAS CONSUEGRA\*

#### REFERENCIAS

- BENÍTEZ ROJO, A. (1986). La isla que se repite: para una reinterpretación de la cultura caribeña. *Cuadernos Hispanoamericanos*, (429). Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2009. <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmch99n6>
- ROBINSON ABRAHAMS, H. (2020). *Los cinco delantales de mi abuela*. Universidad Nacional de Colombia.
- ROSAS CONSUEGRA, A. (2019). Resistencia e identidad en la isla de Providencia a través de la literatura y el cine. *Anuario de Filología. Literatures Contemporànies*, (9), 63-73. <https://revistes.ub.edu/index.php/AFLC/article/view/AFLC2019.9.6/30637>
- WALCOTT, D. (2004). *Café Martinique*. Éditions du Rocher.

.....

\* Adriana Rosas Consuegra es escritora, doctora en literatura comparada y profesora de la Universidad del Norte en Barranquilla. Sus investigaciones han versado sobre literatura del Caribe, escritoras, cine y literatura y desplazamiento forzado. Es autora de los libros de viajes *La brújula de los deseos* (2016), de cuentos *Frente a un hombre desnudo* (2014) y de poesía *Travesías* (2018).



## DE ESTA EDICIÓN



*Sail Aboy!!!* (*¡Vela a la vista!*), de Hazel Robinson Abrahams, fue publicada por primera vez en 2004 por la Editorial Universidad Nacional de Colombia. Esta es la primera edición bilingüe de la obra. La autora la escribió en español y la traducción al inglés la hizo Anni Chapman, una neozelandesa que vive hace años en la isla de Providencia. Si bien el idioma original es el español, cabe resaltar que está mezclado con el inglés y el creole, lengua nativa de San Andrés, Providencia y Santa Catalina.

«El creole es una lengua oral —es decir, que no posee un sistema de escritura alfabética—, de base Akán (lengua africana también conocida como twi, chi o ti, hablada en Ghana) y lexicalizada en inglés» (Botero Mejía, 2007). Es posible que el lector perciba en esta novela partes de la narrativa y algunos usos de los sustantivos y adjetivos que parecen, en efecto, más cercanos al inglés, en realidad porque «la suya [la del archipiélago] es una cultura muy heterogénea marcada por la tradición cultural de España e Inglaterra, países que colonizaron y poblaron el Caribe en el siglo XVI, y por la posterior intervención de Francia y Holanda» (Banco de la República, 2007, p. 2).

En términos lingüísticos, esta novela enmarca una minoría perteneciente a esta «región rica en expresiones orales,

tradiciones, conocimientos y experiencias que circulan, fundamentalmente, a través de la palabra en la lengua propia del pueblo raizal, el creole» (Banrepcultural, 2020). «Cuando se habla de la población isleña, se piensa en un mundo distinto al resto de Colombia; se piensa en su lengua criolla, un creole de base inglesa que se habla en el Caribe occidental, traído por los cimarrones provenientes de Jamaica en el siglo XVIII» (Abello Vives, 2013). El legado de la población esclava africana y de los indígenas nativos está implícito en la novela, pues «la recuperación de la memoria oral de este lenguaje es una forma de resistencia manifiesta en la escritura de Hazel Robinson» (Rosas, 2019).

A partir de 1953, cuando San Andrés se declaró puerto libre, el español se extendió y se convirtió en una lengua más popular que el creole y que el inglés (Márquez Pérez, 2016). Además, en los colegios se prohibió la enseñanza formal de otra lengua diferente al español, lo que propició la fusión y cruce constante entre los tres idiomas. «Como ven —afirmaba el músico isleño Albert—, yo hablo despacio, porque pienso en inglés, luego tengo que traducirlo al español y, además, pensar en la pronunciación» (Álvarez Jambo, 2014).

El texto original incluye palabras de otros idiomas, sobre todo del inglés y del creole y algunas del francés. En ocasiones la autora añadía la traducción entre paréntesis, por ejemplo: «*melting pot* (un crisol)». De la misma manera, incluía alguna explicación náutica o de la cultura isleña. Con aprobación de la autora, para que la lectura fuera más fluida, eliminamos estos paréntesis y agregamos las traducciones y explicaciones en notas al pie, indicando que son de la autora. Cuando los extranjerismos aparecían en el original sin sus correspondientes traducciones, las agregamos en notas al pie. También en notas al pie traducimos los nombres de

las canciones, por considerarlos importantes para la trama, y añadimos los nombres en español de los barrios y de algunos accidentes geográficos que solo se nombraban en inglés. Así mismo, agregamos las definiciones de algunos términos navales. En este último caso, nuestra referencia fue el *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia Española (RAE & Asociación de Academias de la Lengua Española, 2014).

## REFERENCIAS

- ABELLO VIVES, A. (2013). Hazel Robinson: narraciones desde las islas del Caribe occidental. En H. Robinson Abrahams (Ed.), *Textos escogidos. Leer el Caribe*. Banco de la República de Colombia.
- ÁLVAREZ JAMBO, M. A. (2014). *Lenguas minorizadas en Colombia: lengua creole*. Universidad del Cauca. <https://en.calameo.com/read/004103645bc35bc1f415>
- BANCO DE LA REPÚBLICA, BIBLIOTECA LUIS ÁNGEL ARANGO. (2007, 13 de abril). Creole (Colombia). Música tradicional de San Andrés. En *Música y músicos de Colombia. Concierto didáctico* [programa de mano]. <https://www.babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll130/id/230>
- BANREPCULTURAL. (2020, 21 de febrero). Un trabajo cultural urgente: el rescate de las lenguas maternas de Colombia. <https://www.banrepcultural.org/noticias/un-trabajo-cultural-urgente-el-rescate-de-las-lenguas-maternas-de-colombia>
- BOTERO MEJÍA, J. (2007). Oralidad y escritura en la isla de San Andrés. *Universitas Humanística*, (64), 275-289. <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/univhumanistica/article/view/2235>
- MÁRQUEZ PÉREZ, A. I. (2016). *Hablemos del mar*. Banco de la República sede San Andrés. <https://www.banrepcultural.org/hablemos-del-mar/index.html>
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA & ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA. (2014). *Diccionario de la lengua española* (23.ª ed.). Recuperado el 1 de julio de 2021, de <https://dle.rae.es> (Versión digital 23.4 actualizada en 2020).

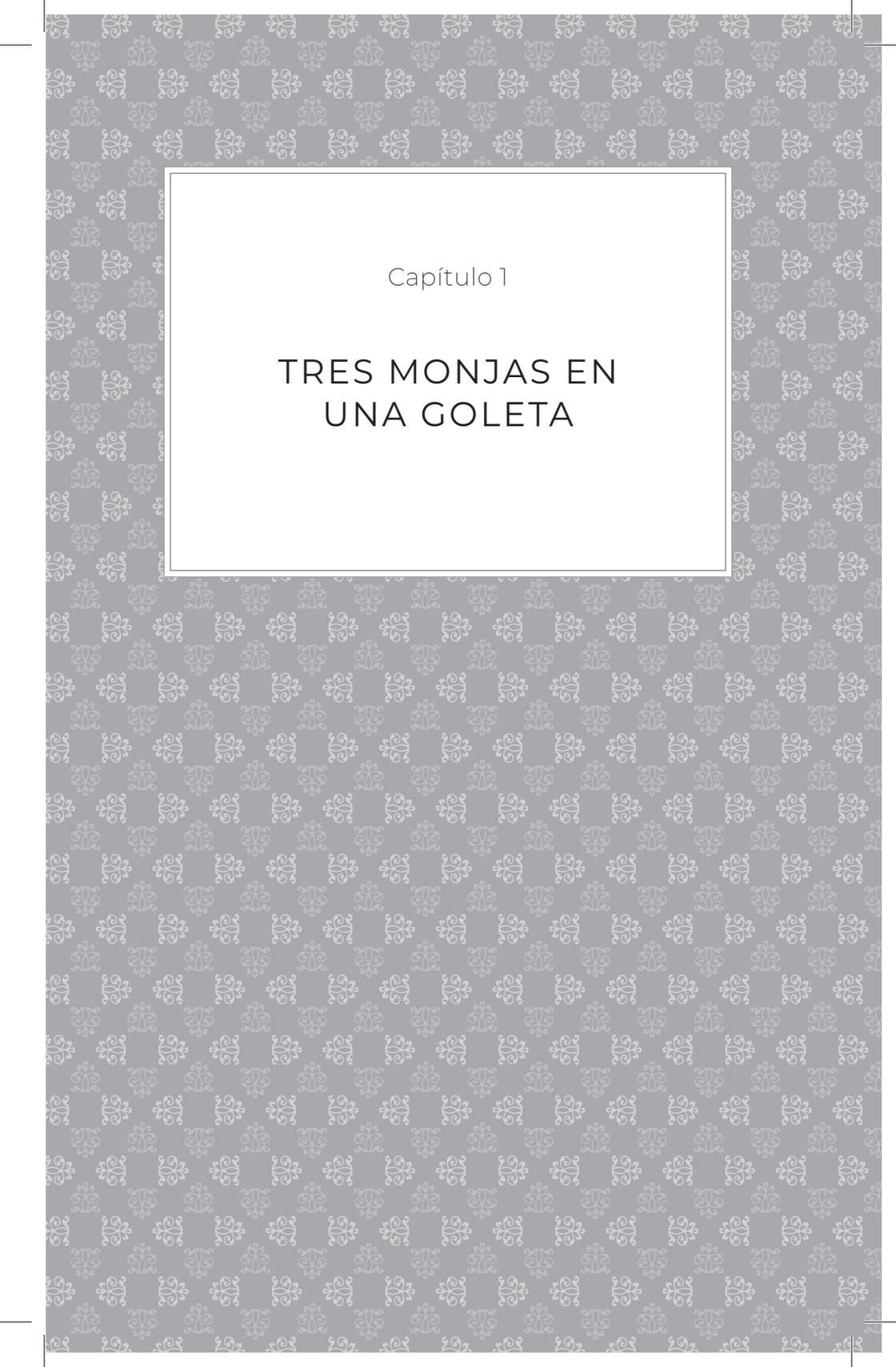
*Sail Aboy!!! (¡Vela a la vista!)*

ROSAS CONSUEGRA, A. (2019). Resistencia e identidad en la isla de Providencia a través de la literatura y el cine. *Anuario de Filología. Literatures Contemporànies*, (9), 63-73. <https://revistes.ub.edu/index.php/AFLC/article/view/AFLC2019.9.6/30637>

SAIL AHOY!!!  
(¡VELA A LA  
VISTA!)

---





Capítulo 1

TRES MONJAS EN  
UNA GOLETA



La hermana María José miraba sorprendida la hilera de vapores de río y las filas de hombres que subían y bajaban de ellos cargados con bultos, como hormigas; enfrente de cada una de estas embarcaciones había más bultos, sacos de papa, yuca, cebolla, arroz, también guacales con cerdos, gallinas, tomates, plátanos y otros paquetes imposibles de definir. El sol, sin clemencia, parecía dirigir sus rayos encima de cada uno de los cargueros. Ellos eran en su mayoría negros, y su ir y venir obligaba a recrear pasajes de la época de la esclavitud. Esa franja de tierra era el límite que ordenó Dios para detener el avance del mar hacia ese lugar descuidado, polvoriento y sucio, con desperdicios de todo lo que estos hombres cargaban. Pero a pesar del afán, ellos miraban con respeto al grupo del padre Efraín y las hermanas; junto a ellos estaban los seis niños que habían ofrecido cargar las maletas cuando el padre detuvo el carro a un lado de la carretera, en lo que parecía una extensión de la plaza de mercado de Cartagena, de cuya actividad llegaban a ellos los sonidos y los olores característicos.

De algo estaba segura la hermana María José: los hombres cargaban y descargaban los barcos de vapor, que hacían el recorrido por el río Magdalena y no eran tan lujosos como el vapor *Sociedad* que las trajo desde Girardot. Pero ¿qué hacían ellas aquí? Según lo informado por la madre

superiora en Bogotá, viajarían por mar a las islas de San Andrés, Providencia y Santa Catalina. Y sí, allí estaba el mar, pero estos eran vapores de río y este lugar, sin duda, era el final de la travesía por el río y no un muelle para transatlánticos. Las hermanas seguían caminando detrás del padre, sudando igual que los cargueros, recogiendo polvo en los dobladillos de sus hábitos, y en fila también seguían los vapores de río, con sus nombres pomposos, con sus cabinas que obligaban a reconocer, a su manera, la diferencia de clase, y con sus ruedas de paletas atrás que les hacían recordar la moda de las pequeñas sobrefaldas encima del *derrière*<sup>6</sup> que llevaban los vestidos del siglo pasado.

—¡Allí está la goleta! —gritó el padre Efraín.

Lo que estaba allí era una plataforma, una balsa de madera que en nada se parecía a las otras; era como si le hubieran quitado los tres o más pisos. Ella veía solamente una cubierta, un hueco donde introducían sacos de arroz, cebolla, papas, cajas de cerveza, gaseosa y carne salada. Tenía tres palos verticales y tres horizontales de distintos tamaños y mucha tela como vela amarrada a ellos. Sentada en una banca estaba una mujer pelirroja de unos cincuenta años, blanca y pecosa, que se abanicaba con un cartón, y que, como todos a bordo, las miraba con curiosidad y algo de sorpresa.

—¡Capitán Timothy Ball! —gritó nuevamente el padre Efraín, y de inmediato un hombre corpulento, algo canoso, de otros cincuenta o más años, secándose el sudor de la cara con un pañuelo, buscó un hueco entre los bultos y subió a tierra, saludó al padre con un buen apretón de manos, pero a ellas se limitó a levantarles con dos dedos el ala de su sombrero panameño.

.....  
<sup>6</sup> Del francés, trasero o nalgas.

—Capitán —decía el padre Efraín—, aquí están mis recomendadas.

El capitán introdujo los dedos debajo del sombrero y se rasó la cabeza como tratando de recordar ese compromiso. Dio media vuelta y llamó a gritos a alguien de nombre Sifgard, y uno de los que estaban cargando el planchón vino y de inmediato tomó entre sus dos brazos las tres maletas que con mucha dificultad ellas habían podido cargar, de una entre dos, para meterlas en el carro del padre. Al ver que las llevó directamente a bordo de esa cosa, el pánico se apoderó de la hermana María José. El padre las presentó como las hermanas María José, Susana Inés y Aura María. El capitán Ball, en un español con acento de otro idioma, dijo:

—No preocupe, mi esposa viaja, *and she will take care of them*<sup>7</sup>.

—¡Dios mío! —exclamó la hermana María José—, ¿en esta cáscara de nuez pretenden hacernos viajar a las islas?

A diferencia de sus compañeras, ella no lo podía creer, ¿pretendían que ellas se subieran a eso para atravesar el Caribe? Las otras, según parece, habían recibido alguna información sobre la manera en que viajarían, pues no parecían asombrarse en absoluto, o los sacrificios y penitencias a las que estaban dispuestas no se comparaban.

A su llegada a Cartagena, después de siete días por el río Magdalena, al recibirlas, el padre les informó que las llevaría de inmediato a «la goleta». En ese momento la hermana María José pensó que ese era el nombre de la embarcación que tomarían; ni se imaginaba que sería el modelo de la nave. Según el padre, el capitán le había advertido que saldría antes de las seis de la tarde. Ella, que había hecho la travesía cuatro veces por el Atlántico

.....  
<sup>7</sup> Y ella las cuidará.

y por esta razón la escogieron para la misión, había anticipado con optimismo y entusiasmo el viaje. Lo que jamás pensó, ni sospechaba, era que no sería como los anteriores, y desconocía completamente esta forma de viajar. Ni en películas, ni en novelas lo había imaginado. Pero, observándolo bien, este proyecto de embarcación era una burda imitación de un yate velero. La hermana María José no llevaba reloj, era parte del lujo que había conformado su vida anterior y lo había dejado en su casa, pero calculó que serían las tres de la tarde. Se había puesto su hábito más nuevo, clara señal de que el pecado de la vanidad seguía vivo, y de que, a pesar de la sincera dedicación al noviciado en los últimos dos años, había páginas de su vida que se negaban a dejarse borrar.

Allí estaban las tres mirando sin querer ver, esperando el milagro de que aquello se convirtiera en un tapete volador, con una mano en el bolsillo aferrada al rosario. Ya sus maletas de cuero, estilo acordeón, estaban a bordo, y amenazaban con reventar por la gran cantidad de encomiendas que la comunidad y familiares enviaban a las hermanas de las islas. Y la hermana María José pensó que tenía dos alternativas: acceder a pasar a bordo y arriesgar su vida viajando en esa cosa, o salir corriendo antes de subirse al planchón de madera. ¿Qué la detenía? Se sentía con todo el derecho de protegerse. La llegada a Cartagena en barco de vapor había sido nueva, nada incómoda, sin ofrecer lujo, y el río y los pueblos aledaños ofrecieron mucho en qué pensar y ver. Pero no se imaginaba salir al Caribe en esa bañera.

Llegó el momento no deseado y jamás imaginado; no obstante, sin una palabra ni un gesto, la hermana María José fue la primera en seguir, cuando el padre Efraín las dirigió al límite donde el mar llegaba, con sus constantes intentos de abrazar la tierra y rozar los bordes de la goleta, que se defendía

con aros de cabuya. Uno de los sudorosos cargueros les dio la mano para que caminaran por la pasarela de desembarco y bajaran a la cubierta. El padre desde arriba les dio la bendición con la señal de la cruz y caminó hacia su carro.

Allí estaban muy juntas tratando de esquivar los ires y venires de los que trabajaban, con una mano en el bolsillo aferrada al rosario y la otra tratando en vano de desafiar la brisa que insistía, a su modo, en hacerles comprender que su atuendo no era el apropiado para este viaje. Nadie les dio la bienvenida, ni el folleto de instrucciones, informes o programas del viaje, cosas que María José recordaba y coleccionaba de estos viajes por mar. Decidieron, sin consultar, sentarse encima del cajón que tenía instalado un timón, no sin antes dar las buenas tardes a la señora pelirroja, quien se limitó a repetir la frase. Poco después llegó el capitán Ball y dijo en inglés, indicando hacia un hueco que había justo enfrente:

—*All hands below*<sup>8</sup>.

La señora pelirroja se levantó y les indicó que la siguieran; bajaron los tres escalones hasta el piso de lo que más tarde supieron que se denominaba la cabina. Allí el capitán Ball les dijo:

—Ercilia es mi esposa; ella no hablar español, hablarme a mí cuando necesitan.

El lugar, un hueco en las entrañas de la nave, guardaba el calor de la tarde mezclado con olores a cebolla, papa podrida y otro que con el tiempo reconoció que era copra, o sea, coco secado al sol.

Doña Ercilia les mostró seis camarotes. Cuatro estaban colocados en la mitad, en forma de cuadrado, y dos, más bien retirados.

.....  
<sup>8</sup> Todo el personal abajo.

Las hermanas Aura María y Susana Inés de inmediato tomaron posesión de estos últimos, y la hermana María José decidió que, si Dios la estaba sometiendo a prueba, haciéndola vivir en este infierno por cinco días, tiempo que el padre Efraín les había dicho que duraría el viaje, lo aceptaría, no como sacrificio o penitencia, sino como prueba de resistencia. Se agachó y se sentó en uno de los dos camarotes del primer piso, el único que recibía algo de luz y desde donde podía ver algo del cielo por la puerta de entrada. Los escogidos por sus compañeras eran los más privados y los más calientes. Ubicadas detrás de la cabina del capitán y colgando una sábana como biombo, lograron algo de privacidad.

Mientras sus compañeras colocaban como colchón las ruanas que venían amarradas a sus maletas, la hermana María José, con las dos manos sosteniéndose la barbilla, sentía correr las lágrimas, que no quería —ni sabía cómo— detener. La hermana Susana, cambiada del hábito y con su camisión de dril blanco, de mangas hasta el codo y cuello alto, y el cabello completamente amarrado en un paño blanco, al estilo de las mujeres árabes, llegó adonde la hermana María José y trató de consolarla asegurándole que, al cambiarse, se sentiría mejor. Para no humedecer más la toca almidonada, la hermana María José se levantó y, dirigiéndose hacia el biombo provisional, se quitó el hábito y lo dobló, y luego se enfundó en la bata mientras la hermana Aura María la ayudaba con el paño en la cabeza. Volvió al camarote y, tomando lo que se había quitado, lo puso como almohada y se acostó sobre las tablas. La hermana Susana se acercó y a modo de consuelo le dijo:

—Hermana María José, Jesús pasó mucho más por nosotros... esto no es nada en comparación.

—¡Cállese! —gritó la hermana María José—. Jesús lo pasó porque le dio la gana.

Espantada, la hermana Susana se retiró dejándola sola.

Después de escuchar el grito, doña Ercilia salió de la cabina del capitán, las miró y regresó a su cabina para luego volver con una cobija, dos sábanas y una almohada. Fue donde la hermana María José y, tocándola suavemente en el hombro, le entregó la ropa de cama. La hermana María José agradeció, pero solo muy tarde en la noche decidió vestir su camarote. Como dos horas después sintió que la goleta se movía, y se escuchó que daban a gritos las órdenes de zarpe. La hermana Aura María gritó también:

—¡Hermana María José, nos estamos moviendo!

La hermana María José respondió sin sobresaltarse:

—No lo dudes, hermana, ¿acaso crees que vamos a llegar a esas islas con solo meternos en este hueco?

Eran casi las seis de la tarde cuando, sin previo aviso, sin solicitar permiso para su entrada, bajó a la cabina un hombre vestido de color caqui, tan alto que tuvo que bajar la cabeza para entrar por la puerta de la señora Ercilia. La hermana María José tenía sus ojos cerrados, pero los abrió al sentir la presencia del hombre, y alcanzó a verlo de espaldas; de inmediato, ella giró su cuerpo hacia la pared, y siguió sobre las tablas escuchando impresionada el sonido del agua del mar que inevitablemente se filtraba a la goleta y se escuchaba zarandear en busca de salida en el fondo, separada solamente por una tabla, que a la vez era el piso de la cabina. El hombre dialogó en inglés con la señora. Tenía una voz fuerte, pero hablaba como una persona que sabe cómo modular para dominar su voz; no era una dicción vulgar, y el acento era definitivamente como el del sur de Norteamérica.

La hermana María José lo entendió perfectamente. La señora Ercilia le dijo en un inglés, con acento bastante irlandés,

que una de las hermanas estaba llorando; él le preguntó cuál, y ella le dijo:

—La que está apartada de las otras dos, la más bonita. Además —continuó la señora Ercilia—, le presté lo que tenías en tu camarote.

El capitán y el piloto compartían una cabina en las goletas.

—La pobre no traía nada.

Él miró y la vio acostada en las tablas, pasó su vista por el contorno desde su cabeza hasta los pies descalzos; ella seguía con la cara hacia la pared, a su lado, la ropa de cama que le había entregado la señora Ercilia.

Afortunadamente las otras dos hermanas no hablaban ni entendían el inglés, y tampoco sabían que ella sí. Escuchó cuando el hombre abrió unas gavetas —en la cabina del capitán había seis debajo de cada camarote— como en busca de algo, subió de nuevo a la cubierta; más tarde lo escuchó otra vez ofreciendo algo a la señora Ercilia, y después a sus compañeras.

«Me está dejando de última», pensó. La tercera vez que bajó, se agachó para poder acercarse a ella y le dijo:

—Hermana, su turno, la cena.

Hasta ese momento la hermana María José no se había fijado en el aspecto físico del intruso, ni se había dado cuenta del hambre que tenía. Se volteó de inmediato encontrándose cara a cara con un hombre que sonreía y a la vez pensaba «bella a pesar del llanto».

Ella aceptó la taza de chocolate y el pan. Mientras los recibía, se miraron, detallándose. Ya no era un muchacho, era un hombre de aproximadamente treinta y cinco años, vestía una camiseta blanca que dibujaba muy bien su torso musculoso y que contrastaba con su cara requetequemada por el sol, de ojos grises y líneas a los lados que hacían entrever que los entrecerraba con frecuencia. Poseía una nariz muy bonita y,

como estaba sonriendo, tanto su boca como sus dientes —el superior derecho inclinado ligeramente hacia el lateral derecho, y encima un bigote rojo— acompañaban muy bien la sonrisa. Llevaba una pañoleta verde oscuro en la cabeza. La hermana María José pensó en Barba Negra, pues también se había dado cuenta de que a pesar de estar afeitado tenía una espesa barba. Aun después de entregar lo que le había traído, él se quedó mirándola y dijo en español:

—Me llamo Henley. Quiero ayudarte, ¿me dejas?

Ella respondió, sin captar el nombre:

—Gracias, estoy bien.

Cuando se dirigió a la salida, la hermana María José se dio cuenta de que llevaba puestos pantalones cortos blancos, unos tenis, y que mi Dios no le había dejado un milímetro de piel sin pelo en las piernas y los brazos.

Escuchó al capitán Ball dando instrucciones en un inglés con acento irlandés bastante formal. Comió y bebió con ganas lo entregado, y se acostó nuevamente mirando la pared. Poco después apareció la señora Ercilia y le entregó una bacinilla a cada una de las otras dos hermanas, enseguida pasó al camarote de la hermana María José y le colocó una a su lado. La goleta se mecía al vaivén de las primeras olas a la salida de Bocachica, y las hermanas Susana Inés y Aura María se sorprendieron al sentir que lo que habían comido hacía esfuerzos por salir del estómago a la boca. También se dieron cuenta de que acostadas, quietecitas, lograban algo de estabilidad.

La hermana María José, en cambio, hubiera aceptado de buena gana una invitación para repetir su cena. Se encontraba triste y teniéndose lástima cuando escuchó la voz de la señora Ercilia que cantaba en inglés:

Nuestro sol se pone ya,  
todo en calma quedará...

No lo podía creer: era un himno para despedir el día y recibir el siguiente. Poco después escuchó que quien estaba en el timón la acompañaba, después otros y otros, y todos los hombres de la goleta, con una sola voz femenina que habría podido ser muy buena con algo de entrenamiento, despedían el viernes y recibían el sábado.

Alguien interrumpía con una falsa nota, eran los estertores de vómito de las hermanas. Se levantó y trató de ayudarlas incorporándoles la cabeza que tenían completamente metida en las bacinillas. Y hasta se sorprendió al ver que habían devuelto todo el chocolate y el pan, y hasta unas pepas cafés. Y pensó: «El rosario... ¿será que decidieron comerse los rosarios?». Pero no, las muy mezquinas y egoístas habían comido uvas pasas sin ofrecerle. Ahora allí estaba ella con las dos bacinillas en sus manos, recostada sobre el borde de los camarotes para no caerse, sin saber qué hacer con las otras dos. A eso se sumó la vergüenza cuando apareció Barba Negra, quien sin preámbulos retiró las bacinillas de sus manos y subió con ellas. La hermana María José se quedó atónita con las manos aún extendidas, pero antes de que pudiera reaccionar, él volvió con las bacinillas limpias y se las puso otra vez en las manos. Dio las gracias y caminó a empellones hasta su camarote.

Los cantos siguieron. Poco después el capitán bajó y se internó en su cabina. Curiosa de saber quién dirigía ahora la goleta, la hermana María José se asomó por el hueco de la entrada y descubrió a Barba Negra en el timón. Él sostuvo el timón con una mano y extendió la otra para que ella pudiera llegar hasta él y la sentó a su lado. Mientras seguía cantando, la hermana María José estaba completamente

deslumbrada. Impresionante también fue sentir las manos de Barba Negra, grandes y fuertes, nada parecidas a las de esos hombres que saludaban con manos lánguidas y frías, que la incomodaban siempre. Él le dijo en español que estaría mejor en el piso de la popa encima del rollo de cabuya que estaba allí, a lo cual ella obedeció y agradeció. Desde allí siguió escuchando los himnos; salían de todas partes de la goleta. El viento, aunque leve, le quitó en un soplo el paño de la cabeza y se lo entregó al mar. Sin remedio, la hermana María José lo vio volar como una gaviota en la cresta de una ola a metros y metros alejándose de la goleta.

Cuando Barba Negra se dio cuenta de lo sucedido, recordó que nunca había visto a una monja con la cabeza descubierta. Sin saber qué hacer, se quitó su pañoleta —que no era más que la espalda de una camiseta— y se la entregó. Ella la recibió, se levantó y nuevamente con su ayuda bajó a la cabina. La impresión de verla con los cabellos al aire dejó pensando a Henley que, por un momento, había desaparecido la monja y aparecido una mujer. Entre tanto, él ahora tenía que pelear con la brisa, que le cobraba la amabilidad desordenando la mata de cabellos castaños con visos rojos, su herencia escocesa.

La hermana María José logró abrir su maleta y sacó otro paño, y sin pensarlo dos veces subió y entregó la pañoleta a Barba Negra. Él se la recibió y, sin quitarle la vista, besó la pañoleta y la colocó en su bolsillo. Ella quedó perpleja y algo ofendida. Volvió a su camarote y hasta el día siguiente resistió la tentación de volver a mirar a Barba Negra. Las dos compañeras no dieron más problemas; con los estómagos vacíos, también de la debilidad, se quedaron dormidas.

El sábado en la mañana y todas las mañanas siguientes se ofrecía como desayuno una avena demasiado espesa y el mismo pan de la tarde; no sabía que en las goletas adventistas no servían

café, y ella habría dado su alma por un tinto. Sus compañeras rechazaban toda comida y se limitaron a tomar té de Promenta.

El pan, que luego supo que se llamaba *journey cake*<sup>9</sup>, le había gustado, y por lo tanto guardaba la ración de las hermanas junto a ella en el camarote, y a ratos lo «compartía» con un ratoncito que descaradamente se movía por ahí. En una ocasión la hermana Susana Inés le dijo espantada:

—¡Creo que vi un ratoncito!

Y ella le contestó:

—Imaginación, hermana; tan mareada está que ya ve ratones en la goleta.

Y pensó: «Menos mal que no vio el ciempiés que ella creyó ver paseándose por el piso».

Barba Negra, en su papel de mozo de cabina, todas las mañanas y todas las tardes les llevaba agua fresca en una ponchera y en las bacinillas. La señora Ercilia les había dado señas del propósito de cada una y, sin aspavientos, ella por lo menos obedecía al pie de la letra. Los marineros y la señora Ercilia pasaron el sábado cantando, y así como dieron la bienvenida al día, también lo despidieron.

El domingo hubo mucho movimiento en la nave; limpiaban, lavaban pisos y hablaban bastante; a veces la hermana María José los entendía y otras no. No volvió a ver al atrevido de Barba Negra durante varias horas, y otro marinero la atendió, pero cuando escuchó su voz la noche del domingo, le recorrió el cuerpo un sentimiento que la hizo sonreír.

Barba Negra, como ella le decía, bajó para hablar con la señora Ercilia. La hermana mantuvo su vista hacia la pared. Pudo escuchar muy bien cuando él le preguntó a la señora:

.....  
<sup>9</sup> Pastel de viaje.

—*How is things down here?*<sup>10</sup>

Ella le respondió:

—Hay solamente una viva; las otras dos están casi muertas.

Él preguntó:

—¿Cuál? ¿La bonita? ¿La que me gusta?

A esto, la señora Ercilia le dijo:

—*Mate, be careful with your words!*<sup>11</sup> —y añadió—: no se te olvide que dentro de poco serás un hombre casado.

A lo que él respondió:

—Posiblemente el infierno se enfríe antes de eso.

«Atrevido», pensó la hermana María José. «*Mate*», ¿así le decían a Barba Negra? El *mate* en el barco que la trajo de Europa era el segundo al mando. Bueno, tal vez él lo era, pero ¿qué hacía limpiando bacinillas?

Ese día, como el día anterior, almorzó frijoles. Las hermanas seguían con su dieta de té de Promenta y, seguramente, para evitar el problema en que ella se encontraba —¿dónde estaba el baño?— decidió consultar a la señora Ercilia, a quien había visto subir con un rollo de papel higiénico. Caminó hacia la cabina del capitán y tocó quedamente a la puerta. La señora se levantó y la hermana María José le preguntó dónde estaba el baño, mientras le mostraba el rollo de papel higiénico. La señora, muy amable, cogió el rollo con una mano y tomó el brazo de la hermana María José con la otra, y juntas subieron las escaleras hasta la cubierta de la goleta. Luego de caminar entre bultos y cajas, la señora Ercilia abrió la puerta de algo que tenía forma de una caja grande, pegada al borde de la nave. Ella entró, pero por la vergüenza que sintió le dieron ganas de tirarse al mar por el hueco de una plataforma que

.....  
<sup>10</sup> ¿Cómo está todo por acá abajo?

<sup>11</sup> Socio, ¡cuidado con lo que dices!

servía como asiento de inodoro, y que estaba a menos de dos metros de las frías aguas del océano. A su salida, sin ninguna complicación, la señora Ercilia le hizo poner los brazos por la borda, le dio jabón y le derramó agua de una totuma.

Mientras la hermana María José lavaba sus manos decidió que nada, absolutamente nada en este mundo, podría igualar esta vitrina a su privacidad. Ella dio las gracias y bajó otra vez a su camarote; la señora se quedó arriba conversando con su marido.

A la noche, tan pronto salió la luna iluminando hasta la cabina, los marineros iniciaron también la serenata. En esta ocasión cantaban canciones de Norteamérica que ella conocía. Decidió subir. También los acompañaba una guitarra, y se sorprendió al descubrir que quien la tocaba era Barba Negra, mientras Black Tom, el cocinero, un hombre de unos cincuenta años, con cara de abuelo bondadoso, lo acompañaba con una dulzaina. La hermana María José se quedó escuchando hasta las doce, cuando la señora Ercilia decidió bajar a dormir.

Ella se dio cuenta de que Barba Negra le dedicaba canciones, como *Don't Blame Me*<sup>12</sup>: la cantó mirándola. Ello no pasó inadvertido para la señora Ercilia, quien en uno de los descansos le dijo:

—*Mate, don't hang your hat higher than you can reach it*<sup>13</sup>.

Él nada dijo al comentario, siguió cantando *I'm Confessin' (That I Love You)*<sup>14</sup>, acariciando con sus dedos las cuerdas de la guitarra y dibujando en su mente lo único que se dejaba ver de la hermana María José: su cara de un óvalo perfecto, sus vivos ojos ámbar y esa boca que ella de vez en cuando abría

.....  
<sup>12</sup> *No me culpes.*

<sup>13</sup> Socio, no cuelgues tu sombrero más alto de lo que lo puedas alcanzar.

<sup>14</sup> *Confieso (que te amo).*

para saborear las gotas de mar que la salpicaban. A buena hora había abandonado los truculentos zapatos y andaba descalza.

Ahora la hermana María José, acostada en su camarote, lloraba; no sabía si sus lágrimas eran por un sueño imposible, por una ilusión, o eran de esperanza. Sin saber que lo necesitaba, había tropezado contra su voluntad con una forma de pensar y vivir que no cambiaría por nada en el mundo. Ignoraba que existía, pero sabía que le era prohibido; sin embargo, no permitiría que nada ni nadie, hábito, rosario, juramentos o familia, interfirieran. Cuando subió a bordo jamás pensó que estas tablas que formaban, ni más ni menos, una balsa grande que en un principio vio como una amenaza a su vida, llegarían a hacerla descubrir, como se verá más adelante, una etapa desconocida de su vida.

Esa noche armó su cama encima del techo de la cabina, muy cerca de la entrada de esta, para poder escuchar a sus compañeras, y se dispuso a dormir aprovechando la brisa fresca, el olor del mar, el quejido de las velas. A su lado se sentó Barba Negra con la guitarra, y se inició el concierto acostumbrado. Todos, apostados en la escotilla, en la cocina, encima de la cabina, en distintos sitios, cantaban en coro. De pronto, Henley la miró y le dijo:

—Hermana María José, cántenos algo.

Ella sonrió, se incorporó, dobló las piernas para acomodar la guitarra, extendió su mano para recibirla, pasó los dedos por las cuerdas, hizo unos cambios en los tonos y cantó *When Irish Eyes Are Smiling*<sup>15</sup>. Todos quedaron sorprendidos, y ella jamás pensó que años de clases de canto y guitarra terminarían haciendo su debut en una goleta en la inmensidad del océano. Henley estaba estupefacto; su modo de tocar, su

.....  
<sup>15</sup> *Cuando los ojos irlandeses sonríen.*

voz, lo cautivaron definitivamente. Los aplausos fueron largos y sinceros, hasta el crujir constante de la vela al ser zarandeada por el viento parecía formar parte de la ovación. Henley se limitó a mirarla. No aplaudió. Estaba completamente apabullado. Alcanzó a decir:

—*Do you speak English?*<sup>16</sup>

Ella respondió:

—*Yes*<sup>17</sup>.

Le devolvió la guitarra y él de inmediato inició *Let Me Call You «Sweetheart»*<sup>18</sup>. Todos a bordo se dieron cuenta de que era una declaración de amor. Afortunadamente, por la oscuridad, nadie pudo ver la emoción en la cara de la hermana María José. Ella, aunque completamente turbada, se quedó en el techo de la cabina, y Henley, o Barba Negra, como escuchó que lo llamaban, se quedó a su lado cantando. Entre otras canciones, cantó *Blue Skies*<sup>19</sup>, y ella siguió con *They Say It's Wonderful*<sup>20</sup>, y lo acompañó tocando en varias ocasiones mientras él cantaba *I Love You*<sup>21</sup>, *I Can't Begin to Tell You*<sup>22</sup> y *Don't Blame Me*.

En la cocina estaba Black Tom preparándose un café cuando escuchó que ella lo llamó:

—Míster Tom, ¿me regala un café?

Agradecida, tocó y cantó *Sometimes I Feel Like a Motherless Child*<sup>23</sup>, con el acento tradicional de los negros del sur de los Estados Unidos. Cuando el sueño, debido al constante balanceo

---

16 ¿Hablas inglés?

17 Sí.

18 *Déjame decirte «cariño».*

19 *Cielos azules.*

20 *Dicen que es maravilloso.*

21 *Te amo.*

22 *No puedo empezar a decirte.*

23 *A veces me siento como una niña sin madre.*

de la nave, la venció, allí se quedó. Sonó la campana de guardia y Henley se levantó y tomó el mando, pero sin quitar sus ojos de encima de aquel bultito blanco que la luna alumbraba, la brisa refrescaba y de vez en cuando el mar salpicaba. Ya la sentía su responsabilidad.

El martes muy temprano uno de los marineros pescó un pargo rojo y el menú se cambió por pescado fresco, acompañado de arroz y plátanos fritos.

Henley no abandonó su oficio de mozo de cabina: desocupaba bacinillas y les llevaba la comida. Lo que ella en ningún momento sospechó fue que Henley le había solicitado a su tío, el capitán Tim, que le permitiera atender a las hermanas. Además, le había regalado cinco pesos al marinero encargado de la cabina.

La tarde en que ellas se disponían a embarcar, Henley llegaba a la goleta cuando las vio; alguien lo detuvo, pero no quitó su mirada de las monjas. No podía creer que se atreverían a viajar en la goleta. Le llamó la atención la más alta. Cuando la hermana María José volteó y despidió a los niños con una sonrisa, él sintió de inmediato una atracción hacia ella y decidió que buscaría la forma de conocerla. Aunque era un desafío a lo imposible, esa mujer le gustaba.

Admiró su porte, que escondía tras el hábito. Y la sonrisa, lo único que regaló a los niños que le cargaron las maletas. Sin que ellas se dieran cuenta, cuando los niños pasaron cerca de él y lo saludaron «¡Hola, Cap!», los llamó y les dio diez centavos a cada uno.

Ese martes en la noche no hubo serenatas. Estaban todos como búhos mirando el horizonte, apostando quién divisaba primero la luz de la iglesia.

«*Land aboy!*»<sup>24</sup>, gritó alguien, pero no fue posible aceptarlo hasta horas después: las estrellas a veces jugaban una mala pasada, igual que otras goletas o pescadores.

Cuando al fin se dijo que en verdad era la luz de la iglesia, la hermana María José bajó de inmediato y llegó a los camarotes de las hermanas Susana Inés y Aura María a avisarles que ya habían llegado. Como un milagro, las dos se sentaron, y ella logró con mucho trabajo hacerlas caminar hasta las escaleras para que desde allí vieran la lucecita a lo lejos; las hermanas no resistieron el cambio y tuvieron que volver a sus camarotes. Ella, mientras tanto, se quedó sentada en las escaleras de la cabina observando cómo Henley miraba la brújula, miraba las olas, daba vuelta al timón, miraba las velas... y la miraba a ella. La hermana María José trataba de desviar su vista, pero lo sentía como un imán que no le permitía siquiera bajar a su camarote.

La guardia cambió a las doce. Henley se acercó y, ofreciendo su mano, la invitó a pasar al techo de la cabina. Subieron, y por primera vez sostuvieron una conversación. Henley le dijo:

—Tal vez es su última noche en alta mar, con un poco de brisa confirmaremos la luz de la iglesia de San Andrés, y mañana en la madrugada estaremos llegando.

En la iglesia bautista de La Loma siempre se deja por la noche una linterna de queroseno prendida para que los navegantes puedan calcular la entrada a la bahía y protegerse de la barrera coralina que la encierra. Claro que cuentan que hace unas décadas no fueron pocas las ocasiones en que la linterna se apagó accidentalmente, o a propósito, especialmente cuando eran naves extrañas, obligándolas a encallarse sobre los arrecifes, lo cual terminaba en bonanza para la población.

.....  
<sup>24</sup> ¡Tierra a la vista!

Ella, al igual que él, pensaba que no le habría importado que el viaje siguiera hasta el fin del mundo. Al escucharlo hablar, le preguntó el porqué de la diferencia entre el inglés que hablaba él, el que hablaba el capitán, el que escuchaba a la señora Ercilia y el que hablaba el resto de la tripulación. Él le explicó que el capitán y la señora Ercilia crecieron y se educaron en Providencia, donde recibieron instrucción en un inglés legado que dejaron los puritanos. Black Tom, el cocinero, hablaba en el dialecto que los negros habían ideado para comunicarse entre sí. Y los otros cuatro marineros y Otto tenían una mezcla del inglés dejado por los puritanos y el dialecto de los negros. Él vivió y estudió en Panamá, en la zona del canal, y pasó cuatro años en los Estados Unidos.

Entonces Henley decidió hacer las preguntas que le habían intrigado desde que la conoció:

—¿Cuánto hace que entró al convento? ¿Dónde aprendió inglés?

Y se enteró de que ella vivió en Vermont mientras él estuvo en Maryland. También le averiguó sobre su venida a San Andrés, y hasta se atrevió a preguntarle:

—¿Siente que todavía tiene vocación de monja?

A lo que ella respondió:

—No hay santo sin tentación.

Siguieron hablando sobre las islas y, en definitiva, de qué nacionalidad era él y qué sentía respecto a Colombia. Él reconoció que sabía y conocía muy poco de Colombia, y explicó que, para los providencianos, los países a donde recurrir para trabajo, estudio o salud, eran los Estados Unidos o Panamá. El isleño admiraba el poder de los norteamericanos, aunque reconoció que existía una gran diferencia entre la simpatía que sentían los isleños por los norteamericanos, y lo que estos sentían por ellos o, en general, por la gente del Caribe. No todos recibían

la misma admiración o respeto. Ninguno de los dos dio vuelta a las páginas del pasado o de sus vidas personales, y menos a las de la atracción mutua que habían descubierto. Las campanas del cambio de guardia de las cuatro de la madrugada sonaron y ella hizo ademán de levantarse, pero Henley la tomó de las manos y le dijo en inglés:

—*Please, stay*<sup>25</sup>.

Ella no obedeció y bajó a su camarote.

En la cabina del capitán, la señora Ercilia le decía a su marido:

—Tim, ¿te has dado cuenta de que Henley está enamorado de esa monja?

Él respondió:

—¿Acaso soy ciego? No solamente él, todos los hombres de esta goleta. No. Menos uno, Black Tom, es el único que la mira con ojos de padre, y yo, por supuesto.

—Pero a Henley lo casarán en este viaje —respondió ella.

—Eso —dijo él— está por verse. Nunca en estos tres años viajando con él, y con encuentros con mujeres por docenas, lo había visto tan preocupado por una. Será por lo imposible de la situación, pero esta vez tragó el anzuelo y lo tiene en la garganta bien cogido. Y lo peor es que ella igualmente se ha dejado turbar de Henley.

—¿Y te has dado cuenta —decía la señora Ercilia— de que ella habla el inglés igual que él?

Ya para el amanecer, la isla se divisaba como una alargada nube, más oscura que las demás, a flor del horizonte, pero a medida que la goleta avanzaba fue tomando forma y color. Pasaron por lo que el capitán dijo que era East Southeast Cay<sup>26</sup>

.....  
<sup>25</sup> Por favor, quédate.

<sup>26</sup> Cayo Bolívar.

y después aparecieron los tenebrosos arrecifes. Entraron y fondearon en la bahía de North End<sup>27</sup> a las siete de la mañana, bajaron el resto de las velas, y la hermana María José sintió mucha emoción cuando vio izar la bandera colombiana en el mástil de la vela de mesana<sup>28</sup>. Todos los hombres, menos el capitán, se tiraron a bañarse en el mar, y a la subida tomaron un balde de agua dulce y se quitaron la sal y así se quedaron; el único en ponerse una camiseta fue Henley.

Las hermanas, tambaleándose, lograron poner en orden sus cosas y su vestimenta, y con ayuda de la señora Ercilia subieron a la cubierta. La hermana María José lentamente recogía y trataba de alistarse. Miró su hábito, la toca, el cíngulo, su misal, el rosario, y rodó por su mente un deseo perverso, que el lugar de ellos era la inmensidad del océano, pero decidió que nadie podía contra el destino, y ella seguiría el camino trazado. Además, ¿quién era este hombre del que se había enamorado? De él nada sabía. Y hasta llegó a culpar al ambiente que la rodeaba de los sentimientos que la arrastraban, pero de algo estaba segura: se había enamorado locamente de Barba Negra, ¿o Henley qué? Del *mate* de la goleta, del mozo de cabina que sentía que la dejaba sin palabras cada vez que la miraba con sus intensos ojos grises, a veces tiernos y otras inevitablemente atrevidos.

El trabajo en la goleta se triplicó y todos hacían lo propio. Ella fue la única en aceptar el desayuno, aunque esta vez lo trajo otro marinero. Henley estaba ocupado dando órdenes mientras el capitán alistaba los documentos de rigor.

.....  
<sup>27</sup> Extremo norte.

<sup>28</sup> Vela que va sujeta contra el mástil ubicado más a popa en los buques de tres palos.

Los primeros en llegar a la nave fueron el capitán de puerto y las autoridades de sanidad. Saludaron, tomaron la lista de pasajeros y tripulantes, y recibieron el correo. Esperando estaba igualmente otra canoa con un sacerdote y un joven. Subieron a bordo, saludaron al capitán y dieron la bienvenida a las dos monjas, que parecían a punto de desmayarse. La hermana María José, al escuchar la voz con acento español, subió y se presentó. El padre la miró y dijo:

—¡Eh, avemaría, hija! A diferencia de sus compañeras, su merced está muy bien.

Ella respondió:

—A Dios gracias, padre.

Las hermanas Susana Inés y Aura María bajaron por la «escalera de Jacob», cuatro tablas sostenidas por cabuya, en forma de escalera, que se ajusta desde la amura<sup>29</sup> cuando la goleta está fondeada y no es posible sacar la pasarela de desembarco. El padre siguió detrás de ellas. La hermana María José se estaba despidiendo del capitán y de la señora Ercilia; caminaba a babor hacia la bajada, cuando se dio cuenta de que todos los marineros la miraban. Juntó las dos manos en un puño y, levantándolo, dijo:

—*Goodbye*<sup>30</sup> —y ellos le respondieron en la misma forma.

En la escalera estaba Henley, quien le dio la mano y la ayudó a bajar hasta la canoa. El joven que acompañaba al padre empujó con el remo contra el costado de la goleta para que la canoa se apartara, y empezó a remar con el padre José. La hermana María José dio media vuelta y observó el nombre de la goleta pintado en la popa: *Endurance*, San Andrés y Providencia, Colombia. Y ella recordó y repitió:

.....  
<sup>29</sup> Parte de los costados del buque donde este empieza a estrecharse para formar la proa.

<sup>30</sup> Adiós.

—*Now we are engaged in a great civil war, testing whether that nation, or any nation so conceived and so dedicated, can long endure*<sup>31</sup>.

Eran las palabras de Abraham Lincoln. El padre José giró la cabeza y la miró, a la vez que pensaba que el viaje sin duda la había afectado. Ella miró a bordo y se dio cuenta de que Henley seguía en el mismo lugar, mirándolos partir, y no pudo retener las lágrimas que afortunadamente fueron recibidas por igual con el salpicar de las olas, por la inexperiencia del padre José como remero. Pensaba en lo que una vez una viejita le dijo en su escuela de equitación en Vermont:

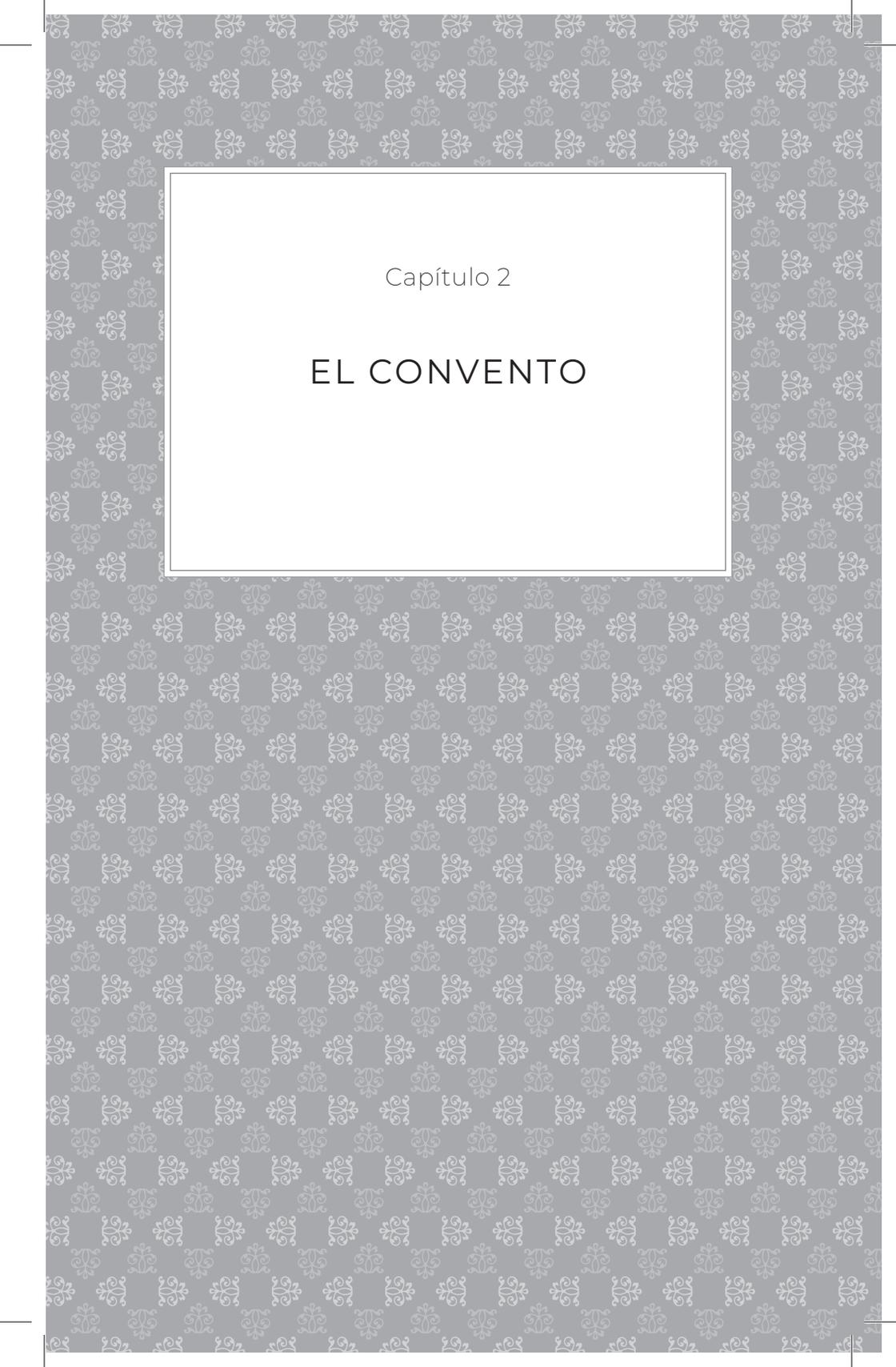
—Jamás el sentimiento de amor sincero se queda sin satisfacer; podrán pasar años, pero él, como todo lo que gira alrededor del mundo, busca reencontrarse para la dicha suprema, o la desgracia.

«¿Cuán cierto será eso?», se preguntaba. «Dejémoslo al destino».

---

<sup>31</sup> Ahora estamos inmersos en una gran guerra civil, que pone a prueba si esa nación, o cualquier otra nación, así concebida y así consagrada, puede perdurar en el tiempo.





Capítulo 2

# EL CONVENTO



A pesar de su confusión —y bien sabía la hermana María José a quién se debía—, se dio cuenta de que afortunadamente sus compañeras de viaje se habían restablecido, o estaban haciendo una buena comedia. Se limitó a mirar el mar, tan cristalino que se veía la vegetación del fondo y los peces pequeños que huían del monstruo que sería para ellos el bote. Y los más valientes, unos que otros, los seguían. Claro que como ella llevaba dos panes en los bolsillos, decidió compartir uno con ellos.

A la llegada al pequeño muelle del convento, las hermanas subieron sin ayuda alguna y fueron recibidas por otras cuatro monjas. Ella se demoró algo en subir mientras sacaban las maletas, y cuando lo hizo, para sorpresa suya, la madre superiora le dijo:

—Se ve que no te trató muy bien el mar... ¡Vienes con una cara!

Ella se limitó a sonreír. La madre superiora presentó a las otras tres y por el acento inmediatamente se dio cuenta de que todas eran de alguna parte de Antioquia.

Las llevaron de inmediato a la capilla de la iglesia para agradecer al Santísimo, y luego a sus celdas. En esta construcción de madera en forma de *T*, sus compañeras de viaje fueron instaladas con las otras en el lado norte de la cabeza de

la *T*, y ella, sola en el lado sur. Después vinieron las instrucciones y el reconocimiento del lugar. Los baños, el lavadero y la cocina, construidos sobre el mar, como una especie de tambos<sup>32</sup> pero de concreto, quedaban como a media cuadra del resto de la casa, en la pata de la *T*.

Después de un buen baño —claro, sin regadera, y desde una tina con agua y una totuma—, repicó la campana varias veces, y como solo eran las diez de la mañana, la hermana María José supuso que era para que se reunieran a comer las onces.

Cada vez que tocaban la campana había que poner atención, pues no serían llamadas en voz alta ni irían a buscarlas. Una campanada correspondía a la madre superiora, Alicia Regina; dos, a la hermana Ana Inés; tres, a la hermana Gloria María; cuatro, a la hermana Clementina María; cinco, a la hermana Susana Inés; seis, a la hermana Aura María; y, finalmente, siete para ella.

Aún sentía el movimiento de la nave, lo cual empeoraba su mal, pero salió al balcón, caminó hasta las escaleras y bajó al encuentro de las otras. Al reunirse en el refectorio, después del agradecimiento de lo que serían las onces, una gelatina casera y leche americana enlatada mezclada con agua, sus compañeras de viaje contaron con muchos detalles la experiencia de la horrenda travesía, y allí fue cuando descubrió que las otras cuatro habían llegado en un barco de guerra. «¡Dios mío, qué lujo!», pensó. Pero sabía que no habría cambiado por nada del mundo la incomodidad, la falta de privacidad, los olores ni la comida de la *Endurance*.

Después del almuerzo hicieron la siesta y recibieron permiso para organizar sus cosas y descansar el resto de la tarde.

.....  
<sup>32</sup> Posadas.

Cada una recibió un reclinatorio en la iglesia para sus devociones, y la hermana María José guardó en el suyo su misal y una astilla de madera que había recogido de la goleta.

A la mañana siguiente hubo confesión y comunión en la misa de seis. Ella se limitó a decirle al padre:

—Estoy confundida, y no creo que lo que siento sea pecado; no lo confesaré hasta estar segura de que lo es.

El padre le impuso como penitencia que, de todos modos —mientras decidía su confusión— rezara diariamente un rosario, además de los programados por la comunidad.

La hermana María José comulgó y después de la misa le informaron que su tarea en el convento sería la de abastecer de comida suficiente a las monjas y a las tres huérfanas que vivían allí y, claro, a la cocinera y a la señora que lavaba la ropa. Le mostraron un cuarto al principio de la cabeza de la *T* que se utilizaba como despensa de la comida. Este tenía una puerta y una ventana, y como quedaba exactamente debajo de las escaleras del segundo piso, caminar en él era muy difícil para una persona tan alta como ella, pero el olor a cebolla y papas podridas la hizo sonreír; era oscuro, incómodo y caliente. Miró a su alrededor y pensó: «Así debió sentirse la Cenicienta».

Allí estaba, reflexionando sobre cómo proponer una mano de pintura blanca para aclarar el lugar, cuando apareció una niña de piel de azabache, de unos doce años, de pelo en trencitas a ras del cuero cabelludo, cara de rasgos suaves y ojos vivos, que le dijo:

—Hermana María José, yo soy su ayudanta.

—Muy bien —le respondió ella—, y ¿cómo te llamas?

—Tina.

—Tina —lo repitió—. Entonces, ayudanta, nuestro primer trabajo será hacer un inventario. Busquemos un cuaderno y un lápiz.

Tina de inmediato le dijo:

—La madre tiene muchos. El gobierno de Bogotá manda muchos útiles escolares, pero la madre no los entrega a los colegios.

La hermana María José sonrió... y fue en busca del lápiz y del cuaderno que la madre superiora le entregó de inmediato. Volvió a la despensa e inició el conteo de todo lo que había enlatado. Tina, sorprendida, le preguntó:

—¿Y cómo sabe su merced qué son estas cosas? Las otras no sabían hasta que llegaron acá.

Ella le explicó:

—Es que yo viví en los Estados Unidos y conocí estas cosas.

Tina respondió:

—¿Entonces su merced habla inglés?

—Sí —respondió ella, a lo que Tina dijo:

—Aquí no lo puede hablar, está prohibido.

—¿Por qué?

—Porque las hermanas no lo entienden.

Siguieron con el conteo de latas de sopa, maíz, arvejas, leche, habichuelas, sardinas, carne salada, sopas vegetales, botellas de salsa de tomate, un saco de harina, otro de arroz, uno de maíz, papas, un racimo de plátanos y otro de banano, sal, azúcar. Al final, dijo la hermana María José:

—Café. No veo café y me muero por un tinto.

—Vamos a la cocina. Gilma, la cocinera, siempre tiene café.

La hermana María José aprovechó para conocer a Gilma y saber cómo era el sistema de entrega de víveres para el consumo.

Gilma recibió muy bien a la hermana María José. Desde el momento en que supo que las otras la habían desterrado al lado sur del convento, al lado de la bodega de útiles escolares y dotación de la iglesia, ella se alió a su bando, igual que Tina y la señora Inés, la encargada de lavar para las monjas y los padres.

La hermana María José agradeció el recibimiento de Gilma y observando que, a diferencia de Tina, era una mujer blanca de pelo quieto, pelirroja como la señora Ercilia, le preguntó:

—¿De dónde eres, Gilma?

—De Providencia —contestó—. Soy prima de la esposa del capitán Timothy, «Tim», uno de los dueños de la *Endurance*, donde llegó su merced.

—¿Entonces conoces a todos los que trabajan en la goleta? —preguntó la hermana.

—¡Huy, sí! Todos son de la misma familia. El *mate* es sobrino del capitán, el capitán es medio hermano del papá del *mate*, y la mamá del *mate* es prima de su esposo y su cuñado, y yo soy prima de todos.

—Dime, Gilma, ¿cómo se llama el *mate*?

—Todos le dicen *mate*. Él se llama Henley Alva Brittany. Él es adventista, como todos ellos, menos el cocinero Black Tom, que tampoco es de la familia.

—¿Y tú eres adventista? —preguntó la hermana María José.

—No, por eso estoy trabajando aquí —respondió Gilma. Informada más de lo que pensaba, la hermana María José decidió indagar más sobre su nuevo trabajo y dejar la imagen de Henley Alva Brittany para más tarde. Supo que tendrían que salir a comprar café, y carne salada que seguramente llegó con la goleta *Endurance*.

Igualmente, pescado en salmuera y colitas y patitas de cerdo, que también llegaron de Colón, Panamá, en la *Persistence*.

Tina le contó que las salidas para las compras se hacían en compañía de otra hermana, pero Gilma siempre se quejaba de que no sabían escoger y la madre superiora había decidido mandar a Gilma, a la hermana encargada de la despensa y a ella.

—¿Cuándo vamos, hermana María José? —preguntaba dando saltos la niña. Estaba deseosa, o tan deseosa como ella, de salir un rato del encierro.

—Solicitaré permiso para mañana, Tina. Además, supongo que tendrá que ser cuando Gilma lo disponga.

—Mañana, a las dos —dijo Gilma de inmediato.

La hermana María José le informó a la madre superiora sobre los faltantes de la despensa y los planes de solucionarlo al día siguiente, a las dos. La madre, sin preguntas, le entregó veinte pesos.

Ella sabía que la *Endurance* saldría para Providencia ese día en la tarde y tenía esperanza de verla salir de la bahía. Por lo tanto, fue muy cumplida al salir a las dos de la tarde. Caminó por la avenida Veinte de Julio, completamente sorprendida de la diferencia entre la arquitectura isleña y la del resto del país, el aislamiento entre una casa y otra, los patios, que parecían despensas vivas, con árboles de frutas y sembrados de hortalizas. Las cuerdas de ropa secándose al sol exhibían la moda en vestidos e interiores. Le llamó la atención el aseo de la única calle, la soledad en el camino, sin carros, unos tres caballos cargados de coco, dos perros y unas cuatro personas que saludaron en inglés: «*All right!*»<sup>33</sup>, aun sin conocerla. Llegaron a lo que Gilma y Tina llamaron North End. En el almacén Bogotá, un lugar surtido completamente distinto de las tiendas de los pueblos del continente colombiano, compraron la carne salada, el café y las paticas y colitas de cerdo en salmuera. En otro que Gilma denominó Estanco, compraron el pescado salado, y ellas le informaron que el Estanco no vendía las colitas y paticas porque eran adventistas, y los adventistas no comían ni vendían cerdo.

.....  
<sup>33</sup> ¡Todo bien!

La hermana María José se limitaba a pagar cuando las que despachaban gritaban el valor a la cajera. Ya se preparaban para regresar al convento, pero esperaban a Gilma, que averiguaba algo en el almacén Bogotá. Ella esperaba afuera, frente al almacén, mirando a su alrededor a la vez que pensaba: «Esto no es Colombia. No tiene ningún parecido con aldea o pueblo alguno de la costa o del interior del país».

De no ser por la bandera colombiana que ondeaba en el edificio frente al almacén, que ellas le habían dicho era la intendencia, no habría sabido que estaba en territorio colombiano. De pronto escuchó gritar:

—¡Henley!

Gilma lo reconoció de espaldas desde el almacén cuando caminaba hacia el muelle, y salió corriendo a saludarlo. Pero cuál sería su sorpresa cuando Henley, al darse cuenta de que la hermana María José estaba frente al almacén, mientras Tina miraba embobada la pequeña vitrina, no resistió la tentación de cruzar la calle, dejando a Gilma con la palabra en la boca, y se acercó a la hermana María José y le dijo en inglés:

—*How are you? I have been thinking of you*<sup>34</sup>.

—*Me too*<sup>35</sup> —respondió ella.

Gilma se unió a ellos y Tina llegó para recordarles que faltaba comprar almidón y espermas para las tocas.

—*Safe trip to Providencia*<sup>36</sup> —dijo la hermana María José.

—Gracias —respondió él, mientras las miraba ir hacia el norte en busca del almidón.

La goleta salía a las cinco, y ya eran las cuatro y media de la tarde. Henley no encontraba una razón para justificar su

.....  
<sup>34</sup> ¿Cómo estás? Te he estado pensando.

<sup>35</sup> Yo también.

<sup>36</sup> Buen viaje a Providencia.

demora más tiempo en tierra, y se tuvo que conformar con el «*me too*» de la hermana María José, pues, después de todo, era la primera vez que ella reconocía verbalmente que él estaba en sus pensamientos. Ese «*me too*» lo hacía sentir capaz de levantar la goleta *Endurance* con sus manos.

Henley tomó el bote en el muelle de la intendencia y lo llevaron a bordo. La hermana María José, Gilma y Tina caminaron de regreso al convento con todas sus bolsas por la polvorienta calle. Cuando pasaron por la única construcción de cemento, Tina le dijo a la hermana María José:

—Eso es el mercado.

—¿Mercado? —preguntó ella.

El lugar se encontraba completamente vacío y en su interior no tenía más que una larga mesa separada del público con rejás.

—Sí, es el mercado —insistió Gilma—, allí matan las vacas y allí las venden.

Poco después, mientras seguían paradas mirando el lugar, llegó una canoa, y Gilma de inmediato preguntó a gritos a los que estaban en ella:

—*When you guain kill?*<sup>37</sup>

La hermana María José estaba estupefacta. De lo dicho había entendido solamente «*kill*», pero después Gilma y Tina le explicaron que el señor Peter mataba tortugas y que había dicho que lo haría al día siguiente.

Entonces le explicaron que esos corrales de estacas en el mar, que se veían cerca del mercado, estaban llenos de tortugas, acorraladas para que no se escaparan. Tina le explicó que lo mejor de las tortugas eran los huevos que no alcanzaban a poner. Los otros también son buenos, pero los

.....  
<sup>37</sup> ¿Cuándo van a matar?

amarillos o en rema<sup>38</sup> —y hacía ademán de saborearlos— son lo mejor, decía.

La hermana María José preguntó si las hermanas comían tortuga, a lo que Gilma dijo:

—Sííí, y a la madre le fascinan los huevos amarillos.

Entonces, paso seguido, fue a reservar cinco libras de tortuga para el día siguiente, con bastantes huevos amarillos.

Siguieron su camino hasta llegar al almacén del chino Chi, donde compraron las espermas para el almidón.

A la llegada al convento, después de guardar lo comprado, la hermana María José llegó a su celda, se tumbó en su cama y lloró. Luego solicitó permiso para bañarse y lavar ropa. Estando en el lavadero, vio aparecer una goleta saliendo de la bahía. No podía ser otra que la *Endurance*. Pues sí. Allí estaba Henley en el timón, con su pantaloneta blanca, sin camisa, pero con el pelo amarrado con el paño verde. Y ella no supo cómo evitar que sus lágrimas se confundieran con el jabón y el agua del lavadero.

La *Endurance* llegó el viernes en la mañana a Providencia, y de inmediato fue descargada. Descansarían sábado y domingo, para volver otra vez a San Andrés el lunes en la tarde.

Ese viernes, a eso de las cuatro y media, Henley recogió sus cosas personales, y después de bajarlas al bote de su padre, quien había estado todo el día llevando cosas de su pertenencia, llegó donde el capitán Tim y le dijo:

—*Okay, Uncle Tim. This is it for a trip*<sup>39</sup>.

.....  
<sup>38</sup> Huevos que están todavía dentro del animal, pegados en forma de racimo.

<sup>39</sup> Bien, tío Tim. Esto es para un viaje.

El capitán Tim lo miró y dijo:

—*I hope to see you before*<sup>40</sup>.

Él, muy bien que se había dado cuenta de la situación, comentó de nuevo con Ercilia que Henley se había enamorado de la hermana María José, y que ese matrimonio que sus padres tenían programado estaba por naufragar. Ella respondió:

—Mejor. No me está gustando eso de tantos primos casándose.

Henley llegó a su casa en Santa Catalina y, cuando saludó a su madre, apenas dijo:

—*What's new?*<sup>41</sup>

Ella le respondió que el toro negro había roto la cerca dos veces para ir en busca de una vaca del vecino.

—Es increíble —decía—, con todas las que tiene en el corral, anda buscando por otros lados. Se parece a ciertos hombres.

Henley sonrió y pensó: «Muy cierto eso de que las madres son adivinas».

Henley se bañó y se vistió como usualmente lo hacía, se puso un sombrero de vaquero americano, además, buscó en la ropa que se había quitado un crucifijo que había encontrado en la pared del camarote de la hermana María José y lo puso en el bolsillo. En casa vivía igualmente un sobrino que hacía las veces de ayudante del papá, y que todo el día había hecho los trasteos de la carga traída por él. Caminó hacia el pequeño muelle, le quitó el bote y remó hasta Santa Isabel.

La señora Rosalía lo miraba desde la ventana de la cocina, donde una repisa instalada en la parte de afuera servía como lugar para colocar la palangana de lavar la loza, y allí también se cortaba la carne y se arreglaba el pescado. No lo podía creer.

.....  
<sup>40</sup> Espero verte antes.

<sup>41</sup> ¿Qué hay de nuevo?

Acababa de llegar y en vez de ir a visitar a la que sería pronto su esposa, se había ido a Santa Isabel. Se preguntaba qué estaba pasando. También es cierto que poco habló. Igual comportamiento al del último día antes de salir a este viaje, cuando ellos le dijeron que después de encontrar a Izabela sola en casa, y escuchar lo dicho por ella, él no podía evadir su responsabilidad y exigían que se casara. En eso vio llegar a su esposo, quien le preguntó por qué Henley se había ido a Santa Isabel.

—No lo sé —dijo ella—. También me lo estoy preguntando.

Henley llegó al muelle de Santa Isabel, amarró su bote y caminó sin prisa, saludando a todos los que encontraba. Caminó hasta las escaleras de entrada de la iglesia católica y subió. Nunca había estado en el lugar. Entró y se detuvo cerca de la puerta, con otros hombres. Escuchó toda la ceremonia y después salió y se dirigió a la casa vecina de *miss*<sup>42</sup> Jane, donde habló con ella y sus dos hijas, Rose y Silvia, quienes bordaban el ajuar de novia de su hermana. Y cuando le preguntaron sobre la verdad de su matrimonio con Izabela, solamente dijo:

—Son planes de Izabela y mis padres.

Allí supo, por el novio de Rose, que el juez viajaría el lunes en la *Endurance*. Por lo tanto, tal vez él tendría que posponer el matrimonio. Él se mostró indiferente, pero en el fondo estaba feliz.

Henley podía jurar ante Dios que todo lo contado por Izabela era una mentira, una trampa; también le costaba decir a sus padres que había llegado borracho a la casa. Para ellos pesaría más el haberse embriagado que el haber utilizado la casa en su ausencia para acostarse con Izabela.

.....  
<sup>42</sup> Señorita. Tratamiento de respeto que se da las mujeres en las islas, independientemente de su estado civil.

Trató de contarles que habían estado en Lazy Hill en el matrimonio de otros dos primos y que de allí llegaron a Santa Catalina en el bote a las dos de la mañana, que llegó a casa muerto de sueño y se dirigió a su cuarto. Despidió a Izabela frente a la casa y ni siquiera la acompañó a la suya. Ella vivía solamente a tres casas. Al día siguiente, cuando entró el *Dix* de San Andrés, y sus padres, que venían en él, bajaron y llegaron a su casa, se sorprendieron al encontrar a Izabela durmiendo en uno de los cuartos, y a él, que no lo sabía, en el suyo. Henley se había quedado en ese viaje, y lo único que pudo hacer fue alistarse para la llegada de la *Endurance* y decidir que, para evitar un escándalo, les prometería casarse con Izabela, pero saldría de la isla para no volver.

De regreso a casa, después de su primera visita a una iglesia católica, al subir al muelle lo esperaba Izabela.

Ella lo recibió diciendo:

—¿Sabes que el juez viaja el lunes y no regresa sino dentro de seis meses?

Él la miró y respondió:

—No me importa.

Entonces ella, en un tono algo irónico, le informó:

—¿Sabes que estoy embarazada?

—Será en tu imaginación —dijo Henley.

Ella, ofendida, se retiró del muelle y él entró en su casa.

Por alguna razón, Henley sentía que tenía que hacer lo que la hermana María José estaría haciendo a esa hora, por eso decidió visitar la iglesia; ahora se sentía más cerca de ella, sin importarle que el juez se fuera el lunes y, claro, él también, ya que nada haría quedándose si el tal matrimonio se tenía que aplazar. Y sacudió la cabeza sonriendo. Henley saludó a su padre con un

simple «*Hi, pa*»<sup>43</sup>, y subió a su habitación. El sábado, como siempre, no trabajó y se limitó a cruzar de nuevo el estrecho entre Santa Catalina y Santa Isabel para informar a su tío, el capitán Timothy, que viajaría el lunes, que no tendrían que remplazarlo.

Ese lunes, el convento en San Andrés se preparaba para las fiestas del Corpus Christi. Las monjas sacaban de un cuarto contiguo a la celda de la hermana María José toda clase de adornos, flores de papel, jarrones, sedas para decorar los altares y las alas de ángeles para las niñas que adornarían los altares. La celebración sería el domingo, pero desde ya se respiraba un ambiente de fiesta.

La hermana María José fue en busca de agua dulce de la cisterna o aljibe<sup>44</sup> ubicada entre el convento y la iglesia, y encontró a Tina sentada, recostada sobre uno de los pilares que sostenían el aljibe, llorando desconsoladamente.

—¡Tina! ¿Qué te pasó?

—Nada —respondió la niña.

—¿Por qué lloras? ¿Quién te regañó? ¿Qué hiciste, mi pequeña ayudanta?

Tina seguía llorando, y la hermana María José supuso que algo muy serio le había pasado. Entonces la obligó a levantarse y la llevó al cuarto de plancha.

—Tina, me dices qué te pasó o llamo a la madre superiora.

—No es nada —respondió Tina—, es que hace cinco años sucede, desde 1932.

—Pero, ¿qué sucede todos los años que te hace llorar? ¿Recuerdas a tu madre?

.....  
<sup>43</sup> Hola, pa.

<sup>44</sup> Construcción de cemento de unos cuatro metros por cuatro metros, donde se almacena el agua de lluvia que cae de los techos. (Nota de la autora).

—No. No —dijo enfáticamente Tina—. No es por eso.

—¿Entonces?

—Hermana María José, nunca me escogieron para ángel de Corpus Christi y ya estoy demasiado grande. Siempre escogían a las niñas blancas.

—Tina, en esta vida cada cual hace lo que puede para Jesús. A esas niñas les ponen alas seguramente porque no pueden servir de otra forma; las que llevan las canastas de pétalos de flores también tienen su oficio, y tú, con esa voz tan angelical, cantas. ¿Cuál de esas niñas puede remplazarte? Déjate de complejos tontos y vamos a planchar las telas que las hermanas sacaron.

Paso seguido alistaron la hornilla de hierro con carbón, y en cada base colocaron seis planchas.

La hermana María José estaba en misa de seis cuando escuchó un cornetazo agudo que venía de muy lejos. No se pudo imaginar la razón hasta después de la misa, y Tina, muy contenta, le dijo:

—*Sail ahoy!* ¡Vela a la vista!

Se acercaba una goleta y Gilma dijo que era la *Endurance*, que venía de Providencia.

La hermana María José introdujo una mano debajo del ala de su toca, sentía que el corazón se le salía por la boca.

La goleta trajo ganado, que se descargó de inmediato. Bajaron los animales con cuerdas y los hicieron nadar hasta la ribera. También trajo al padre David, quien se dirigió primero a las instalaciones de la intendencia y luego a la misión. Allí, después de saludar a los dos sacerdotes y cambiarse de ropa, pasó al convento. Una de las hermanas llamó a la madre mediante la solitaria campanada que le correspondía. Ella no se demoró en llegar y se sorprendió con la visita. Se sentaron en la sala ubicada en el sur de la cabeza de la *T*, justamente debajo del cuarto de enseres, al lado de la celda de

la hermana María José, quien, aunque se encontraba en ella, desconocía por completo la razón de la visita.

El padre David preguntó a la madre superiora si había recibido a una monja de nombre María José, de Manizales. La madre, arqueando las cejas, dijo:

—Claro que sí. Ella llegó con las hermanas Susana Inés y Aura María hace una semana.

Entonces el padre le preguntó:

—¿Y dónde está en este momento?

La madre respondió:

—Es la encargada de la despensa y todo lo relacionado con la comida; debe estar en esos menesteres. Pero ¿a qué se debe su pregunta, padre David?

—Usted, madre Alicia Regina, escribió a la comunidad sobre el problema que existía al no poder entender a los isleños, ya que ninguna de las cuatro en el convento sabía hablar inglés. La comunidad les manda una monja que ostenta un título en historia, habla español, inglés, alemán y francés, con su dote está manteniendo los dos conventos, y usted, madre superiora, ¿la pone a despachar comida? En estos días debe salir de Cartagena un barco de guerra que pasará por aquí hacia Providencia, el mismo en que deberían haber venido en vez de la goleta. En ese barco me llevaré a la hermana María José a Providencia; aquí está la orden. Dice claramente que nosotros podemos decidir dónde será de más beneficio para las islas.

Por las lluvias fue lenta la bajada de cocos de la Loma, y la *Endurance* se demoró más de la cuenta en San Andrés. Henley pasó varias veces por la calle donde estaba el convento, pero no vio a la hermana María José y no quiso preguntar nada a Gilma. Su desesperación llegó hasta tal punto que, de no ser por la disciplina que aún conservaba como cadete naval, habría hecho algo nada convencional.

El domingo de Corpus fue muy concurrido, pero la hermana María José percibió que entre los presentes estaba un hombre muy apuesto, de bigote rojo, de piel dorada, impecablemente vestido de pantalón café, camisa blanca y una linda corbata. Cuando recogió la limosna, el plato le temblaba en la mano y pensaba en el desastre de dejarlo caer; de por sí era de plata y bastante pesado. Fue la única vez que se vieron. La *Endurance* se cargó con cocos y se dirigió a Cartagena para regresar vía Colón.

La hermana María José nada sabía de los planes, resultado de la visita del padre David a la madre superiora. Su vida siguió igual durante todo un mes. El barco de guerra nunca llegó, pero el padre David se atrevió a viajar en una goleta mucho más pequeña que la *Endurance*, no sin antes advertir a la madre superiora que, de no aparecer el barco de guerra, la hermana María José debería viajar en la *Endurance*.

Un día antes de que el caracol diera la noticia<sup>45</sup> de la llegada de la *Endurance*, la madre llegó hasta la esquina del balcón desde el cual colgaba la cuerda de la campana y tocó las siete campanadas. La hermana María José, quien se encontraba precisamente lavando su ropa interior, se sorprendió y subió presta a saber la razón de la llamada. Cuando llegó donde la madre superiora, sin preámbulos esta le dijo:

—Hermana María José, por orden de la madre superiora de la comunidad y del padre David, su merced debe ir a Providencia, en la misma goleta que la trajo; está por llegar; alístese para viajar y entregue a la hermana Aura María la despensa desde hoy.

La hermana María José subió a su habitación, se tiró en su cama y lloró. Ella no sabía si de alegría, susto, esperanza o

.....  
<sup>45</sup> En las islas se anunciaban las nuevas soplando la concha de un caracol que sonaba como una trompeta.

deseos locos de volver a esa goleta. De lo único que estaba segura era de que ella no había propiciado este nuevo encuentro.

Llegó la *Endurance* al día siguiente. Descargaron, y por la noche Henley no pudo bajar a tierra: estaba de guardia. El día siguiente llovió a cántaros y ni siquiera bajó a tierra. Limpiaron, y se alistaban para el viaje a Providencia, cuando su tío, el capitán Tim, subió a bordo y le dijo:

—*This is what I would call put butter in the cat's mouth*<sup>46</sup>.

Henley le preguntó a qué se debía el refrán. El capitán Tim le indicó con el dedo:

—En ese bote que viene allí, llega tu monja; la están mandando a Providencia.

Henley no lo podía creer, miró el bote que venía, la reconoció y se recostó sin aliento sobre el techo de la cabina. Quería gritar, quería salir nadando hacia el bote y lo único que podía hacer era esperar.

A la hermana María José la enviaron sola con el remero a la goleta. No hubo despedidas ni acompañantes, pero lo que el resto de las monjas pensaba que era un desaire para la hermana de sociedad fue lo más dichoso en su vida. La alegría que sentía no le cabía en el pecho; estaba radiante. Henley la recibió bajando al bote, mientras la ayudaba, sin necesidad, a subir las escaleras del costado de la nave. El capitán Tim miraba el escenario y sacudía la cabeza. Cuando ella tocó la cubierta de la nave, los otros marineros la saludaron entrelazándose los dedos en un puño. Ella lo repitió y se dirigió hasta el capitán para saludarlo. El capitán Tim, como siempre, se limitó a levantar su sombrero y dijo:

—*Sister, whom is your patron saint?*<sup>47</sup>

.....  
<sup>46</sup> Esto es lo que yo diría «poner mantequilla en la boca del gato».

<sup>47</sup> Hermana, ¿cuál santo es su patrón?

Ella le respondió:

—*Judas, the apostle of impossible causes*<sup>48</sup>.

El capitán Tim le ofreció su cabina; dijo que estaría mejor allí. Ella afirmó que no era necesario, que las cinco horas que le habían dicho que duraría el viaje las podía pasar arriba con ellos. El capitán Tim le increpó:

—*Sister, I give the orders on this boat!*<sup>49</sup>

La hermana María José, sonrojada, bajó a la cabina. Ya le habían colocado su maleta allí. Decidió enfundarse en el batón blanco y cubrirse el cabello.

Los pasajeros llegaron, las autoridades despidieron la goleta, el viento soplab a su favor y salieron de la bahía. La hermana María José caminó hasta la puerta de la cabina y buscó en la pared de su antiguo camarote el pequeño crucifijo, pero ya no estaba allí. Volvió a su cabina donde había dos camarotes equidistantes, con seis gavetas debajo de cada uno. Se sentó en uno de los camarotes, y allí estaba cuando el capitán mandó a Henley a guardar unos documentos. Como era costumbre en ellos, él no llamó para pedir permiso de entrada, tampoco tocó a la puerta que estaba medio cerrada; simplemente la abrió y entró. Ella se levantó, él tiró los papeles en el camarote, la recogió en sus brazos y la besó. Fuerte, con desesperación, pero a ella no le importó. Lo había soñado, lo había deseado, y si de algo estaba segura, era de que no lo había buscado, no había propiciado el encuentro. El grito de su tío, de virar a babor, sorprendió a Henley y lo volvió a la realidad. Recogió y guardó los papeles en uno de los cajones, sacó de su bolsillo el crucifijo y se lo entregó. No hubo palabras, no hubo disculpas. Solo quedó, sin decirlo, la promesa de que volvería a suceder.

.....  
<sup>48</sup> Judas, el apóstol de las causas imposibles.

<sup>49</sup> ¡Hermana, yo doy las órdenes en este barco!

La *Endurance* salió con buen viento de la bahía, pero después de los arrecifes se encontró con viento y olas muy fuertes y mucha lluvia. Los ocho pasajeros de la cabina, todas mujeres, se marearon y gritaban pidiendo ayuda. Alguien llegó y las atendió desocupando bacinillas y pasándoles alcohol por la cara. La hermana María José pensó en ayudar, pero temía que por ser monja y *panya* —como llamaban a los del continente— no sería bien recibida.

Una de las pasajeras gritaba:

—¡Henley, Henley!

Como quien dice, la atención de otro marinero no la satisfacía. Entonces la hermana María José se levantó y se dirigió a ella, preguntándole en inglés:

—*May I help you?*<sup>50</sup>

Era una señora de unos cuarenta años. Haciéndose la que se desmayaba, decía:

—¡Quiero a Henley, él sí sabe!

—Él está de guardia —le dijo la hermana María José sonriendo.

Henley no se quitó del timón, incluso cuando sintió cansancio.

Sabía que volvería donde la hermana María José y lo temía. El capitán Tim estaba en la proa vigilando la botavara<sup>51</sup> de la vela de foque<sup>52</sup> que amenazaba con un ruido raro. De un momento a otro, después de tres horas de batallar contra el viento y las olas, entraron en una atmósfera pacífica, de silencio, sin

.....  
<sup>50</sup> ¿Te puedo ayudar en algo?

<sup>51</sup> Palo horizontal que, apoyado en el coronamiento de popa y asegurado en el mástil más próximo a ella, sirve para cazar la vela cangreja.

<sup>52</sup> Toda vela triangular que se orienta y amura sobre el bauprés, o palo grueso, horizontal que en la proa de los barcos sirve para asegurar los estayes del trinquete, orientar los foques y algunos otros usos.

viento y sin olas. Todos estaban cansados, con sueño y hambre; el cocinero no pudo repartir la cena a nadie y se había limitado a bajar al castillo de proa.

El capitán Tim llegó, le quitó el timón a Henley y le pidió que descansara, pero ya se estaban viendo las montañas de Providencia, lo cual les quitaría el sueño y el hambre a todos. Henley decidió bajar para ofrecerle algo de comer a la hermana María José, aunque ella, después de la experiencia anterior y con ayuda de Gilma, la cocinera del convento, había embarcado con una buena provisión de pan, queso, galletas de miel y refrescos.

Henley bajó a su cabina, pero en el camino la señora de los gritos le dijo:

—Casi me muero, Henley, y no apareciste.

Él apenas dijo:

—*Sorry*<sup>53</sup>.

Entró a la cabina del capitán y allí lo esperaba la hermana María José, quien le repitió:

—Yo también, *mate*.

Él sonrió, la abrazó, la besó, y luego, tomándole la cara en sus manos, le dijo, muy bajito, para no ser escuchado por los vecinos de la cabina:

—*I love you*<sup>54</sup>, hermana María José.

Ella lo miró, sonrió y se quitó el pañolón de la cabeza. En eso una pasajera gritó:

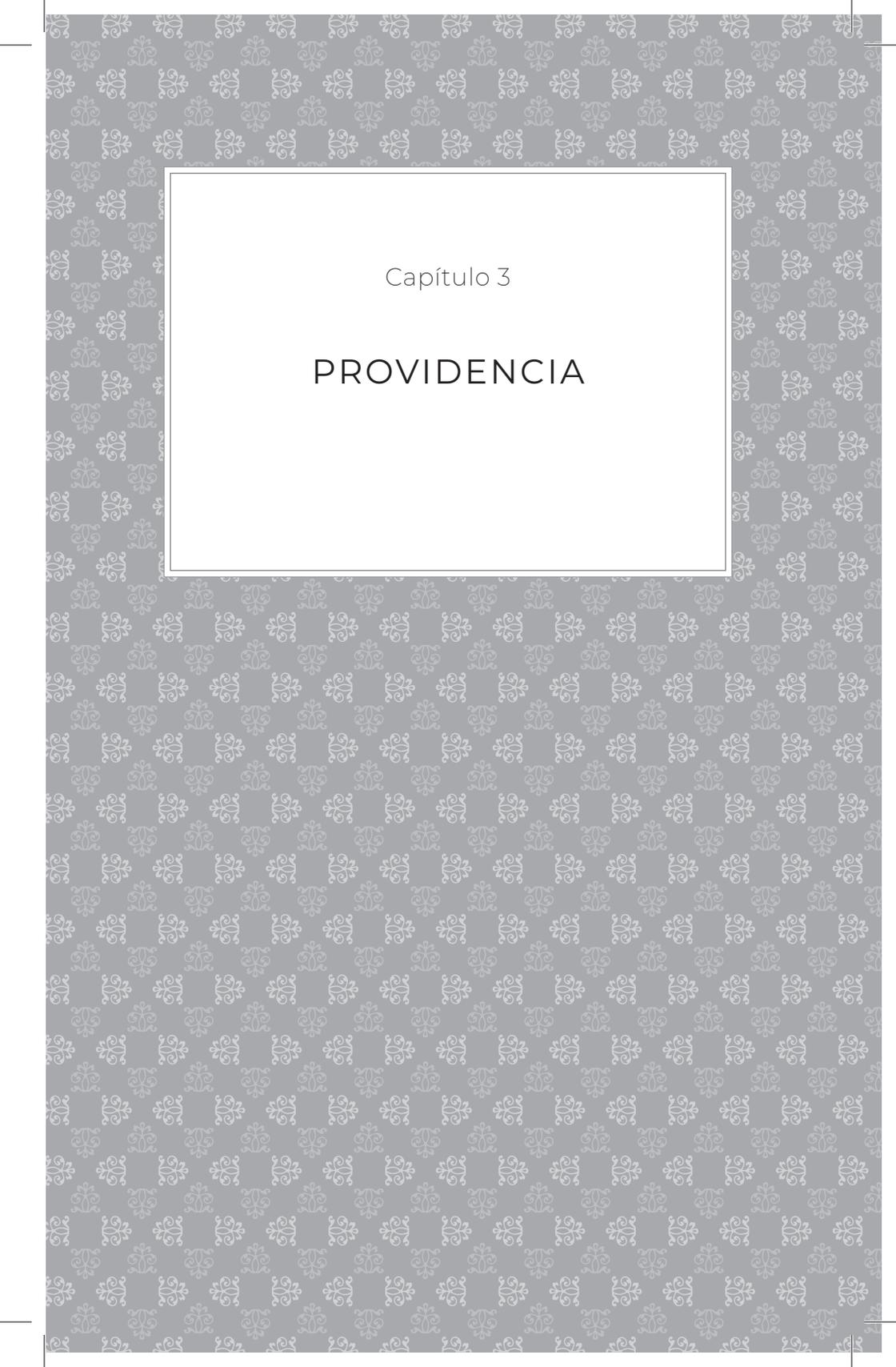
—*¡Mate!*

Él no respondió, pero el grito los hizo recapacitar.

---

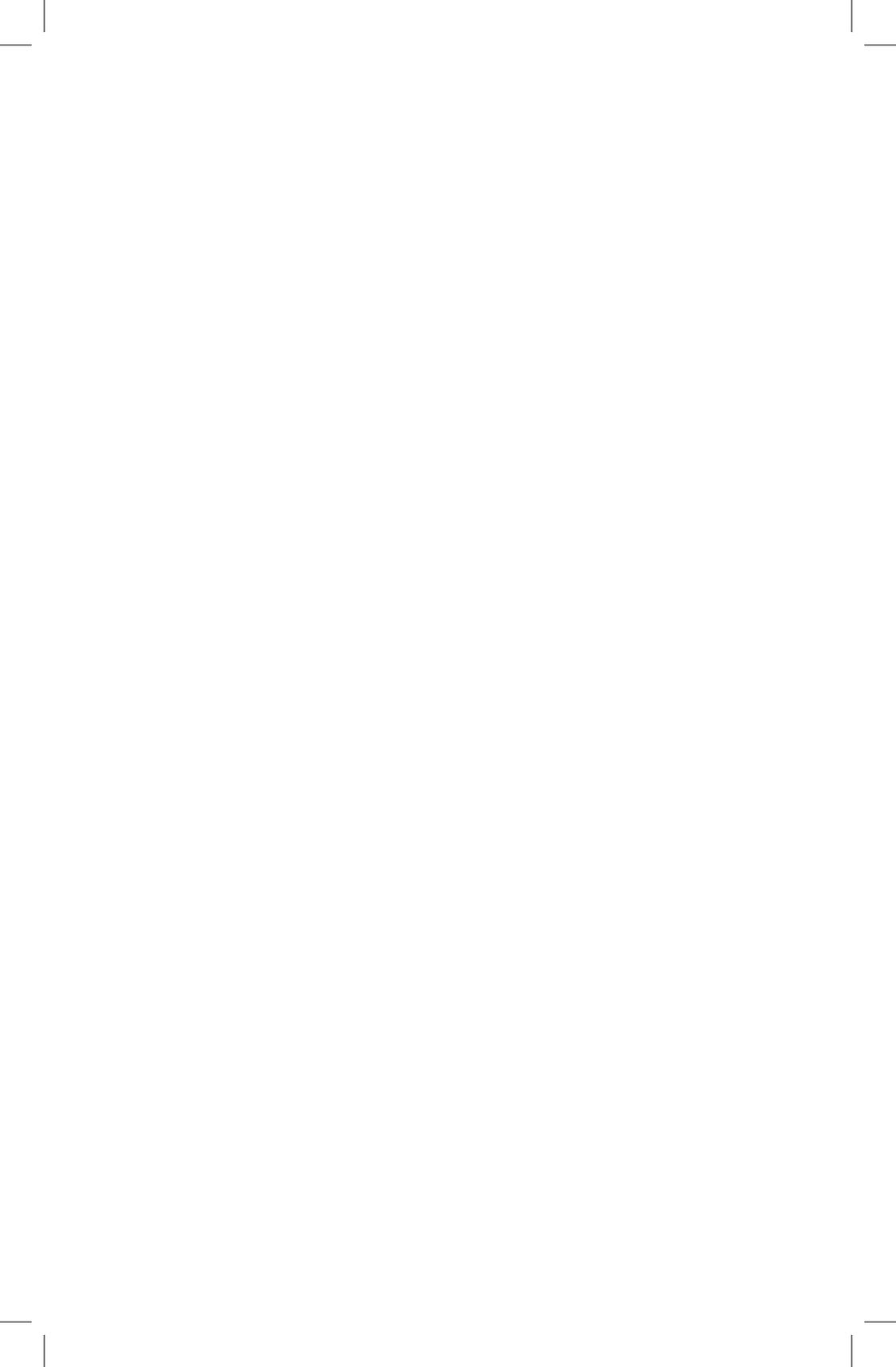
<sup>53</sup> Lo siento.

<sup>54</sup> Te amo.



Capítulo 3

# PROVIDENCIA



La bahía de Providencia, encerrada por montañas, parecía guardar con complicidad un silencio de siglos, silencio compartido únicamente con el eco que producían los rizos de las olas del mar cuando se encontraban con la tierra de las riberas, sonido que llegaba sin cesar hasta la goleta, una queja del mar que solo se interrumpía bruscamente con la brisa que zarandeaba la armadura, ahora toda guardada, y con los marinos, que sacaban cajas y más cajas de la escotilla de la goleta y las colocaban en la cubierta. Se acercaban canoas, botes, y todos saludaban al capitán y a los tripulantes. Un rítmico repiqueteo se escuchaba de las pequeñas olas que estas canoas y estos botes hacían llegar al costado de la goleta. Entre la comitiva estaban los que, sabiendo la prisa del capitán por ser viernes, lo recibieron con un «*Welcome home, Cap!*»<sup>55</sup>; eran los encargados de registrar la entrada de la nave. Recibieron los documentos de rigor, el correo, sus encomiendas, descendieron, y de inmediato los pasajeros iniciaron las llamadas a gritos a sus distintos familiares para que los recogieran.

La hermana María José había bajado a la cabina, esperando que los pasajeros de la cabina principal salieran, cuando

.....  
<sup>55</sup> ¡Bienvenido a casa, capi!

nuevamente apareció Henley y sacó de uno de los cajones del camarote una bolsa de color blanco. La miró y sonrió, a la vez que pensó... «Hermana María José, estás bien defendida detrás de esa muralla blanca<sup>56</sup>». Por alguna razón jamás la tocaría así, pero ganas de quitársela toda no le faltaban.

—Esto es tuyo —le dijo mientras le entregaba la bolsa.

Ella miró en su interior y sacó una muñeca que conocía muy bien. Había sido fabricada en Austria. Era una debutante elaborada de fina paja la falda y el resto del vestido en encaje austriaco, con una abertura en la parte de atrás y un pañuelo muy fino de seda dentro del espacio que formaba la falda. La cara de la muñeca era linda, y su cabello original estaba peinado en el estilo clásico de las debutantes. Casi a punto de llorar, le dio las gracias, mientras sacaba del bolsillo de su hábito el crucifijo y se lo entregaba. Él lo recibió, lo besó y lo llevó a su bolsillo; poco sabía Henley que ese era exactamente el comportamiento de un buen católico. La emoción que demostró ella al recibir el regalo lo sorprendió, pero ¿cómo iba él a saber que la hermana María José había sido una debutante en Viena hacía diez años? En ese momento llegó el capitán Tim, y colocando sus manos, una en el hombro de ella, lo que instintivamente provocó en ella un ademán de rechazo, y otra en el hombro de Henley, les dijo:

—*Let's say «amen» to this*<sup>57</sup> —y bajó sus manos.

La hermana María José de inmediato respondió en inglés:

—*«Amen» does not necessarily mean the end. It can also mean let it be*<sup>58</sup>. Gracias, capitán.

.....  
<sup>56</sup> La toca. (Nota de la autora).

<sup>57</sup> Digámosle *amén* a esto.

<sup>58</sup> *Amén* no necesariamente quiere decir el fin. También puede significar *que así sea*.

Henley los miró a los dos y sonrió. El capitán Tim la miró, sonrió, arqueó las cejas y salió.

Henley sacaba la maleta de la hermana María José en el preciso momento en que el padre David pisaba la cubierta de la goleta. Desde que la vio, este último se sorprendió. ¿Cómo podían mandar una mujer como esta a las islas? De toda ella, aun enfundada en el oscuro y nada elegante estilo del hábito, se veía que luchaba por salir una mujer de porte elegante que nació con clase. Su cara era de facciones finas, con ojos color miel salpicado de verde, vivos, protegidos por unas cejas y unas pestañas bien delineadas; la piel de su rostro y sus manos bronceadas por el sol de las islas, y al saludarlo quedó más sorprendido: una voz segura, una sonrisa y una dentadura perfectas. Lo que de inmediato se preguntó fue «¿por qué entró esta mujer a un convento?, ¿serían su figura y su belleza las razones por las cuales la madre Alicia Regina la encargó de la despensa en San Andrés?».

El padre saludó al capitán, quien también en ese momento bajaba de la goleta para ir a su casa, dejando a Henley encargado. Henley le informó que para él habían llegado unos paquetes de Colón y de Cartagena. Y el padre aprovechó el momento para hacerle saber que sus dos visitas a la iglesia no habían pasado inadvertidas:

—Gracias por visitarnos, Henley.

Henley ordenó buscar los paquetes a uno de los marineros y, mientras el padre los recibía, le indicó a la hermana María José que se dirigiera a la escalera para ayudarla a bajar. Él, con una pierna en la amura y la otra en el segundo peldaño de la escalera y agarrado de las cuerdas de la escalera de flechaste, tan pronto ella puso pie en el segundo escalón, él la abrazó por la cintura y le dijo:

—Suelta.

Ella soltó, y él la bajó al bote. La hermana María José no supo disimular la emoción y no volteó la cabeza para despedirse sino después de que hubieron bajado los encargos del padre y este se había alejado de la goleta. Cuando ella por fin decidió voltear la cabeza, se dio cuenta de que la miraban, entrelazó sus dedos y dio el saludo que había iniciado con los marineros. Los que estaban mirando respondieron. Henley, aún turbado de haber sentido el cuerpo de la hermana María José en sus brazos, solamente sonrió.

Ella miraba a su alrededor; se sentía navegar dentro de una joya. La bahía era como una gran joya azul incrustada en un anillo de oro, aunque se notaba que la sequía había hecho estragos en la isla. Pensaba encontrarse con otra isla alfombrada de palmas de coco, y más bien se sentía en la vereda de un país europeo: las casas, aunque parecidas a las de la otra isla, tenían en su construcción y su ubicación un sentimiento europeo, muy distinto del de San Andrés. A las montañas les faltaba solamente un poco de nieve. Algo le decía que Providencia era el lugar destinado definitivamente para ella.

Llegaron a tierra y el padre David de un salto subió al muelle y luego le ofreció su mano para que subiera. Allí estaban las tres monjas que, contrario a las de San Andrés, le dieron la bienvenida con un abrazo, y por los acentos reconoció que todas eran de algún lugar de Cundinamarca. A un lado del muelle estaba construido lo que ella de inmediato reconoció como los baños, y después estaba la cocina, todo sobre el mar. Por una escarpada senda subieron a la casa. Allí también se sintió mejor que en San Andrés. Era una casa con una sala, oficina y una capilla en la primera planta y cuatro celdas en el segundo piso. Sin balcones, al estilo de los lugares donde cae nieve.

La hermana María José entró en la capilla y le agradeció a la Virgen por esta nueva experiencia y después recibió

su celda: la constituían una cama con toldillo, una mesa de noche, un lavamanos de madera con una palangana y una jarra. Un balde, una bacinilla y otra palangana blanca. Un lugar donde guardar su ropa, con una muda para la cama, una mesa y una silla. Un cuadro de la Virgen y un Sagrado Corazón. Dos ventanas, una que miraba al mar y otra a un camino y a las montañas. La puerta de las cuatro celdas abría a un pasillo, y este terminaba en una escalera al primer piso. Ya su maleta estaba en la celda, y la madre Ana María le había sugerido que descansara un rato. Ella se acostó sobre la cama y de inmediato llegaron a su recuerdo los últimos momentos vividos en la goleta *Endurance*.

Lloró, y en medio de las lágrimas reflexionaba. No lloraba por nostalgia de su casa o su vida anterior; no lloraba por encontrarse en un lugar nuevo y desconocido y entre extraños; no lo podía negar: lloraba de la felicidad que sentía. Con esos pensamientos se quedó dormida hasta las seis, cuando la hermana María de Jesús tocó a su puerta.

En la cena conoció a Ethel, quien de inmediato le informó que ella era prima de los dueños de la *Endurance*, hermana de la cocinera del convento en San Andrés, las únicas de esa familia que se habían convertido al catolicismo.

La hermana María José se preguntó si acaso existía un poder que controlaba las coincidencias. ¿Era acaso el deseo de estar con Henley, de conocerlo más, lo que hacía que encontrara estas coincidencias que sin lugar a dudas contribuían a su recuerdo? ¿Acaso alguien no creía en su vocación?

Comió con deleite la langosta, la yuca, la batata dulce y el postre, un pan de maíz que le fascinó.

A las siete, todas entraron en la capilla, dieron las gracias en sus devociones, se dijeron «buenas noches» y subieron a sus celdas.

La hermana María José no tenía sueño, y se dedicó a poner sus cosas en orden. Tomó la muñeca debutante austriaca, regalo de Henley, y la guardó. No sabía qué pensaría la madre al ver destacada en su celda una figura de una vida a la que ellas habían renunciado. Miró por una ventana. Descubrió otra isla separada de la principal con muy pocas casas. Las montañas tenían figuras humanas y había una que llegaba al mar formando una especie de cabeza que se distinguía claramente con la luz que reflejaba la luna sobre todo a su alrededor.

Desde la otra ventana se distinguía el camino sin pavimentar, enfrente de la iglesia de madera y la casa, y a su lado, otra casa del mismo tamaño que la ocupada por ellos, pero con un balcón. Más adelante, otras casitas más pequeñas y detrás de la iglesia otras más, todas iluminadas con una tenue luz que hacía competencia con la noche de luna llena. Las montañas frenaban la imaginación. No era posible saber qué existía detrás de ellas. Una en especial estaba rajada en el medio como si alguien le hubiera dado un machetazo para poder ver al otro lado.

Se acostó pensando dónde viviría Henley. Ya sabía que su lugar de origen era Providencia, pero no se atrevió a preguntar dónde vivía, y ahora, dónde estaría, qué estaría haciendo. Allí estaba la *Endurance*, con una linterna colgada en las cuerdas del flechaste. Se acostó pensando en que no había sentido el maltrato del convento en San Andrés sino hasta llegar a Providencia. La Virgen la había ayudado a que pasara inadvertido.

Escuchó pasos por el camino y una conversación que la hizo brincar de la cama y abrir un poco la cortina blanca de la ventana. La persona hablaba con acento norteamericano y era la voz de Henley: le decía a quien lo acompañaba que saldrían el lunes a las seis de la tarde y recibiría el ganado a las cinco, no antes y menos después de las seis de la tarde. Cuando pasó

frente a la casa, miró, y ella por poco abre más la cortina para que se diera cuenta de que ella estaba allí, pero pensó: «Todo me sale sin provocarlo, esto también será así».

Cuando Henley y la persona que lo acompañaba llegaron al camino que compartía la iglesia con la casa del frente, subieron, y de inmediato de la casa se escucharon saludos; todos hablaban y ella nada entendía. Unas personas salieron al balcón, y la hermana María José pudo ver claramente con la luz de la luna que se trataba de una señora mayor y dos más jóvenes.

—¡San Judas! —exclamó—. ¿Será que Henley le está haciendo visita a su novia?

Después de todo, ella no sabía si era casado o soltero, pero san Judas lo había permitido, así que no se sentía en pecado. En la casa hablaron, se rieron, y solamente cuando Henley hablaba, ella entendía. Les habló de su visita a Colón, ellas preguntaron algo sobre familiares y él respondió. Sentado donde él estaba, Henley podía ver cualquier movimiento en la casa de enfrente, donde estaba ella. Y fuera imaginación o no, ella sentía que él ya había descubierto la abertura de la cortina, y quién sabe si la cabeza sin la toca o pañuelo alguno.

Como a las nueve de la noche, cuando alguna de las hermanas ya roncaba, y se escuchaba que otra rezaba y que la madre Ana seguramente estaba haciendo cuentas, pues la luz de su lámpara de queroseno resplandecía en el cielo raso, hubo un grito de «*Henley, sing!*»<sup>59</sup> y, después, silencio hasta cuando se escucharon unos dedos acariciando las cuerdas de una guitarra como lo hacía Henley, y de la emoción, la hermana María José terminó abriendo más la cortina. Henley inició su serenata con *When Irish Eyes Are Smiling*, la canción que ella había cantado en la goleta. Después cantó *Let Me Call You «Sweetheart»*,

.....

<sup>59</sup> ¡Henley, canta!

*Surrender*<sup>60</sup>, *May I Never Love Again*<sup>61</sup> y *Don't Blame Me*. Ella se recostó contra el quicio de la ventana y lloró de la emoción.

Henley cantó hasta las once de la noche; después, junto con su acompañante, tomaron de nuevo el camino por donde habían venido, no sin que antes él mirara la casa donde estaba la hermana María José, colocara un dedo sobre sus labios y enviara un beso hacia la ventana.

La hermana María José, a pesar del desvelo, a las cinco se levantó, bajó hasta el baño y se alistó antes que todas para la misa de las seis. Cuando el padre David llegó a la capilla de la casa, preguntó si alguna necesitaba confesión.

—Yo, padre —dijo ella.

Él se alistó y arrodillado frente al altar le recibió su confesión.

Ella repitió lo mismo que en San Andrés:

—Padre, no quiero considerar que algo que siento es pecado, pero deme una penitencia hasta descubrir mi verdad.

El padre, un poco sorprendido, le dijo:

—No te preocupes, hija; todos llegamos aquí con esa confusión. Desde algún lugar de la casa busca a la Virgen que está encima de la cabeza de Morgan y le rezas un rosario.

Confundida, la hermana María José salió, comulgó y en el desayuno les preguntó a las otras:

—¿Dónde queda la cabeza de Morgan?

La hermana María Elena, muerta de la risa, exclamó:

—Es esa roca en Santa Catalina que parece una cabeza. Unos sacerdotes ingleses o irlandeses colocaron la Virgen allí, pero es tanta la maleza que más bien parece un turupe que le dieron a la cabeza del pobre Morgan. Tienes que imaginar que la Virgen está allí, no verla, pero es la penitencia favorita del padre David.

.....  
<sup>60</sup> *Rendirse.*

<sup>61</sup> *Que no vuelva a amar.*

A las nueve de la mañana regresó el padre David y se sentó con la hermana María José en la salita; él le explicó las tareas que tendría en Providencia. Ella ya sabía que la madre Ana era la encargada de enseñar urbanidad, costura y geografía. La hermana María Elena, matemáticas y religión. La hermana María de Jesús era la administradora, atendía todo respecto a las dos casas y la iglesia, y además era la enfermera. Y la hermana María José tendría a su cargo español, inglés e historia. Paso seguido, el padre David invitó a la hermana María José a conocer la casa cural y una pequeña biblioteca, donde, además de algunos libros, él tenía guardadas unas cartas y unos informes escritos en alemán y en inglés que necesitaba que ella, con el tiempo, le tradujera.

La hermana María José, junto con el padre David, pisó por primera vez el camino frente a la casa de las hermanas, por donde la noche anterior Henley también había pasado. Entraron en la iglesia, ella dio una mirada a su alrededor para descubrir un lugar bastante exento de ostentación y lujo. Se dijo: «Me gusta. Es la imagen que yo tengo de la vida de Jesús en la Tierra».

Bancas hechas en la isla, un altar principal y dos pequeños, a ambos lados un confesionario, todo de madera.

Para su sorpresa, había un órgano de viento y preguntó:

—¿Quién toca el órgano, padre David?

—Los ratones. Ninguna de las hermanas conoce de música, y yo a duras penas toco la campana.

La hermana María José sacó la banca del órgano, se sentó, lo abrió, pasó las yemas de sus dedos por las teclas, sin accionar los pedales, como acariciándolo. Después decidió accionar los pedales y, sin permiso, introducción o preludeo alguno, inició el *Ave María* de Schubert. Lo cantó en alemán con un sentimiento y con una voz tales que toda la pequeña iglesia se llenó de ella, y por puertas y ventanas salió hacia la bahía de

Providencia. Los vecinos llegaron y extasiados escuchaban, lo mismo las hermanas y Aska, el loco del pueblo, que pasaba a metros de distancia.

A la salida, el padre David la presentó ante la dueña de la casa vecina a la iglesia, casa que había visitado Henley la noche anterior, y le contó que los padres de *miss* Jane habían regalado todos los terrenos que ocupaba la misión. La presentó igualmente ante las dos hijas: Rose, que se encontraba próxima a casarse, y Silvia, una joven de unos dieciocho años que nació con una dislocación de cadera. La noticia del matrimonio de Rose la dejó turbada, y casi no encontraba palabras para agradecer la presentación. Lo único que pudo decir fue:

—Escuché anoche la linda serenata que te cantó tu novio.

—No, mi novio no canta —aclaró Rose—, quien cantaba anoche era mi primo Henley, el piloto de la *Endurance*. Canta lindo, ¿cierto?

El alma de la hermana María José volvió al cuerpo, y afirmó que sí, que Henley cantaba muy bonito.

—Y tú también —dijo Rose—. Nunca habíamos escuchado ese himno, es lindo; mi mamá lloró al escucharte. ¿Cantarás el domingo en la misa?

—Sí, si me permiten —respondió la hermana María José.

—Hermana María José, estarás encargada igualmente de los cantos de la misa y la enseñanza de canto en la escuela —comentó el padre.

El domingo en la mañana, la hermana María José ayudó a la hermana María de Jesús a alistar la iglesia para la misa de las nueve y treinta. A las nueve y veinte, las cuatro monjas pasaron a la iglesia, y detrás de ellas, el padre David. Subieron los escalones de la calle al atrio de la iglesia, y de inmediato la hermana María José reconoció a Henley, quien —vestido de pantalón azul, camisa blanca, una corbata azul con líneas

rojas y su sombrero de vaquero— charlaba con otras personas. Las hermanas saludaron con sonrisas a los presentes y entraron a la iglesia. De inmediato hombres y mujeres se dedicaron a elogiar la belleza de la nueva monja. Todos entraron un rato después. El padre salió de la sacristía, entró al presbiterio y se inició la misa. Se cantaron dos himnos en inglés, que la hermana acompañó con el órgano, pero ella no cantó. Quería escuchar las voces de la isla. Cuando llegó el momento de la elevación del Santísimo, la hermana María José cantó nuevamente el *Ave María* de Schubert. No hubo persona en la iglesia que no se sintiera conmovida con la dulzura de la voz de la hermana. Las paredes de la pequeña iglesia devolvían el eco, y la emoción fue compartida por todos los presentes. Henley, quien se había quedado de pie detrás de la última banca, también reconoció la emoción que la voz de la hermana María José producía en él, aunque ya la había escuchado cantar, pero aquí fue distinto, incomparable. Cuando la hermana María José inició el canto, el padre David, en vez de las plegarias en la elevación del Santísimo, pensó: «¡Dios mío! ¿Qué hace esta mujer en un convento?».

Terminada la misa, no hubo sino elogios por el cambio en la celebración. Los fieles se dispersaron, pero Henley pasó a la casa vecina de su prima, quien lo había invitado a almorzar. A la vez estaban sorprendidos y encantados de las visitas que Henley hacía últimamente a la iglesia católica.

Las hermanas y el padre David almorzaron juntos, una costumbre de los días feriados. El resto de la semana, el padre David recibía las comidas en su casa. Durante la cena, el padre David, sin preámbulos, le preguntó a la hermana María José si había recibido clases de canto y ella respondió que sí.

—¿Dónde? —quiso saber él.

—En Austria y luego en Estados Unidos —le contestó.

El padre no habló más del asunto. Bien sabía él que las otras hermanas no habían salido de Colombia. Haber llegado a Providencia era para ellas como un viaje al exterior.

A la hora de la siesta, la hermana María José pudo escuchar muy bien la conversación de la casa de *miss* Janie, como la llamaban las otras hermanas y el padre. Henley, según parece, era de confianza de la casa, pues lo vio en el balcón sin camisa, muy serio, arreglándole algo a *miss* Janie. También lo pilló mirando hacia la casa de las hermanas en varias ocasiones. Después, un silencio de domingo invadió la casa y los alrededores. Ella supuso que todos estaban guardando el debido respeto al día. No pudo dormir, tampoco logró dejar de mirar hacia la casa vecina.

A las cuatro de la tarde se alistó para acompañar al padre en las clases de catecismo, y caminaba hacia la iglesia cuando Henley salió de la casa de su prima y se encontró con ella en las escaleras de la iglesia. Él la miró y dijo:

—*Please, Sister María José, I need to talk to you*<sup>62</sup>.

Ella apenas pudo decir:

—*Henley, please not here*<sup>63</sup>.

El padre David, quien pensó que Henley lo esperaba, le preguntó si le había gustado la misa y a qué hora saldría la goleta para San Andrés al día siguiente. Henley le dijo:

—A las seis de la tarde, mañana. Si necesita algo de Colón, o Cartagena, mañana a las tres.

El padre le agradeció y Henley se despidió y se alejó.

Antes de que llegaran los niños y, según el padre David, algunos mayores, él le contó a la hermana María José:

.....  
<sup>62</sup> Por favor, hermana María José, necesito hablar contigo.

<sup>63</sup> Henley, por favor, aquí no.

—Henley viene de una familia muy pero muy protestante. Me sorprende verlo por tercera vez en la misa. Por lo general, cuando eso sucede es que hay faldas de por medio, pero no importa; lo importante es salvar su alma. Y, hermana, tu dominio del inglés nos ayudará en eso. Henley habla español, pero prefiere hablar inglés. Si llegara con preguntas respecto a la iglesia que no puedo hacerle entender, te llamaré, te lo aseguro.

A la llegada a su casa, sus padres lo esperaban.

—Henley —le preguntó su padre, mientras él recibía de su madre un pedazo de pan de maíz y una limonada—, ¿cuán cierto es que ahora visitas con frecuencia la iglesia católica?

—Sí —contestó él—, es cierto.

La madre, entonces, preguntó:

—¿Estás tratando de convencerlos de que te casen? Sería una solución al problema que tienes con Izabela, aunque ella dice que jamás se casaría por esa iglesia.

—Ma —dijo Henley—, no me importa en lo más mínimo lo que dice Izabela. Ustedes me armaron matrimonio con base en las mentiras y fantasías de Izabela. Para complacerlos acepté casarme con ella.

—También podrías casarte por la iglesia adventista y luego hacerlo por la ley —añadió la señora Rosalía.

—No lo haré, ma —replicó él.

—Henley, ¿tú no quieres a Izabela?

—Les dije que quiero a Izabela como una prima y ese sentimiento no ha cambiado —repuso Henley.

Con lo anterior, subió a su alcoba, se desnudó y se acostó a dormir las dos horas que faltaban para lo que denominaban *Benediction*<sup>64</sup> del domingo en la noche. Sería la última

.....  
<sup>64</sup> Bendición.

vez en este viaje que tendría la oportunidad de ver a la hermana María José. Aunque de lejos, llevaría con él el recuerdo de esos dos inolvidables viajes con ella.

Henley salía de la casa a las seis y cuarenta y cinco, calculando que pasar de Santa Catalina a Santa Isabel le llevaría unos diez minutos, y menos de cinco para llegar a la iglesia. Vio a su madre fritando pescado en el fogón hecho de un tambor de queroseno lleno de piedras y arena, y que utilizaba —según ella— para no impregnar su cocina con el olor del pescado. Ella le preguntó si pensaba irse sin cenar y él le contestó que no tenía hambre. Estaba por bajar al bote cuando volvió la mirada de su madre y se dijo:

—No me imagino a la hermana María José fritando pescado.

Andaba por el camino hacia la iglesia cuando escuchó pasos rápidos y desesperados; volteó a mirar, y para su sorpresa descubrió que era su prima Ethel, la cocinera de las hermanas, y míster Frank, el que atendía todas las torceduras de pies y manos en la isla. Sin preguntar, Ethel le dijo, mientras tomaba el mismo paso que ellos:

—La hermana María José venía a la cocina y se cayó entre una de las tablas del muelle de entrada y parece que se rompió el tobillo. Está llorando del dolor y lo tiene muy hinchado.

Henley —sin preguntar más— los acompañó, pero se detuvo en la esquina de la iglesia. Ethel tocó la puerta del convento; la madre Ana la hizo entrar con el señor Frank y cerró de nuevo. Al rato se escuchó un grito y una palangana disparada; después la puerta se abrió y salió míster Frank. Se dirigió hacia donde estaba parado Henley y le dijo:

—Cap, necesito un hombre fuerte para que me ayude.

Henley lo siguió sin preguntas. Al entrar en la casa, Henley saludó a la madre:

—Buenas noches.

Se quitó el sombrero y lo tenía en la mano mientras miraba a la hermana María José, quien estaba sentada en una silla con la cabeza destapada, el hábito levantado más allá de la rodilla, el pie derecho encima de otra silla, llorando.

En el suelo estaba volcada la palangana que había pateado cuando míster Frank trató de trabajar con las otras dos hermanas sosteniéndola. Ethel, arrodillada, secaba el agua que se había regado en el piso. Ni siquiera se habían dado cuenta de la entrada de Henley.

Míster Frank se dirigió a la madre Ana:

—Tengo que hacerlo de otra forma, si usted lo permite.

Sabía muy bien, aunque no era católico, que las hermanas necesitaban dar permiso para todo. La madre comprendió y dijo:

—Usted es el médico.

En ese momento la hermana María José levantó la cabeza, vio a Henley y su cara se enrojeció más. Míster Frank llegó a su lado y le explicó que las hermanas no habían sido capaces de mantenerla en la posición que él necesitaba para colocar el hueso en su lugar y, por lo tanto, el capitán Henley le ayudaría. A continuación, le pidió que se levantara sobre el pie izquierdo, y ella obedeció. Entonces hizo sentar a Henley —quien había colaborado antes con otra persona—. Este sabía muy bien lo que tendría que hacer, y estaba preocupado pensando en si la emoción de tenerla tan cerca no le impediría sostenerla como se necesitaba. Henley se sentó y míster Frank le pidió a la hermana María José que se sentara en las piernas de Henley. Ella miró a la madre, y esta, con una leve inclinación de la cabeza, le dio el permiso. De inmediato Henley pasó su brazo derecho sobre el hombro derecho de la hermana María José y el brazo izquierdo por la cintura. Míster Frank le pidió a la hermana María José que se agarrara a los

brazos de Henley, y así lo hizo. Y el mismo míster Frank colocó la pierna izquierda de Henley encima de la izquierda de la hermana María José, para evitar que volviera a patear. De no ser por la presencia de la madre Ana, las otras dos monjas, Ethel y Frank, Henley sabía que habría quedado mal. La sostenía y trataba de blanquear su mente. Cuando míster Frank tomó el pie derecho de la hermana María José, Henley cerró los ojos. Míster Frank lo secó, le puso un ungüento y le dijo en creole a Henley:

—*When I se «one», grab her*<sup>65</sup>.

La hermana María José le entendió, trató de zafarse del cerco de Henley. Él la apretó más, y le dijo muy quedo:

—*Honey, don't worry, it will be quick*<sup>66</sup>.

Y ella incrustó su cabeza en el cuello de Henley. Míster Frank siguió sobando el área afectada y Henley le gritó:

—*Okay, Frank!*<sup>67</sup>

—*One!*<sup>68</sup> —dijo este, y torció.

Se escuchó el paso del hueso, y al grito de la hermana María José lo amortiguó el cuello de Henley. Ella quedó completamente lívida en los brazos de Henley, quien la alzó. La madre rápidamente tomó la linterna y la hermana María de Jesús también corrió adelante, camino hacia la escalera. Henley subía con ella con dificultad por el estrecho lugar. Llegaron a la celda y la colocó en la cama que habían desvestido. La madre le dio las gracias y él de inmediato se retiró del aposento, bajó las escaleras y salió de la casa bañado en sudor. Míster Frank, al encontrarlo en la calle, le dijo:

.....  
<sup>65</sup> Cuando te diga «uno», la agarras.

<sup>66</sup> Cariño, tranquila, será rápido.

<sup>67</sup> ¡Está bien Frank!

<sup>68</sup> ¡Uno!

—*Thanks, Cap*<sup>69</sup>.

—*It was a pleasure*<sup>70</sup> —respondió Henley.

—*I don't doubt it*<sup>71</sup> —contestó míster Frank.

A Henley no le gustó la respuesta maliciosa de míster Frank, pero Dios sabe que tenía razón.

Henley asistió a la *Benediction* más por la hermana María José y después en casa revivió por horas lo acontecido. Pensaba en la coincidencia de su presencia cuando lo necesitaron, y que no le hubiera gustado saber que otro hombre la hubiera abrazado así.

A las tres de la tarde de ese lunes, Henley recogió la correspondencia del padre David, preguntó por la hermana María José a la hermana María de Jesús y se embarcó para dirigir la llegada del ganado. Ya habían cargado las naranjas; los pasajeros estaban entrando por estribor mientras el ganado lo hacía por babor; después acomodarían ganado también de ese lado. La *Endurance* salió exactamente a las seis de la tarde, con Henley como capitán y su primo Otto como piloto. El capitán Tim le había informado que él se quedaría por cinco viajes.

Desembarcaron el ganado en San Andrés y tres pasajeros no recogieron cocos, primero por tener la carga de naranjas, y segundo porque, a su manera, los plantadores de coco, exesclavos hijos y nietos de esclavos, estaban presionando la subida del precio para evitar el envío. Siguieron a Colón con las naranjas y con cuatro mujeres como pasajeras. Ellas iban en busca de sus maridos, quienes trabajaban en la zona del canal de Panamá.

.....  
<sup>69</sup> Gracias, capi.

<sup>70</sup> Fue un placer.

<sup>71</sup> No lo dudo.

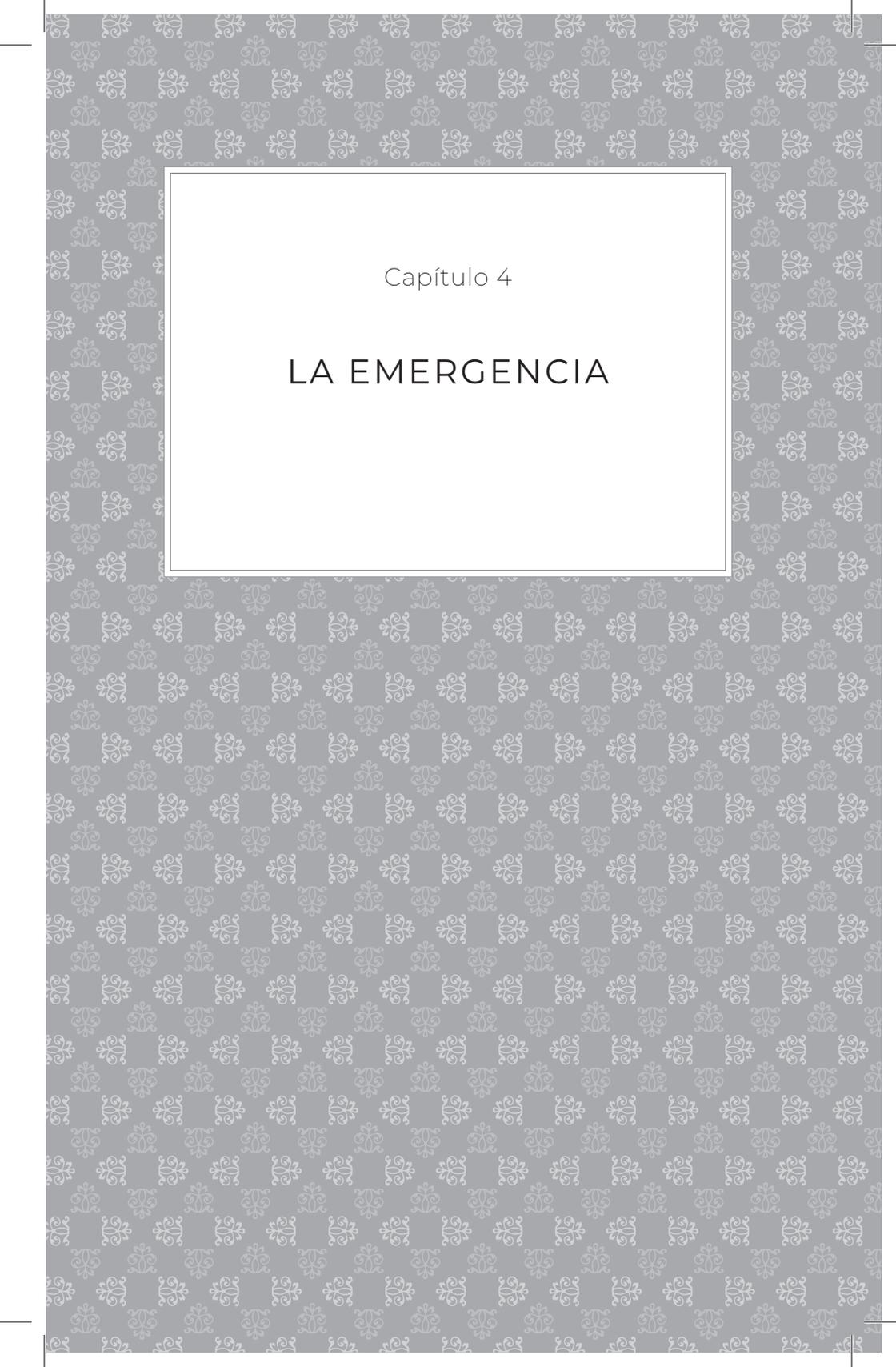
En Colón cargaron cocos de la costa y siguieron a Cartagena. A cincuenta millas de tierra, la *Endurance* empezó a hacer agua y tuvieron que bombear seguido hasta llegar a la entrada de Bocas de Ceniza y de inmediato reservar el cupo y contratar para la subida al dique seco de Cartagena. Por no haberlo previsto, y habiendo dos vapores de río que los antecedieron, tuvieron que esperar un mes y luego otro en los arreglos. El capitán Tim llegó en otra goleta, la *Urious*, y los acompañó.

Regresaron a las islas algunos meses después, a fines de noviembre. El capitán Henley asistió a misa y vio caminando a la hermana María José sin problemas; incluso visitó a su prima de la casa de enfrente a las hermanas y le dio una serenata y le cantó *Have I Stayed Away Too Long?*<sup>72</sup>, pero el encuentro más cercano fue en la misa, cuando la hermana María José remplazó a la hermana María de Jesús en la recolección de la limosna y al llegar al lugar donde estaba Henley, lo miró a los ojos y sonrió.

El lunes, la *Endurance* estaba lista para cargar naranjas para Colón cuando sucedió la emergencia.

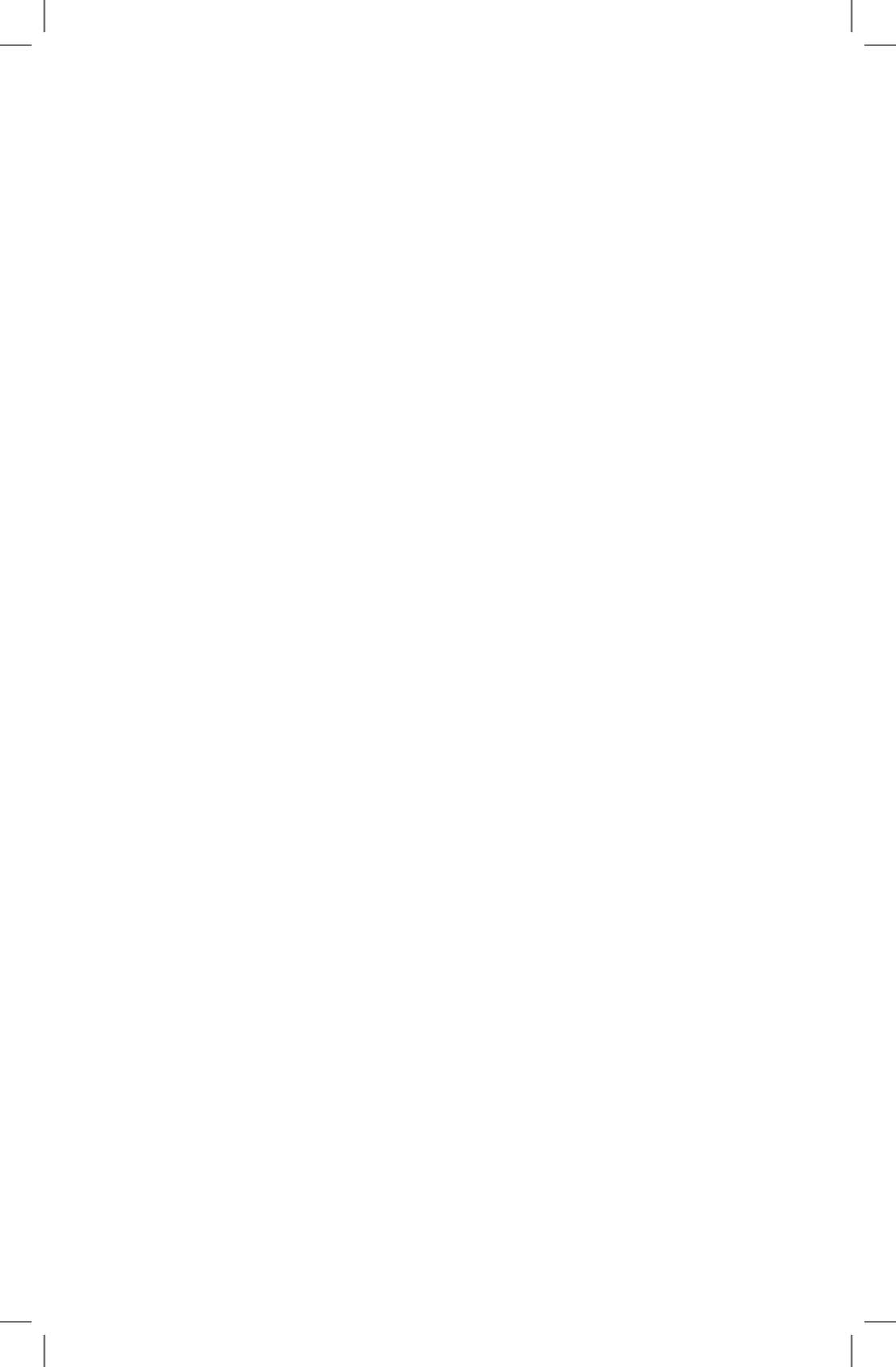
---

<sup>72</sup> ¿Me he alejado demasiado tiempo?



Capítulo 4

# LA EMERGENCIA



Era una fría mañana del mes de noviembre en Providencia, fría en el ambiente, pero muy álgida en los pensamientos y sentimientos de la hermana María José, quien venía agobiada por la inminente salida de la *Endurance* de la isla. De repente sus preocupaciones dejaron de ser la *Endurance* y Henley, y pasaron a ella misma y los malestares de náuseas, dolor abdominal, calambres y dolor en su pierna derecha. No bajó a acompañar a las otras hermanas en el desayuno, ausencia que todas detectaron, ya que igualmente había faltado a la misa diaria. La madre Ana María sospechó que seguramente eran los malestares inevitables del mes, pero cuando la hermana María de Jesús subió y tocó la puerta de la celda, escuchó quejidos y entró. Se asustó al verla hecha un nudo en la cama, quejándose de dolor en la boca del estómago, que se le extendía hacia el lado derecho, náuseas y dolor en la pierna derecha. Corrió escaleras abajo, le informó a la madre y dio su impresión personal como enfermera, pero de inmediato subió con papel y lápiz para anotar los síntomas y enviarlos al doctor Timgen. Sabía que no vendría, pero daría su diagnóstico después de leer lo que aquejaba a la enferma. Después de anotar lo que la hermana María José decía llorando, la madre Ana María de inmediato dio orden a Ethel para que acompañara a la hermana María de Jesús a llevar los datos al doctor Timgen.

Estas salieron casi corriendo, atropellándose en el camino sin pavimentar, donde las afiladas piedras y los charcos dejados por el invierno parecían estar en su contra. Subieron a Jacob Ladder, el primer barrio después del centro de Santa Isabel, donde vivía el doctor Timgen; casi sin aliento entraron al corredor de la casa y tocaron, mas nadie respondió. Lo llamaron por su nombre, y tampoco. Decidieron que, tal vez por ser lunes, y día de bastante actividad por la salida de la goleta *Endurance* a San Andrés, estaría en Santa Isabel. Bajaron corriendo al muelle, pero la búsqueda fue infructuosa: no aparecía por ninguna parte y nadie lo había visto.

Pero quien sí apareció en su bote, llegando de Santa Catalina, fue el capitán Henley, que sorprendido les preguntó qué hacían tan temprano por el centro. Ethel le dijo:

—La hermana María José está mal, muy enferma; fuimos a buscar al doctor Timgen pero no está.

La noticia desdibujó el semblante siempre serio pero picaresco de Henley y tomó un aspecto duro y preocupado. Las pequeñas líneas alrededor de sus ojos —marcadas por el constante escudriñar mirando el horizonte, las estrellas y todo lo que su oficio exigía— se acentuaron y pareció madurar en instantes. Y sin pedir explicaciones o permiso, les dijo:

—Vuelvan ustedes al convento. Yo lo encontraré.

Ellas le agradecieron, le dieron la nota y se devolvieron por el camino a la casa de las hermanas.

Henley subió a la casa del doctor y, para su sorpresa, lo encontró sentado en una mecedora en el balcón de su casa. El doctor, sonriente, lo recibió:

—Buenos días, capitán. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Mucho —respondió Henley—. Necesito que lea esta nota.

El doctor miró la nota y dijo:

—Henley, lo siento. Dígales que nada puedo hacer. Esto es de cirugía, son síntomas de apendicitis. Tienen que salir de la isla sin demora. A San Andrés o Colón.

—Y doc, ¿no receta o recomienda algo para aliviar los síntomas hasta nuestra llegada a uno de los dos puertos? —preguntó Henley.

El doctor tomó la nota y escribió:

—Mantenga a la paciente con gotas de agua y sin movimientos bruscos.

Henley le dio las gracias y salió disparado hacia el muelle. Allí tomó nuevamente el bote de su casa y remó hasta la *Endurance*. Llamó a Otto y le dio orden de que bajara la embarcación lo más cerca posible a la misión católica, y con dos marineros de la goleta llegó hasta el muelle de la misión. Lo esperaban la madre y el padre David, que ya sabían que él traería la respuesta del doctor Timgen. Él los miró, y entregando la nota a la madre, informó:

—El doctor Timgen dice que nada puede hacer aquí; son síntomas de apendicitis. Es un caso para San Andrés, si el doctor Levin está, o para Colón. Madre Ana María, ya di órdenes de que pasaran la nave lo más cerca posible de aquí. Yo la llevaré a donde ustedes decidan. No necesito zarpe; es una emergencia. Los pasaportes únicamente.

Afortunadamente, a la hermana María de Jesús le habían sacado pasaporte cuando le anunciaron el viaje a San Andrés. Eran tan desconocidas las islas que pensaron que, si el idioma era el inglés, necesitaría pasaporte.

Entre tanto, todos los vecinos de los barrios del círculo de la bahía estaban sorprendidos y algo perplejos de ver que la goleta izaba unas velas tan temprano, cuando no tenía planes de viajar antes de las seis de la tarde y no había llovido para

tener que secarlas y evitar que se pudrieran. El capitán Tim, igualmente, en compañía de su hermano, el capitán Carl, el padre de Henley, miraban estupefactos las maniobras, y de un momento a otro el capitán Tim dijo:

—Carl, voy a ver qué está pasando; creo que Henley tiene problemas.

Tomó su bote y se dirigió a la goleta que elevaba sus anclas en ese momento. Ya Otto, como piloto, había dado órdenes de izar las velas del foque y la mesana únicamente; calculó que con esas dos llegaría bien hasta el lugar ordenado por Henley. Al subir, el capitán Tim le preguntó a Otto sobre la orden que había recibido. Este la repitió y entonces dijo:

—Tomo el mando.

Él sabía que por más educado y caballeroso que fuera Henley, lo que estaba haciendo solo lo haría por la hermana María José, quien se había metido en su corazón como una astilla.

La hermana María de Jesús escuchó el diagnóstico, corrió a la celda de la hermana María José y le informó que la llevarían al médico. La envolvió rápidamente en una cobija en la forma como se hacía con los recién nacidos indios, y buscó y recogió cosas personales de la hermana María José, corrió a su celda e hizo lo mismo con lo suyo. Ella sabía que, de viajar, tendría que ir acompañada y la designada sería ella.

¿Para qué esperar la orden de la madre Ana María? Mientras tanto, la madre superiora y el padre David lo decidieron: se iría acompañada de la hermana María de Jesús.

La madre Ana María llamó a la hermana María de Jesús y le comunicó su decisión, a lo que ella respondió:

—Estamos listas.

Entonces no había más remedio sino solicitar el favor a Henley de bajar a la enferma del piso que ya conocía y de la celda a la que también había entrado. Henley subió corriendo las

escaleras y entró en la celda. Encontró que la hermana María José era un bulto bien ideado por la hermana María de Jesús, fácil de levantar de la cama. Su cara, lo único despejado, estaba enrojecida pero bella, y susurrando en inglés él le dijo:

—*Don't worry. I will take care of you*<sup>73</sup>.

Ella apenas respondió:

—*Thank you, Henley*<sup>74</sup>.

Él la bajó. Lo precedía la madre y atrás le seguía la hermana María de Jesús con dos maleticas. Bajaron al muelle donde permanecían los dos marineros, que habían asegurado el bote desde el momento en que llegaron y, juntos, la recibieron y la tuvieron en sus brazos hasta que Henley bajó al bote, se sentó y la recibió. El padre David desde el muelle dio su bendición y la madre le entregó a Henley el sobre que contenía los pasaportes y trescientos dólares en efectivo. El bote fue desamarrado del muelle y de inmediato salió rumbo a la goleta.

En Santa Isabel, el más católico de los barrios, se divulgó la noticia de que una de las monjas se estaba muriendo, y la comunidad barajaba los nombres hasta cuando se dieron cuenta de que no era la madre Ana María, al verla en el muelle, y de que no era la hermana María de Jesús, pues la vieron en el bote. Entonces, o era la hermana María Elena o, ¡Dios mío!, la hermana María José, que en el poco tiempo que llevaba en la isla se había robado el corazón de muchos.

A bordo, el capitán Tim se apersonó de las órdenes de Henley y logró —con la poca brisa de la mañana— mantener la goleta a poca distancia de tierra y a la vez lo más cerca posible de la misión. A diferencia de San Andrés, la bahía de Providencia es profunda casi hasta el encuentro del mar con

73 Tranquila, yo te voy a cuidar.

74 Gracias, Henley.

la tierra. Los vio llegar y dio las instrucciones para la subida. Todos los marineros se lanzaron a ayudar, arriesgándose a caer al mar, pero lograron subir a la enferma cómodamente, sin ningún golpe, y Henley, que había ganado la cubierta de un solo salto, la recibió y la llevó a su cabina y su camarote. El capitán Tim bajó y le dijo:

—Yo iré con ustedes. ¿A dónde piensas ir?

Henley respondió:

—Colón son dos días. San Andrés, 24 horas, pero no sé si encontraremos al doctor Levin en la isla. Creo que lo mejor es preguntar a María José —lo dijo sin anteponer *hermana*, como solía hacerlo en público.

Entró en la cabina, se arrodilló ante ella y, rozando con sus dedos suavemente la frente sudorosa de la enferma, le preguntó:

—Hermana María José: ¿crees que aguantarías el viaje a Colón o prefieres que te llevemos a San Andrés?

Ella respondió:

—Henley, si he de morir, no hay otro lugar donde quisiera que sucediera, y una tumba en el mar sería mi deseo. Confío en tu decisión.

Henley subió y le informó al capitán Tim:

—¡Nos vamos para Colón! ¿Cuántos hombres tengo a bordo?

—Todos —respondió el capitán—. Más bien te sobra Otto, tiene tiempo de bajar si quieres.

Henley lo llamó y le dijo, pero este respondió que los acompañaría. El capitán Tim le dijo entonces a Henley:

—Encárgate tú de la enferma; nosotros llevaremos el barco —y de inmediato gritó—: ¡Leven anclas! —Él mismo tomó el timón y viró a estribor; después, aprovechando que tenía buen viento en popa, viró la proa hacia la salida de la bahía. En seguida ordenó subir la vela mayor e inició sus planes de la travesía y tomó completa posesión de la nave.

La hermana María de Jesús, entre tanto, hablaba con el cocinero, míster Tom —como le decían todos cuando querían una segunda porción de su comida— o Black Tom, como le decían por lo regular. Era el único marinero del pueblo de Bottom House<sup>75</sup>, caserío dedicado a las plantaciones, por ser, junto con Old Town<sup>76</sup>, uno de los lugares más planos de la isla, y donde los puritanos habían confinado a los negros esclavos libertos que encontraron en la isla, y luego a los que ellos mismos importaban. Black Tom había admirado a la hermana María José desde que la escuchó cantar esa noche en la goleta, y después en misa, y ahora, al saber el diagnóstico de Timgen, le daba sugerencias a la hermana María de Jesús, mientras le contaba que él no solo era el encargado de la cocina, sino también de los pasajeros que se enfermaban y de la tripulación. Era definitivamente el cocinero y el médico del barco, según decía.

Antes de la salida, los marineros habían subido los dos botes salvavidas de la *Endurance*, el bote del capitán Tim y el bote de la casa de Henley, peso que les ayudaría como lastre, ya que las escotillas estaban vacías. Precisamente esa mañana pensaban cargar naranjas para Colón. Todos los habitantes de Santa Catalina, Santa Isabel, Free Town<sup>77</sup> y Old Town estaban en las playas, casas, muelles, fincas, botes, canoas, y miraban. Todos sabían que era una emergencia, pero estaban sorprendidos y se preguntaban quién sería la persona enferma para que, tanto el capitán Tim, el capitán Henley y el piloto Otto, se apersonaran del asunto. Se dieron cuenta de que no se trataba de alguna de las esposas, que miraban incrédulas lo que pasaba. Junto a ellas estaba Izabela, quien comentó en voz alta:

.....  
<sup>75</sup> Casa Baja.

<sup>76</sup> Pueblo Viejo.

<sup>77</sup> Pueblo Libre.

—Esa religión católica se le metió en los huesos a Henley. Habían logrado unas tres millas cuando el capitán Tim le dijo a Henley, quien acababa de visitar por quinta vez a la hermana María José:

—Henley, mira lo que está arrastrando la corriente. Allá afuera hay una brisa que nos llevaría en menos de dos días a Colón, pero sería un viaje bien pesado y peligroso para la enferma. ¿Qué dices? O subimos costeando donde la marea sería menos fuerte y llegaría más descansada.

—Tío —respondió Henley—, ella es fuerte y valerosa; lo aguantará. Nos iremos por la ruta que nos lleve más rápido.

El cocinero, míster Tom, seguía averiguando con la hermana María de Jesús las condiciones de la enferma: si estaba sudando, era buena señal; quería decir que la fiebre estaba bajando. Había que darle —como la enfermera lo sabía— agua por gotas.

En eso llegó Henley cambiado de ropa y listo para el viaje. Míster Tom le dijo:

—Cap, yo quiero ayudar.

—Todos queremos y todos estamos haciendo lo que podemos —respondió Henley.

—Pero es que a mí me gustaría aliviarla un poco —insistió míster Tom.

—¿Cómo? —preguntó Henley—, ¿tal vez empeorándola con tus unguentos?

Entonces la hermana María de Jesús dijo:

—Capitán, yo respondo; traiga su remedio.

Como ya lo tenía listo, míster Tom no demoró en aparecer con dos almohadillas que olían a ajo en una palangana con agua, y le dijo a la hermana:

—Póngala en el lugar que más duele y cámbiela cuando se caliente. Mantenga una siempre en agua, trate de que ella

orine lo que más pueda y que haga del cuerpo. Si logramos bajar los intestinos, se sentirá aliviada.

La hermana María de Jesús, al entrar, encontró a Henley nuevamente arrodillado al lado de la hermana María José, secándole la frente. La hermana María de Jesús, preocupada y ya mareada como estaba, le dio poca importancia y agradeció toda la ayuda que recibía. Decidió entonces que, en vista de que ya estaba sudando, la despojaría del abrigo. Henley salió y la hermana María de Jesús dejó a la enferma solo en su bata de dormir, hasta le quitó la ropa interior, toda empapada de sudor, y le colocó el emplasto de ajo. Hasta allí llegó su ayuda, pues decidió acostarse en uno de los camarotes de la cabina de pasajeros.

Tanto el piloto Otto como los otros marineros se ofrecieron para sustituir al capitán Tim en el timón, pero él les decía que lo haría solo hasta cansarse; que él había traído a la hermana María José a Providencia y la llevaría nuevamente.

Henley, al darse cuenta de lo mareada que estaba la hermana María de Jesús, se dedicó por completo a la enferma. La llamaba solamente para cambiar el emplasto cuando sospechaba que el calor del cuerpo lo había secado. La hermana María de Jesús llegaba dando tumbos, lo cambiaba y se retiraba otra vez al camarote. Henley y Black Tom se encargaron de suministrar el agua a gotas.

Henley pasó horas sentado en el piso al lado del camarote, llenaba hojas y hojas de la bitácora de la *Endurance*, atento a cualquier movimiento de la hermana María José, y le cantó *I Can't Begin to Tell You* y *'Till The End of Time*<sup>78</sup>.

A las diez de la noche se encontraron con una corriente que arrastraba todo un bosque, árboles y troncos que difícilmente

.....  
<sup>78</sup> Hasta el fin de los tiempos.

lograban esquivar. Las velas estaban desplegadas en toda su extensión y la embarcación bajaba y subía con las olas, lo cual no era nada agradable para los que se mareaban, y menos para una enferma. Pero Henley en todo ese trayecto no se despegó de la hermana María José. En una ocasión ella se despertó y, cuando él le preguntó cómo se sentía, respondió:

—*Henley, I love you too*<sup>79</sup> —a lo que él respondió con un beso rozándole apenas la frente.

Le ofreció más agua, que mantenían en un termo, y se alistaba para subir a llenarlo cuando apareció Black Tom, enfundado en una gabardina de caucho amarilla, con otro termo de agua. Lo dejó entrar y él subió a la cubierta.

—¿Cómo se siente? —preguntó Black Tom a la hermana María José.

—Mejor, mucho mejor —respondió ella.

El dolor en la cintura ya no era tan intenso, el de la cabeza se había aliviado, pero las piernas seguían dormidas. Pensaba: «Quiero orinar, ¿dónde está la hermana María de Jesús?». Entonces decidió pedir a Black Tom que la ayudara. Él sabía exactamente lo que quería, desde el momento en que le pidió que cerrara la puerta. Se sentó en el camarote con su espalda hacia ella y le dijo que se levantara apoyándose en él. Ella obedeció, buscó la bacinilla que estaba a su lado. Se sintió aliviada, Black Tom recibió la bacinilla y le dijo que se colocara nuevamente el emplasto. Ella obedeció, cerró los ojos y se quedó dormida.

Cuando bajó Henley a darle vuelta, encontró la puerta cerrada, miró el camarote y tocó. Le abrió Black Tom con la bacinilla en la mano. Al entrar y encontrarla completamente dormida, Henley decidió sentarse a su lado en el suelo. Entre tanto, siguió escribiendo en la bitácora sobre la emergencia.

.....  
<sup>79</sup> Henley, también te amo.

Aunque el viento era manejable, las olas no daban descanso. La mayoría de las guardias las tomaban el capitán Tim y el piloto Otto. Henley, si no estaba con la hermana María José, vigilaba el comportamiento de la embarcación, amarrando y asegurando todo. Las olas llegaban a ratos bastante altas y barrían la cubierta. La puerta de la cabina de pasajeros se mantuvo cerrada. Los descansos los tomaban el capitán y Otto, en compañía de los otros marineros, en el *fo'c's'le*<sup>80</sup>, que en las goletas se limitaba a un hueco oscuro con cuatro camarotes y, encima de estos, lo que llaman el *twin deck*<sup>81</sup>, donde se alojaban hasta tres marineros más; era el lugar donde históricamente se incubaban todos los motines en los barcos.

En la *Endurance*, más que descansar o pensar en amotinarse, hacían apuestas sobre la hora de la llegada y lo que sucedería después de izar la bandera de emergencia. Solo entraban en la cabina Henley y Black Tom, quienes atendían a la par a la hermana María José y a la hermana María de Jesús. El espectáculo de la *Endurance* capoteando las olas sería el recuerdo que el capitán Tim jamás olvidaría. En las charlas que los hombres de mar solían hacer para compartir experiencias, comentaría:

—Era como si esta pequeña nave, de solo setenta pies, hubiera entendido la necesidad que teníamos de llegar a Colón.

Repetía que la corriente les traía árboles del tamaño de los botes salvavidas, pero las olas que levantaba la *Endurance* los tiraban a un lado, sacándolos del paso.

—No habíamos alcanzado a subir comida ni agua; pero afortunadamente, el cocinero Black Tom, que siempre

.....  
<sup>80</sup> Castillo de proa. (Nota de la autora).

<sup>81</sup> Cubierta grande. (Nota de la autora).

escondía las provisiones, encontró suficientes, y los marineros pescaron y recogimos agua de lluvia. Yo les digo que Dios estaba con nosotros. Estoy convencido de que esa mujer se aferró a la vida por amor a Henley. Y les juro que, de no haber aguantado el viaje, estaba preparado a darle una trompada, o a amarrar a Henley, para evitar que se tirara al mar con ella. Porque les juro también que se habría enloquecido. Jamás pensé que Henley, que se hacía rogar por sus afectos, terminaría sucumbiendo así ante un imposible. Yo no lo dudaba. La amaba tanto, que sospeché que pensaba que su vida sin ella no tendría razón de ser.

A la madrugada del segundo día, Colón estaba a la vista. La brisa había cedido, la enferma dormía constantemente, y la hermana María de Jesús, que había logrado mantener algo en el estómago, aprendió que en las goletas en alta mar se dan pasos con los pies abiertos para no caer. Pasaron por el Break Water, el arrecife artificial construido con toneladas de columnas de piedra basáltica sacada de Culebra Cut<sup>82</sup> durante la construcción del canal, para aquietar las olas a la entrada de la bahía de Cristóbal. Una bahía del color de las esmeraldas a su entrada, pero de un café bastante oscuro cerca de los muelles y de la tierra. Y un ambiente que, desde el momento que se pasaba la barrera de las olas, hacía sentir que toda la libertad en mar abierto llegaba hasta allí y que se iniciaba el menosprecio legal permitido por las autoridades de sanidad y del puerto. En comparación con los barcos que esperaban permiso para atravesar por el canal, la pequeña embarcación parecía estar donde no debía. Izaron las banderas panameñas en sentido contrario en señal de

.....  
<sup>82</sup> Corte Culebra, un valle excavado artificialmente en el canal de Panamá.

emergencia, de inmediato llegaron los de la sanidad. Su saludo fue muy cordial. Conocían tanto al capitán Tim, como al capitán Henley.

El médico, con aire oficioso, preguntó en inglés al capitán:

—*Cap, how the hell did you make it over here in that weather?*<sup>83</sup>

El capitán Tim respondió:

—De la mano de Dios —y de inmediato preguntaron acerca de la emergencia, pues ellos visitaban las embarcaciones primero, para impedir la llegada de personas con infecciones transmisibles.

El capitán les dijo:

—Llegamos de emergencia con una monja que está con síntomas de apendicitis.

—Quiero verla —fue la respuesta del médico.

Henley hizo señal de que lo siguiera, y el médico bajó a la cabina. La hermana María José estaba despierta. Henley salió y la hermana María de Jesús se quedó mientras el médico la examinó, y sin preguntar le aplicó de inmediato una inyección para calmar el dolor.

Subió y les dijo a Henley y al capitán:

—*I too would have rode over the red sea for that one*<sup>84</sup>.

Gritó al operador de CW<sup>85</sup> que enviara un mensaje: que estarían llegando con un caso grave de apendicitis, y que ellos la llevarían de inmediato al hospital. El médico dio instrucciones de cómo sacarla. Entre Black Tom y la hermana alistaron a la hermana María José. A último momento, Henley sacó el sobre entregado por la madre Ana María, donde, según dijo, estaban los dos pasaportes, y allí conoció el verdadero nombre

.....  
<sup>83</sup> Capi, ¿cómo diablos llegaron hasta aquí con ese clima?

<sup>84</sup> Yo también habría atravesado el mar Rojo por esta.

<sup>85</sup> Código Morse. (Nota de la autora).

de la hermana María José: María Fernanda Gómez Rodas. Los entregó al servicio de inmigración que había llegado y sin problemas dieron el visto bueno a la nave. Colaboraron todos en bajar a la enferma en una camilla, y con ella, María de Jesús y Henley, la lancha de sanidad partió a toda velocidad. La hermana María José fue operada de inmediato. Henley y la hermana María de Jesús estuvieron afuera esperando hasta las diez de la noche, cuando los dejaron entrar. Primero la visitó la hermana María de Jesús. La hermana María José estaba aún bajo los efectos de la anestesia, pero reconoció a la hermana, y ella le dijo que el capitán Henley la había acompañado.

—Me dicen que me puedo quedar aquí, así que no estarás sola. La hermana María José le pidió que la dejara hablar con Henley. La hermana María de Jesús salió y Henley entró.

Se miraron y ella sonrió mientras decía:

—Tengo tanto que decir, pero no es el lugar ni el momento por ahora. Gracias a ti y a todos estoy viva.

—Nosotros no; tú te aferraste a la vida —él le respondió.

—La hermana me dijo que puede quedarse conmigo; tenemos que avisar a la comunidad en Bogotá, y ellos seguramente avisarán a San Andrés y luego a Providencia —añadió ella.

—No te preocupes —le dijo él—, yo les enviaré los mensajes que redacte la hermana María de Jesús. ¿Y tu familia, hermana María José?

—La comunidad seguramente les avisará. Y es difícil saber en qué país o ciudad está mi madre —y enseguida preguntó—: ¿cuántos días piensan estar ustedes aquí?

—Los días que se necesiten para volverte a llevar —replicó Henley.

En ese momento llegaron dos médicos jóvenes y la plática quedó interrumpida. Eran norteamericanos y le hablaron en inglés para preguntar algunos datos que necesitaban. Estaban

completamente aterrados de que ella hubiera logrado viajar en la forma en que estaba sin que se reventara el apéndice y causara una peritonitis. Ella les aseguró que había sido gracias al cocinero de la goleta, mister Tom.

La hermana María José pasó cinco días en el hospital, atendida por una comunidad de monjas norteamericanas que no era la suya, pero que no escatimaron cuidados. La hermana María de Jesús estaba siempre a su lado y Henley asumió la responsabilidad de la enferma en el hospital. La visitaba todos los días hasta que la llevaron a la casa de la comunidad religiosa que atendía parte de la administración. Allí pudo comunicarse solamente por teléfono, pero ellas le dijeron que estarían listas para viajar el 15 de diciembre.

Ese día, a las dos de la tarde, Henley, acompañado de su tío, las recogió. Habían llegado con dos maleticas, pero ahora salían con varias cajas de juguetes que les habían regalado para los niños de la isla. Llegaron a la goleta y todos los marineros aplaudieron y dieron la señal de los dedos entrelazados y levantados encima de la cabeza, que ella hacía siempre como señal de bienvenida o de despedida. Ella les respondió y les dio su mejor sonrisa. Subió a la *Endurance* por la pasarela de desembarco y Henley la recibió al final y la cargó hasta la cabina.

Encima del camarote de Henley, donde ella había viajado a Colón y donde suponía que sería su camarote de regreso a las islas, había una guitarra en su estuche. Mientras decidían si la levantaban o dónde colocarla, llegó Henley y les dijo:

—Compré esa guitarra para la misión.

Las dos quedaron sorprendidas y muy agradecidas. La hermana María José sacó la guitarra del estuche y de inmediato se dio cuenta de que Henley la había afinado. Subió con ella a la cubierta y se sentó en una esquina de la popa, detrás de la caja del timón, descansó la cintura de la guitarra en su pierna

derecha mientras pasaba sus dedos sobre las cuerdas y sacaba tonalidades. La goleta *Endurance* esperaba con paciencia que llegaran los inspectores de sanidad y de puerto. Después de recorrer en el puerto los más de diez barcos que esperaban pasar por el canal, llegaron al velero. El mismo médico que la recibió estaba de turno, y la hermana María de Jesús se lo dijo a la hermana María José, quien se levantó de inmediato y en inglés lo saludó y agradeció su ayuda en la emergencia. Él la miró, vio que tenía en la mano la guitarra y le dijo:

—Mi ayuda tiene un precio. ¿Me cantas algo?

—Claro —dijo ella—, ¿cuál es su canción favorita?

—*Las mañanitas* —respondió el médico, y ella, con una pierna doblada encima de la caja de timón, la guitarra recostada en ella, cantó.

El médico y toda la tripulación de las dos lanchas y de la goleta aplaudieron, pero la hermana María José agradeció con una leve inclinación de su cabeza y se retiró al mismo lugar donde había escogido para pasar, por lo menos, un rato fuera de la cabina.

Al despedirse el médico inspector, primero del capitán Tim y luego del capitán Henley, a este último le dijo:

—Creo que usted necesitará un médico para este viaje de regreso a las islas, capitán. Me apuntaría si no sospechara que terminaría viendo el fondo del mar en la mitad del camino —seguidamente, sin dejar que Henley respondiera, completó—: estoy convencido, es muy cierto: los enamorados creemos que nos volvemos invisibles. Está usted emprendiendo un viaje muy interesante, peligroso y de difícil regreso. *Safé trip*<sup>86</sup> —y bajó a su lancha.

.....  
<sup>86</sup> Buen viaje.

Henley lo miró sin responder, con ojos entrecerrados y cara seria, y pensó «*It's none of your damn business*»<sup>87</sup>.

Hicieron el viaje en dos días, y como la hermana María de Jesús logró acostumbrarse a viajar en goleta, la hermana María José se dedicó a enseñarle cómo respirar para cantar, y ella descubrió que sabía cantar en un contralto bastante bueno. Ambas pasaron los dos días sin contratiempos, cantando coritos religiosos y tocando la guitarra. Henley en una ocasión las acompañó y cantó *Here Comes Heaven Again*<sup>88</sup>.

A la llegada a San Andrés, aunque ni la hermana María José, ni menos Henley, querían que pasara la noche en el convento, ella sabía que era lo propio, y con sumo cuidado Henley la bajó cargada de la goleta para el bote que la llevaría a ese lugar. Allí la sentó en el muelle y luego subió para recogerla y evitar que hiciera esfuerzo alguno. Les advirtió que él las recogería para la ida a Providencia.

La sorpresa fue para todos en el convento porque, aunque ya habían recibido la noticia de la salida de urgencia a Colón, no esperaban verla tan recuperada. Tina recibió con gritos a la hermana María José y le contó tantas cosas que terminó afónica y no pudo cantar esa noche para la novena de Navidad, y la hermana María José se ofreció a remplazarla. Ella tocó y cantó el *Ave María* a la Virgen, por su recuperación y en agradecimiento a las personas que la ayudaron. Después de la novena hubo confites para los niños, y en el parque frente al convento estaban sentadas mirando a los que entraban a visitar el pesebre, cuando Tina le preguntó a la hermana María José:

—¿Por qué eres distinta de las otras, aunque dicen que eres de familia rica?

.....  
<sup>87</sup> «No es tu maldito problema».

<sup>88</sup> *Aquí viene el cielo de nuevo.*

Ella respondió:

—Yo sinceramente no entiendo de qué diferencia hablas, Tina. Lo que sí es cierto es que estoy muy agradecida de que desde muy pequeña mis tíos viajaran conmigo a muchas partes. Eso te hace una mejor persona. Como lo dijo un famoso escritor: «Los viajes desarrollan el espíritu de una manera asombrosa y acaban con todos los prejuicios que haya podido uno conservar».

—Bueno, hermana —dijo Tina—, no la entiendo, pero hasta cuando dice su merced esas cosas que una no entiende suena mejor que cuando ellas lo dicen.

—Gracias, Tina, pero no me haces sentir muy bien que digamos.

Y allí estaba. Henley había llegado vestido con pantalón y camisa caqui, se acercó, las saludó y le preguntó a la hermana María José cómo se sentía. La hermana María de Jesús se acercó también para saludarlo y él les dijo que vendría a las cinco de la tarde del día siguiente para llevarlas. Inmediatamente después llegó la madre Alicia Regina, saludó e informó a las hermanas que era hora de entrar. Se despidieron del capitán Henley y él también se retiró del lugar.

Estaban sentadas en las escaleras frente a la sala del convento cuando Tina le dijo a la hermana María José:

—Hermana, conocí el amor esta noche.

—¿Qué? —exclamó la hermana María José.

—Sí, hermana, lo vi, lo sentí.

—¿Cómo es eso, Tina? Cuéntame.

—Lo vi y lo sentí cuando llegó el capitán y la saludó.

—¿Qué dices, Tina?

—Sí, hermana, pero no se preocupe; nadie más se dio cuenta. ¿Sabe?, en la isla dicen que cuando uno se enamora descubre que la batata tiene hueso.

La hermana María José tuvo que esconder su cara para que nadie le preguntara la razón de la risa. Logró decir:

—Tina, hasta mañana. Eres todo un ángel, a pesar de que nunca te dieron las alas.

Al día siguiente las recogió Henley y puso especial cuidado en tocar a la hermana María José lo menos posible para entrarla al bote. Todas las hermanas y los sacerdotes estaban allí para despedirlas.

Salieron hacia Providencia. Tanto la hermana María José como la hermana María de Jesús decidieron que, a menos que las mandaran abajo a la cabina, tratarían de no bajar. La primera, por miedo a provocar un encuentro sola con Henley, y la otra, por el olor de la cabina. Llegaron la noche y la luna para favorecer lo que las dos decidieron que era el espectáculo más bello conocido. La inmensidad de agua, de un color casi negro a su alrededor, en esta ocasión bien pacífica, el pequeño velero, que parecía una paloma trepando la distancia, las velas blancas extendidas contra la noche, la luna saliendo perezosamente del mar. Y llegó Henley con su guitarra, y con la hermana María José cantaron y cantaron. El timón ahora estaba bajo la responsabilidad de Otto, y a veces, de Henley. En una ocasión, cuando el capitán Tim llegó y lo tomó, los escuchó y tuvo que reconocer que sus voces lo llenaban de una emoción nunca sentida. Él pensaba: «Henley, tus hijos jamás conocerán esto, te lo envidio, habría querido vivirlo y por eso decidí participar, aunque sea con migajas».

Poco antes de las doce de la noche llegó Black Tom con té caliente en una jarra y varios pocillos; de sus ojos brotaban lágrimas, y le dijo al capitán Tim, mientras miraba y escuchaba a Henley cantar *Surrender*, y a la hermana María José tocando y cantando *Tè quiero, dijiste*.

—Esta mujer —con su manera de cantar— lo hace a uno sentir una mejor persona, ¿cierto, Cap?

El capitán Tim, que también tenía la garganta atorada, a duras penas pudo asentir con la cabeza. A medianoche la hermana María José se quedó dormida bajo la cobija que a cada una les había traído Henley. Eran unas cobijas militares que él había heredado de su trabajo en el canal de Panamá, y ella puso la mitad en el piso y se arropó con la otra mitad. Quedaron tan dormidas que ninguna de las dos se dio cuenta de que se les había caído el paño de la cabeza y de que estaban con el viento descubriendo sus cabellos y con la luz de la luna iluminándoles las caras: la imagen de monjas desvanecidas completamente. Tan pronto un marinero gritó «*Land ho!*»<sup>89</sup>, Henley, quien se había quedado con el timón, las despertó. Arropadas en las cobijas bajaron y no las volvió a ver hasta cuando subieron completamente ataviadas con sus hábitos cafés, la toca y todo lo que había que añadir.

Llegaron a la madrugada, hora en que los granjeros devolvían las vacas a los campos, los pescadores entraban con sus nasas<sup>90</sup> llenas de pescados, las ventanas de las casas abrían para dejar salir los malos sueños y recibir el día, y toda Providencia surgía de nuevo de la profundidad de la noche. La hermana María José lo miraba todo como nunca lo había hecho. Estaba segura de que le gustaba este lugar. Sentía paz y amor por él y, no había duda, por la razón que la había traído a esta isla. Pero Dios sabía que también ella sentía una inmensa admiración, agradecimiento, cariño, amor y pasión por Henley,

.....  
<sup>89</sup> ¡Tierra a la vista!

<sup>90</sup> Arte de pesca que consiste en un cilindro de juncos entretejidos, con una especie de embudo dirigido hacia adentro en una de sus bases y cerrado con una tapadera en la otra para poder vaciarlo.

sentimientos algunos que, por su vocación, ella no debería alimentar. ¿Infidelidad a su vocación? ¿Pecado? ¿Traición? Ella no sabía lo que sentía, y lo peor era que no tenía remordimientos.

Le estaba tocando poner en práctica lo que predicaba sobre el tema cuando se presentaba entre amigos y parientes en Viena y en Vermont, concepto que escandalizaba a los que la escuchaban en Manizales. Alegaba que era muy cierto eso de que la fidelidad es más un deseo que un compromiso, una promesa, un juramento; no era un estado natural de las personas y no se debía obligar.

Seguía redescubriendo a Providencia, sumida en sus pensamientos, cuando la hermana María de Jesús le dijo:

—¿Te has dado cuenta de que el capitán Henley está enamorado de ti?

—Él, el médico inspector y los tres de la clínica. Hermana María de Jesús, créeme que este hábito es un afrodisíaco. Enamorarse es una cosa; amar, otra —respondió ella.

—Pues te cuento —dijo la hermana María de Jesús— que si yo llegara a tropezarme con un hombre como el capitán Henley, aunque sintiera solamente entusiasmo por mí, le diría adiós a este hábito.

Y las dos terminaron riéndose.

A la llegada de la *Endurance*, todo el que tenía en qué transportarse al barco salió a recibirlos. Uno de los primeros fue el padre David, con Calixto, su ayudante en estos menesteres. Las hermanas María José, María de Jesús y tres hombres más eran los únicos pasajeros. El padre David les dio la bienvenida y preguntó al capitán Tim cuándo le sería conveniente una visita para liquidar los gastos de la emergencia. El capitán Tim le informó que el dueño de la nave era el capitán Henley, quien en ese momento llegaba para saludar al padre.

Henley le dijo:

—Ustedes no tienen ninguna cuenta pendiente con nosotros —y en seguida añadió—: el descenso de la hermana tendrá que hacerse con mucho cuidado, y creo que es prudente que sea de inmediato, antes de que se llene el espacio de bultos y más botes.

Pasó en seguida a la escalera, seguido de las dos monjas y el padre. En el bote de la misión permitió que bajara primero la hermana María de Jesús, después el padre David y seguidamente él se paró en la escalera de tablas y cabuya e indicó a la hermana María José que iniciara el descenso. Ella colocó un pie, después el otro en el primer escalón, y entonces le dijo:

—Lo haremos como en San Andrés. Agárrate de mi cuello.

Y mientras ella obedecía, él la tomó de la cintura con la mano derecha, y con la izquierda se sostuvo para bajarla hasta el bote. Sintió su respiración en el cuello, pero logró bajarla sin que se dieran cuenta del dolor que esta proximidad les generaba a los dos.

En el bote de la goleta, Henley iba cargado con las pequeñas maletas que habían llevado y seis cajas de juguetes que las hermanas habían regalado a los niños de Providencia. Ya un poco recuperada de la impresión del descenso, la hermana María José, desde el bote, giró su cabeza y se despidió de los marineros.

Cuando llegó a la misión, el capitán Henley, que venía en el bote de la goleta, se arrimó primero al muelle y subió para esperar el otro bote. Al llegar, entró en él, tomó a la hermana María José de la cintura y la ubicó en el muelle. Él subió después, la recogió en sus brazos y la llevó hasta la casa de las hermanas. Desde allí todo fue fácil para la hermana María José. Para recibirla estaban las otras tres hermanas, Ethel y la familia vecina. Ella no se sentía enferma, y menos,

incapacitada, pero bien sabía que le habían advertido que extremara los cuidados en subidas y bajadas de escaleras y caminatas largas.

Todos subieron a la siesta menos la hermana María José, quien no quería exagerar la subida al segundo piso, y sin nada que hacer, con sumo cuidado, se sentó a la puerta que daba hacia el mar, mirando lo que hacían a bordo de la *Endurance*. Ethel le trajo un té y ella le preguntó:

—¿Y qué hay de nuevo por la isla fuera de mi emergencia?

—¡Huy, hermana! El mismo día que salieron con su merced hubo otra emergencia, pero afortunadamente no tuvieron que sacarla. Además, no había en qué.

—¿Y quién fue? ¿Qué pasó?

—Pues qué le parece: la novia del capitán Henley —respondió Ethel.

Afortunadamente, la hermana María José estaba sentada; de otra manera se habría caído. Ella nunca pensó en esa posibilidad.

—¿Y qué pasó? —volvió a preguntarle a Ethel.

—Pues esta niña loca tomó sin permiso el caballo que solamente el capitán sabe montar, trató de cruzar de Santa Catalina a Santa Isabel y el caballo se rehusó, y ella quién sabe lo que le hizo, pero el caballo la tiró al mar —contestó Ethel.

—¿Dices que es la novia del capitán Henley?

—Sí, es una prima y es como la tercera en tres años. Ella es prima mía también.

—¿Y qué pasó, se dio un baño de mar?

—Pues no, resulta que, según parece, la niña estaba embarazada y perdió el niño.

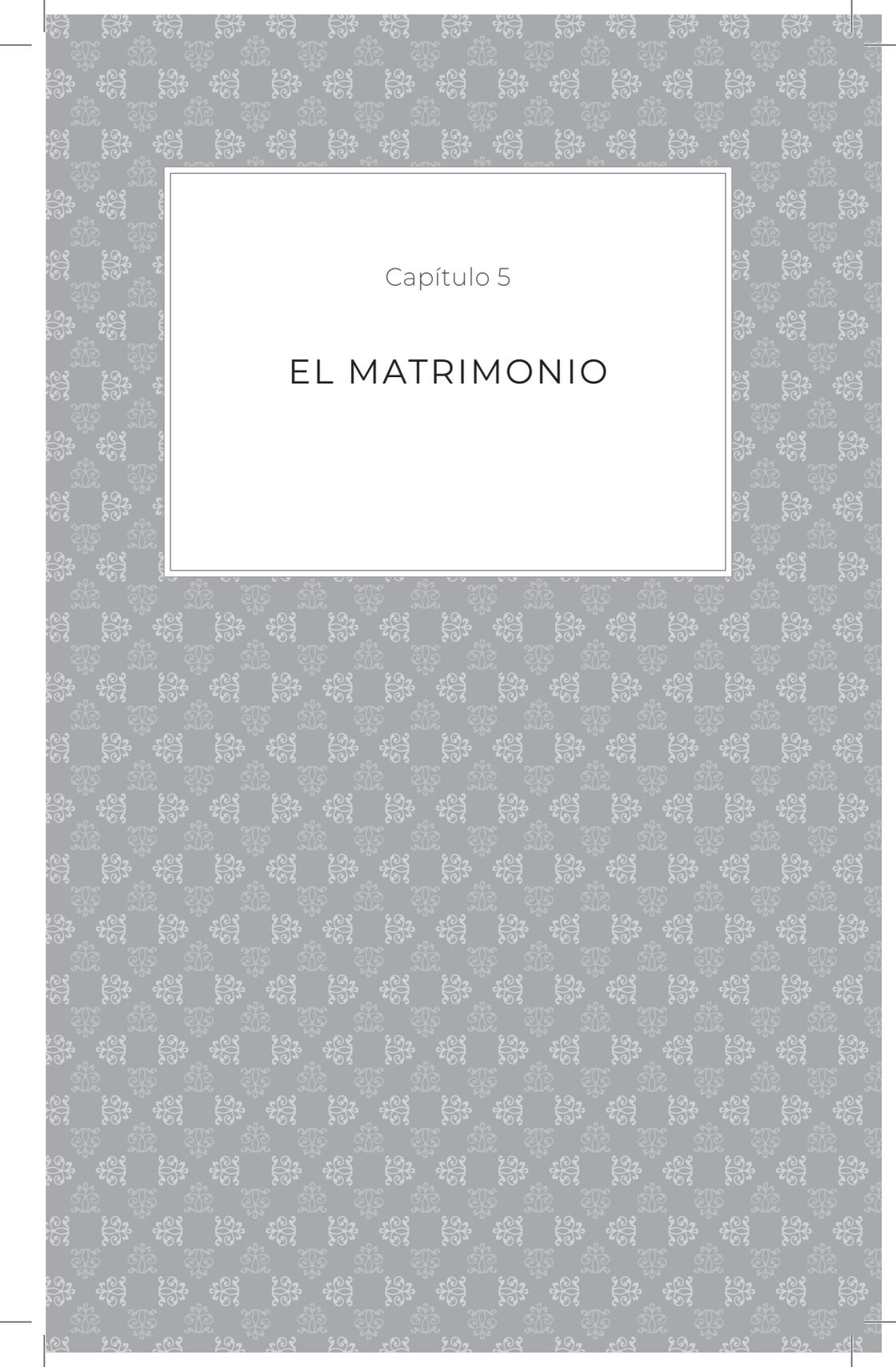
—¿Embarazada? ¿De cuántos meses?

—Según ella, unos tres. Todos hemos estado calculando la cosa y no nos da.

—¡Qué horror! —exclamó la hermana María José—. ¡Pobre capitán Henley!

—¡Qué va! —dijo Ethel—. Yo creo que no le va a importar. Él ha estado muy separado de ella. Hermana, los hombres todos son así; persiguen y persiguen, y cuando ya tienen lo que quieren... y ¡ay de que venga con consecuencias!, tranquilamente se hacen los desentendidos.

No, no podía ser. Henley no era así. La hermana María José se quedó callada. No sabía qué más decir ni qué más hacer.



Capítulo 5

# EL MATRIMONIO



Pocos días después de la llegada de las hermanas María José y María de Jesús, se iniciaron los preparativos para la celebración del matrimonio de Rose, la hija de *miss* Janie. También por intermedio de Ethel, la hermana María José supo que la *Endurance* se quedaría en las islas hasta principio de año; haría unos viajes a San Andrés solamente. Desde su llegada, la hermana María José no había vuelto a ver Henley, y estaba muy confundida. ¿A qué se debía su silencio? ¿Vergüenza, dolor por la pérdida —según Ethel—, sentimiento de culpa o de traición? También se sentía culpable. De no haber salido a la carrera con ella, tal vez habría podido evitar el accidente de Izabela. Sentía la necesidad de encontrarse con él y preguntarle y decirle muchas cosas. Pero no. Sería como hacerle saber: «Ya sé que te estabas burlando de mis sentimientos». Pero ¿cómo podía exigir fidelidad si ella misma decía que es un sentimiento que se contrae por compromiso, que no es algo natural en el hombre o la mujer? ¿Qué compromiso tenía él con ella? ¿Y qué compromiso tenía él con Izabela? ¿Y qué estaba sintiendo ella, si también había jurado fidelidad a una orden religiosa y la había traicionado? Todo era confusión en su mente. El padre David les había informado que el matrimonio sería el 23 de diciembre; la misa de Navidad, a las doce de la noche el 24, y otra misa a las nueve el 25, día de Navidad.

En casa de *miss* Janie las actividades se habían triplicado. El olor de los ponqués llegaba hasta el convento; canastas de gaseosas y cajas de vino eran llevadas a la casa. Las cortinas blancas de entierros y matrimonios se lavaron y se colgaron. Un mantel blanco, bordado especialmente por Silvia, se colocó en la mesa principal, y encima, ponqués de distintos tamaños en colores rojo y blanco. El ponqué principal, en el medio, adornado en rosado, fabricado con confites de menta. Las patas de la mesa se introdujeron en latas de aceite para evitar que las hormigas se anticiparan al evento.

La hermana María José comentó con la madre lo conversado con Ethel sobre el accidente de la novia de Henley, y esta respondió que Ethel se lo había contado igualmente, pero que el padre David había dicho que todo era mentira. Que la niña sí retiró el caballo del campo sin permiso, pero se cortó en el estómago con una botella al caer en la playa cuando trató de obligar al animal a cruzar el estrecho entre Santa Catalina y Santa Isabel. Esta noticia le trajo algo de alivio a la hermana María José, pero ¿a qué se debía la completa ausencia de Henley en misa y en la casa vecina? ¿Cómo saberlo? ¿Sería que había desistido, cuando ya la tenía completamente conquistada? Casi nada sabía de él, que era de los pocos hombres que no necesitaban suplicar amor.

Tan pronto regresó Henley de llevar a la hermana María José al convento el día de la llegada, fue informado del accidente. También supo el chisme que circulaba en varias versiones, y lo único que le preocupaba era que llegara a donde la hermana María José, pero según parece no hubo forma de evitarlo. Escuchó un día a Ethel contando a su madre que las hermanas estaban muy preocupadas por el accidente de la prima Isabel, la novia de Henley. Esto lo sacó de quicio, pero ¿cómo saber la reacción de la hermana María José? Pasó horas tratando de planear cómo averiguarlo.

Llegó el día de la boda. Desde la víspera los familiares que vivían en los barrios de la cara oriental de la isla empezaron a llegar en botes y a caballo, todas caras nuevas y de lugares de la isla que la hermana María José aún no había visitado. Según el padre David, había que esperar hasta que se amiorara la brisa y descansaran las olas para ir en bote a vela. Ella muy bien se habría atrevido a caballo, pero el padre dijo que en las islas las mujeres montaban en silla al estilo de las Amazonas y no concebía una monja montada a horcajadas en un caballo. A las siete de la noche en punto se inició la ceremonia del matrimonio. La hermana María José tocaba la *Marcha nupcial* de Wagner, y pudo observar muy bien la entrada de la novia acompañada de una vez por el novio, seguida de seis damas de honor con vestidos rosados, amarillos y azules, las mismas niñas que se habían pasado dos días arreglándoles la casa donde vivirían los novios y donde pasarían la luna de miel, arreglo que se hacía desde un baúl que contenía todo lo que la novia había acumulado, guardado y bordado durante años, esperando el día en que se casara. Luego siguió, para su sorpresa, Henley, con un vestido gris y una corbata roja, acompañado de una chica muy bonita. La ceremonia fue muy sencilla y después siguió la misa. La hermana María José cantó en inglés el *Padrenuestro*, himno que por primera vez se cantaba en Providencia, y clavados en ella durante toda la ceremonia estaban los ojos de Henley, muy interrogantes y hasta suplicantes. Claro que desde el lugar donde estaba, solamente el padre David se habría dado cuenta de su insistencia en comprometer los ojos de ella.

Miss Janie había invitado a las hermanas del convento al matrimonio, y acompañadas del padre David y la madre superiora se acercaron a la casa a comer ponqué y a tomar vino. Felicitaron a los novios y fueron invitadas a mirar los regalos,

que se conservaban aún empacados sobre una cama de cobre muy bonita en la habitación principal. Las hermanas María de Jesús y María Elena salieron en busca de más ponqué, pero la hermana María José se quedó mirando los regalos y tratando de adivinar qué traían las envolturas. La madre superiora y el padre David hablaban con el alcalde. Henley entró en la habitación y, antes de que ella pudiera saludarlo, él le dijo:

—Hermana María José, necesito hablar contigo. No me iré de Providencia sin hacerlo. Le pediré al padre David que lo permita. Él comprenderá. Quiero bautizarme antes del primero de enero y aprovecharé ese momento para pedirle el favor.

Ella respondió:

—Hazlo.

No se dijeron más.

Tan pronto se inició la música para el baile, la madre Ana llamó a las hermanas; se despidieron y cruzaron la calle a su casa. La hermana María José desde su celda miraba todo. La música de guitarra, violín, mandolina, maracas, tocadas en un tiempo de cuatro por cuatro, se escuchaba como acompañamiento del raspar de los pies contra el piso de madera de la casa. Henley sacó a bailar a la novia, después a la madrina del matrimonio y a unas dos personas más, y luego bajó al patio y no quitó su vista de la habitación de la hermana María José. Él se había dado perfecta cuenta de que ella miraba a hurtadillas por un lado de la cortina.

La celebración duró hasta las tres de la madrugada y el capitán Henley fue uno de los últimos en despedirse. No bailó sino con la novia, aunque varias veces lo vinieron a buscar, y una vez cantó *Here Comes Heaven Again, Surrender, Don't Blame Me* y *Prisoner of Love*<sup>91</sup>. Lo que la hermana María José

.....  
<sup>91</sup> *Prisionero de amor.*

no supo sino hasta el día siguiente por boca de Ethel fue que Izabela también estaba en la celebración, y aunque el capitán Henley no bailó con ella, esta no perdió una pieza.

Al abrir la puerta de entrada de la casa ese día, la madre Ana encontró que las tres escaleras de la entrada estaban cubiertas por un tapete de flores. Asustada por el hallazgo, sin saber lo que significaba ni quién las había dispuesto así, cerró la puerta y esperó la llegada de Ethel en su canoa de Santa Catalina para preguntar el significado. Ethel al verlo se echó a reír.

—¡Ay, madre! El loco Aska las visitó anoche. Es el mismo que últimamente ha estado dejando flores en la última banca de la iglesia.

La madre recogió las flores y Ethel les contó que Aska era un joven al que desde pequeño lo llevaron a Colón cuando se inició la gran emigración de providencianos en busca de trabajo en el canal de Panamá, y allá se enloqueció y los norteamericanos obligaron a sus padres a regresar con él a las islas. Poco después ellos murieron y Aska quedó al amparo del resto de su familia.

—Él —decía Ethel— es un loco cuerdo. Si encuentra dos cuerdas de ropa va y las cambia de patio; lo mismo hace con las matas: las cambia de sitio. Él no gustó de los sacerdotes norteamericanos, pero aceptó muy bien a los irlandeses, y cuando los cambiaron por el padre David no volvió a caminar por acá. Para ir a Old Town da toda la vuelta a la isla o pasa por la montaña detrás de la misión. Me extraña sobremanera que les trajera flores. Quién sabe de dónde las habrá robado, pero es señal de paz.

A las dos y media el padre David mandó llamar a la hermana María José. La sentó frente a su escritorio y le dijo, mientras caminaba de un lado a otro de la pequeña rectoría:

—Hermana María José, la mandé llamar para ayudarlos.

Ella frunció el ceño.

—Sí —insistió—, ayudarlos a su merced y al capitán Henley. Me he dado cuenta, por muchas razones que no quiero enumerar, de que existen muchos enamorados platónicos de la hermana María José, pero el capitán Henley es el que más me preocupa. Es el que más ha logrado estar cerca de su merced y eso duplica o triplica lo que él siente. En su deseo de llegar más cerca, decidió que se quiere convertir al catolicismo y piensa que yo no me estoy dando cuenta de la poderosa razón que está impulsando su intención. Pues hermana: él vendrá para una consulta sobre la religión, pero en el fondo está buscando la oportunidad, si no la ha tenido antes, de aclarar su situación. No tengo la menor idea de qué siente la hermana María José al respecto, y no se lo voy a preguntar. Yo necesito salvar el alma del capitán Henley Brittany para la fe católica y no para María Fernanda Gómez Rodas. ¿Comprendido?

Con esas palabras salió de la rectoría y la dejó sola. A los quince minutos apareció Henley, tocó a la puerta y ella lo invitó a entrar. Le saludó y le dijo:

—Te vi bailar muy animado anoche.

Él respondió:

—Me habría gustado bailar contigo. Todo mi pensamiento estaba en esa ventana y en la figura que se asomaba.

Se rieron. Ella seguía sentada en la silla del padre David y le indicó una silla frente a ella. Él la aceptó. Al sentarse subió su pie derecho encima de la rodilla izquierda, pasó sus dos brazos sobre el arco sosteniendo la pierna con sus manos, sin dejar de mirarla fijamente.

La primera en seguir hablando fue ella:

—Henley, alguien en una ocasión dijo que el tiempo de felicidad no importa; puede ser corto, pero si es intenso basta

para justificar toda una vida. Es lo que yo siento en este momento. Viví los días más felices a tu lado, yo en tu corazón y tú en el mío, pero llegó la hora de que cada uno tome en su mano la responsabilidad que asumió antes de que el destino nos juntara. Yo, con mi congregación; tú, con el compromiso con Izabela. Dios sabe que me duele lo que te estoy diciendo, pero es lo que debe ser.

—¿Has terminado? —preguntó él.

Ella asintió con la cabeza. No podía hablar. Él siguió:

—Ante todo, quiero saber cuál es tu verdadero nombre.

Ella respondió:

—Lo viste en el pasaporte... María Fernanda Gómez Rodas.

Entonces Henley continuó:

—María Fernanda, yo no tengo compromiso con nadie; es cierto. Antes de conocerte, por una imprudencia me vi obligado a prometer a mis padres que me casaría con Izabela, más que todo para evitar que descubrieran la verdad de lo que había pasado. Algo que para ellos sería peor que el invento de Izabela. Y me dejé presionar en ese compromiso. Me prometí que me casaría, pero me iría para siempre de la isla. Y tú, antes de conocerme, decidiste entrar a un convento por alguna razón que no quiero saber, porque lo siento, hermana María José, creo que ya te has dado cuenta de que tú no tienes vocación de monja. Desde el momento en que te vi en el malecón de Cartagena me enamoré de ti, y siento que soy correspondido. Nuestro problema ahora es qué hacer con eso. Te propongo concedernos un tiempo. Yo no lo necesito, pero si después de ese tiempo nuestros sentimientos siguen igual, nos vamos de Providencia a los Estados Unidos. Yo tengo nacionalidad norteamericana, fui práctico del canal de Panamá y puedo volver. Tengo una profesión de la que puedo vivir en cualquier parte del mundo.

Ella no dejaba de mirarlo. Era la primera vez que lo había escuchado hablar tan serio y, cuando se quedó callado, por poco le dijo: «Vámonos ya. No aguanto más».

Inclinó la cabeza en el escritorio y no pudo detener las lágrimas. Henley se levantó, fue hacia ella, tomándola por los hombros la levantó de la silla y la abrazó, mientras le dijo:

—María Fernanda, te juro, te prometo que no existe ni existirá nada ni nadie de mi parte para interponerse entre nosotros, te doy dos meses para decidir, pero no más.

La besó en la boca y salió de la rectoría.

Cuando el padre David vio al capitán Henley pasar frente a la iglesia, se levantó de la banca donde rezaba y fue en busca de la hermana María José. La encontró donde la dejó, pero con señales de haber llorado. Ella se levantó, le dio las gracias y se fue a la casa de las hermanas. La hermana María José pasó la tarde en su celda, con sus sentimientos vueltos flecos. La madre Ana, quien sabía de la visita a la casa parroquial, indagó con el padre David sobre la posible razón de la tristeza de la hermana, a lo que él respondió:

—En Navidad a todos nos da mal de patria.

A las siete de la noche estaban invitadas a la casa parroquial para iniciar la celebración de la Navidad. Todas estaban listas menos la hermana María José. Ella mandó decir que no podía ir, y la madre fue a su celda y le dijo:

—Hermana, es una orden.

La hermana María José se levantó, se arregló y fue la última en llegar. Su sorpresa fue grande cuando encontró no solo a las hermanas acompañando al padre, sino al capitán Carl con su esposa, Rosalía, la madre de Henley; a Otto y su esposa, Sussy; al capitán Tim y la señora, Ercilia, a quien no había vuelto a ver; a Henley y a Black Tom. La hermana María José, con los ojos aún rojos, saludó y de inmediato el padre David

solicitó a la hermana que sirviera de intérprete y dijo que estaba agradecido con ellos al aceptar su invitación, y aunque ninguno por sus creencias religiosas tomaba vino, Ethel había hecho un *sorrel*<sup>92</sup> muy bueno. Con él agradecerían a Dios haber encontrado en esta tierra, en medio del océano, a personas como ellos, que a la hora de una emergencia no pensaron sino en la vida por salvar. La comunidad, la misión, él, la madre superiora y las hermanas, especialmente la hermana María José, los tendrían eternamente en sus oraciones. Al terminar, la hermana María José dio unos pasos adelante y dijo en inglés:

—Personalmente quiero reconocer que el amor que he encontrado en esta isla no lo había conocido en ningún otro lugar donde he vivido; quisiera decirles que el que tengo por todos ustedes es igual. Aquí —dijo— no hay duda de que existen diferencias en la forma de servir y adorar a Dios, tampoco hay duda de que toda la población tiene un solo sentimiento a la hora de servir al prójimo.

Bebieron *sorrel*, comieron arroz con pollo y *duff*, el pudín especial que únicamente se preparaba en Navidad. Los hombres entendían el español, pero el único que lo hablaba bien era Henley. Las señoras sonreían y la que más hablaba era Ethel. La madre Ana trajo la guitarra, el regalo de Navidad anticipado del capitán Henley, y dijo:

—Hermana María José, le toca.

La hermana María José miró a Henley y lo llamó con una leve inclinación de cabeza:

—¿Me acompañas?

Él se acercó y ella le entregó la guitarra, y después de pasar sus dedos varias veces en distintas tonalidades, comenzó con *When Irish Eyes Are Smiling*, el favorito de la hermana María José,

.....

<sup>92</sup> Bebida caribeña.

y luego *Te quiero, dijiste* y *Temptation*<sup>93</sup>. Después él pidió a su papá que cantara, y el capitán Carl, mirando a su esposa, le cantó (*You Are Always*) *In My Heart*<sup>94</sup>. Aunque, quemada por años de sol del Caribe, Rosalía dejó ver un sonrojo de sorpresa y agradecimiento. El padre David también cantó una melodía española acompañado por la hermana María José, y la velada terminó hacia las diez de la noche.

Se repartieron entre la casa de la prima Janie y otros en el centro a la espera de la misa de las doce. Se esperaba que cantara la hermana María José y no se lo querían perder. Henley se quedó en el centro de Santa Isabel departiendo con otras personas. La gente fue llegando en canoas que dejaban en Santa Isabel. Tomaban el camino a la iglesia alumbrando sus pasos con linternas de mano y, los que no tenían, con linternas de aceite y antorchas de botellas, en grupos y solitarios, de todos los barrios alrededor de la isla y de las tres religiones que existían en aquel entonces. Las antorchas y las linternas de aceite se dejaron afuera de la iglesia, en fila, a un lado del camino. Igualmente, en las escaleras, los zapatos enlodados de los que tuvieron que caminar y después cambiar de calzado.

A medianoche se inició la misa de gallo. La iglesia estaba adornada con coronas de palmas y lazos rojos; su capacidad estaba completa. Además de los que tuvieron que asistir desde el atrio, la misa se celebró con todo lo que exigía la fecha. Los presentes católicos y protestantes cantaron los himnos en inglés, y la hermana María José cantó el *Panis Angelicus* de Franck y el *Ave María* de Schubert.

Como siempre, se vieron muchas manos buscando pañuelos. Al terminar la misa, cuando todos dieron su espalda

.....  
<sup>93</sup> *Tentación.*

<sup>94</sup> (*Siempre estás*) *En mi corazón.*

al altar y se daban el saludo de Navidad y la hermana María José cerraba el órgano, un hombre de estatura mediana, de unos treinta años, pero curtido por el sol y con huellas de una vejez prematura en su rostro, de facciones finas, ojos verdes, con ropa limpia, ajada, y sin ninguna pretensión, apareció ante ella con un ramo de flores. La hermana María José sospechó de inmediato que se trataba del famoso «loco cuerdo» del que hablaba Ethel. Le recibió las flores, y al colocarlas en el altar de la Virgen dijo:

—Madre, por la salud de este hombre.

Aska la miró y, con voz más fuerte de lo necesario, con una dicción impecable en inglés, le dijo:

—*Sister Mary Joseph*<sup>95</sup>: la primera vez que escuché el *Ave María* fue una mañana en la zona del canal de Panamá. Había trabajado toda la noche y pasaba por una iglesia católica y escuché a alguien cantando. Me acerqué, pero no me dejaron entrar. Me tocó quedarme en la calle; era una iglesia de norteamericanos blancos. Yo le juro que no existe comparación con la forma como la interpretó usted. Hoy pude escucharla sentado en la iglesia y tengo el honor de agradecer a usted haberla cantado. Yo siento que fue para mí solo.

La hermana María José lo miró, se limitó a agradecerle de nuevo por las flores y, acompañada de Aska, salió de la iglesia.

En el atrio le dijo:

—¡Feliz Navidad!

Y él le respondió:

—Yo soy creyente adventista y nosotros no aceptamos esta fecha como el nacimiento de Jesús, pero si esto la hace feliz, *Merry Christmas!*<sup>96</sup>.

.....  
<sup>95</sup> Hermana María José.

<sup>96</sup> ¡Feliz Navidad!

Todo el rato Henley estuvo en las escaleras pendiente de lo que pasaba con la hermana María José y Aska, y cuando Aska se encontró con él, lo miró, sonrió, lo saludó:

—*Hi, Cap*<sup>97</sup>.

Henley respondió:

—*Hi, Aska*<sup>98</sup>.

Este seguía sonriendo y mirando fijamente a Henley; finalmente dijo:

—Cap, ¿defendiendo su territorio? No hay duda, lo prohibido es lo más apetecido —y con eso salió rumbo a Santa Isabel.

Al llegar a su lado la hermana María José, Henley la felicitó por la Navidad y por lo hermosa que había sido su presentación de los himnos, y le entregó algo muy pequeño envuelto en papel de seda. La acompañó hasta la puerta de la casa de las hermanas, y allí le dio las buenas noches y también tomó el camino a Santa Isabel. En el bote que llevaba a los padres y a los tíos de Henley a Santa Catalina no se hablaba sino de la voz de la hermana María José. El capitán Tim, que ya la había escuchado, les decía:

—Yo les dije, yo les dije que ella no tiene igual. Es la primera vez que en esta isla se han sentido vibrar hasta las montañas con una voz así.

El 30 de diciembre los esposos William y Florence Taylor acompañaron al capitán Henley, a las tres de la tarde, y en compañía de la hermana María José, expresamente solicitada por el padre David, y se celebró el sacramento de bautizo del capitán Henley Alva Brittany Hawkins. Después de la sencilla pero significativa ceremonia pasaron a la casa cural y allí el padre David ofreció vino, que Henley no tomó, y les

.....  
<sup>97</sup> Hola, capi.

<sup>98</sup> Hola, Aska.

deseó al nuevo cristiano, y a sus hijos, larga vida como católicos, apostólicos y romanos.

Al regresar a Santa Catalina, Henley se encontró en el muelle de su casa con Izabela, quien ya estaba al tanto de lo que había acontecido y le preguntó:

—¿Es cierto que te bautizaron católico?

Él le respondió:

—Me bauticé católico.

Ella le gritó:

—¡Hipócrita! Lo hiciste porque sabes que ahora no podrás casarte por la ley y que yo no me casaría contigo por esa iglesia. Debí sospecharlo, Henley. Tú nunca pensaste en casarte conmigo.

Él la agarró por los hombros y le dijo:

—¡No! Métete esto en la cabeza: no me voy a casar contigo. Tú eres la mujer más despreciable que he conocido. Encerrarte en una habitación con un hombre borracho y dormido y después salir con escándalos por algo que nunca sucedió. Sabías muy bien que ante mis padres apenaba más un hijo borracho que el haberme aprovechado de ti en ausencia de ellos. Izabela, lo que siento por ti es repugnancia.

Ella, un poco asustada de la reacción de Henley, salió sin decir palabra.

Henley comulgó por primera vez la noche del primero de enero, y él mismo se decía: «Esto y más para sentirme junto a ti, María Fernanda».

A los dos días, la *Endurance* salió de la bahía de Providencia y la hermana María José la vio alejarse y sintió que ese barco llevaba lo mejor de ella. Entre tanto, Henley también pensaba que dejaba en Providencia su razón para vivir.

Era época de vacaciones y la hermana María José había prometido al padre David revisar una caja de correspondencia e

informes en inglés y español que él había encontrado en la rectoría. Pero a la hermana María José le entró el interés de que Calixto, el ayudante del padre David, le enseñara cómo manejar una canoa. Ella veía cómo Ethel llegaba todos los días y se iba por las tardes de Santa Catalina a la misión en su canoa, y decidió que la cosa no tenía tanta ciencia. Pidió permiso a la madre Ana, quien estuvo de acuerdo en que una de ellas debería interesarse en el medio de transporte de la isla. La hermana María José subió al bote y Calixto le mostró lo esencial: la manera de manejar los remos.

Al día siguiente, la hermana María José decidió ponerle nombre al bote y lo llamó *Eero*. Lo tomó, lo desamarró del muelle, lo separó para que no se golpeará, así como vio hacer a Calixto con el remo, y cuando se alejó un poco inició la ida a Santa Catalina. La bahía de Providencia estaba sin una goleta, así que todas las miradas estaban en el bote de la misión con la monja cuyos velos volaban como pájaros negros, y también se dieron cuenta de que la corriente la estaba alejando de lo que seguramente era su intención, y ella, al tener su espalda hacia el destino, no se había dado cuenta del rumbo que estaba tomando su paseo a Santa Catalina. Más de cinco personas se alistaron para ir a socorrerla, también la vio el capitán Carl, y como él estaba más cerca salió en su bote y se acercó, le tiró una cuerda y la remolcó hasta el muelle de su casa. Llegó sin zapatos, con la cuarta parte del hábito mojado, la toca torcida, pero feliz.

Saludó a la señora Rosalía y esta le obsequió un vaso con miel de caña y limón. Afuera estaba Johnny, el joven que cuidaba de los ganados, aseando el caballo de Henley. Ella se acercó y acarició el caballo, y habría subido en él de no ser porque el hábito no era la indumentaria adecuada.

Después les avisó que se iría, y de inmediato el capitán Tim le dijo que Johnny la llevaría. Sin embargo, de alguna parte,

como los conejos de los magos, apareció Aska. Ella se sentó en el muelle con él, con los pies en el mar mientras miraba hacia Providencia con sus desafiantes montañas, las casitas a lo largo de la ribera, los ruidos completamente reconocibles, y dijo:

—¡Esto es mucha belleza!

En ese momento llegó una canoa y en ella traían pescados, langostas y hasta una tortuga. La señora Rosalía bajó, le entregaron algunos pescados y se fueron. Ella de inmediato se agachó en el mismo muelle y con el cuchillo que traía en la palangana se dispuso a limpiar el pescado. La hermana María José no pudo evitar una mueca de displicencia, y Aska se dio cuenta de inmediato y le dijo:

—¿Te imaginas tú haciendo eso aquí?

Ella sonrió y dijo:

—No soy capaz.

—Entonces, hija, ten en cuenta a Shakespeare: «Sé sincero contigo mismo, y de ello se seguirá como la noche al día que no puedes ser falso con nadie».

Ante estas palabras, la hermana María José lo miró y se quedó pensando en lo que había dicho Ethel. Definitivamente, había cierta lucidez en este hombre. Decidió que se iría y Aska dijo que él la llevaría. Ella, sin pensarlo dos veces, aceptó su ayuda y agradeció al capitán Tim y a Johnny, y salieron del muelle. Aska manejaba muy bien los remos, y ella iba jugando con las manos en el mar cuando de pronto él le pidió:

—Cántame el *Ave María*.

Ella, a pesar de que en ese momento y en ese lugar se sentía con ganas de hacer cosas diferentes, decidió complacerlo y cantó. Cuando estaba a la mitad, llegó un viento por el embudo que forman las dos islas, levantó su toca y la hizo volar al mar como una paloma. Allí estaba; parecía un ganso negro y blanco flotando en el mar y ella con su cabello al aire.

—Tus ojos y tu cabello son del mismo color.

Ella solamente dijo:

—Vamos por la toca.

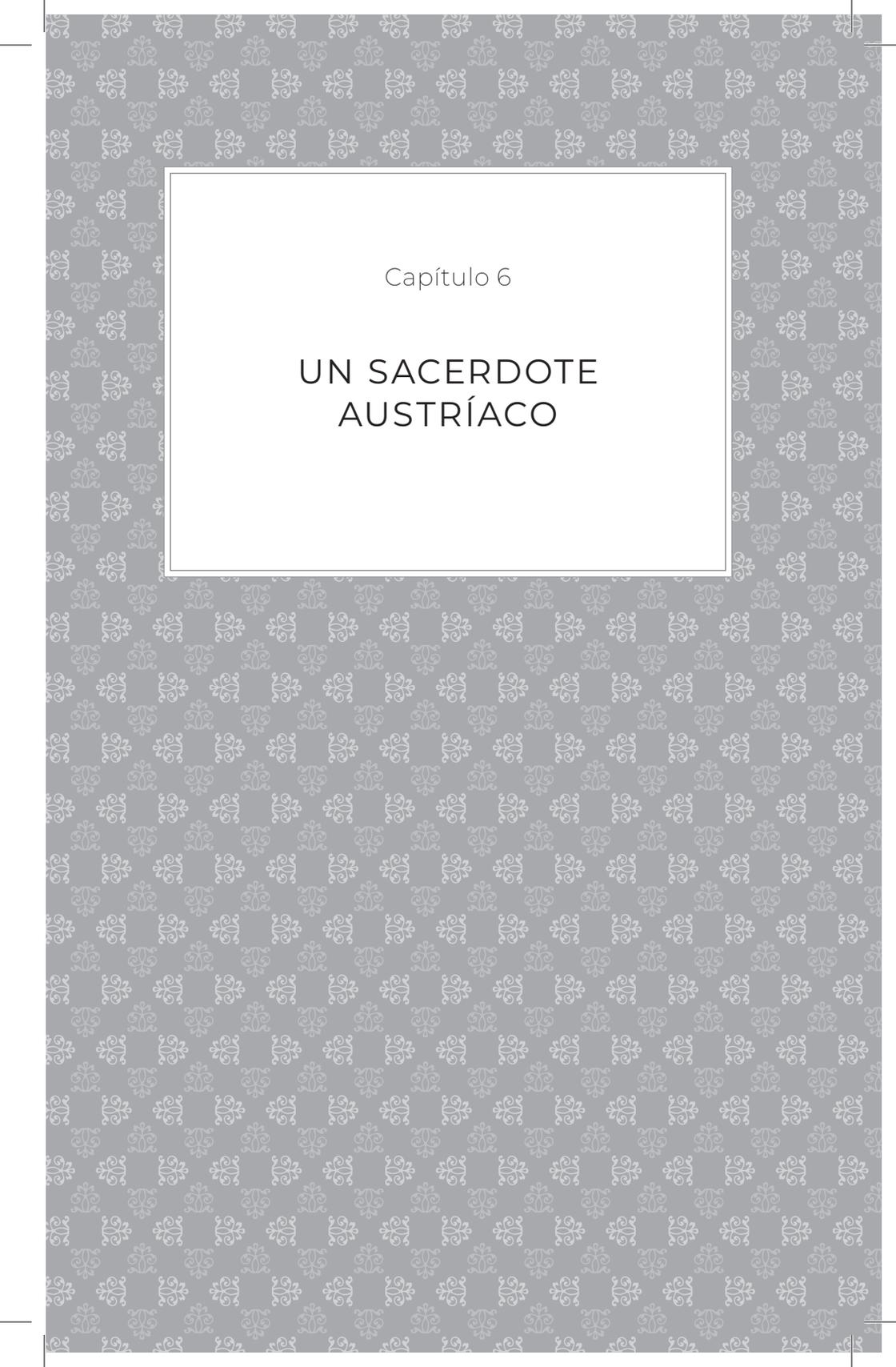
Y eso hicieron. Mojada como estaba, se la colocó y la amarró. Cuando llegó al muelle de la casa, todos estaban allí para recibirla.

Ethel le dijo:

—Hermana María José, se parece su merced a una gallina cuando la sacan de su nido de piñuela por la cola. Toda desflecada.

La madre le ordenó que entrara en la sala, y cuando ella se alistaba para su primer regaño, la madre Ana la miró y no pudo aguantar más las ganas de reírse de ella.

—¿Sabes? —le dijo—, creo que lo de Aska es contagioso.



Capítulo 6

# UN SACERDOTE AUSTRIACO



La hermana María José, cumpliendo lo prometido, fue a la rectoría en busca de la caja con informes y copias de cartas de los sacerdotes que habían vivido en las islas antes de la comunidad actual. Llevó todo a su celda y se dedicó a leer indiscriminadamente el desordenado archivo. El padre David le había dicho que no necesitaba un informe detallado ni escrito; su interés era saber únicamente de dónde, cómo y por qué decidieron venir los primeros, quién decidió traer a los segundos y definitivamente qué pasó para que los terceros hubieran sido obligados a salir de las islas intempestivamente, a consecuencia de lo cual él había llegado.

Unos días después, la hermana María José le preguntó al padre David:

—¿Sabía, su reverencia, que los primeros sacerdotes austríacos llegaron a la isla por iniciativa propia? Nadie solicitó su venida, según parece. El primero vio un artículo sobre estas islas donde decía que no existía la representación de la fe católica, y por iniciativa propia y solo, vino a iniciar lo que su reverencia ha heredado.

El padre David le respondió:

—No eran austríacos, sino alemanes.

—Lo siento, padre—insistió la hermana María José—, eran austríacos los dos primeros e inglés el tercero.

—Bueno, bueno, ¿qué más descubrió?

—Según estas cartas, al primero le fue terriblemente a su llegada a San Andrés y por eso decidió venir a Providencia, donde recibió una acogida singular. El que llegó primero se fue después de siete años. El segundo llegó en 1903 y murió en Panamá en 1910. El tercero es un misterio: llegó y se fue con algo de pena y nada de gloria. El segundo, antes de morir, solicitó a una comunidad en los Estados Unidos que enviaran a quienes lo remplazarían, y a su llamada acudieron los norteamericanos. Ellos sí pidieron a Colombia su entrada al país, pero con la entrega de Panamá a los Estados Unidos, y la oferta del presidente de los Estados Unidos de comprar las islas, el gobierno colombiano solicitó su retiro. Los isleños entonces exigieron sacerdotes que hablaran inglés, idioma que dominaba un noventa y nueve por ciento de la población. Entonces se los buscó irlandeses para remplazar a los norteamericanos. Lo que no he podido descubrir es por qué cambiaron a los irlandeses por su comunidad. ¿Sabía, su reverencia, que los norteamericanos y los irlandeses no tenían idea de que los austríacos habían estado en las islas?

Llegó el día en que el padre le dijo a la hermana María José que estaba invitada a conocer el resto de la isla. Ella conocía desde San Felipe hasta Mountain<sup>99</sup> caminando; ahora irían en bote, pero a vela. Para ella fue un viaje muy agradable y no dejó de admirar la belleza de las montañas. Hasta llegó a decir: «Aquí debió ser el paraíso». Descubrió que había muy pocos católicos en Rocky Point<sup>100</sup> y Smooth Water Bay<sup>101</sup>; todos eran protestantes. Caminó por las desiertas playas e

.....  
<sup>99</sup> La Montaña.

<sup>100</sup> Punta Rocosa.

<sup>101</sup> Bahía Agua Mansa.

incluso se atrevió a pensar en visitarlas con Henley. Conoció Bottom House, el barrio de Black Tom, el cocinero de la *Endurance*, y se dio cuenta de que, de veras, habían confinado a los más negros en ese barrio. Los otros, por la costumbre heredada de los puritanos de contraer matrimonio entre las mismas familias, habían logrado mantener un color, aunque no por completo de raza blanca, porque sin saber cómo, o sin reconocerlo, se coló sangre negra y se inició, por fortuna, la mezcla. Los vecinos de estos dos primeros barrios pasaban como blancos especialmente en la zona del canal, donde por docenas salían en busca de trabajo y, no había duda, eran los barrios de los marinos y los ganaderos más pudientes. Las mujeres tenían facciones muy anglosajonas, pero definitivamente andaban con una cara de cansancio tal vez a causa del clima y los oficios. Se limitaban a responder al saludo de «*Good morning*»<sup>102</sup> y miraban, casi se podía decir que contaban, sus pasos al caminar, pero no los invitaron a entrar en sus casas.

Regresaron al atardecer, y después de la cena la hermana María José dedicó las horas antes de dormir al recuerdo de Henley y la decisión que ella tendría que tomar dentro de menos de dos meses. Su corazón le dictaba claramente el camino que debería tomar, pero el respeto a lo que ella pensaba que era su vocación y el miedo a fracasar igualmente como esposa le impedían decir: «Madre, me voy. Henley, aquí me tienes». Además, todavía no tenía claro lo de Izabela y no quería que la vieran como lo que verdaderamente era: robanovios... Se quedó dormida con ese pensamiento.

Uno de esos días en que sentía que la casa y su celda la estaban asfixiando, salió hacia la iglesia para sentarse en el atrio,

.....  
<sup>102</sup> Buenos días.

que por lo general en las tardes era un lugar muy agradable. Tan pronto se acomodó en la banca, llegó Aska como caído del cielo para acompañarla. Ella no vio de dónde vino, solamente que estaba a su lado. Decidió preguntarle si había conocido a los primeros sacerdotes. Bien sabía ella que a él no le había gustado la llegada del padre David. A su pregunta, él respondió:

—*Sister Mary Joseph*, nosotros hoy seríamos súbditos ingleses si los españoles no hubieran llegado y sacado a los puritanos a punta de plomo.

Entonces ella le dijo:

—Un momento, Aska, según la historia, los puritanos se habían convertido en filibusteros<sup>103</sup>.

—No importa —continuó él—, ellos llegaron primero; la tierra era de ellos.

—Bueno —concilió la hermana María José—; dime, entonces: si la gente estaba satisfecha y feliz con los irlandeses, ¿por qué salieron ellos?

—Ah —contestó Aska—, esa es otra historia. Los irlandeses, como sabe, remplazaron a los norteamericanos, pero el comportamiento licencioso del intendente de turno sacó a los irlandeses. Los sacerdotes le llamaron la atención al mandatarario y a este no le gustó. Buscó la firma de todos los católicos y, en una petición que ellos no entendieron, y pensando que solicitaban maestros, firmaron para sacar a estos sacerdotes. Dicen que estaba tan bien redactado que estas gentes, que leían y escribían poco el español, no se dieron cuenta. ¿Comprendes, *Sister Mary Joseph*?

Y con eso se alejó, caminando sin rumbo con su saco de fique y su machete. La hermana María José pensó: «Definitivamente es un “loco cuerdo”», como decía Ethel.

.....  
<sup>103</sup> Piratas.

Leída toda la correspondencia y los informes, la hermana María José quedó completamente curiosa respecto a una persona: el doctor Henry Timgen. Consideraba poco usual que, siendo alemán, como decían que era, extranjero como todos ellos, permaneciera en una isla distante más de doscientas cincuenta millas del puerto civilizado más cercano, de no más de dos mil habitantes, de los cuales el setenta y cinco por ciento eran mujeres. Todos los hombres estaban embarcados o trabajaban en Colón. El nombre del doctor Timgen no aparecía en ninguna parte y, según había entendido, él apareció en la isla en 1902. Le preguntaría a Aska en su próxima aparición.

¿Y sería cierto eso de que nunca cobraba? Seguramente los providencianos lo veían como una virtud de una persona caritativa; a nadie le preocupaba de dónde podría estar viniendo lo poco que le costaba vivir en la isla. Y él no lo tenía que revelar; sabía que los providencianos no disponían de mucha plata. Esta obra de caridad la hizo recordar que José I de Austria decretó: «*Need is insufficient cause for shame, no one should be publicly exposed for it*»<sup>104</sup>. Y Timgen lo practicaba al pie de la letra.

Providencia seguía sin juez para los matrimonios civiles y, al parecer, lo de Izabela y Henley había quedado definitivamente liquidado. Entre tanto, la hermana María José seguía con su dilema y decidió anotar en un papel lo que no podía comentar con nadie. ¿Amaba ella a Henley? ¿Definitivamente sí! ¿Por qué sabía que lo amaba? Porque de él le importaba todo. Él, su familia, su isla, su goleta, su caballo y hasta su exnovia. ¿Qué tenía Henley que no había conocido en otros

.....  
<sup>104</sup> La necesidad no es motivo suficiente de vergüenza, nadie debe ser expuesto públicamente por ello.

hombres? Algo que ella no sabía cómo definir: era un hombre responsable, tierno, cariñoso, amable, galante, inteligente, muy buen mozo, fuerte, le gustaba su voz, sus ojos la mataban. ¿Dejaría ella la comunidad religiosa a la que entró por su propia voluntad pensando que tenía vocación y donde había sido feliz? Bueno, bueno. Había que reconocer que parte de la felicidad la había hallado en esta isla donde conoció a Henley. Entonces sí, ella se saldría. ¿Estaba ella dispuesta a esperar a Henley en casa mientras él viajaba? No. ¿Estaba ella capacitada para administrar una casa isleña como Rosalía, la madre de Henley? No. ¿Estaba dispuesta a tener hijos y criarlos con las limitaciones del ambiente de Providencia? No. Por último, ¿estaba ella segura del amor de Henley? Sí. ¿Qué había de él que no le gustaba? No quería hablar del pasado. Entonces dijo:

—Me saldré, pero tendríamos que vivir en otra parte, en otro país.

Estaba decidido. No lo pensaría más.

Uno de esos días en que acostada pensaba cómo preguntarle a Aska por el doctor Timgen y cómo llegar hasta él, escuchó el caracol. Su corazón le dio un vuelco. ¿Sería la *Endurance*? Pero no; era un barco de guerra colombiano que había aparecido en el horizonte. Una hora más tarde escuchó voces, y cuando se asomó por la ventana vio que llegaba al muelle de la casa una ballenera. Bajó presurosa y descubrió, antes de que atracaran, que en ella venían su madre y su padrastro. No sabía de su asombro. ¿Qué hacían en Providencia?

¿Para qué habían venido? Ella jamás les había solicitado una visita, tampoco les había dicho que los necesitaba. Después de todo, desde los cinco años la habían entregado a su tía, la Nena, hasta el punto de que a veces sospechaba que más bien era hija de ella.

Llegaron, desembarcaron, saludaron a todos y a ella le dieron el beso de siempre. No pasaron del muelle. Contaron que habían ido a Panamá cuando la comunidad en Bogotá les informó sobre la emergencia de ella; al no encontrarla, y sabiendo que el barco estaba programado para visitar las islas, se vinieron, y con ellos habían traído una carta para la madre Ana María.

La madre despidió a las otras dos hermanas que habían llegado y a Ethel, y leyó la carta. La pasó a la hermana María José y esta la leyó y la puso en el bolsillo de su hábito. Entonces les dijo:

—Lo siento. Hicieron un viaje en balde. Yo no me iré de aquí, yo no solicité salida de la isla o de la comunidad, y aunque llegara a decidirlo, no sería para volver con ustedes. Mis tíos están ya muertos, pero gracias a ellos llegué a conocer muy bien a dónde quiero ir y con quién quiero vivir.

Su madre trató de decir algo y ella respetuosamente la interrumpió:

—No traten de convencerme; a los veinticinco años tomo mis decisiones sola. Si llego a necesitarlos, les avisaré.

Su madre, de todos modos, le entregó una maleta. Tocarón una campana en la ballenera y la señora, muy elegante, con un vestido estilo safari, lo mismo que su marido, se despidió en igual forma como llegó. El padre David apareció poco antes de salir la lancha y la madre Ana María lo puso al corriente. Entonces él solicitó a la hermana María José que lo acompañara a la rectoría y allí le dijo:

—Bueno, hija, ¿de qué se trata todo esto?

Ella sacó la carta del bolsillo de su hábito y se la mostró.

—¿Entonces? —preguntó él.

Ella respondió:

—Yo no he solicitado la salida del convento.

—Eso lo entiendo —dijo el padre David—, también le aseguro que conozco la razón por la cual su merced no aceptaría en este momento salir de la isla y de la comunidad, pero por lo poco que observé, me dio la impresión de que también la relación entre sus padres no es del todo normal, o lo que se espera de los hijos con sus padres. ¿Me equivoco, hermana María José?

—No, padre, tiene toda la razón —confirmó ella—. El señor que acompaña a mi madre no es mi padre; mi padre falleció hace veintitrés años. Y mi madre se volvió a casar al año, yo tenía dos años. Ella me entregó a mi tía Nena y se ha pasado todos estos años viajando por el mundo con su marido. Mis tíos me llevaron a Europa y con ellos viví hasta hace dos años, cuando fallecieron en un accidente de tren. Mi madre, contra mi voluntad, me llevó a Manizales aprovechando la confusión y el estado en que la muerte de mis tíos me había dejado. Traté de vivir con mi familia, pero me fue imposible; no quería volver a Austria, decidí que tenía vocación y solicité entrar al convento.

—Bueno, hermana María José. Que sea lo que Dios quiera —respondió el padre.

Días después, las hermanas María de Jesús y María José subieron a Santa Isabel para comprar los víveres de la semana, y la hermana María José decidió sentarse en el parquecito de la alcaldía mientras la otra entregaba la lista de compras en la tienda del chino Jay. Sacó su pañuelo para limpiarse el sudor, consecuencia de la caminata del convento al centro con hábitos de paño, y cuando lo retiró de su cara, allí estaba Aska, frente a ella, mirándola fijamente. Él la miraba al tiempo que le decía:

—Es usted la mujer más bella que he conocido.

Ella hizo caso omiso de su galantería, que las monjas considerarían falta de respeto, y más bien le preguntó:

—Dime, Aska, ¿cuándo llegó el doctor Timgen a las islas?

—Poco después de los primeros sacerdotes; tal vez en 1902.

—¿Y siempre ha sido así de misterioso y de pocos amigos?

—Cuando no deseas que te averigüen la vida en Providencia, tienes que mantenerte alejado de la gente.

—Lo conoces bien —continuó ella—, ¿por qué no me cuentas cómo es él?

—¿Sabe, *Sister Mary Joseph*? Usted es bastante curiosa para ser una monja. ¿O será que quiere convertir al doctor Timgen a su religión como hizo con el capitán Henley?

La hermana María José quedó desarmada ante esas palabras, y decidió dejar la conversación para otro día.

Los días pasaron entre los preparativos para el nuevo año escolar y las charlas de la hermana María José con Aska. Después de escucharlo durante horas, tanto sobre el doctor Timgen como sobre otros personajes de la isla, unas veces muy coordinado y otras algo disperso, confirmó que Aska, igual que ella, estaba obsesionado con el pasado del doctor Timgen. La hermana María José decidió escribirlo todo, aunque el padre le había dicho que lo único que necesitaba era un recuento verbal de los hechos. Era indispensable dejar por escrito lo que había descubierto o estaba descubriendo; era demasiado interesante. Casi estaba llegando al convencimiento de que en esta isla completamente alejada del mundo, un *melting pot*<sup>105</sup> en el Caribe, a donde se llegaba en la mayoría de las veces para no volver a salir, estaba la respuesta a una tragedia del Viejo Mundo que había quedado sin respuesta y en un completo misterio.

Pasó días escribiendo sobre las cosas que Aska le había contado y, lo más sorprendente de todo, la información la daba sin ningún reparo. A ratos Aska parecía alegrarse de

.....  
<sup>105</sup> Un crisol. (Nota de la autora).

encontrar a alguien con quien compartir sus sospechas. La hermana María José miraba todas las mañanas la bahía con la esperanza de ver la *Endurance* fondeada en ella, con el anhelo de que en medio de la noche o al amanecer haría su entrada. Incluso les preguntaba a Ethel y a Aska sobre las goletas por llegar, pero ellos nunca mencionaban la *Endurance*.

Una mañana, al abrir la ventana, ¡allí estaba! Y seguramente había entrado al amanecer: ningún bote o canoa estaba a su lado para bajar pasajeros o carga. Reconoció a Otto, a Black Tom, a los otros cuatro marineros y a cinco hombres más que seguramente eran pasajeros, pero no vio a Henley. Miró y miró por un buen rato y nada. Ya la campana para la misa se había tocado y ella seguía pegada a la ventana, con su corazón latiendo aceleradamente. Al fin, contra su voluntad, se retiró y llegó a tiempo a la misa en la capilla de la casa. Comulgó y volvió a su celda. Siguió mirando y no vio nada que la animara a pensar que Henley estaba a bordo. Decidió que tal vez ya había bajado.

Vio salir a Ethel desde Santa Catalina en su canoa y llegar hasta la goleta, subir a bordo y hablar con Otto. Tan pronto Ethel llegó al muelle de la casa de las hermanas, la hermana María José bajó a la cocina a desearle los buenos días. La ayudó a prender la estufa y decidió colaborarle en la preparación de la mesa para el desayuno. Ethel estaba toda compungida, pero a modo de información le preguntó:

—¿Vio que llegó su goleta?

Ella asintió con la cabeza y la otra dijo:

—Pero no llegó su amigo, el capitán Henley. Y estoy brava; yo le había encargado unas cosas y no fue capaz ni siquiera de enviarlas con Otto. Seguramente se quedó en Colón entreteniéndose con alguna de sus mujeres. Le guardaré un insulto bien bueno para su regreso.

La hermana María José no desayunó, se excusó y se pasó a la iglesia, donde pidió fervorosamente a la Virgen que controlara lo que ella estaba sintiendo. Estando allí, llegó el padre David. Ella, viendo que él estaba como en ademán de esperarla, se santiguó y fue hacia él.

Este le dijo:

—Tengo que recoger tres cajas pequeñas que debieron enviar con la *Endurance*. Calixto mandó decir que no vendría hoy, y me pregunto, hermana, si sería un sacrificio demasiado grande solicitar muy respetuosamente que su merced salga hacia allá y me las traiga. Claro que quizá debo consultarlo primero con la madre Ana María para que Ethel lo haga. Ustedes dos son las únicas que saben manejar los botes. Por lo tanto, le dejo la inquietud.

La hermana María José no lo dudó un instante. De inmediato bajó a la casa y le informó a la madre sobre la diligencia. Sin esperar una respuesta, bajó al muelle, entró al *Eero*, lo desamarró, tomó los dos remos, se arremangó el hábito e inició la travesía desde tierra hasta la goleta. A su llegada, uno de los marineros bajó, tomó la cabuya y amarró el bote a la goleta. Otto se acercó para ayudarla a subir por la escalera y luego bajar a la cubierta. Ella lo saludó y dijo que había venido por los encargos del padre David. Otto la miró y le preguntó:

—¿No vino por nada más hermana?

Ella sonrió y los ojos se le humedecieron. Otto, sin decir nada, bajó a la cabina y regresó con una revista que decía en inglés *Sacred Heart*<sup>106</sup> y se la entregó. Ella lo miró y le dijo:

—El padre me dijo que eran tres cajitas.

—Sí —confirmó Otto—, ahora se las doy. La revista la manda Henley. Adentro hay algo para usted.

.....  
<sup>106</sup> Sagrado Corazón.

Ella comprendió, se retiró a un lado y pasó rápidamente las hojas hasta encontrar el sobre que decía «Hermana María José de Manizales». Rasgó el sobre y se puso a leer. De sus ojos brotaban las lágrimas sin que ella pudiera controlarlas, y sin darse cuenta fueron cayendo al papel, rodaban por la tinta y terminaban salpicando su toca.

Henley le decía que se había quedado en Panamá para una entrevista que le permitiría volver a trabajar en la zona del canal, pues había decidido que, dependiendo de la respuesta de ella, él organizaría su vida o sus vidas allí. La pensaba mucho, la amaba como no sabía que él pudiera amar, y la soledad lo estaba matando.

La hermana María José regresó con las tres cajas para el padre, la revista, la carta en el bolsillo de su hábito y la toca toda salpicada de azul. Afortunadamente, en el muelle de la casa cural, el padre David estaba tan feliz de recibir sus cajas que la invitó a una merienda, y la hermana María de Jesús, quien los atendió, solamente dijo:

—El frasco de tinta que se rompió alcanzó a ensuciarte.

El martes siguiente salió la *Endurance* y ella no tuvo oportunidad de entregar la respuesta a la carta que Otto le había traído. Lo que la hermana María José no sabía era que habían fletado la goleta con ganado para dos viajes a San Andrés. Tampoco sabía que en el último viaje Henley se encontraría con la *Endurance* en San Andrés para regresar a Providencia.

Todo sucedió como lo planeado, pero era julio, un mes de calmas sorprendidas y vientos huracanados desesperantes que salían de improviso de cualquier lugar. Todos en la isla sabían lo que estas épocas significaban para los veleros y siempre estaban a la expectativa de lo que pudiera suceder. Un buen viento los arrastraría a su destino.

Precisamente eso pasó con la *Endurance* en su viaje de San Andrés a Providencia, con Henley de capitán, Otto de piloto, además de otro primo para ayudarlos. Salió un jueves en la tarde en compañía de la goleta *Persistence*, estuvieron juntas trepando las olas, pero todos se habían dado cuenta de que la corriente cada vez venía más fuerte, aunque los favorecía. Calcularon que, así como navegaban, entrarían en la bahía de Providencia antes del amanecer. A la medianoche, las luces de la *Persistence* se perdieron, también las de la *Endurance*. Era preocupante, pero nada extraño, y en tanto la *Persistence* siguió sin contratiempos la ruta escogida, la *Endurance* parecía escoger las olas más grandes y el viento en remolino.

Mientras tanto, en tierra, los providencianos estaban a la espera de las dos goletas: la *Persistence*, que venía de Colón y San Andrés, y la *Endurance*, que venía de San Andrés. Incluso apostaban cuál de las dos aparecería primero en el horizonte. Pasó la tarde y no aparecieron, tampoco sabían a qué hora habían zarpado de San Andrés. Algunas personas vieron la llegada de la *Persistence* al amanecer y hasta se extrañaron: nunca le había ganado a la *Endurance*. Pero más sorprendidos se quedaron cuando se dieron cuenta de que levaba anclas, subía velas y salía del puerto después de hacer descender a las ocho personas que venían como pasajeros. Estos fueron los que contaron que habían salido las dos goletas juntas y habían perdido a la *Endurance* por la noche. El capitán Tim no podía creer lo que estaba escuchando, y logró llegar a bordo antes de que salieran. Allí se enteró de que Henley había llegado de Colón en la *Persistence* y ahora estaba en la *Endurance*.

La hermana María José sabía que esperaban la *Endurance*, pero lo único que ella sospechaba era que posiblemente recibiría una carta de Henley, aunque ella no le había enviado una respuesta a la que le había entregado Otto. Dependiendo

de lo que él le dijera, ella ya estaba decidida a viajar con ellos y encontrarse con Henley en Colón. Pasaron las horas y se durmieron sin que apareciera la goleta.

La bahía amaneció al día siguiente con la *Persistence*, y la hermana María José supuso que aparecería pronto la *Endurance*, pero se sorprendió cuando la *Persistence* salió nuevamente de la bahía. Ethel tampoco había llegado al trabajo, así que la hermana María José nada sabía de lo que estaba sucediendo.

Esa misma mañana, después de la misa, el padre David y la madre Ana María se reunieron para decidir sobre algunos asuntos de la misión, y entre otras cosas el padre David le dijo a la madre que no dependiera mucho de María Fernanda, ya que él sospechaba que ella tarde o temprano saldría definitivamente del convento. La madre le comentó que ella también tenía la sospecha de que él la había dejado para que decidiera sola y creía que ya había tomado una determinación.

Ethel llegó al trabajo y les dio la noticia. La *Endurance* no había vuelto a Colón. Venía de San Andrés y en ella venía Henley, pero a medianoche la *Persistence* la había perdido de vista.

En la casa de Henley todos estaban preocupados. Los pastores rezaban y las mujeres trataban de consolar a Rosalía, la madre de Henley, mientras Izabela, su exnovia y prima, daba los primeros pasos hacia la conquista de otro primo.

Cuando a las siete de la noche vieron que regresaba la *Persistence*, todo el mundo quedó silencioso. ¿Habría encontrado a la *Endurance*? Todo el que tenía en qué hacerlo salió hacia la goleta. Pero tan pronto bajaron anclas, tiraron un bote por estribor y se dieron cuenta de que descendieron en una cama de tabla a alguien. Después, con la luz de la luna, pudieron identificar al capitán Tim que, junto con el remero y dos hombres más, traía a la persona a Santa Catalina, y los gritos

empezaron. Estaban convencidos de que era un muerto, y dieron rienda suelta al llanto sin saber exactamente quién era. Cuando el bote se dirigió al muelle del capitán Carl, la única que estaba completamente segura de sí y de la situación era la señora Rosalía. Bajó al muelle y de inmediato reconoció a Henley. Subió a la casa y alistó la habitación donde lo atenderían, sin saber aún si estaba vivo o muerto.

Cuando lo entraron y lo depositaron en la cama, lo escuchó quejarse y agradeció a Dios. De inmediato el capitán Carl pidió papel y lápiz, le describió al doctor Timgen la situación y mandó a Johnny a llevar la nota, que decía:

«Dr. Timgen:

»El capitán Henley llegó con una herida en la pierna izquierda a la altura del muslo. Es del tamaño de cuatro pulgadas de largo y una de hondo. La recibí cuando el cable que sostiene la cocina de la *Endurance* se reventó y lo golpeó. Ha estado sangrando desde las doce y media de la noche. A veces la hemorragia se detiene, pero con cualquier movimiento comienza otra vez. Está inconsciente y se queja de dolor. No tiene fiebre.

»CARL BRITTANY».

Henley estaba inconsciente, seguía sangrando y se quejaba. Allí estaban sus padres a la espera de la respuesta del doctor Timgen cuando aparecieron el padre David, las dos hermanas y Johnny con la respuesta.

El doctor Timgen escribió —una de las pocas veces que lo haría—: «Mantengan amarrada la parte alta del muslo retirando la presión cada diez minutos. Mantengan presión sobre la herida para que coagule la sangre. Mezclen estas gotas

*Sail Aboy!!! (¡Vela a la vista!)*

con agua y hánganselas tomar. Raspen una toalla y pongan el resultado sobre la herida. Al suspender la hemorragia, pongan la piel interior de un huevo crudo. Para comer, media cucharadita de chocolate con dos huevos crudos en agua caliente con leche. Una persona con buena salud debe mantener sus manos entrelazadas en las manos del enfermo».

Capítulo 7

*LA ENDURANCE*



No había necesidad de anunciarlo, tampoco se pactaba con palabras o dinero, pues entre protestantes estaba prohibido apostar, pero si dos veleros salían del puerto al mismo tiempo y hacia el mismo destino, de inmediato quienes comandaban las naves y los observadores en tierra daban por hecho que se iniciaba una carrera, y no faltaban quienes apostarían a la competencia. Ganaba el velero que primero entrara por el canal del sur en la bahía de Providencia, o Bocachica en Cartagena, o el que pasara los arrecifes artificiales de la bahía de Cristóbal en Colón. También se daba comienzo a discusiones acaloradas sobre cuál de los dos veleros navegaba más rápidamente, cuál llevaba marineros que sabían manejar mejor el velamen de sus naves y cuál de los capitanes sabía escoger la ruta más rápida y menos peligrosa. Ese jueves, a las seis de la tarde, dos veleros iniciaron la salida en la bahía de San Andrés con rumbo a Providencia. Primero salió la *Endurance*, y el único afán de Henley, su capitán, era llegar a Providencia; sus razones distaban mucho de ganar una carrera. Poco después salió la *Persistence*.

Los apostadores despidieron las dos naves y en una de las bancas del parque Bolívar, en San Andrés, se iniciaron discusiones y relatos sobre viajes anteriores. Y no dejaban en paz un cuento que se repetía, de dos veleros que salieron hacia

Cartagena, uno de los cuales era la *Persistence*, que ganó la carrera. El capitán del velero *Dix* no aceptó la derrota y se dedicó a inspeccionar su equipo de navegación hasta descubrir que en su compás habían introducido dos alfileres, los cuales lo habían desviado de la ruta e hicieron que perdiera la carrera. El capitán de la *Persistence* se limitó a decir, ante la furia del otro:

—¿Por dos alfileres vas a terminar una amistad de años?

En esta ocasión también exteriorizaban sus dudas sobre la capacidad de las naves, la experiencia del capitán Lem, comparada con la de Henley, y la gran colaboración exigida a los marineros en situaciones en las que estaban comprometidas su pericia y la seguridad de la nave. Pero, sin forma de saberlo en tierra, o entre las dos naves, al llegar la medianoche la competencia entre la *Endurance* y la *Persistence* estaba por tomar un final muy diferente al esperado.

Todo comenzó cuando cada uno perdió de vista la luz del otro. Por alguna razón, el capitán Lem desvió la ruta; luego se supo que la corriente lo había confundido, y él, por olfato<sup>107</sup>, sospechó que estaba por entrar en una condición borrascosa y cambió de ruta. Pero la *Endurance* siguió y de un momento a otro se le presentó un cambio total en la atmósfera. Henley lo había sospechado, pero no consideró peligrosas su intensidad ni su fuerza. Se dio cuenta un poco tarde de que tenía problemas a la vista y gritó:

—*All hands on deck!*<sup>108</sup>

Dio orden de bajar parte de la vela mayor y aun así sintió que la *Endurance* batallaba contra el viento que rugía. La lluvia

.....  
<sup>107</sup> En una goleta de vela se distinguen fácilmente los cambios de temperatura por el olor del ambiente. (Nota de la autora).

<sup>108</sup> ¡Todos a cubierta!

tapó completamente la visibilidad a más de un metro. El oleaje era fuerte y lograban entrar en las olas, pero no daban descanso, venían una tras otra y, aunque la *Endurance* las trepaba, eran demasiado para ella, y la brisa, en vez de hacerlos adelantar, los estaba perjudicando al cambiar erráticamente de dirección. Con todo eso, Henley siguió pensando que no duraría y entrarían por el canal del sur de Providencia a más tardar al amanecer de ese día. Henley entregó a Otto el timón y le repitió la ruta programada. Caminaba hacia la proa cuando de repente un rayo alumbró la pequeña embarcación que batallaba contra el ambiente y dio blanco en uno de los cables que sujetaban la cocina a la cubierta; este se reventó y una parte se dirigió hacia él como una flecha, y el blanco fue su pierna izquierda. El impacto lo tumbó en el piso de la cubierta de estribor al final de la cabina, casi al lado del mástil de la vela principal y contra la amura de la goleta. Faltó poco para que la fuerza del golpe lo arrojara al océano. Henley logró levantarse y miró hacia la cocina para cerciorarse de que estaba aún sujeta por el otro cable, sintió una leve quemazón y una especie de líquido caliente bajar por la pierna golpeada; sospechó de inmediato que estaba herido, aunque en la oscuridad no podía ver. Dio orden de remplazar con cabuya el cable roto y caminó hacia la popa.

Al llegar allí, Otto se dio cuenta, gracias al resplandor de otro rayo, de que Henley estaba ensangrentado y llamó a gritos a Black Tom. Henley bajó a su cabina y buscó la linterna de mano. Allí se dio cuenta de la herida, que, aunque no le dolía, estaba sangrando más de lo normal. El cable lo había cortado como un cuchillo, tenía una herida de más de cuatro pulgadas, pero solamente al final estaba profunda, por eso parecía muy superficial. Él mismo, con la pañoleta que siempre llevaba, se colocó un torniquete a la altura del muslo. Al llegar

Black Tom, este fue en busca de astillas de madera que introdujo en el torniquete y que fue sacando cada quince minutos; mientras tanto, contra la herida apretaron con fuerza una toalla para ayudar a coagular la sangre. La hemorragia cedió, pero con cualquier movimiento comenzaba otra vez.

Otto decidió cambiar el rumbo para salirse de la tormenta, mas al virar con fuerza hacia estribor, el balanceo de la botavara hizo recibir con demasiada fuerza la brisa en la vela mayor y, aunque no estaba izada en toda su capacidad, la fuerza que recibió fue excesiva y pronto se escuchó un rasgido; cuando Otto se percató, la vela no solamente se había roto, sino que parte de ella había volado al mar. Al quedarse sin la vela mayor antes de poder amarrar la botavara, esta barrió con todo lo que estaba en cubierta e inclinó peligrosamente la nave a un lado.

Henley sintió los cambios y sospechó que se encontraban en una emergencia; en su afán de ayudar, se levantó y sintió el chorro de sangre rodar por la pierna. Se cercioró de que todos sus hombres estaban bien y se quedó tirado en una esquina de la popa. Sangraba lenta pero constantemente y ya empezaba a sentir dolor que lo hacía moverse, y la hemorragia volvía más profusamente.

Ahora navegaban en la nueva ruta con las velas de foque y mesana. Afortunadamente tenían el viento del sur. La *Endurance* andaba lentamente, y Otto, al hacer inventario, se dio cuenta de que habían perdido los dos botes salvavidas, los barriles con agua y todo lo que había desde la cocina hasta la popa y, al inclinarse la nave, también lo que estaba en la proa. Para Henley también se agudizaba el dolor y se acentuaba una somnolencia de la cual sabía muy bien la causa.

A las tres de la madrugada, la *Persistence* entró en Providencia por el canal del sur. Y todos a bordo, en vez de alegrarse, miraban

el horizonte: no había señal de la *Endurance*. Entraron en la bahía, pero el capitán Lem sospechó que algo había pasado con la goleta. Dudaba ganarle la carrera, y ¿ahora dónde estaban? Cuando no aparecieron al aclarar el día, hizo bajar a los pasajeros, dio orden de levar anclas, y antes de que las autoridades llegaran a darle el permiso de entrada, salió nuevamente, con el capitán Tim acompañándolos. La brisa había cedido un poco, pero la corriente estaba fuerte. Se encontraban mar afuera y no había indicio de la *Endurance*.

Para completar su preocupación, entre los arbustos secos que llegaban flotando sobre las olas, los marineros divisaron un barril de madera como los que llevan las goletas para guardar el agua. Lo recogieron y quedaron espantados cuando leyeron «M/V *Endurance*» marcado en él. El capitán Lem gritó:

—*Jesus Christ!*<sup>109</sup>

Y el capitán Tim se limitó a pasar sus manos por encima del barril mientras decía:

—Henley, creo que esto pasó de una mujer a una obsesión.

Siguieron la ruta por donde supusieron que la corriente había desviado la nave en una tempestad. A las doce del día la divisaron, aunque solo con las velas de foque y mesana, y por experiencia dedujeron lo que había sucedido.

La *Endurance* batallaba lentamente contra las olas. Se dirigieron a ella. A esa hora ya todos en Providencia sabían que algo había pasado, pero solo hasta las siete de la noche entró la *Persistence*. Allí habían trasladado al capitán Henley, y el capitán Tim se había quedado en la *Endurance*. Y como se habían quedado sin botes salvavidas, les dejaron otro. El capitán Lem, viendo la situación en que estaba Henley, tomó el timón y gritó:

.....

<sup>109</sup> ¡Jesucristo!

—*All hands on deck! Every one stand by! Give her everything she can take!*<sup>110</sup>

Y mientras subían de nuevo las velas, después de haberlas bajado para aminorar la velocidad, dio un viraje a estribor y la *Persistence* salió raudamente cortando las olas. Entre tanto, Black Tom acompañaba a Henley, quien no quiso bajar a la cabina y se quedó acostado en el techo.

Poco después de subir a la *Persistence*, el capitán Henley perdió el conocimiento. No supo cuándo entraron en la bahía de Providencia, tampoco se dio cuenta de cuándo lo bajaron nuevamente para llevarlo a su casa. La gente en Santa Isabel, Free Town, Old Town y Santa Catalina no hacía sino especular sobre lo que estaba pasando. Las hermanas del convento también miraban sin tener la menor idea de lo que tanto preocupaba.

Aska trajo la primera noticia. La hermana María José, al verlo venir, fue hacia él, y antes de preguntarle, él le informó:

—Trajeron herido al capitán Henley, hubo un accidente en la *Endurance*. La goleta sigue a flote, pero con las velas destrozadas.

La hermana María José lo escuchó y se tapó la cara. En eso llegó el padre David y Aska dijo lo mismo, y siguió hacia Free Town llevando la noticia. El padre, de inmediato, fue en busca de la hermana María de Jesús. Los tres se montaron en el *Eero* y la hermana María José los dirigió hacia Santa Catalina.

Cuando llegaron, el muelle, el patio y la casa estaban llenos de gente, y Johnny, el sobrino del capitán Carl, llegaba con una nota del doctor Timgen, quien, después de leer lo escrito por el padre de Henley describiendo lo sucedido, anotó en el mismo papel lo que deberían hacer. El padre David se acercó al capitán Carl y le dijo:

—La hermana María de Jesús es enfermera, los puede ayudar.

.....  
<sup>110</sup> ¡Todos a cubierta! ¡Todos preparados! ¡Denle todo lo que pueda necesitar!

El capitán la dirigió hacia la habitación, y la hermana María José se quedó afuera con el padre David. Caminaba de un lado a otro, no podía ni quería ocultar su desesperación. Todos los presentes, parientes en su mayoría, los miraban con la esperanza de que ellos sabrían qué hacer.

Adentro, Henley, acostado con los ojos cerrados, sobre la herida una venda toda ensangrentada, respiraba con dificultad y se lamentaba. María de Jesús se acercó a él y le levantó los párpados, leyó las instrucciones del doctor Timgen y se pasó a la cocina, donde también había por lo menos diez personas buscando cómo ayudar. Solicitó agua para la mezcla de la botellita con el líquido enviado y un cuchillo, volvió a la habitación, pidió una toalla limpia, la raspó, quitó la venda y puso el resultado encima de la herida.

Cuando trató de que el capitán Henley tomara una cucharadita del remedio, encontró que este tenía aprisionados los dientes y no pudo hacérsela tomar. Pidió al capitán Carl que llamara a la hermana María José. Al entrar esta, le explicó el problema, y la hermana María José, sin pensarlo dos veces, metió sus dedos en la boca de Henley y lo obligó a separar los dientes, al tiempo que con un algodón le hacía tomar por gotas el líquido. La hermana María José lo probó y se dio cuenta de inmediato de que el líquido no era otra cosa que brandy con agua.

Las dos monjas tuvieron que repetir el proceso durante dos horas. La sangre al fin coaguló, pero el capitán Henley seguía inconsciente. Lo envolvieron en una cobija, dejándole solo la pierna destapada. Afuera los parientes y vecinos hablaban y todos miraban el canal en busca de la llegada de la destrozada *Endurance*. El padre David entró en la habitación a las cuatro de la mañana y les dijo a las hermanas que iría a casa en busca de los santos óleos. La hermana María de Jesús dijo que lo

acompañaría y de paso iría en busca de unos medicamentos que había encontrado en la casa cural; aunque eran viejos, todavía servían, y tal vez mejor que lo enviado por el doctor Timgen.

Al escuchar la decisión del padre David, la hermana María José sintió que se desmayaba, se acercó a la cama, recogió el papel con las instrucciones, leyó la nota del doctor Timgen y, aunque le pareció increíble, decidió hacerlo. Tomó las manos de Henley entre las suyas y las colocó sobre el pecho de él. Para transmitir energía al enfermo una persona saludable debería hacer esto, decía el doctor Timgen en su receta. A la hermana María de Jesús le había parecido ridículo, pero la hermana María José pensó: «Pondré a prueba mi fe...».

Johnny, el sobrino de Carl, trasladó al padre y a la hermana María de Jesús, y la hermana María José se quedó al lado de la cama, sosteniendo fuertemente las manos de Henley. Con la luz de la lámpara de queroseno le observaba su piel curtida por el sol y el mar, su cabello castaño con visos dorados, despeinado, las pequeñas líneas de expresión al lado de sus ojos ahora cerrados. Su nariz le pareció más recta que antes, su bigote rojo ahora no tan cuidado como siempre, su boca cerrada, sus labios secos, y decidió humedecerlos en la única forma que podía sin soltar sus manos.

A las seis de la mañana apareció la *Endurance* en el horizonte, y todos fueron a mirar. Llegaba como una golondrina sin alas. Henley, que antes no demostraba señal de que sentía la presión de ella sobre su pecho, apretó levemente las manos y parpadeó algo. La hermana María José le preguntó:

—Henley, ¿cómo te sientes?

Él no respondió, pero se dio cuenta de su presencia, pensó que estaba soñando y apretó las manos de la hermana María José. Al rato, dijo entre sueños:

—¡Hermana María José!

—Sí —respondió ella—, aquí estoy.

El capitán Carl había entrado y, al ver la reacción favorable, no pudo controlar las lágrimas que bajaron como extrañadas en la cara de un hombre que parecía hecho de roble. Henley trataba de despertar, pero no podía. La hermana María José pidió al capitán que trajera leche caliente y logró que Henley la tomara sin problemas —y pensar que a él no le gustaba la leche—. Cuando terminó de tomarla y seguramente se dio cuenta de que era leche, abrió los ojos, estaban enrojecidos. En ese momento entró el padre David todo ataviado para ofrecer los santos óleos, y la hermana María José le dijo:

—No hace falta, padre, ya reaccionó.

Todos salieron y ella aprovechó para recostar su rostro encima de la cama y rezar. Estaba en ese momento prometiendo a la Virgen que, de salvarse Henley, ella dejaría de pensar en él como lo había estado haciendo. De pronto sintió que él soltó sus manos, y casi gritó cuando imaginó que podía ser por haber perdido el control sobre ellas. Escuchó cuando uno de sus brazos cayó en la cama, pero su alma volvió al cuerpo cuando sintió que sobre su cabeza estaba la mano derecha de él y que le revolvía el velo y trataba en vano de quitarle la toca de la cabeza. Henley bajó la mano y la pasó por la cara de la hermana María José, y con los dedos enmarcó sus labios.

La hermana María José levantó la cabeza: él estaba con los ojos abiertos y la miraba. Entre tanto, la hermana María de Jesús estaba en la cocina haciendo otro de los remedios recetados por el doctor Timgen. Anotado estaba que tan pronto cediera la hemorragia, se debía coger la piel del interior de un huevo crudo y colocarla sobre la herida. Además, un pocillo de chocolate con dos huevos crudos para el desayuno, o cuando estuviera consciente.

Henley se dejó atender y recibió todo sin oponer resistencia. Lo único que dijo fue:

—Hermanas, gracias por venir.

El sol había llegado de su escondite detrás de las montañas y la hermana María José se habría quedado si María de Jesús no la hubiera halado de la silla, diciendo:

—Él necesita dormir, y con tu presencia no lo hará. Vamos.

En el patio estaban Otto y los marineros contando la odisea. La hermana María de Jesús dejó a Black Tom encargado con ciertas instrucciones que él aceptó. Las dos monjas saludaron al resto de la tripulación y la hermana María José les dijo en inglés:

—*Welcome home*<sup>111</sup>.

Se despidieron del capitán Carl, entraron en la cocina y se despidieron de la señora Rosalía, quien a pesar de la tragedia no lograba aceptar lo que estaba sucediendo entre su hijo y la hermana María José. Se repetía que sus antepasados fueron todos de la isla y que hasta ahora nadie de su familia se había unido a una *panya*. Claro, las únicas mujeres *panyas* que habían llegado a Providencia eran monjas, de las cuales ella poco sabía, solamente que se dedicaban a enseñar y que no se podían casar. Pero pensaba: «Saben muy bien cómo conquistar almas y corazones».

El capitán Henley durmió plácidamente por más de tres horas; en sueño llamó varias veces a la hermana María José y a María Fernanda. El capitán Carl arqueó las cejas, y pensó: «Está llamando a la monja y a otra. Este hombre no tiene remedio; menos mal que la monja no está presente».

Henley despertó completamente consciente y mandó llamar a Otto. Este le contó todo lo que pasó después de que él los dejara. Henley mandó llamar a Black Tom y a Johnny

.....  
<sup>111</sup> Bienvenidos a casa.

para que lo entraran al baño. Afortunadamente, la casa era de las pocas con baño interior, una idea que trajo el capitán Carl de Panamá, aunque construyó igualmente dos baños sobre el mar. Con la pierna puesta sobre una caja y la ayuda de Black Tom y Johnny logró cambiarse, se puso una camiseta y le adaptaron una pijama. Logró llegar a la cama, pero el esfuerzo fue tanto que nuevamente quedó un rato como desmayado. Se quedó dormido y se acababa de despertar cuando las hermanas regresaron.

Al verlas, sonrió y levantó la mano derecha que solamente tomó la hermana María José y la sostuvo mientras María de Jesús le preguntaba cómo se sentía y si podía mirar la herida; ella verificó el estado y cambió las vendas. Al despedirse, cuando ya salían por la puerta de la habitación, la hermana María José volteó y lo miró, y él colocó dos de sus dedos en los labios y le mandó el beso que ella creyó sentir; este gesto la turbó tanto que no fue capaz de despedirse del capitán Carl. Tomó el camino directo al muelle.

Remaban ya hacia el convento cuando la hermana María de Jesús le dijo:

—Hermana María José: llegó su oportunidad.

—¿Oportunidad?

—Pues sí. El capitán Carl me solicitó el favor de informar al doctor Timgen el estado del capitán. Aunque el plan de viaje era para La Florida<sup>112</sup>, nos iremos a Santa Isabel. Así pues, capitana, conduzca el *Eero* para allá.

Al llegar al muelle de Santa Isabel encontraron a Aska, quien las ayudó en el amarre, y ellas se dirigieron con él al pueblo. Caminaron el trecho que separaba el muelle de la única carretera del lugar, y mientras subían el camino denominado

.....  
<sup>112</sup> El barrio donde estaba el convento. (Nota de la autora).

Jacob Ladder, Aska les dijo que no era una montaña natural, sino la tierra que habían sacado cuando Aury separó a Santa Catalina de Santa Isabel. Llegaron hasta la entrada de la casa del doctor Timgen, y Aska se despidió de ellas.

Era una casa de concreto en la planta baja y de madera en el segundo piso. Aska le había contado a la hermana María José que la construcción de la casa la dirigió el mismo Timgen, y que, aunque todo era de cemento, no aguantó la primera temporada de lluvia y el segundo piso se cayó. Al reconstruirlo, lo hizo de madera. Entraron en el patio, se dirigieron a las escaleras, también de cemento, en filas de a tres y un descanso. Subieron sin darse cuenta de que el doctor Timgen las observaba sentado en una mecedora en el balcón de la casa. Remontaron el último escalón que daba entrada a la casa y, *voilà!*<sup>113</sup>. Ahí estaba.

El doctor se levantó de la silla, abrió la puerta que daba acceso a la escalera y de inmediato les preguntó en inglés:

—¿Qué puedo hacer por ustedes?

María de Jesús dijo:

—Buenas tardes. Ella es la hermana María José y yo soy María de Jesús; soy enfermera y he venido atendiendo a su paciente.

A esta presentación él nada dijo y ellas comprendieron que no había entendido.

—Hermana María José, va a tener que servirme de intérprete —dijo la hermana María de Jesús.

La hermana María José repitió lo dicho en inglés. Timgen dio muestras de entenderlo con una leve inclinación de la cabeza.

—Ahora —encomendó María de Jesús— dígame al doctor que manda decir el capitán Carl que hemos seguido al pie de

.....  
<sup>113</sup> ¡Listo!

la letra sus instrucciones, que se ha notado una gran mejoría y queremos saber si debemos seguir con los mismos medicamentos o si quiere cambiarlos.

La hermana María José sabía de sobra cuál sería el mensaje; por lo tanto, en vez de escucharla, su atención estaba fija en el aspecto del doctor Timgen, que a los tal vez sesenta y pico de años era un hombre de mediana estatura, quizás bien parecido en su juventud, de ojos hermosos, que no se habían envejecido pero estaban escondidos detrás de unas gafas de montura innecesariamente gruesa, nariz ligeramente abultada, cabellos un poco encanecidos, la cara limpia de barbas y bigote, la boca como en una mueca de displicencia, no a propósito, sino de nacimiento. Los brazos largos, el izquierdo en un bolsillo y el derecho suelto a su lado.

La hermana María José hurgaba como un arqueólogo en las ruinas de lo que quedaba de este hombre después de treinta años en una isla en medio del Caribe. En este «extraño desterrado voluntario», como diría Oscar Wilde, buscaba una pista para confirmar la coincidencia, pero la hermana María de Jesús la interrumpió, tuvo que repetir dos veces el nombre de la hermana María José para que iniciara la traducción, y, sin pensarlo o haberlo decidido, la hermana María José se dirigió al doctor Timgen en alemán, y le repitió más o menos lo dicho por la otra. Cuando ella empezó a hablar, Timgen abrió los ojos casi al tamaño del aro de las gafas. Estaba sorprendido y no había podido refrenar a tiempo su asombro. No hizo ningún comentario sobre el informe en alemán y se limitó a decir en inglés:

—Lo que ha salvado al capitán Henley es el mismo remedio que la salvó a usted, hermana, cuando viajó a Panamá con un ataque de apendicitis. Sigán dándole el mismo remedio: es infalible. Buenas tardes.

La hermana María José pensó: «Esto es lo que yo calificaría como una persona que recibe y despide con hostilidad cortés».

Bajaron de la casa, por las gradas de cemento, pasaron por el patio y alcanzaron la carretera sin voltear a mirar, pero la hermana María José sentía como dardos los ojos de Timgen. Llegaron al bote y con la ayuda de Aska emprendieron el regreso. El único comentario de Aska fue:

—*You did it, Sister Mary Joseph*<sup>114</sup>.

—Hermana María José, ¡despierte! ¿Cuál fue la respuesta del doctor Timgen? —le averiguó María de Jesús.

Ella respondió:

—Que siguiéramos con lo indicado por él.

El enigmático y solitario doctor Timgen, desde el punto estratégico de su casa, pudo mirarlas hasta que atracaron en el muelle del convento. No pensaba en nada en particular. Hacía tiempo que había decidido no inquietarse por nada ni nadie. Especialmente con recuerdos del pasado. Él había decidido nacer a los cuarenta años en Providencia. Para él no existía una vida antes de 1902.

Esa tarde, mientras todas las monjas descansaban en sus celdas, la hermana María José tomó el *Eero* y se fue a Santa Catalina. Observó al llegar que los pocos hombres que vivían en la isla estaban todos ahí, hablando sobre la tragedia, cada uno comentando situaciones iguales o peores, y lo que habían hecho y lo que debían haber hecho los tripulantes de la *Endurance*. La recibió el capitán Carl, algo sorprendido de que hubiera llegado sola, y ella sencillamente le dijo:

—El doctor Timgen quiere que sigamos con el mismo remedio.

Pidió permiso y entró en la casa. En la sala estaba Rosalía, con otras señoras, y entre ellas Izabela, pero la hermana María José

.....  
<sup>114</sup> Lo hiciste, hermana María José.

no la reconoció. La hermana María José las saludó y solicitó permiso a la señora para entrar; la madre de Henley, con una leve inclinación de cabeza, le dijo que siguiera. Alguien de la cocina llamó:

—¡Izabela! —y la hermana María José sintió un escalofrío en su cuerpo.

Cuando entró en la habitación, Henley estaba solo, sentado en la cama, con la pierna herida extendida en ella y la otra en el piso. Al verla levantó los brazos y al acercarse ella, la rodeó por la cintura y puso su cabeza en el pecho de la hermana María José, mientras ella, bajando la cabeza, lo besó entre los cabellos y lo obligó a soltarla retirándose del cerco de sus brazos. Le preguntó cómo se sentía, y él le dijo:

—Con tu presencia, bien.

Lo miró por última vez y la hermana María José se despidió. Cuando salía de la casa, sintió como si la desvistieran, y peor fue cuando se despidió del capitán Carl y bajó al muelle, se sentó en él y colocó sus pies en el *Eero*, bajó al asiento y tomó los remos.

Los hombres elogiaban la habilidad de la monja y sarcásticamente hacían comentarios de la atención de la Iglesia católica al enfermo, mientras las señoras en la sala comentaban que las monjas se escudaban en el hábito para estar en lugares y hacer muchas cosas a las que otras mujeres no se atrevían. Henley, quien se encontraba completamente frustrado porque la hermana María José no se había demorado, y sospechando que la presencia de Izabela la había asustado, o disgustado, no aguantó más y pegó un grito que todos escucharon:

—*Dam it, shet up!*<sup>115</sup>

Al escucharlo, el capitán Carl entró en la habitación y lo miró. Seguía sentado en la cama y había bajado las dos piernas,

.....  
<sup>115</sup> ¡Maldita sea, cállense!

como con ganas de apoyarlas en el piso, se peinaba con los dedos, sus ojos habían tomado ese color gris pizarra de cuando se enfurecía, miró a su padre y dijo:

—¡Pa, sáquelas de aquí, que me dejen solo!

El capitán Carl le respondió:

—Hijo, no eres un muchacho, eres un hombre y suficientemente maduro para afrontar tus problemas sin pensar que los culpables sean otros. Ellas no tienen la culpa, todos son familiares y se preocupan por lo que está pasando. Tienes la *Endurance* destrozada, estás incapacitado físicamente y te enredas en un imposible. Pero te aconsejo una sola cosa: dale tiempo al tiempo para solucionar todos tus problemas.

Henley, sin responderle, subió las piernas a la cama y se volteó con la cara a la pared. Su mano tropezó con una biblia que su madre había puesto al lado de las almohadas desde la noche de la tragedia, la tomó y la tiró de la cama. Su padre la recogió, sacudió la cabeza y pensó: «El mismo temperamento endiablado de mi padre».

Las visitas escucharon el grito de Henley, pero no hizo mella en sus intenciones; allí siguieron hasta el crepúsculo. La noche fue completamente desapacible para Henley, y el amanecer del lunes lo encontró parado en la ventana mirando hacia la *Endurance* y hacia la casa de las hermanas. Sintió un leve mareo y se retiró a la cama. No quiso desayunar y cuando llegaron al muelle el señor Winter y su cuadrilla para examinar las velas, que ya habían bajado de la *Endurance*, e iniciar el corte y la costura de las nuevas, el capitán Carl le avisó a Henley y este le pidió que se encargara de todo.

Debajo de un palo de mango, que les daría sombra, y al lado de la habitación que ahora ocupaba Henley, los expertos en construcción de velas examinaron lo que había quedado de la vela mayor y concluyeron que se había reventado por

una imperfección de la tela. Henley los escuchaba y pensaba: «Ese viento habría reventado al mismo diablo». Tal vez, aunque él había bajado parte de las velas, no había sido suficiente, y lo errático de los cambios en la dirección de los vientos hizo que se formara una bolsa en la parte floja, y al llegar una arremetida fuerte, la reventó. Lo que debió hacer fue cambiar de ruta, pero no se explicaba, no comprendía, cómo se había reventado el cable que sujetaba la cocina. Black Tom vivía revisando esos cables. Pudo ser que también hubiera algo de distensión, y una leve inclinación a estribor haya sido suficiente para hacerlo ceder. Sin embargo, Otto insistía en que un rayo le había caído encima. De todos modos, aquí estaba incapacitado y desesperado; la verdad, lo que más le molestaba era que no tenía a la hermana María José a su lado, como él deseaba, como lo necesitaba. Se la pasaba en un sueño recurrente con ella, en que él le quitaba sus hábitos y los botaba al mar. Esto por lo menos lo hacía sonreír.

Era día de clases, y la hermana María José, sabiendo que su presencia como ayudante de la enfermera hermana María de Jesús ya no sería necesaria, a menos que Calixto no pudiera transportarla, decidió cumplir la promesa de no volver a dejarse envolver por los sentimientos que tenía hacia Henley. A las diez de la mañana llegó a Santa Catalina la hermana María de Jesús y sola atendió la herida. Cuando se disponía a retirarse, Henley le preguntó, sin anteponerle la palabra *hermana*:

—¿No viene hoy María José?

—Le diré que venga —respondió ella y se fue.

A las cuatro de la tarde, después de clases y sin que la hermana María de Jesús le hubiera mencionado nada, la hermana María José tomó el *Eero* y se fue a Santa Catalina. Cuando subió al patio de la casa se encontró con el capitán Carl, quien le informó que estaban en la labor de coser las nuevas velas. Saludó,

los miró cortar y marcar la lona sacada de un rollo grande, y preguntó dónde y cómo la habían conseguido tan rápidamente. El capitán Carl le respondió que el capitán Lem se la había prestado. La hermana María José se despidió y entró en la casa.

No encontró a nadie y siguió a la habitación. Henley estaba sentado en la cama, con la pierna en una silla. Ella se acercó para sentarse a un lado de la silla y él trató de que se le acercara; ella no se dejó y él pensó que seguramente era por los hombres que estaban afuera, a pocos pasos de las ventanas. Se sonrió y ella le preguntó cómo se sentía. Él respondió:

—Cuando tú estás conmigo, vivo. Tan pronto te alejas, me siento morir, me entra una desesperación por verte que no logro controlar fácilmente.

—Henley, yo prometí a la Virgen que, si te mejorabas, yo dejaría de pensar en ti.

—¿Y para qué querías que viviera si me condenabas a vivir sin ti? ¿No era mejor verme muerto que vivir como un condenado?

—Henley, yo tampoco quiero sacarte de mi vida, pero estoy dispuesta a cumplir mi promesa.

Él, con rabia, respondió:

—Bueno, María Fernanda Gómez Rodas, vete desde ahora mismo y empieza a cumplir tu promesa. Cuando lo logres, me informas cómo lo lograste, tal vez lo pruebe. Pero tu boca dice una cosa, y tus ojos, otra.

Bien sabía él que lo que ellos sentían no tenía marcha atrás, pero la ayudaría; después de todo, faltaban quince días para cumplir el plazo inicial. Con esas palabras, ella salió sin despedirse.

La hermana María de Jesús siguió atendiendo a Henley, la llevaba Calixto y Johnny la devolvía al convento. Henley nunca le preguntó otra vez por la hermana María José y ella tampoco preguntó por qué la hermana María José había dejado de acompañarla, o de ir sola y sin permiso a Santa Catalina.

A la semana, la hermana María José no aguantó la desesperación por verlo y tomó el *Eero* y se fue a Santa Catalina. Seguían cosiendo la vela, saludó y entró en la casa con el capitán Carl, quien demostró sorpresa y alegría al verla.

Cuando Henley escuchó el chapoteo de los remos en el agua, adivinó de inmediato que era una persona sin experiencia la que había llegado, tiró a un lado el libro que estaba leyendo y se levantó para mirar. Allí estaba ella con su padre. La hermana María José entró y él la recibió de pie, le tomó las manos y las besó, y le indicó la silla enfrente de la cama. Henley se sentó en la cama extendiendo la pierna herida. Ella le dijo:

—Ha vuelto el color a tu cara y veo que te afeitaste. ¿Por qué no te dejaste la barba?

—¿Te gustan las barbas?

—La tuya.

Los hombres que construían la vela charlaban, y como las ventanas estaban abiertas de par en par, el ambiente se sentía como uno solo. Para sorpresa de la hermana María José, la señora Rosalía entró, la saludó y le ofreció un vaso de agua de miel y limón. Ella se lo agradeció y, como cogida fuera de base, le preguntó a Henley si la guitarra colgada en la pared que ella había visto desde la noche que entró en la habitación era otra diferente de la que él tenía en la *Endurance*. Él respondió que sí y que arriba en su habitación había dos mejores que esa. Entonces a él se le ocurrió decirle:

—Ve, trae la que más te guste y tocamos.

—Voy a pedirle permiso a tu mamá para subir.

—No es necesario, pero si te sientes mejor... ¡Ma!

La señora, que siempre parecía estar detrás de las puertas, apareció, y él le dijo que la hermana María José subiría a es-coger una guitarra.

La hermana María José se dirigió a la escalera y subió. De inmediato vio las dos guitarras colgadas en la pared de lo que sería la sala del segundo piso, también vio la entrada de lo que supuso que sería la habitación de Henley, y curiosa caminó hacia ella. Entre tanto, la señora Rosalía le decía a Henley:

—Vas a pagar muy caro la subida de esa mujer. —Y se dirigió a la cocina.

En ese momento, él escuchó que los pasos de la hermana María José se dirigían hacia la habitación que justamente quedaba encima de su cabeza, también se dio cuenta de que ella se había detenido frente a la pared que la separaba de la sala, y recordó de inmediato lo que él tenía pegado en esa pared. La hermana María José, al rato, salió, bajó las guitarras y escogió la que más le gustaba, la que estaba más afinada, y la llevó a donde la esperaba Henley.

Cuando entró en la habitación, encontró que Henley seguía sentado, pero con una almohada en la cabeza. Ella le preguntó a qué se debía y, bajándola, él respondió:

—Me estoy defendiendo de otra herida, esta vez en la cabeza. ¿Cómo te fue en tu pequeña expedición en el segundo piso?

Ella introdujo su mano en el bolsillo del hábito y sacó siete fotografías que había arrancado de la pared. Henley sonrió mientras le decía:

—Hermana María José, fijate en las fechas.

Ella respondió:

—Sí, un año. Es lo máximo que te entusiasmas, ¿cierto? Y las introdujo nuevamente en el bolsillo de su hábito.

Sin decir más, empezó a tocar la guitarra, y Johnny, quien siempre llevaba una dulzaina en el bolsillo y en ese momento estaba sentado en un tronco escuchando a los que armaban la vela, de inmediato la sacó y la acompañó. Henley hizo ademán de levantarse para coger la otra guitarra, ella se levantó y se la

alcanzó, y entre los dos, con el acompañamiento de la dulzaina, dieron el concierto de la tarde. Ella cantó *When Irish Eyes Are Smiling* y *I'm Always Chasing Rainbows*<sup>116</sup>. Él respondió con *Let Me Call You «Sweetheart»*. Eran las canciones que habían cantado en la travesía de Cartagena a San Andrés y luego de Colón a San Andrés y de San Andrés a Providencia. También, Henley cantó *Have I Stayed Away Too Long?*, *Love Letters*<sup>117</sup> y *Don't Blame Me*.

El capitán Carl los oía y comentó a los cinco hombres que construían la vela:

—A veces no sabemos reconocer la felicidad. ¡Viene y va tan rápidamente!

Después entró en la cocina y Rosalía le dijo:

—¿Sabes? A veces yo creo que tú estás más enamorado de esa mujer que tu hijo.

—Con veinte años menos, le daría la pelea. Te lo aseguro. Ahora estoy feliz de que él lo esté.

Tocaron juntos otras piezas, acompañadas algunas por Johnny y su dulzaina desde el patio. Todos, incluso la señora Rosalía, daban gracias a Dios por escuchar a Henley tocando y cantando.

Cuando la hermana María José se dio cuenta de que los que fabricaban la vela se retiraban, ella también se despidió y salió intempestivamente. Todos trataron de ayudarla con el *Eero*. Mientras tanto, Henley se había levantado y miraba desde la ventana.

Ella les agradeció y tomó el rumbo de siempre, pero en la mitad del camino entró los remos al bote, sacó las fotografías del bolsillo de su hábito, leyó de nuevo las dedicatorias, comparó las fechas y miró las caras. Entre tanto, la corriente

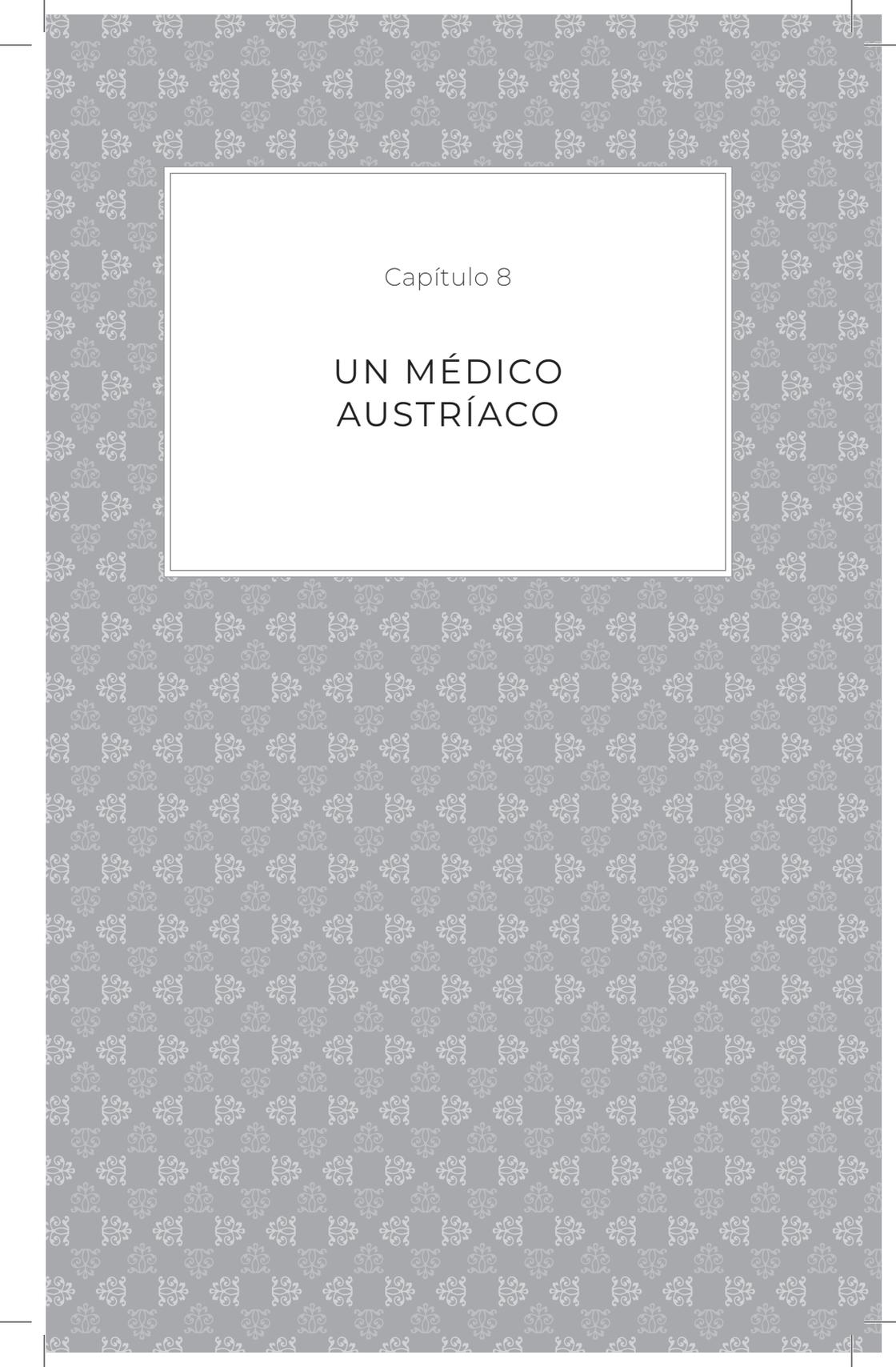
.....  
<sup>116</sup> *Siempre estoy persiguiendo arco iris.*

<sup>117</sup> *Cartas de amor.*

la estaba sacando de la bahía y Henley se estaba preocupando. Por eso buscó los binóculos y se puso a mirarla, y descubrió lo que estaba haciendo. Rompía las fotografías y las botaba al mar.

Después bajó los remos al agua y se dirigió al convento. Henley sonrió, y se preguntó qué significaba el comportamiento de la hermana María José. ¿Había decidido salir definitivamente e irse con él? ¿Le daría miedo embarcarse después de lo que sucedió? Tan pronto él se mejorara, se iría de nuevo y no volvería. Ella tenía hasta el día de su viaje para decidir. Tampoco sabía lo que haría si tuviera que viajar sin ella. No había duda, esa mujer había entrado en su vida para quedarse, y no sabía cómo, ni quería sacarla. No quería escándalos, y lo había prometido al padre David. Por eso no iría al convento a exigir una respuesta. Sabía que, si ella quería, encontraría la forma de comunicarle su decisión, aunque el miedo de una negativa lo paralizaba a ratos.

A bordo de la *Endurance*, en las gavetas debajo de su camarote, Henley le había comprado y guardado varias piezas de ropa a la hermana María José. Suponía que al salir del convento no tendría que ponerse, pero no le había dicho nada, esperando que ella le informara de su decisión.



Capítulo 8

UN MÉDICO  
AUSTRIACO



Henley, completamente recuperado, se dedicó a dirigir la reparación de la *Endurance*. No perdía una misa y hablaba mucho con el padre David, pero su acercamiento a las monjas se limitaba al saludo, como los demás fieles en los días en que se celebraban misas. A la hermana María José la escuchaba únicamente cuando cantaba en las misas, y vigilaba desde Santa Catalina su inconfundible caminar en su ida y venida a la casa construida para el colegio. No volvieron a tener oportunidad de estar cerca, y estaba al borde de la desesperación por las dudas y la impaciencia que sufría por ese silencio. Lo peor era que no sabía cómo proponerle a la hermana María José que se fuera con él en la goleta. Después del desastre seguramente le tendría pánico al mar, y jamás la vio como una esposa providenciana atendiendo casa, comida, ropa, animales, marido, parientes, iglesia y marineros. Henley desconocía la existencia de la carta que había recibido la hermana María José en la que le autorizaban, por su propia voluntad, el retiro del convento; pero su padre sí le había contado sobre la llegada del barco de guerra que trajo de visita a los padres de la monja.

La última vez que la hermana María José visitó Santa Catalina en compañía de la hermana María de Jesús, él le preguntó la razón de la visita de sus padres. Ella, sin darle importancia, se limitó a decir que les habían informado sobre su ataque de apendicitis.

Justo un mes después de la tragedia, la hermana María José terminaba su informe sobre el enigmático médico austriaco y se alistaba para llevarlo al padre David, cuando recibió la llamada de la madre Ana María. Al acudir a su llamado, la madre le entregó una carta. El sobre indicaba que venía de Austria, y sospechó de inmediato que seguramente tenía que ver con los abogados de la sucesión, y en efecto era así. La carta había llegado primero a la comunidad en Bogotá y ahora se la enviaban.

Al entrar en el convento, María Fernanda Gómez Rodas había entregado como dote a la comunidad toda la herencia recibida de sus tíos. En la carta, los abogados le informaban que esa orden no se podía cumplir: ellos habían encontrado otro testamento más reciente en que sus tíos especificaban categóricamente que ella no podía regalar ni vender lo heredado. Exigían que viviera de él y, en vista de este contratiempo, ella tendría que presentarse para hacer las anulaciones del caso y organizar sus haberes. Para su comodidad, habían reservado viaje en dos barcos con treinta días de diferencia, etcétera, etcétera, etcétera.

La hermana María José leyó y releyó la carta. Sabía que tendría que salir de inmediato de Providencia, y la única goleta en el puerto era la *Endurance*, que se preparaba para salir a Colón vía San Andrés. Solicitó una reunión el lunes temprano con el padre David y la madre Ana María y les dijo:

—Padre David, madre Ana María: saldré esta tarde en la *Endurance* a Colón. Allí tomaré el barco a Europa. Solicito permiso para salir de aquí con el hábito, pero tan pronto me encuentre en mar abierto, lo abandonaré. No viajaré como una monja y no quiero salir vestida de civil ante los ojos de las otras hermanas. La carta entregada por mi madre me lo autoriza. Espero de ustedes comprensión y les doy mi agradecimiento. Estos meses han sido muy difíciles; estoy dejando todo en manos del destino.

—María Fernanda Gómez Rodas —dijo el padre David—, hace tiempo que comprendemos tu dilema, pero estábamos esperando que tú sola lo resolvieras. En este momento me llega a la mente algo bastante trivial pero cierto: las coincidencias bien utilizadas podrían servir como herramientas para resolver muchos problemas de la vida. Yo personalmente tengo que reconocer que tu salida del convento ha tenido que ver con un raudal de coincidencias no provocadas por ti. Espero, Dios dirá, si es lo que Él quiere para tu vida.

—Gracias, padre.

A la vez el padre David pensaba: «Lo que sí es cierto, hermana, es que Henley Brittany ha sido más sincero. En confesión me dijo que te amaba y haría todo lo respetuosamente posible a su alcance para hacerte salir del convento. Me juró que no provocaría un escándalo y lo ha cumplido. En definitiva, las coincidencias fueron sus aliadas».

—Padre —continuó la hermana María José—, aquí está la caja de archivos de los padres austríacos, americanos e irlandeses, y en este cuaderno anoté todo lo descubierto sobre el médico Henry W. Timgen.

En la portada del cuaderno había titulado *El príncipe de Sanproca*.

—Padre David —decía ella—, su reverencia solo estaba interesado en los personajes que tuvieron que ver con nuestra religión, pero al tropezarme con el enigmático, rígidamente afable y distante doctor Timgen no pude dejarlo como seguramente él quisiera. Además, la llegada de los primeros sacerdotes fue la antesala para su arribo.

—Gracias, hermana. Leeré tu informe con detenimiento. Cuando vuelvas nos dedicaremos a comentarlo, porque volverás aunque no sea como la hermana María José. Que mi Dios te dé la sabiduría y la salud para este nuevo camino en tu vida.

Lo único que me resta decir es: si tienes dudas, no lo hagas, y que la Virgen guíe tus pasos. Aquí te estaremos esperando, sea como la hermana María José, o como la esposa de Henley Alva Brittany.

La hermana María José se limitó a sonreír y a sonrojarse.

Las hermanas María de Jesús, María Elena y Ethel la despidieron llorando. Calixto la llevó hasta la *Endurance* a las dos de la tarde. Otto la recibió algo sorprendido, pues Henley nada le había dicho sobre el viaje de la hermana, pero la hermana María José estaba tan segura de que la llevarían que no anticipó su viaje. Llevaba como equipaje la maleta, entregada por su madre, de la que no se había molestado en mirar su contenido desde que la recibió hasta esa mañana. Otto la instaló en la cabina que compartían Henley y él, y, aunque había prometido quitarse el hábito solo hasta cuando perdiera de vista Providencia, el sofocante calor de la cabina, lo falsa que se sentía sentada en el borde del camarote ataviada como monja y la desesperación por sorprender a Henley, la decidieron a hacerlo de una vez.

Entre tanto, el padre David en la casa cural iniciaba la lectura de lo que ella le había entregado: el libro con los datos recogidos, sus sospechas y sus deducciones. El padre David estaba completamente asombrado de ver lo que ella había escrito. Estaba leyendo una novela de ficción.

«Su reverencia:

»Lo que a continuación anotaré no son más que sospechas. Sospechas que no he logrado desaparecer de mi mente. No tengo cómo probarlas, pero las considero de vital importancia. Aquí las dejo para usted y para Providencia.

»El primer personaje llegó en 1900 como misionero voluntario de la Iglesia católica. En la víspera de la Navidad de 1903 llegó el segundo, y en 1905, el tercero. Este grupo

trabajó solamente hasta 1910. No sobra anotar que la colonia puritana que llegó a Providencia tomó como fecha de su establecimiento en la isla la víspera de la Navidad de 1629.

»En 1908 llegaron dos sacerdotes hermanos directamente de Norteamérica, pero su estadía se truncó con la entrega del departamento de Panamá a Estados Unidos.

»El tercer grupo, mucho más numeroso, llegó de Irlanda en 1912 y vivió y trabajó aquí hasta 1925.

»El primer sacerdote en aventurarse a estas islas, según parece, además de convertir almas, buscaba un lugar donde construir un hogar para sacerdotes ancianos que no resistían el invierno norteamericano y europeo. Según parece, el primero leyó en una revista sobre unas islas que, aisladas del archipiélago del Caribe, lo eran también del continente y de Dios. Según lo escrito, su religión no había llegado aún a este lugar, donde vivían en su gran mayoría exesclavos que habían recuperado su libertad desde hacía cuarenta y siete años. Decidió visitarlos. Con ayuda de su comunidad, que en ese entonces recibía, como todas las comunidades en el mundo, donaciones muy significativas de una corona europea, pudo iniciar el largo y extenuante viaje a las islas desconocidas.

»Este sacerdote llegó primero a Nueva York, allí descubrió que ninguna embarcación de vapor viajaba a esas islas. Entonces fue a Jamaica, luego a Cartagena, sin informar de su misión ni solicitar permiso a las autoridades religiosas o civiles. Primera incógnita, padre David. Después de un mes en Limón, Costa Rica, encontró un velero que hacía la ruta Limón-San Andrés-Providencia. Se embarcó con la esperanza de llegar en cuatro días a las islas, pero lo hizo después de una semana. Llegó a San Andrés, donde ni las autoridades de su religión, ni otros, le dieron la bienvenida, y descubrió que la religión protestante

había anclado con fuerza dictatorial en esta isla. Decidió visitar las otras dos.

»En estas dos islas retiradas geográficamente de todas las demás en el Caribe —cuyos habitantes eran descendientes de los puritanos que habitaron las islas desde 1629 hasta 1640— encontró amabilidad y respeto y una topografía llena de montañas, sin comparación con el parque de palmeras de la isla de San Andrés. Esto le hizo pensar que sería el lugar ideal, no tanto para habitación de los ancianos, pues ellos jamás resistirían un viaje de una semana en alta mar, sino para iniciar la obra de evangelización, uno de los motivos de su aventura. Se iniciaba un nuevo siglo, pero solo se darían cuenta de ello los empleados oficiales, y muchos preguntaron al sacerdote cómo se escribía en las cartas el número que seguía a 1899. Era un lugar en el que los números se usaban no más que para sumar canastas de naranjas, las cabezas de ganado que cabían en los espacios disponibles de las goletas, los días que los veleros se demoraban en la travesía y los dólares recibidos de los maridos o familiares que trabajaban en el canal de Panamá.

»Lo que no habían adivinado, aunque creían tener ese don, era que con el nuevo año se cumpliría el deseo de la población de tener un médico en este olvidado paraíso».

El padre David siguió leyendo...

«A los dos años de la llegada del sacerdote, con la ayuda amable de los habitantes, que no tenían ninguna comodidad de ciudad, llegaba a la isla de San Andrés el velero *Vicarius*. A bordo, como pasajero, venía un hombre de unos cuarenta años, blanco, de estatura mediana y porte militar, ojos de persona astuta, orejas grandes, cabello bastante claro, más o

menos abundante, pocas palabras, afabilidad estudiada, discreto y de comportamiento reservado ejemplar a pesar de las incomodidades de la nave. Habló poco, escuchó mucho, y todo él —según he deducido— hacía pensar, desde su llegada, que sería un hombre misterioso.

»La travesía de San Andrés a Providencia la sintió Timgen mucho más que las dos semanas de Nueva Orleans a Panamá y los cuatro días de Colón a San Andrés. Menos mal que había decidido no salir por ahora de esta isla, que desde lejos parecía una gran mole oscura salida de la profundidad del océano. Eran las cuatro de la mañana. A pesar de las luces de los faros, la oscuridad era impresionante, pero el capitán al timón dirigía la goleta hacia la bahía con la seguridad y la precisión que la experiencia, el valor y la necesidad le habían dado. Providencia fue apareciendo como una tortuga saliendo del agua en busca de aire fresco.

»Una gran masa de piedra solitaria en medio del océano era lo que necesitaba. A medida que la embarcación entraba en la rada<sup>118</sup>, las casitas fueron tomando formas. Anduvo con sus ojos el único camino que veía hasta detenerse en la iglesia. Sí. Era donde iría primero. El capitán le había preguntado su profesión y había tratado de convencerlo desde Colón que, como médico, ganaría mucha plata en las islas. Él se hacía el indiferente; no quería confiar a nadie sus intenciones hasta tanto se sintiera seguro del lugar. El sol, como una gran hostia, había salido detrás de las montañas y ahora alumbraba toda la isla. Fue apareciendo el verde de las laderas. No veía valles y pensó: “Tal vez al otro lado”. No había duda. Este era el lugar que tanto buscaba. El sol

---

<sup>118</sup> Bahía o ensenada donde las naves pueden estar ancladas al abrigo de algunos vientos.

brillaba sobre el techo rojo y las paredes blancas de las edificaciones de madera. Las ventanas de las casas se fueron abriendo, dejando escapar los sueños atrapados de la noche, y diminutas personas aparecieron en ventanas, puertas y patios; algunos con gritos desde tierra saludaban la nave. Por el camino pasaba ganado, y una que otra persona se detenía a mirar las maniobras para fondear la nave.

»Alguien llegaba a darles la bienvenida. Una canoa con una red llena de pescados de un lugareño que había salido en busca de la comida del día. Después llegaron las autoridades y en inglés saludaron, recibieron sus encargos, ofrecieron bajarlo a tierra y él aceptó.

»A la hora de desembarcar, sin saber a dónde iría, dejó sus cosas en el camarote del capitán: una maleta de cuero, una caja con libros y un estuche con un violín. Bajó en el bote del capitán de puerto hasta el muelle y la plaza que este denominó Town<sup>119</sup>».

El padre David se había dejado llevar por la narración y ya se sentía acompañando a Timgen en su descubrimiento de Providencia.

«Caminó hacia el lugar donde descubrió la iglesia. Las cuatro personas con las que se cruzó en el camino lo saludaron con un *“all right”*, y él respondió: *“Good morning”*.

»Llegó a la iglesia, subió las escaleras al atrio, entró y, sin pensarlo, se pasó directamente al frente, ocupando uno de los dos reclinatorios que eran designados para el alcalde y su señora. No había un alma en la iglesia, por lo tanto, el padre Stefan se dio perfecta cuenta de que había entrado

.....  
<sup>119</sup> Pueblo.

alguien cuando el caminar inconfundible de militar resonó en el tablado del piso.

»Cuando el padre Stefan dio la vuelta con el Santísimo para dar la bendición, miró por encima de sus gafas y por poco se le cae la custodia. Allí estaba arrodillado en el reclinatorio que solo ocupaban las autoridades. Primera equivocación: estaba tan acostumbrado a usar siempre el primer puesto en todas partes, sin pensarlo, que aquí también automáticamente lo buscó y se arrodilló en él.

»El padre Stefan siguió celebrando la misa, más por práctica que por devoción, y cuando dio la última vuelta como para despedir a los fieles, lo miró y sus ojos se encontraron. Timgen confirmó que no se había equivocado. Era él; con él tenía que hablar. Lo único que le habían dicho era: “Una isla montañosa en el Caribe, un sacerdote que tiene los ojos de diferentes colores”. Había visitado todas las islas montañosas y no lo había encontrado. Esta era la única que no conocía y, sin saberlo, había decidido quedarse aquí.

»Al terminar la misa, el padre solía siempre pasar al atrio, aunque no hubiera asistido nadie a quien saludar. Como los isleños, miraría el horizonte y le daría gracias a Dios por estar en ese paraíso. Ese día también lo hizo, y sabía exactamente a quién encontraría. Timgen habló primero. Dijo:

»—Buenos días, padre.

»—Igual para usted, hijo —dijo el padre Stefan, y los dos, sin saberlo, estaban pensando en qué idioma se deberían comunicar: inglés, como lo habían hecho, o alemán.

»Timgen decidió hacerlo en inglés. Y en seguida dijo:

»—Necesito confesarme.

»Entraron de nuevo en la iglesia sin que el padre pronunciara una palabra. Timgen, arrodillado en el confesionario, dijo:

»—Me llamo ahora Henry W. Timgen. Jamás se me olvidará esa noche hace trece años; su reverencia ayudó a mis amigos a colocarme en un catre. Tenía yo una bala incrustada en una pierna, estaba borracho, drogado, en una confusión tremenda por los sucesos que habían acontecido aquel fatídico día, pero en medio de ese caos, mientras les imploraba ayuda para sacarme del túnel en que me sentía hundir, vi sus ojos. Al principio pensé que era parte de mis desvaríos, después, a medida que pasaron los días y lo tuve como enfermero, pensaba siempre: “Me será difícil recordar las caras de todos los que me han ayudado y que no han querido dar sus nombres, pero de su reverencia, jamás”. Yo sentía esos ojos como las anclas que necesitaba para no abandonar este mundo, y hoy, aquí, están recibéndome nuevamente. Aunque esta vez estoy mareado, es de casi un mes de viajes por mar y cansancio. La satisfacción, la alegría de encontrarme con su reverencia, me hacen sentir nuevamente que estoy viviendo. Necesito que me ayude a instalarme en este lugar de paz, donde no existe la menor probabilidad de que yo perjudique a los míos.

»Caminando al lado del padre Stefan, volvieron nuevamente hacia el atrio, y de allí a la calle y a la casa misional. Allí el padre al fin le dijo:

»—Yo me llamo Stefan. Te presentaré a August, el otro sacerdote, y podrás vivir aquí hasta encontrar dónde ubicarte. Te mostraré el lugar, y necesito saber exactamente qué pasos diste en la otra isla, qué hiciste, con quién hablaste, y todo lo concerniente a tu llegada a estas islas.

»Cinco horas después de su llegada, ya Timgen tenía pacientes que solicitaban su ayuda, cosa que dejó perplejo al padre Stefan, pues de eso no habían hablado. No sabía que Timgen había decidido presentarse como médico. Todo porque el capitán Hawkins se había encargado de

informar en todas las casas, a medida que hacía el recorrido del puerto a su casa en Smooth Water Bay, que había traído a un médico alemán y dependía de la bienvenida de los isleños que este se quedara en la isla.

»A las cinco de la tarde, una comisión de los ciudadanos más prominentes de las dos islas visitó la misión e informó al doctor Timgen que había un terreno a su disposición, madera e, igualmente, si lo prefería, cemento para construir su consultorio y su residencia. Componían este grupo los ministros de las dos iglesias protestantes, el alcalde y el jefe de la policía. Timgen, en pocas palabras, las estrictamente necesarias, agradeció la gentileza y les prometió estudiar la solicitud de quedarse a vivir en Providencia y Santa Catalina».

El padre David fue interrumpido por la hermana María de Jesús, pero tan pronto terminó de atenderla, siguió leyendo el relato.

«Cuando a las nueve de la noche logró al fin encerrarse en la celda que habían puesto a su disposición, midió el día como el más agotador de su vida, no tanto por el trabajo, sino por la responsabilidad que el ser médico le exigía. ¿Inconvenientes? Pues sí, los había, pero igual los había aceptado de una manera tan natural como si hubieran formado parte de su vida. Incluso había logrado disipar la tensión cuando en compañía de uno de los sacerdotes recorrió la misión para conocer sus dependencias. Habían salido de la casa al patio por la puerta que daba directamente al mar y que estaba separada de la playa por unos diez metros, un puente pequeño y, al final de este, una caseta de unos dos por tres metros cuadrados. El sacerdote, levantando su sotana hasta las rodillas, le mostró cómo tenía que esperar que la marea bajara

y por medio de un salto ganar el muelle. De regreso había que repetir lo mismo para ganar tierra.

»—Esa caseta —le decía— es el servicio sanitario y el baño. Si por lluvia o una marea muy alta llegaras a encontrarte confinado en ella, encontrarás suficientes revistas y unos binóculos que te servirá para observar muy cómodamente todo lo que está sucediendo desde la misión hasta Santa Isabel. Es un entretenimiento que me ha ayudado con la monotonía de la isla, y si tienes la suerte de divisar una nave en el horizonte, igualmente encontrarás un caracol para dar la información, lo cual también es de gran ayuda en casos de estreñimiento».

Este apunte le sacó una buena carcajada. El padre David siguió leyendo, aterrado, y se preguntaba si esto era una ficción. ¿Cuándo había hablado la hermana María José con el doctor Timgen para saber todo esto?

«A la semana se había iniciado la construcción de la casa, y Timgen seguía atendiendo a cuantos enfermos aparecían, pero cambió su forma de recibir consultas. Les dijo que, en vista de que vivían en lugares tan apartados, solamente tenían que escribir en un papel los síntomas; no tenían que traer al enfermo. Mientras los sacerdotes leían su devocionario, él consultaba una enciclopedia médica que había traído consigo. Las tres comidas las tomaba con los sacerdotes, e incluso llegó a jugar dominó con ellos.

»Decidió aceptar la oferta del lote y los materiales para la construcción del consultorio y su casa. La construcción de la casa en cemento fue dirigida por él; era la primera casa de ese material construida en la isla. Por lo general, el cemento se utilizaba únicamente para la construcción de cisternas. En vista de que nunca cobraba las consultas,

los pocos hombres que no habían ido a Panamá en busca de trabajo en el canal o no estaban navegando, se ofrecieron a colaborar en la construcción, deseosos de recompensar en alguna forma su generosidad. A los dos meses sus amigos los sacerdotes dieron la bendición a la casa, que por veintinueve años ha servido como refugio de un hombre enigmático y solitario.

»Al mudarse, Timgen se llevó a Socam, un isleño blanco de unos treinta años, un pobre hombre que desde su llegada se había encargado de servirle voluntariamente y, como era sordomudo, nunca pudo preguntarle la razón de su dedicación. Parecía que el destino había preparado a Socam para cuidar de Timgen, que no recibía visitas ni había vuelto a visitar a los misioneros. Cuando necesitaba algo de Panamá o San Andrés, enviaba a Ephefiem, capitán de la goleta *Vicarius*, notas escritas a máquina y firmadas.

»Desde la inauguración de la casa y consultorio de Timgen, el padre Stefan no había vuelto a visitarlo, pero lo hizo un día para averiguar por la salud de una de las señoras de la comunidad, quien se encontraba en labor de parto, pero como ella era adventista, él se había limitado a rezar por la feliz culminación del evento que ya llevaba tres días.

»Al llegar le preguntó a Timgen:

»—¿Cómo sigue Emma?

»—Según los informes, igual —contestó Timgen—. Dice Mary Cristina que de nada le ha servido ponerla a soplar el caracol<sup>120</sup>. Tal parece que el niño estuviera cosido a sus entrañas.

»Mientras decía esto, en su cara se dibujó una leve sonrisa.

»—Luego ¿no piensas ir allá?

---

<sup>120</sup> Costumbre que obliga a la parturienta a pujar. (Nota de la autora).

»—No —respondió categóricamente—. Sería exponerme a una situación de la cual nada sé. ¿Sabes? —le decía Timgen al padre Stefan—. Mary Cristina es nieta de George y Elizabeth Mayson, los plantadores de los cuales me habló el tal Chapman en San Andrés... ¿lo sabías?

»—Sí —respondió el padre—, me lo contaron igual que a ti.

»—Definitivamente, Stefan —decía Timgen—, debo reconocer que esto es el Edén.

»—Cuidado con tus palabras, Timgen —le dijo el padre, pero siguió—: para completar, tenemos más de tres mil hombres trabajando a doscientas ochenta millas de la isla, haciendo visitas anuales únicamente para dejar trabajo a la pobre Mary Cristina y las otras dos parteras, que van de isla en isla como la cigüeña. Timgen —dijo el padre Stefan—, los isleños han comentado tu silencio, pero menos mal que no creen que sea por orgullo o una forma de evitar la verdad sobre tu persona. Piensan que tienes problemas con el idioma.

»Haciendo caso omiso de lo que el padre Stefan decía, Timgen preguntó:

»—¿Cómo es el marido de Mary Cristina?

»El padre respondió:

»—Un poco más inteligente que la mayoría. Es maestro de escuela.

»—Necesito a Mary Cristina. De ella puedo aprender muchas cosas sobre partos, aunque la pobre vino de San Andrés a recibir entrenamiento conmigo —anotó Timgen—. Además, la encuentro como una persona puesta en un medio que no sabe apreciar lo que vale.

»—Te equivocas —le respondió el padre Stefan—, los isleños tienen en mucha estima a Mary Cristina, respetan sus conocimientos, aunque a ratos te parezcan rudimentarios.

»—Todo lo contrario —dijo Timgen alzando la voz—, la encuentro demasiado interesante.

»El padre Stefan, visiblemente alterado, increpó:

»—¿Qué estás pensando?

»Y Timgen respondió:

»—Lo que está sospechando. Que me gusta ella.

»—Toma —el padre le extendió el recorte de una revista y le dijo—: Quiero, exijo, que lo pongas en un lugar visible para ti. Para que cada vez que pasen por tu cabeza esas ideas indecorosas, lo mires. Tal vez te hará recordar quién eres.

»Timgen, visiblemente sorprendido, preguntó:

»—¿Dónde lo obtuvo?

»El padre Stefan le respondió:

»—Lo encontré en una revista y lo evaporé antes de que cayera en manos del padre August.

»—¿Y qué dice?

»—Lo mismo —respondió el padre—. Un poco más misterioso que todos los que se han publicado. Nadie ha dicho la última palabra.

»—No me preocupa —dijo Timgen, mirando el recorte—. No existe la menor posibilidad de que nos asocien.

»—No estés tan seguro —le respondió el padre—. En los dos años que llevo atendiendo a los isleños he descubierto en ellos una sagacidad que a ratos me deja perplejo. Y para tu información, las coincidencias aquí no son meras coincidencias: las tienen muy en cuenta. Y ni hablar del sentido de la vista, desarrollado de tanto mirar el horizonte en busca de una vela.

»—Todo eso puede ser cierto —convino Timgen—. Pero desconocen el medio, y solamente un loco dejaría ese ambiente de fábula para venir aquí —y con énfasis añadió—: yo no estoy loco.

»—Dios te oiga, hijo —respondió el padre—. De todos modos, quiero recordarte que estás aquí en plan de penitencia y, como pienso que volverás, porque es tu deber, no quiero complicaciones de faldas.

»Timgen, muy serio, con el recorte aún en la mano, dio unos pasos hacia el padre Stefan y dijo, mirando la bahía, que desde su casa se apreciaba en toda su dimensión, mejor que en cualquier otra parte de la isla:

»—Le haré una promesa: si por un descuido me llegara a ver en complicaciones de faldas, como usted las denomina, y por ende vinieran las consecuencias lógicas, le juro, Stefan, que no volveré. Me enterrarán aquí.

»El padre Stefan, serio y visiblemente alterado por esta declaración, afirmó:

»—En tal caso, no tendrás la bendición del amigo ni del sacerdote.

»Timgen, entrecerrando más los ojos para otear el horizonte, respondió:

»—Yo no he hecho votos de castidad. Jamás, por más difícil que se presentaran las cosas, pensé en la posibilidad de enclaustrarme; preferí el riesgo actual porque no tengo espíritu de mártir. Mi vida en esta isla es la paz que he deseado, a la cual tengo todo el derecho, la tranquilidad que necesitaba para poner en orden mi vida, la pausa que en ese medio me negaban. Stefan, ¿tengo yo la culpa de que para una incipiente felicidad el destino ponga en mi camino el placer de una compañía que necesito y que me necesita?

»El padre, levantando la voz más de lo usual, y caminando hacia Timgen para mirarlo lo más cerca posible a la cara, le reprochó:

»—Es una mujer casada, y tú también.

»Timgen, devolviendo la mirada fija del padre Stefan, le habló en voz baja:

»—Se te olvida que yo estoy oficialmente muerto.

»El padre, comprendiendo que no era el camino para convencer a Timgen, dijo apenas:

»—Como tu amigo y confesor quiero que recapacites acerca de todo lo dicho y que reconozcas que estás pensando en dar los primeros pasos hacia un infierno peor del que provocaste en la Tierra. Hasta luego, Timgen, mis oraciones todas hoy serán por ti.

»—Gracias.

»—¡Ah! Casi se me olvida informarte que viajaré a San Andrés en la primera goleta que aparezca. Si necesitas enviar o recibir algo de allá, anótalo y envíamelo con Socam.

»—Gracias nuevamente —respondió Timgen—, lo tendré en cuenta».

El padre David sudaba, y decidió que nadie más sabría de esta narración de la hermana María José.

«Poco después Mary Cristina entró en la casa, llegó donde Timgen y le dijo:

»—¡Doctor, Emma se nos muere! ¡Por favor, necesito su ayuda!

»—Mary Cristina —respondió Timgen—, si tú no sabes qué hacer para evitarlo, yo tampoco.

»—Doctor, el niño nació hace seis horas, pero la placenta no se despega y la hemorragia es fuerte. ¿Qué hago?

»Silencio...

»Mary Cristina tomó el caballo y de nuevo se fue a galope a Rocky Point. A su llegada le informaron que Emma había muerto.

»Volvió a la casa de Timgen y le dijo:

»—Doctor, la señora Emma se nos fue.

»—Trágico, muy trágico —respondió Timgen.

»Dos horas después, un hombre a galope y con un megáfono pregonaba la muerte de la señora Emma Roland:

»—Funeral, mañana a las cuatro de la tarde en la iglesia de Rocky Point. Falleció la señora Emma Roland.

»—¿Mary Cristina?

»—Sí, doctor.

»—¿Por qué llora?

»—Doctor, ¿usted irá al funeral?

»—Mary Cristina, ¿cuándo me ha visto usted en un funeral en Providencia?

»—Pero el capitán Ball es un hombre muy importante...

»—¿Más importante que yo?

»—Usted es importante, muy importante para nosotros, tan importante que nadie dirá nada si no asiste al funeral».

«¡Dios mío!», pensaba el padre David, «¡qué mente tan fantásica tiene la hermana María José...!».

«—¿Cómo está su marido? ¿Qué ha sabido de él? —preguntó Timgen a Mary Cristina.

»—Bien —respondió ella—. Espera que los entrenamientos pasen rápidamente para regresar a San Andrés.

»Mary Cristina era una mujer de unos veinticinco años, de mediana estatura, ojos azules y cabellos negros. Todos decían que era igual a su abuela Elizabeth.

»A su llegada a San Andrés, el padre Stefan encontró entre su correspondencia una carta retrasada más de dos

meses en la cual le informaban que su nueva misión se desarrollaría en San José de Costa Rica, ciudad a donde se debería trasladar en el menor tiempo posible.

»El último día de la semana que pasó en San Andrés lo dedicó a las diligencias de Timgen. Pocas, por cierto, ya que se trataba únicamente de recoger unos medicamentos en el consultorio del doctor Rudolph. A su llegada, el doctor lo recibió con amabilidad y alegría de verlo.

»—Me habían informado de su llegada, pero reconozco que el camino del norte a este sector estaba intransitable hasta para los animales. ¿Cómo está la Vieja Providencia<sup>121</sup>? ¿Y cómo está el enfermo?

»—¿Cuál enfermo? —preguntó al padre—. La única enferma era la esposa del capitán Ball, pero falleció tratando de entregar al mundo su quinto hijo. Que yo sepa, hasta mi salida, no había nadie grave. Lo grave va ser en septiembre, cuando se esperan por lo menos diez habitantes más. Esos trabajadores del canal llegan en diciembre a visitar a sus esposas y nos dejan el problema por resolver en septiembre».

Y reflexionaba el padre David: «Eso sí es cierto...».

«Pensativo, el doctor Rudolph hizo caso omiso de lo dicho y, rascando su cabeza, dijo:

»—Creo que debe averiguar a su regreso, padre. Yo he recibido solicitud del doctor Timgen para cocaína, que es una droga que solamente la utilizamos en casos extremos. Un momento. Déjeme mirar la lista que usted trae. Tal vez la persona que la necesitaba ya murió.

---

<sup>121</sup> A Providencia también la llaman, en inglés, Old Providence. (Nota de las editoras).

»Abrió el sobre y, murmurando, leyó la lista de drogas solicitadas y dijo, como en suspiro:

»—¡Aquí está! Nuevamente lo está pidiendo: mínimo cincuenta gramos de cocaína.

»El padre tomó la lista, la miró y dijo:

»—También se utiliza para mezclar otras drogas; posiblemente ese sea el uso.

»—Tal vez —repitió el doctor Rudolph.

»El padre Stefan sabía de sobra que el paciente que necesitaba esa droga era el mismo doctor Timgen.

»San Andrés se había desarrollado de tal forma que el padre Stefan se sentía casi como en una ciudad, al compararla con la vida pastoril de Providencia. El almacén que George había iniciado con Elizabeth lo habían heredado ella, su hijo y sus nietas; quedaba en el norte: Elizabeth había pronosticado que sería el lugar del futuro de la isla. Estaba bastante bien surtido y seguía siendo el único donde se podían encontrar y comprar artículos de primera necesidad. Lo administraban George júnior, su esposa y dos de las tres hijas. Mary Cristina era la única que, por haberse casado con un providenciano, se desvinculó del negocio.

»Los cocoteros crecían desordenadamente por todas partes. Todos se habían dedicado a la siembra de la palma desde 1854 y después, por seis años, tuvieron que mirarlás crecer y vivir de lo poco que lograban rescatar de los barcos encallados, de lo que sembraban y de los animales domésticos que podían criar. Tal situación obligó a los esclavos libertos a vender a sus antiguos amos la tierra que el gobierno les había adjudicado, dejando las propiedades en manos de unos cuantos. Por lo general, los barcos que pasaban por la isla les compraban carne de cerdo y

pescado salado. En 1903 existía tal grado de prosperidad y alegría, que el padre Stefan no dejaba de sorprenderse comparándolo con la quietud de tumba de la Vieja Providencia. Algunos exesclavos habían heredado nuevamente tierras al morir sus amos y por el abandono de otros que salieron de las islas. Todo era distinto de Providencia, donde cada mes una goleta era el único acontecimiento que hacía surcos en la apacible vida de la isla, los eventos sociales se limitaban a las veladas de nueve noches después de los entierros, uno que otro matrimonio entre primos y la llegada de algún funcionario del gobierno de Bogotá.

»En el puerto del norte, dos naves cargaban los cocos que otros, sentados a la orilla del mar, descascaraban de la primera concha y tiraban a un lado, para que los cargaran en los botes y los llevaran a la goleta. Se contaban de a veinte cocos por cada canasta de juncos secos hecha en la isla. Los cocos se cargaban sueltos en las escotillas de las goletas que venían de Norteamérica.

»El padre Stefan encontró, para su sorpresa, a varios chinos andando por la calle, todos con su vestimenta típica y su colita de caballo. Le contaron que habían huido de Costa Rica por maltrato, donde se construía la red ferroviaria Limón-San José».

El padre David decía: «Hermana María José, me está usted convenciendo».

«Para los sanandresanos, Providencia era como su despensa: de donde venían la carne de res y las frutas, y muchas cosas que los sanandresanos no sabían o no querían cultivar.

»A su regreso a Providencia, el padre alistó sus pertenencias y en dos días estaba de nuevo en San Andrés, a la espera

de una goleta que lo llevaría a Limón, Costa Rica. Envío los encargos de Timgen con Socam y no se despidió de él.

»Poco antes de salir *The Bird*, la goleta en que viajaría el padre, Timgen escuchó que alguien subía las escaleras de la casa corriendo. Al mirar, vio a Mary Cristina, quien entró toda turbada y le dijo que su marido le había enviado una carta diciendo que regresara a San Andrés, y que viajaría esa misma noche. Timgen la miró y, sin decir una palabra, tomó con rabia un caracol que había encima de una mesa que utilizaba como escritorio y lo estrelló contra la pared de la casa, pero salió por la ventana que estaba cerrada, rompió el vidrio y fue rodando por la escalera.

»Mary Cristina se asustó, y pensó: “Con razón la gente dice que el doctor tiene a veces comportamiento de loco”. No dijo nada más y salió corriendo nuevamente hacia su casa.

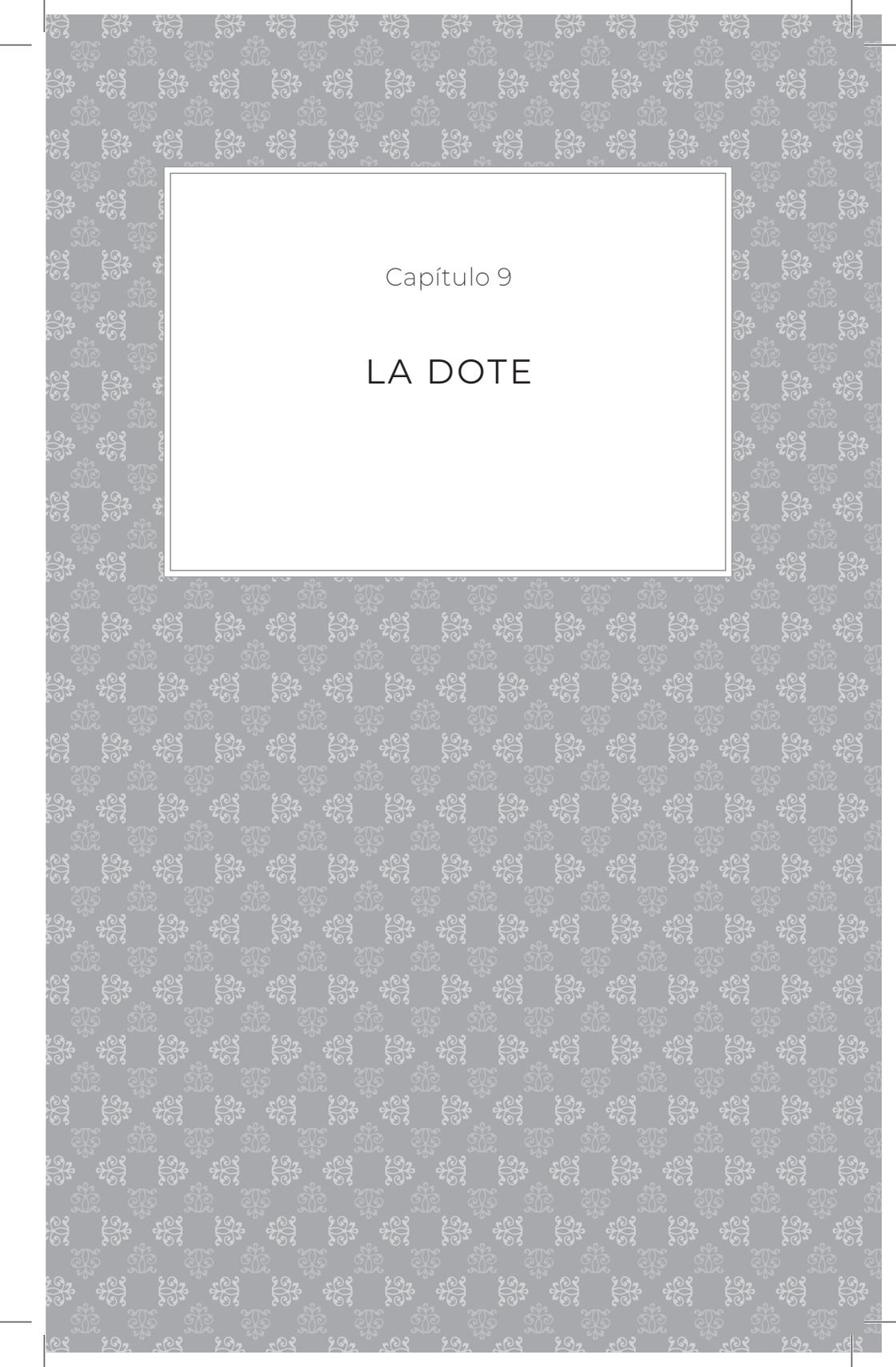
»Timgen, completamente contrariado, culpó al padre Stefan de la decisión de Mary Cristina de abandonar Providencia. Y cuando supo de la salida intempestiva del padre, su disgusto fue mayor. Se sintió traicionado y lo invadieron la soledad y la rabia, las que siempre combatía con oporto o con drogas.

»Al día siguiente, recapacitando completamente sobre lo que consideró traición y abandono del padre Stefan, y truncadas sus intenciones con Mary Cristina, decidió que viviría su vida y jamás saldría de la isla».

El padre David sacudió su cabeza y pensó: «Y lo cumplió, aquí ha estado durante veintinueve años. Sin esfuerzo alguno se ha ganado el apoyo de los hombres y la admiración de las mujeres. Un médico que no examina a sus pacientes, se limita a leer sus dolencias y receta. Muy respetado, nadie se atrevería a dudar de sus conocimientos como médico y menos aún a indagar en su pasado. Un hombre de ciudad, rico, educado,

ambicioso y noble, obligado a vivir en una isla donde el noventa y cinco por ciento de sus habitantes desconoce tierra firme y más aún las costumbres, los sucesos y eventos de las ciudades. No hay duda de que debió sufrir el “virus de pueblo”, de Sinclair Lewis. Me pregunto cómo resisten las mentes infantiles el fanatismo religioso heredado de los puritanos. No hay duda de que la discriminación racial de la isla le sirvió de barrera para aislarse de muchos, y la necesidad de la isla de un médico le permitió el respeto sin preguntas de los pocos que, por saber repetir de memoria algún versículo de la Biblia, son considerados cultos. Pero no hay duda de que aprovechó el ejemplo de los más pudientes, los capitanes de las goletas y los terratenientes para llevar una vida privada bien licenciosa. Rezaré por él».





Capítulo 9

# LA DOTE



María Fernanda Gómez Rodas abrió el maletín entregado por su madre y sacó un overol café con adornos rojos en las mangas, el cuello y los bolsillos, y se lo puso. Al fin podía lucir en público la cadena con la cruz y el pequeño diamante incrustado que Henley le había regalado en Navidad. Dobló todo lo que se quitó, lo amarró con el cíngulo del hábito y lo colocó a un lado del camarote.

Se sorprendió al escuchar las órdenes en cubierta, que reconoció de inmediato como preparativos para el zarpe. Sintió pánico al escucharlas, y se preguntó:

—¿Y Henley? ¿Dónde está? ¿Será que no viajará? ¿Qué pensará al saber que me he ido?

Fue tanta su desesperación que se tiró al camarote a llorar. Pero al recordar uno de los motivos de su viaje, decidió que a eso iría, y le escribiría a Henley explicándole todo. Bastante tiempo tendría para hacerlo en este viaje. De todos modos, su congoja era total, y recostada en el camarote siguió llorando sin consuelo.

Izaron las velas y salieron de la bahía de Santa Isabel. Miró su reloj, otra cosa dejada por su madre para una perfecta vinculación a la vida fuera del convento, y se dio cuenta de que eran las dos y treinta. Afortunadamente, había llegado a tiempo. Aunque había brisa, sintió el mar muy suave, y después de

hora y media la sorprendieron nuevamente las órdenes que reconocía como preparativos para fondear. Pensó: «Algo raro está pasando». Pero no quería subir a la cubierta, su rostro presentaba señales de llanto, y tampoco estaba lista para la reacción de la tripulación al verla vestida sin el hábito o el batón blanco de dril. Decidió que se quedaría allí hasta su llegada a San Andrés y después a Colón. Subiría al baño de noche y en compañía de míster Tom. ¿Y míster Tom? ¿Dónde estaría? Tampoco lo había escuchado. Todo era un misterio que no comprendía y la estaba preocupando. Pensaba dar a Henley una sorpresa y la estaba recibiendo ella. No se podía imaginar viajando en la *Endurance* sin él.

La *Endurance* bajó ancla en la bahía de Smooth Water Bay, y desde hacía rato tres botes estaban esperando con ganado amarrado a los lados, en espera para hacerlo nadar hacia la goleta, como carga a San Andrés. Además de los dueños de los animales, en uno de los botes venía Henley, y en otro, Black Tom. Se acercaron a la goleta y Henley subió de inmediato sin mediar palabra con nadie. Su semblante era de preocupación y algo de rabia. No comprendía el silencio de la hermana María José, quien no había dado ninguna señal de su decisión, a sabiendas de que él se iría en este viaje para no regresar.

Los marineros y Otto sabían lo que tenían que hacer para cargar el ganado, y él se dirigió a su cabina con la intención de cambiarse de ropa. Bajó los tres peldaños, como siempre, agarrado de la tapa puerta, y de un salto tocó el piso de la cabina de pasajeros, tiró su sombrero de vaquero en uno de los camarotes y, al ver la puerta de su cabina cerrada, pensó: «Esta manía de Otto de cerrarlo todo...». Buscó su llave en el bolsillo, mientras volteaba el picaporte, pero la puerta estaba sin llave. Entró y de inmediato se dio cuenta de que una mujer estaba acostada en su camarote con su cara hacia la pared. Sorprendido dijo:

—¡Perdón! No sabía que mi camarote ya estaba ocupado. Ni siquiera sabía que teníamos pasajeros... —y se rio.

La hermana María José saltó del camarote y los dos se miraron. Ella, feliz de que hubiera aparecido, y él, mudo de la sorpresa de encontrarla. La veía por primera vez sin el hábito y la toca o la bata de dril y vestida como nunca la había visto. Gritó:

—¡Hermana María José! —Y caminó los dos pasos que lo separaban de ella, la envolvió en el abrazo deseado y esperado por meses, la besó como un loco.

Todo lo que había sufrido pensando que vivía el fin de lo que más deseaba en la vida fue recompensado gratamente, con dolor y alegría, con esta aparición en su cabina. Como Henley se dio cuenta de que había llorado, le preguntó la razón. Ella le contó que había pensado que él no viajaría.

Se hubieran quedado conociéndose de no haber sido por el alboroto en la cubierta. Henley reconoció los gritos de miedo y la incapacidad para controlar la situación. La besó, la miró a los ojos y, sin preguntar una palabra sobre su presencia en el barco, porque la emoción lo había dejado sin voz, le dijo en el oído:

—Ahora vuelvo. Creo que tengo problemas arriba.

Salió lentamente, como sin ganas, volteó a mirarla y mutuamente sus ojos se dijeron todo lo que faltaba por decir.

Henley subió, sin haberse cambiado de ropa, y logró ayudarlos con una vaca que se había soltado, había llegado hasta la proa y quería tirarse de la goleta para ganar tierra. Dirigió el rescate de la res, que resbalaba constantemente sobre la madera de la cubierta, y, más que peligrosa, parecía asustada. La colocaron en los guacales armados para el transporte de ganado, y Henley se dedicó a otros asuntos relacionados con la salida.

Tomó el mando y salieron de Smooth Water Bay a las seis de la tarde. Estaba en el timón, cuando Otto llegó hasta él y le dijo:

—Te agradecería que me avisaras con tiempo cuando otros vayan a ocupar tu camarote. Al no saberlo, por poco dejo a la hermana María José.

Él le respondió:

—No quiero pensar en lo que te habría hecho de haber sucedido eso, pero te juro que no sabía que María Fernanda viajaba. Yo pensé que tú sabías y no me habías dicho nada.

—¿A dónde va ella? —preguntó Otto.

—No lo sé, Otto, pero de esta goleta no saldrá como una monja.

Y pensaba: «Hermana María José, no tienes idea de con quién estás jugando con tu indecisión».

Salieron de Providencia rumbo a San Andrés. Black Tom fue informado de que su pasajera preferida estaba en la cabina del capitán, y hablaba con ella cuando Henley bajó por segunda vez para cambiarse. Los miró, sacó la ropa que buscaba y subió de nuevo. El viejo Black Tom le decía a la hermana María José:

—Hija, estás muy cambiada. No sé cuáles sean tus planes con este cambio, pero te deseo la mejor de las suertes. Si el capitán Henley es el motivo, me hace feliz. Él es para mí el hijo que nunca tuve; lo conozco mejor que su padre. No es un hombre que se da por vencido fácilmente; sabe luchar por lo que quiere.

La hermana María José se limitó a sonreír y a agradecer la limonada que mister Tom le había llevado.

Henley no volvió a bajar a la cabina, aunque se sentía morir de la desesperación por buscarla. Saber que estaba a pocos pasos lo perturbaba más de lo que jamás le había sucedido con mujer alguna. También lo asaltaba el temor de que la presencia de María Fernanda en la *Endurance* no fuera con la intención que él esperaba.

Tomó la guardia de ocho a doce de la noche. Allí, detrás del timón, su semblante ahora era risueño, y toda su atención

se centraba en llevar la goleta lo más suave posible entre las olas. María Fernanda también estaba preocupada; sentía temor. Temor de su reacción al saber que ella viajaba a Colón y luego a Europa; que su plan inmediato no era quedarse con él.

A las once y media entraron en una cortina de lluvia que parecía un bautizo para la nueva vela que estrenaba la *Endurance*. La brisa seguía a su favor, pero la lluvia caía a baldados encima de ellos. Henley estaba feliz de volver al mar, y con la hermana María José a bordo no le importaba ni sentía la lluvia que le caía encima. Este viaje no tenía comparación con ningún otro. También sentía respeto y consideración con los demás hombres a bordo y trató de portarse indiferente ante la situación. Él la amaba y al fin la tenía sola, sin tener que compartirla con la iglesia. Pero la gran pregunta seguía: ¿viajaba como respuesta a la tregua, o viajaba para salir de la vida de él?

No, el encuentro no podía ser más sincero. En su mente repasaba el encuentro y la figura de María Fernanda, sin hábito, y sonreía a la vez que pensaba: «Una María Fernanda llena de sorpresas...».

Entregó la guardia a Otto a las doce, informando, como se exigía, el curso que debían seguir, y Otto lo repitió. Por lo general esta guardia, denominada *dogwatch*<sup>122</sup> por las horas, la soledad, el cansancio y los peligros que siempre aparecían de noche, la tomaría uno de los marineros, pero cuando llevaban ganado extremaban los cuidados. Quince minutos después se inventó a sí mismo la excusa de bajar a su cabina a quitarse la ropa mojada, excusa contra la costumbre general de los marineros de goleta, quienes después de la guardia, por lo general extenuados, se tiran en cualquier parte a dormir con la ropa seca o mojada.

.....  
<sup>122</sup> Guardia de cuartilla o guardia corta.

Entró a la cabina, donde la oscuridad de la noche acompañaba a María Fernanda. Pero tan pronto ella lo escuchó, y segura de que era él, se levantó y a tientas lo buscó en la oscuridad del pequeño espacio, descartando el foco de mano para las emergencias. Cuando tropezó con él, se abrazaron y ella se dio cuenta de que había recibido la lluvia sin clemencia, y le dijo:

—Te vas a enfermar. ¡Cámbiate! —Y ella en la oscuridad le empezó a subir la camiseta por la cabeza, movimiento que él no interrumpió, mientras le parecía escuchar y sentir que la *Endurance* había entrado en un ambiente de vientos huracanados y que, en vez de partir las olas con la quilla, daba vueltas en círculos; creía escuchar que repetían su nombre.

Henley, mientras sentía que la *Endurance* estaba atrayendo rayos, que se habían quedado sin mástiles, que Otto gritaba órdenes porque las velas se habían desgarrado de nuevo y la botavara había barrido con todo y todos en cubierta, trataba de pelear contra la ola que los había alcanzado también a ellos, pero María Fernanda no colaboró y por primera vez en su vida no encontró la voluntad o la responsabilidad de moverse de donde estaba para verificar si el desastre era imaginado o cierto...

Horas después, Henley, sin dormir por miedo de perder un momento de esta realidad con ella en sus brazos, pensaba: «Tantos días planeando, deseando que algún día, en algún lugar y en algún momento perfectos... pero jamás pensé irrespetar la cabina de mi tío». Al iniciar el trabajo en la *Endurance*, el capitán Timothy Ball les advertía que no permitiría encuentros con mujeres en su goleta. Otto le repetía que «el que ama no piensa», y él siempre le respondía que él no solamente pensaba, sino que calculaba muy bien las consecuencias de sus actos.

Ahora, doce horas después de haberse encontrado otra vez con María Fernanda, ella supo cómo obligarlo a volver

añicos todo el dominio que por años nunca le había fallado. Aunque ahora pensaba, con una sonrisa algo irónica: «Es toda una locura hacer el amor en un camarote de goleta».

Cuando Otto entregó la guardia a las cuatro de la madrugada, bajó para descansar un rato en uno de los camarotes desocupados de pasajeros y a avisar a Henley que tenían tierra a la vista. Al llegar se dio cuenta de que los seis camarotes estaban desocupados; solo el sombrero de vaquero de Henley calentaba desde la tarde uno de ellos.

—¡Dios Mío! —pensó—, ¿y ahora qué?

Estaba tan desconcertado que subió otra vez a cubierta y decidió descansar encima del techo mojado de la cabina.

A las cinco de la mañana Henley subió, caminó por los espacios desocupados entre los guacales de ganado, los miró y preguntó cómo se habían portado, dio orden de bajar un poco la vela mayor y que lavaran los pisos de la cubierta. Estaban llegando a los arrecifes del cayo Bolívar, donde no era prudente ir a tanta velocidad. Llegó a la cocina y pidió a Black Tom un café. Este se sorprendió porque Henley jamás tomaba café. Recibió la taza de peltre blanco entre sus manos. La brisa hacía fiesta con su cabello sin la pañoleta que siempre se amarraba a bordo para evitar que la brisa le echara los cabellos a los ojos, se paró con las piernas abiertas, como acostumbra los marineros de goletas, donde la estabilidad es mínima. Miraba cómo la *Endurance*, al buscar paso, despedía las olas a su encuentro, haciéndolas llover cascadas de espuma. Volvió a la popa y le quitó el timón al marinero que había tomado la guardia de las cuatro de la mañana. Llevaba doce horas de haber encontrado a María Fernanda en la goleta sin saber sus intenciones, pero sospechaba que en la vida de los dos estaba por suceder algo con lo cual él no estaría de acuerdo.

Otto le llevaba cinco años a Henley, y se sentía con todo el derecho de hablarle francamente. Se acercó a él y le dijo:

—Dame el timón y ve a terminar el lío en que te has metido.

Henley no le contestó, le entregó el timón, bajó y entró a la cabina. La hermana María José estaba despierta, tapada únicamente con la sábana, su bata de dormir junto a la ropa mojada de Henley, en el piso.

Él recogió la bata y le dijo:

—Estamos llegando a San Andrés.

Ella se levantó envuelta en la sábana, sacó su pasaporte del maletín y le dijo:

—Yo sigo a Colón. El sábado tengo reservación en el *Cristóbal Colón* para Europa. No bajaré a tierra si no te molesta. Además, no tengo adónde ir. Según entiendo, no existen pensiones ni hoteles, y ni pensar en el convento.

La confusión y la rabia de Henley fueron totales. Miraba el pasaporte que ella le extendía y la miraba a ella. Seguía con la bata en la mano y su impulso en el momento, sin que ella lo sospechara, era completamente distinto de la ternura y la consideración de la noche anterior, pero logró dominarse y se sentó en el camarote con la bata en una mano y el pasaporte en la otra. Y le preguntó:

—Hermana María José, ¿qué significa lo que me has dicho?

—Que te amo, que renuncié al convento por ti, pero tengo que atender algo en Europa —le explicó ella y lo abrazó.

Entonces demandó él:

—Dime, explícame lo del viaje a Europa.

Ella entonces le contó la razón. Luego preguntó él:

—¿No puedes dejarlo para más tarde?

—No, Henley —respondió ella—, tengo que ir, pero quiero que me acompañes.

Henley la miró fijamente.

—¿Qué estás diciendo?

—Quiero viajar contigo —repitió ella.

Él respondió:

—María Fernanda: si has dejado el convento para casarte conmigo, yo decidiré dónde viviremos.

—Henley, entiéndeme, tengo que presentarme en Viena, pongo las cosas en orden y regresamos a Colón, al canal, a Providencia, a los Estados Unidos, adonde quieras, yo también debo advertirte algo: no me voy a quedar en ninguna parte mirando el horizonte como todas las esposas de las islas, viajaré contigo.

—María Fernanda —le aclaró Henley—, yo no puedo ir contigo; tengo que presentarme en la zona del canal dentro de cinco días para volver al puesto de práctico que tenía antes. Me encontrarás aquí a tu regreso. ¿Cuánto tiempo piensas estar afuera?

—Un mes máximo —respondió ella.

Henley la besó y le dijo:

—Me voy a dar un baño de mar, ya vuelvo.

Ya habían fondeado en la bahía de San Andrés. Henley subió, se quitó la camisa y el pantalón y se lanzó al agua.

Subió y se quitó el agua salada con un balde de agua de lluvia. Descendió y se cambió para recibir a las autoridades.

Bajaron el ganado, la única carga para San Andrés, desarmaron los guacales, y cuando todos estaban desayunando, la hermana María José subió ataviada con un vestido de baño negro y una toalla alrededor de la cintura. Por poco sale corriendo de regreso a la cabina cuando sintió todos los ojos en ella; había bajado a la cabina con el hábito de monja y subía ahora en un vestido de baño. Logró hacerse la que no se daba cuenta de que la miraban. Se pasó al lado de babor, dejó la toalla en el techo de la cabina, llegó hasta las escaleras de flechaste, subió a la amura y después a la escalera, e hizo un clavado perfecto en el mar, igual a como

lo hacían ellos. Todos, sin excepción, la miraban. Henley, quien arreglaba algo en la proa, bastante lejos de ella, se sentía confundido. Los marineros comentaron de inmediato:

—*Hey, Cap*, en la ida a Colón podemos parar en el cayo para recoger caracoles y langosta; tenemos una buena buceadora.

Ella dio la vuelta por la popa, y Otto la ayudó a subir por la escalera. Henley no sabía qué decir o qué hacer con la presencia de María Fernanda en cubierta, en vestido de baño. Tampoco le había gustado que la siguieran mirando. Ella llegó donde mister Tom, y él amablemente le echó un balde de agua encima. Ella se vistió con la toalla como falda y le pidió un café; luego bajó a la cabina y cuando Henley fue a despedirse de ella, porque bajaba a tierra, la encontró con el overol café, con la cara hacia la pared, completamente dormida. Henley cerró la puerta y subió. Le contó a Otto que María Fernanda no bajaría a tierra y se fue.

Henley hizo las vueltas para el zarpe del día siguiente en menos tiempo de lo acostumbrado, rechazó pasajeros y buscó infructuosamente un regalo para María Fernanda en los almacenes Bogotá, Stanco y Lung, y no encontró nada que le gustara, pero sí compró dos toallas blancas, dobles en tamaño de las que tenían a bordo. A su regreso encontró a María Fernanda sentada en la popa. No había almorzado y lo esperaba.

Henley no volvió a bajar a tierra; encomendó a Otto el resto por hacer. Los dos pasaron el día debajo del *anning*<sup>123</sup>. Al anochecer se quedaron mirando cómo se prendían las tenues luces en las casas. El espectáculo la hacía recordar los pesebres que armaba con sus tíos. Ella le preguntó por primera vez:

.....  
<sup>123</sup> Cuadrado de lona elevado lo suficiente encima de la cabina hasta la popa para buscar sombra. (Nota de la autora).

—Henley, ¿por qué te convertiste al catolicismo? Según me han dicho, por tradición, toda tu familia es protestante.

Henley la miró, y sin sonreír, dijo:

—No solamente eso. Estaba considerando la posibilidad de convertirme en sacerdote.

—¿Y qué te hizo desistir?

—No me gustan el vino ni el uniforme.

—No —dijo ella—. Seamos sinceros. Yo creo que lo hiciste para evitar el matrimonio con Izabela, ¿cierto?

—No —respondió Henley—. De no haberte conocido, tal vez habría terminado casado con Izabela, pero mis planes no eran vivir con ella. Y respecto a la religión católica, te diré: existe para mí un solo Dios y distintas formas de comunicarse con Él. Me gusta eso de que siendo católico nadie te echará de la iglesia ni te negarán los sacramentos por la vida que vives, o por si personalmente difieres de aspectos de la doctrina. En otras palabras, te dejan vivir tu vida y siempre serás católico. Además, me gusta la solemnidad de las misas. Y si te amo a ti, quiero participar de todo lo tuyo. En cambio, según la religión de mis padres, ellos viven metidos en tu vida, y si para ellos no estás viviendo de acuerdo con los conceptos del bien y del mal que ellos fabrican, te echan.

Siguieron hablando de las islas: que mientras la una vivía de la exportación de cocos, Providencia había encontrado venta para sus naranjas, y sus habitantes habían recibido mejor acogida en la zona del canal que los sanandresanos. Cuando ella le preguntó el porqué, él respondió:

—Cuando llegues a vivir allá lo comprenderás.

Black Tom se esmeró en la comida de la tarde y ofreció un dulce de batata para el postre, que María Fernanda repitió. Todos, menos ellos, bajaron a tierra y Henley sabía que

algunos se quedarían a dormir y los otros regresarían bastante tarde, pero María Fernanda decidió que dormiría en el techo de la cabina. No hubo promesa que él hiciera que la convenciera de volver a su camarote, y se quedaron cantando *I Can't Begin to Tell You* y *I'm Always Chasing Rainbows*.

Agotados por el trajín del viaje y del día, el sueño los dominó. Cuando Otto y dos marineros llegaron, encontraron a María Fernanda profunda. Henley, como buen marinero, se había despertado tan pronto escuchó los remos que se abrían paso en el mar hacia la goleta. Otto y sus compañeros decidieron acompañarlos compartiendo el techo de la cabina como cama.

Al día siguiente, María Fernanda y Henley se dieron un baño de mar, nadaron hasta el Cotton Cay<sup>124</sup> y visitaron las instalaciones de mister Bradley, quien había construido allí una casa en la que mantenía, en el primer piso, su bodega de cocos y, en el segundo, su oficina, y regresaron.

Llegaron las autoridades de puerto y, tan pronto bajaron, la *Endurance* levó anclas y zarpó de la bahía de San Andrés hacia Colón.

El viaje fue increíblemente placentero. María Fernanda aprovechó para informar a Henley de todo lo que planeaba hacer en Europa, y él a ella de lo que haría para recibirla en la zona del canal de Panamá a su regreso. Al pasar por el cayo, los cuatro marineros pidieron aprovechar para recoger langostas y caracoles. Bajaron las velas para evitar que la corriente arrastrara la goleta en los bajos. Botaron ancla, amarraron la botavara de la vela mayor, bajaron uno de los botes y tres marineros salieron hacia el cayo.

María Fernanda subió con vestido de baño para acompañarlos, pero Henley, con el ceño fruncido, le dijo que se limitara

.....  
<sup>124</sup> Cayo Algodón.

a bañarse alrededor de la goleta. Ella lo miró, sonrió y se lanzó por la borda al mar y nadó hasta donde estaban los marineros. Otto sonreía mientras decía:

—Cap, pudiste con el caballo, pero dudo que logres dominar a esta mujer. Ella tiene una mente propia, como dirían los viejos.

Henley lo miró de reojo, como diciendo «no te metas».

María Fernanda seguía sorprendiendo con su habilidad para nadar y la resistencia debajo del agua. Volvieron en poco tiempo con más caracoles y langostas de los necesarios. Ella estaba feliz, aunque tenía las manos destrozadas. Despreciando el arpón, jaló una langosta por las antenas tan pronto la vio entre unas piedras coralinas, lo cual le ocasionó heridas.

Cuando subió a bordo, ayudada por Henley, y viendo sus ojos más oscuros que lo usual y en su cara rasgos de disgusto, delante de todos lo besó. Era una demostración de afecto que los isleños no manifestaban en público. Henley le devolvió el beso y todos aplaudieron. Black Tom la llamó, y después de echarle encima un balde de agua dulce le pidió que se cambiara y volviera para ponerle algo en las heridas de las manos.

Mientras Black Tom la curaba, escuchó que uno de los marineros se refirió a ella diciendo «*That panya can dive!*»<sup>125</sup>.

Ella entonces le preguntó a Black Tom:

—¿Por qué nos dicen *panyas* a los que no somos de la isla y hablamos español? Yo sé que la palabra viene de *panyarring*. ¿Acaso en la isla hubo casos de *panyarring*?

Él le respondió:

—Si tú me explicas qué es *panyarring*, yo tal vez podría explicarte la razón.

.....  
<sup>125</sup> ¡Esa *panya* sabe bucear!

Ella le explicó y entonces él dijo:

—Pues los casos de persecución y violación por parte de los primeros soldados que llegaron a las islas eran muy parecidos, y creo que de allí salió eso de que todos los que no hablaban como nosotros eran como los que en África se dedicaban a *panyarring*, o sea a capturar contra su voluntad a la gente para violarla o venderla.

Después de que Black Tom le untó el remedio, le advirtió que tenía que mantener las manos al aire. Ella se acercó a Henley y le dijo:

—Me siento como un cristo.

—No te preocupes; con gusto te bajaré de la cruz —le dijo Henley.

Esa noche Henley tomó la guardia de siempre, de ocho a doce de la noche. Estaba en el timón cuando María Fernanda subió a las once. En sus manos traía un paquete bien envuelto y amarrado. Contenía todo lo que pensaba que no quería ver más o que vieran, y lo lanzó al mar. Así dijo adiós a su vocación de monja y dio la bienvenida a la de mujer de Henley Alva Brittany.

Al terminar la guardia, Henley bajó a la cabina donde lo esperaba María Fernanda tratando de disimular la incomodidad de sus heridas. Entre lo mucho que hablaron, ella le dijo:

—¿Sabes, Henley? Yo te conocí hace cuatro años. Viajaba con mis tíos en el verano de 1934, en el buque *La Roma*. Llegamos de Nueva York a Cristóbal y allí esperamos casi veinte horas para hacer la travesía por el canal. Había muchos barcos militares y ellos tenían preferencia, según el capitán. Al fin nos asignaron el práctico, estábamos mirando por la borda, tú subiste al barco con tu cuadrilla, unas chicas italianas que estaban en segunda clase hicieron que miraras hacia arriba y, cuando miraste, me impresionaron los ojos tan grises que tenías. Las

miraste a todas y a mí también. Y seguiste a la cabina de mando. Llegamos a Balboa ya de noche y no supe cuándo bajaste, pero tus ojos quedaron grabados en mi memoria.

»Antes de llegar a Buenaventura, mientras leía en cubierta, pasó el capitán y se sentó a charlar conmigo. Yo le pregunté por el nombre del práctico que nos había pasado por el canal, y él me prometió buscar su nombre en los documentos firmados para el pase. En la comida me trajo un papel con el logotipo del barco donde había anotado el nombre. Ese papel está en la biblioteca de la casa de mis tíos. Yo ni por un instante pensé que el piloto de la *Endurance* era el mismo práctico del canal; lo llegué a pensar no hace mucho, cuando recordé cómo me había enamorado de los ojos de aquel práctico. Lo buscaré, Henley, y si allí aparece tu nombre, te juro que seguiré creyendo que las coincidencias, como dice el padre David, rigen mi vida».

Henley la miró, y lo único que dijo fue:

—En 1934, el único práctico con ojos grises era yo. Los había con ojos azules, verdes, negros, cafés. Esa sería mucha coincidencia.

Entonces Henley le dijo que él también le tenía una sorpresa que encontraría en una de las gavetas. María Fernanda se levantó, empezó a buscar y halló en la segunda gaveta tres faldas con chaquetas y blusas, ropa interior, cartera y zapatos, todo muy bien escogido. Ella abrazó a Henley y él le preguntó de dónde había sacado lo que venía poniéndose, y ella le contó por primera vez la intención con la que había llegado su madre a Providencia.

Entraban por el *breakwater*<sup>126</sup> de la bahía de Cristóbal Colón. Henley estaba en el timón, llegó Otto y le preguntó:

—¿María Fernanda se queda contigo en la zona?

.....  
<sup>126</sup> Rompeolas.

—No —respondió él—. Ella se va para Europa por un mes.

—Amigo —le dijo Otto—, es lo mejor que te puede suceder.

—¿Por qué? —le preguntó Henley.

—¿Y lo preguntas? —dijo Otto—. Dime, ¿qué vas a hacer con una mujer que sin duda es bonita, educada, canta y toca la guitarra a la perfección, nada como un pez, se acomoda a la vida de la goleta como ninguna otra y está enamorada de ti? ¡Una muñeca y punto!

Henley le respondió muy despacio:

—¿Y qué piensas tú que le hace falta, Otto?

—Pues, Henley, ¿te la imaginas en tu casa en Providencia haciendo los oficios, criando hijos y todo lo que nuestras mujeres hacen?

—¿Sabes, Otto? —le respondió Henley, con la voz algo alterada—. No me la imagino lavando, planchando, cocinando, limpiando la casa, atendiendo animales y menos pariendo un hijo cada año, y no es lo que me enamoraría ni lo que espero. Otto, amo a esa mujer y no espero que sepa cómo hervir agua.

—Henley —dijo Otto—, me tienes desconcertado, nunca te había visto tan encaprichado con una mujer. Además, es *panya*. ¿Desde cuándo te gustan las *panyas*? Creo que hasta la celas.

—Te equivocas, Otto, el amor correspondido no provoca celos. Pero si alguien llegara a faltarle al respeto, lo mataría a trompadas.

—Pero ¿por qué? ¿Me quieres decir que no se compara con ninguna de las otras?

Henley, con una mano en el timón, agarró a Otto por el cuello de la camisa y le dijo en voz baja, pero contrariado:

—¡Basta ya! A menos que quieras darte un baño en la bahía de Cristóbal...

A su llegada a Colón, María Fernanda descendió de la goleta muy elegante, ataviada con falda y chaqueta crema y blusa azul, zapatos altos y cartera café, y por primera vez la vieron maquillada. Henley le explicó a Otto que irían en tren para tomar el barco que estaba en Balboa. Esta idea de tomar el barco en Balboa fue de María Fernanda, que pensó que durante el trayecto de diez horas del Caribe al Pacífico convencería a Henley de acompañarla. Pero a él se le ocurrió algo mejor en el camino a la estación del tren. Dijo:

—María Fernanda, casémonos antes de irte.

Ella lo miró, sonrió y le preguntó:

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Nunca había estado tan seguro de algo en esta vida —y la abrazó y la besó en plena calle 10 de Colón. Entonces insistió—: Y ¿la respuesta?

—Si te vas conmigo.

—No puedo —respondió él—, para bien de los dos debo quedarme. Te juro que me gustaría ir contigo, pero si no me presento, pierdo la oportunidad, y nos conviene estar aquí unos años.

—Muy bien —dijo ella—. Casémonos.

Entonces Henley planeó:

—Iremos al canal, buscaré a mi amigo Tony y a otro.

—Pero —dijo ella—, no me pienso casar sino una vez en la vida, y quisiera que en ese momento me acompañaran personas que siento que me aprecian, como míster Tom y Otto.

—María Fernanda —explicó Henley—, no puedo llevar a Black Tom al canal para esa ceremonia.

—Entonces casémonos en Colón, en Panamá, pero a mí los norteamericanos no me van a decir de qué color deben ser los testigos de mi boda —insistió ella.

Con muchas vueltas se lograron los permisos y los anillos, y a las cuatro de la tarde, en Colón, y acompañados de Otto

y Black Tom, María Fernanda Gómez Rodas y Henley Alva Brittany Hawkins se casaron. Inmediatamente después ella se embarcó en el *Cristóbal Colón*, que ya había hecho la travesía por el canal, del puerto de Balboa al puerto de Cristóbal, y se alistaba para salir hacia Nueva York a las siete de la noche. Henley la acompañó a bordo, la presentó al capitán, a quien ya conocía, estuvo a su lado hasta el último momento, y le pidió que le enviara telegramas todos los días a la dirección de la zona del canal.

Llegado el momento de bajar, no se sabía cuál de los dos sentía más la despedida.

Henley llegó al muelle donde estaba la *Endurance* con un dolor inmenso de soledad, ansia y ganas de tirarlo todo e ir con ella.

En la plazoleta del muelle, Henley se encontró con varios isleños de San Andrés y de Providencia; venían a recibir noticias de las islas y a solicitar el favor de llevar encomiendas de vuelta para sus familiares. Entre los presentes estaban dos amigas de Henley. Otto lo miró, vio que saludó a la una y a la otra levantando un poco su sombrero, pero no se arremó nada a ellas y menos intercambió palabra con ninguna. Black Tom, quien también estaba en la plazoleta, lo observó todo y musitó: «Amén». Henley subió a la goleta, bajó a su cabina, entró y se encerró en ella.

María Fernanda estaba triste, pero no pudo resistir las ganas de llenar la tina del baño de su camarote y deleitarse con ese gusto que hacía dos años no había vuelto a sentir. Después subió a la biblioteca, pidió prestados unos libros y compró un diario. Había decidido que escribiría sobre su viaje y su estadía en Europa, pero comenzó contando su llegada a Cartagena, donde por primera vez sintió miedo —pánico— y desamparo de los hombres y de Dios, cuando le dijeron que viajaría en una chalupa a las islas, y que en horas se convirtió en el sentimiento más maravilloso de su vida.

Al día siguiente siguieron descargando de la *Endurance* naranjas que se transportaban sueltas. De inmediato cargarían harina, arroz, frijoles, cajas con mantequilla en latas de cinco libras, manteca, patas y colitas de cerdo en salmuera, enlatados de sopa, hortalizas, galletas de soda, cebollas, papas, carne salada en lata y todo lo que se comía en las islas. El espacio que sobraba se llenaba con las encomiendas empacadas y con muebles y algo de herramientas para los trabajos en los cocoteros de San Andrés y en los pastizales de Providencia.

Henley se pasó un buen rato hablando con Otto de sus planes. Al parecer le había perdonado sus comentarios sobre María Fernanda, pero Otto seguía sintiendo temor del resultado de la relación. La partida de María Fernanda había dejado a un Henley que él no reconocía, con una nostalgia sin remedio, que no se animaba ni siquiera con las chanzas y los chistes de Otto, a los que nunca respondía.

La *Endurance* salió para las islas, y Henley se dedicó a recibir la casa, los muebles y los enseres adjudicados que utilizaría en la zona del canal. Firmó todos los contratos, las advertencias y las prohibiciones, y colocó en la pared sus horarios de trabajo. La casa tenía una sala-comedor y cocina en un solo espacio, un baño y dos habitaciones. Afuera, un garaje y el lavadero incorporado, un balcón que abrazaba el frente, y un lado de la casa estaba completamente encerrado con malla; adentro estaba pintado todo de blanco y afuera de verde oscuro. Sacó sus cosas de la maleta y calculó que dejaría un clóset para María Fernanda y otro para él. Ya le habían entregado los uniformes y solo faltaba asistir nuevamente al entrenamiento de quince días, durante ocho horas diarias.

Para su sorpresa, alguien tocó a la puerta. Sorprendido, agarró una camisa, y al abrir encontró a tres mujeres que juntas no

sumaban sesenta años, muy rubias, de ojos claros dos, una con los suyos muy azules, de cabellos cortos, y quienes, con sonrisas nerviosas, le dijeron:

—¡Bienvenido! Yo soy Valery, la esposa de Anthony «Tony» Torino.

—Yo, Rebeca, la esposa de Frank McNiell.

—Y yo, Caroline, la esclava de Mario Piován, sus compañeros de trabajo. Le trajimos esto —y le mostraron un plato cada uno tapado con otro plato.

Valery dijo:

—Estoy segura de que no ha ido al comisariato para abastecerse de comida.

Henley, no tan sorprendido, les agradeció la gentileza, no las invitó a entrar, y ellas, con la misma sonrisa nerviosa, se despidieron. Colocó los platos en el *icebox*<sup>127</sup> sin mirar siquiera de qué se trataba. En su *tour* anterior, su *icebox* siempre estaba llena de comidas caseras que las esposas de sus compañeros le regalaban para que no tuviera que cocinar. También venían a recoger la loza y se sentaban a charlar, y unas incluso se extrañaban de que él no tomara licor ni lo ofreciera.

El mayor problema que tuvo con ellas fue siempre en el club de oficiales. Ahora no quería ni recordar, pero, según parecía, al firmar para trabajar nuevamente, sin que estuviera escrito, estaba agregado sin pago que estaría disponible veinticuatro horas al día para escuchar a las esposas de sus compañeros quejándose de la poca atención de sus maridos. Pensó: «María Fernanda, por favor, vuelve pronto».

Henley recibió telegramas muy breves, pero en ellos leía que María Fernanda, igual que él, estaba añorando volver. Al mes de su partida, cuando esperaba la fecha de su regreso,

.....  
<sup>127</sup> Nevera. (Nota de la autora).

recibió dos cartas en las que le explicaba la razón de su demora. Henley estaba desesperado. Cumplía su trabajo con la atención y la responsabilidad que se exigía, pero llegaba a casa a caminar de un lado a otro, a leer y releer los telegramas y las cartas, rechazaba invitaciones de sus compañeros y a nadie comentaba su desesperación y la inmensa soledad que sentía sin María Fernanda. Ellos solo sabían que se había casado y que su esposa estaba en Europa y la esperaba en cualquier momento.

Llegó la *Endurance*; la vio desde otro barco cuando subió a bordo para conducirlo por el canal. Por la noche pudo bajar a Colón, y cuando llegó encontró en la plazoleta del muelle a Otto, quien departía muy animado con una de sus amigas. Otto de inmediato se despidió y los dos caminaron hacia la *Endurance*. Hablaron largo rato, y Otto se dio cuenta de que Henley estaba preocupado y de muy mal genio. Otto preguntó por María Fernanda, y Henley se limitó a decir que no había llegado. A su salida del muelle, en la plazoleta estaba Patty, la misma amiga que vio con Otto. Cuando llegó lo esperaba, se acercó a él y le dijo:

—Quiero mi llave.

Henley desprendió el llavero de su cinturón, sacó una llave y, sin mediar palabra con ella, se la entregó, caminó hasta su *jeep* y salió hacia el canal.

Patty buscó de inmediato a Otto, quien se encontraba en la cubierta de la *Endurance*, y llorosa le entregó la llave diciendo:

—Dígale a Henley que era una broma.

Otto tomó la llave entre el dedo pulgar y el índice de su mano izquierda, y con los mismos dedos de la otra mano la hizo volar al mar. Entonces le dijo:

—Patty, es tan remota la posibilidad de que Henley vuelva a utilizar esa llave, como sería encontrarla en el fondo del mar.

—No pierdo la esperanza —dijo ella.

Con preocupación y con una soledad que nunca había conocido, Henley pasó veinticinco días más. María Fernanda le avisó que ya había tomado el camino a Francia y buscaba cupo en uno de los barcos que hacían la travesía.

Todo para María Fernanda se desarrolló de acuerdo con lo planeado. En Viena buscó a sus abogados, quienes se negaron a seguir atendiendo sus negocios. Esto la dejó sorprendida, pero ellos le aclararon que habían decidido salir de Europa para los Estados Unidos. Esta situación complicó algo las cosas. También supo que el viaje de ellos se debía a que eran judíos, y las noticias que recibían de Alemania no les habían gustado y decidieron salir. Le aconsejaron igualmente sacar su efectivo del país y dejar lo material, que no era más que una casa en Viena y un apartamento en Italia, en administración con personas de entera confianza.

Para sorpresa de María Fernanda, en el hotel de Roma se encontró con su madre y su padrastro y, como siempre, se saludaron como extraños. No se sorprendieron al verla sin el hábito, pues ya habían sido informados de la razón del viaje, pero lo que sí los dejó sin habla e indignados fue su matrimonio con Henley Alva Brittany Hawkins, el capitán y dueño de la goleta que la había llevado a San Andrés y Providencia. Su madre le dijo:

—¿Qué? ¿Un isleño, negro e inculto? ¡No lo puedo creer!

—Sí —respondió María Fernanda—. Un isleño encantador, cariñoso, educado, inteligente, responsable, amable, simpático, buen mozo y apasionado, que sinceramente adoro. Y ¿sabes, madre? No me preguntó por mi linaje, como tus amigos en Austria, tampoco desprecié yo los suyos, como lo hicieron ustedes con mis amigos en Manizales. Muy cierto, madre: es la pasión, y no la alcurnia, lo que triunfa al final.

Y con eso se despidió de ellos. Desayunaron juntos en ocasiones, pero nunca se volvió a tocar el tema del matrimonio de María Fernanda. El día en que viajaba a Francia para regresar a Panamá se despidió de ellos sin dejarles ninguna dirección.

María Fernanda regaló parte de los enseres de las casas a un ancianato que siempre visitaba su tía, y empacó y despachó otros a Panamá, y después de un mes y medio seguía esperando respuestas y confirmaciones sobre asuntos de sus tíos. No se sentía bien, pero lo achacó todo al clima y al cansancio. A Henley siempre le mandaba telegramas y él también a ella, y le escribió dos cartas explicando su demora.

Una mañana se despertó con náuseas, y decidió que definitivamente iría a ver al médico al llegar a París, en su viaje de regreso. Llegó y tomó la habitación de un hotel por los días que estaría esperando la salida del barco. Todos hablaban de problemas en Alemania y estaban con miedo de otra guerra. Su cupo en el barco estaba en lista de espera, pero tenía la esperanza de que lo lograría. Seguía sintiéndose mal, mas no sabía a qué se debía. Cinco días antes de viajar fue al médico y dos días después regresó para recibir la noticia de que estaba embarazada. Hacía días que no se había comunicado con Henley, tampoco sabía nada de él. Sola en el hotel, lloró de alegría, aunque jamás pensó en iniciar una familia tan pronto. Pensó: «Está llegando un poco tarde la compañía que siempre deseaba cuando chica». Tampoco sabía cómo tomaría Henley esta noticia. Él también, como hijo único, tenía que haber deseado hermanos.

El día antes de viajar le entregaron un telegrama de la oficina de la naviera en que viajaba. En él le decían que no había logrado el cupo y tendría que viajar en el próximo barco, una semana después de la salida del que inicialmente había

solicitado. Se fue hasta la oficina, reclamó, peleó, insultó y movió todas las influencias habidas y por haber, y nada. Allí se dio cuenta de la cantidad de personas de clase alta de Europa que estaban buscando salida.

Un día después de la fecha en que le había anunciado a Henley que llegaba y que había cancelado después, un amigo de su tío, de origen griego, la llamó y le dijo que un barco de carga de unos conocidos saldría esa noche para Ecuador y pasaría por el canal, y se preguntaban si ella se atrevería a ir con ellos. Sin dudarle, dijo que sí. Recibió los datos, se presentó ante el capitán junto con el amigo de su tío y la instalaron en una habitación que utilizaban para los dueños de la compañía. El viaje en un barco de carga no tenía comparación con sus viajes en los barcos de pasajeros, pero, ¿después de la *Endurance*? La atendieron muy bien y se mareó, pero lo achacó al embarazo. Tuvo que limitarse a su camarote y su habitación durante todos esos días.

A la llegada del *Tauro* al puerto de Cristóbal, el capitán, al responder por CW las preguntas sobre su barco, antes de que subieran a la inspección para el permiso de pase por el canal, preguntó al jefe de los prácticos por el capitán Henley Alva Brittany, y le dijeron que no estaba prestando servicio ese día. Entonces pidió el favor de buscarlo si era permitido y posible. Tenía a bordo a su esposa. Pidió también el favor de que fuera una sorpresa.

Henley estaba en casa, preocupado por el silencio de María Fernanda, y tratando de decidir qué debería hacer o qué podía hacer para que ella regresara lo más pronto posible. A su casa llegó uno de los mensajeros de la oficina de los prácticos. Se alegró al pensar que era otro telegrama anunciando su regreso, pero era una orden. Por una emergencia le solicitaban presentarse de inmediato a la oficina. Se puso el uniforme, y

se preguntaba el porqué de esa llamada tan poco usual. Tomó el *jeep* y se dirigió a la oficina. A su llegada, su jefe le dijo:

—Necesito que acompañes a Tony al *Tauro*.

Sin preguntar el porqué, aunque le pareció anormal, fue adonde Tony, que se alistaba con su cuadrilla, y le preguntó:

—¿Estás enfermo o algo?

El otro le dijo:

—Algo así.

—Pues quédate —le dijo Henley—, yo iré solo.

—No —le dijo Tony—, solo quiero que estés allí.

Tony no quería hablar, y a Henley todo le parecía completamente anormal, pero decidió seguir las instrucciones.

No hablaron más. Llegaron al barco, subieron ellos primero, después la cuadrilla que manejaba los cables. Tony siguió derecho a la cabina de mando, y Henley, todavía con dudas sobre lo que verdaderamente ocurría, caminaba hacia el lugar para acompañarlo cuando al pasar por una puerta, esta se abrió y en el vano apareció María Fernanda. Henley gritó:

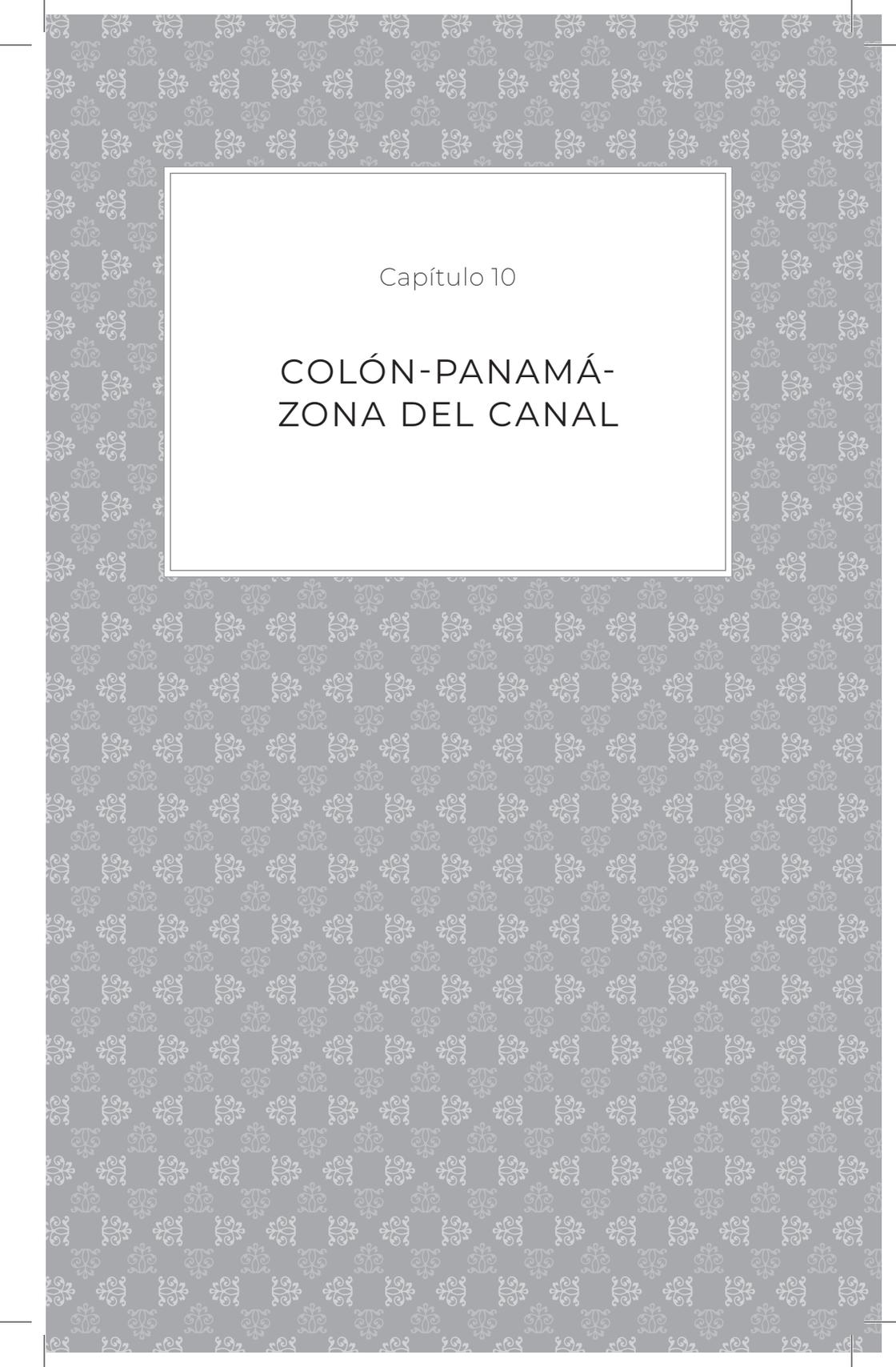
—¡María Fernanda!

Se abrazaron, y de la emoción ninguno de los dos habló. Tony bajó y le dijo:

—¡A tierra, capitán Henley! Ya me mejoré, el enfermo ahora eres tú.

Después de las presentaciones y los agradecimientos, María Fernanda y Henley salieron en la lancha al muelle y allí tomaron el *jeep* rumbo a la casa.





Capítulo 10

COLÓN-PANAMÁ-  
ZONA DEL CANAL



Henley y María Fernanda pasaron el resto del día tratando de recorrer en horas los dos meses de separación. Ella, dando detalles de la razón de su demora en Europa, y él, de la soledad y la impaciencia de esos dos meses y de su trabajo nuevo como práctico del canal de Panamá. Ella le preguntó:

—¿Cómo llegaste a trabajar de práctico siendo este, como parece ser, un grupo muy exclusivo, privilegio únicamente de nacidos en los Estados Unidos?

—Mis padres —le contó él— vivían en Bluefields, Nicaragua, donde nació mi mamá. Cuando Panamá declaró su independencia de Colombia, mi padre era piloto de un barco que hacía la travesía Nueva York-Cuba. Él vino y solicitó trabajo en un barco de la compañía del canal de Panamá que hacía la ruta Nueva York-Panamá y se lo dieron. Yo nací, como tú, el 8 de diciembre, pero de 1904. Se me permitió el adelanto de seis años, para aprovechar un poco la vida antes de que llegaras.

Ella lo miró y dijo:

—Privilegio de los varones. Menos mal que aceptas que la ventaja ya se venció. No cabe duda, es mucha la coincidencia.

—Entonces —continuó Henley—, como te decía, nací un año después de la independencia, y en la zona. Y como mi mamá era hija de un norteamericano y una providenciana, me dieron la nacionalidad norteamericana, me educué aquí,

presté servicio militar en una academia militar en Maryland, trabajé en la compañía de la zona en la parte administrativa, y cuando solicité vinculación como práctico me aceptaron y me entrenaron. Así de sencillo. Pero, en 1935, pa decidió volver a Providencia. Yo también estaba con muchas ganas de navegar en alta mar, y resolví ir con ellos. Mi padre se embarcó con mi tío, yo con los dos, y después mi padre se retiró y yo seguí con mi tío. Y sabes bien el resto.

—Y dime —preguntó ella—: ¿cómo es que tu mamá resultó ser hija de un norteamericano, sin haber ido a los Estados Unidos?

—Mi bisabuelo fue un desertor del famoso William Walker, el filibustero que trató de anexas Nicaragua a los Estados Unidos. Se casó con mi bisabuela en 1858 y tuvieron un hijo. Ese hijo, en 1884, se casó con una prima providenciana y tuvieron dos hijas gemelas. Una falleció y la otra es mi madre, que se casó con mi padre, igualmente primo de ella, en 1902.

—Otra coincidencia, Henley: mi mamá y mi tía Nena también eran mellizas. Y dime, sinceramente, ¿estás feliz con tu trabajo?, ¿no te sientes extraño? Entre ellos, ¿no te ven o te tratan distinto los norteamericanos? ¿No prefieres comandar la *Endurance* con todos los peligros e incomodidades? De seguro económicamente no se compara. Y ni hablar de tu imagen. Eres guapo, pero el uniforme definitivamente te hace irresistible.

Henley sonrió al pensar que la última parte de lo dicho venía de una exmonja.

—Pertenece a ese exclusivo grupo del canal —siguió ella—, con todos los privilegios de los norteamericanos, o más bien, de los blancos.

No esperó la respuesta de Henley.

—¿Sabes? En Austria me faltaba alcurnia para ser aceptada en ciertos círculos. En Colombia tenía demasiada historia

y clase detrás de mis apellidos, y con los norteamericanos mis genes indios no son aceptados.

Cuando dejó espacio para hablar a Henley, él le dijo:

—María Fernanda, aquí no tendrás problemas con los norteamericanos, como yo nunca los he tenido.

—¿Sabes, Henley? En la única parte donde me he sentido aceptada es en Providencia, y eso que allá también el racismo es bien latente.

—Bueno, vamos por partes —continuó Henley—. Querías saber si estaba feliz aquí. María Fernanda, yo me siento feliz cuando tú estás conmigo. Aquí, en la *Endurance*, en Providencia o en San Andrés, pero llegó un momento en que tenía que decidir dónde podía tenerte mejor o a dónde me podía ir si tú no salías del convento, y esto me pareció lo mejor. No te preocupes, tan pronto logres habituarte al modo de vida lo encontrarás bastante vivible. Ahora yo quisiera saber, ¿qué pasó con ustedes en Austria durante la guerra de 1914 a 1918?

—Nos vinimos a los Estados Unidos y pasamos siete años en Roxbury, Vermont.

—Ahora dime —la interrumpió—, ¿qué te hizo pensar que tenías vocación de monja?

—¿No te parece acertado, aunque no la tuviera? ¿De qué otra forma nos habríamos encontrado? Yo no me arrepiento de esa experiencia, como tampoco del viaje a las islas, ¿cómo podría? Aunque te cuento que casi salgo corriendo ante mi primer encuentro con la *Endurance*... Mi estadía en Providencia fue idílica. La llevaré siempre en mi corazón. De San Andrés, tengo gratos recuerdos de Tina, de Gilma y de Inés. Afortunadamente no fue hasta mucho después cuando las otras pasaron a ser indiferentes en mi recuerdo. Dime, Henley, ¿dónde está la *Endurance*?

—En Colón, llegó ayer.

—¿Está aquí?

—Sí, pero no he bajado. Estaba esperando saber dónde estabas o cuándo venías, y tenía temor de salir y que el telegrama llegara y no me encontraran.

—¿Puedes ir mañana? —preguntó ella.

Y así fue. Al día siguiente bajaron a Colón. Y allí estaba la *Endurance*: atracada en el muelle de Cristóbal. María Fernanda abordó delante de Henley por la pasarela de desembarco, saludó a Otto, quien la recibió y la miró algo sorprendido, de inmediato se dirigió a saludar a míster Tom, mientras él desde la puerta de la cocina de la goleta la observaba y, al acercarse, le tomó las dos manos entre las suyas y le dijo:

—¡Felicitaciones, mamá! Con el embarazo estás más bella.

Ella se sorprendió y muy bajito le preguntó:

—¿Cómo lo sabes?

—Desde que llegaste al muelle lo descubrí. Tienes un encargo de dos meses y son dos criaturas.

—Henley no lo sabe.

—¿Cómo? ¿Por qué no se lo has dicho?

—Porque tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—Pues, míster Tom, él nunca habla de hijos y recuerda que cuando dijeron que Izabela perdió un hijo de él, al parecer, tampoco le importó.

—Niña —dijo Black Tom—, son dos situaciones muy distintas. Henley, me consta, no estaba enamorado ni pensaba tener nada con Izabela; todo fue invento de ella. Henley siempre se ha cuidado de no regar hijos. Rosalía, la madre de Henley, hizo y deshizo para comprometer al capitán con esa mujer. Ella quería una hija y pensó que la mejor manera de conseguirla era casando a su hijo con esa chica. No tengas miedo, díselo.

Después de hablar con Black Tom, María Fernanda llegó donde estaban Henley y Otto comiendo un mango verde ofrecido por Black Tom. Otto, mirando las ansias que tenía de comer la fruta, le dijo:

—Estás igual a Sussy cuando estaba embarazada, María Fernanda. ¿Qué esperas para comprometerme como padrino de tu hijo?

Henley estaba recostado contra la botavara mayor, ella llegó y se recostó contra él, lo que de inmediato hizo que la abrazara colocando sus manos alrededor de su cintura. María Fernanda sonrió, miró a Henley y él la abrazó y le dijo al oído:

—No soy ciego, María Fernanda.

Henley había descubierto el cambio en su cuerpo desde su arribo, pero no quería decir nada pensando que si ella estaba embarazada no sabía cómo lo tomaría en una etapa tan reciente de la relación. Además, nunca habían tocado el tema de los hijos. No sabía si estaba entre sus planes tener hijos, ni siquiera cuáles eran sus sentimientos hacia ellos. Claro que en Providencia enseñaba a los niños, pero esto era una cosa bien distinta. Ahora la abrazaba y ella estaba emocionada de la dicha de poder compartir al fin su secreto con él.

Cuando pudo zafarse de los brazos de Henley, María Fernanda pasó de inmediato a contarle a mister Tom que Henley lo había descubierto desde que ella llegó. En eso un marinero anunció:

—¡Buque de guerra a la vista!

Otto miró hacia el muelle y le dijo a Henley:

—Adivine quién llegó de visita.

Este, sin voltear, preguntó:

—¿Quién?

—Patty —contestó Otto.

A lo que Henley respondió:

—*Holy shit!*<sup>128</sup>

María Fernanda también miró, y vio a una mujer muy parecida a la de las fotos que había botado. Alta, blanca y con el pelo recogido en la nuca. Henley siguió hablando como si no tuviera nada que ver con ella. Black Tom se dio cuenta de que ella había calculado muy bien lo que estaba pasando, y le dijo:

—María Fernanda, no tienes nada que temer. Tú estás en el corazón del capitán Henley. Ella nunca llegó a ocupar ese lugar. Te lo aseguro.

Patty se dio cuenta de que su visita era inoportuna y salió del muelle.

María Fernanda se entretuvo toda la tarde con la fila de isleños que llegaron solicitando cartas de las islas, preguntando por sus familiares, intercambiando chismes de la colonia en Colón. Llegó un momento en que pensó que en Colón había más isleños que en Providencia. Volvieron tarde a la zona y, por todo el camino, Henley habló del embarazo y de la preocupación que sintió cuando lo descubrió a bordo del *Tauro*. Le confesó:

—Cuando te abracé, de inmediato pensé: «Siento a María Fernanda como si le hubiera explotado algo en el cuerpo», y me sentí culpable.

Ella dijo:

—Pensé que tal vez no te gustaban los hijos; nunca mencionaste el deseo de tenerlos.

—Tú tampoco —respondió él—, lo cierto es que nunca dije que los quería, tampoco dije que no los quería. Como soltero, no estaban entre mis planes.

Henley seguía la rutina como práctico del canal. A veces trabajaba de día y otras de noche. María Fernanda había

.....  
<sup>128</sup> ¡Putá mierda!

visitado el comisariato y él la había presentado a sus compañeros de trabajo, a sus esposas, y todos, hombres y mujeres, la habían encontrado bella pero muy callada y no muy dispuesta a integrarse al grupo. Pasaba los días encerrada en la casa esperando la llegada de Henley del trabajo y, aunque hubiera querido realizar alguna actividad, no se quejaba. Las pocas veces que se reunía con una o dos de las esposas, ya sabía de qué temas hablarían.

«¿Es cierto que fuiste monja?». «¿Dónde conociste al capitán Henley?». «¿Dónde aprendiste inglés?». «¿Cuál es tu origen?». «¿Estudiaste?». «Nos dicen que eres del país que está al lado...». «¿Conoces los Estados Unidos?». «¿Celas al capitán? Él es muy guapo». «¿No te da miedo que se te escape?». «¿Es tu primer matrimonio?». «Estás embarazada, ¿no te preocupa que vaya a estropear tu figura?».

Las preguntas eran las mismas y a veces lograba responderlas o eludirlas con calma, pero otras veces se sentía al borde de gritar que dejaran su vida privada en paz.

Una tarde Henley llegó del trabajo y le dijo que estaban invitados al club para festejar los quince años de su jefe en la zona del canal. Era una invitación a la cual se sentía obligado a asistir. Para ella sería su primera salida social y, más que entusiasmada, estaba curiosa. Antes había visitado a un pariente sacerdote que vivía en la ciudad de Panamá y habían ido a cine y a la playa, pero las reuniones sociales no eran su debilidad, y desde que estaba con Henley, las encontraba bien aburridas.

María Fernanda se puso un vestido azul cuyas líneas escondían muy elegantemente su estado de más de dos meses de embarazo, que ella sentía más visible de lo que en verdad era. El vestido de una pieza, color azul, lo había encontrado en el escaparate de su tía en Italia. Entró al club del brazo de

Henley y él la dirigió a una mesa donde estaban otro práctico y su esposa, a quien ya conocía por lo menos de cara. El maestro de ceremonias, uno de los prácticos, felicitó al jefe y otro le entregó una bandeja de plata como regalo, con un grabado del canal. Sirvieron un bufé muy elegante y licores, ponches, cerveza, gaseosas y limonadas. Ella se limitó a una limonada, y Henley tomó un *whisky* —otra sorpresa: era la primera vez que lo veía tomar una bebida alcohólica—.

Comenzó la música y Henley la invitó a bailar. Recordó cómo lo había visto bailar en el matrimonio de Rose en Providencia, y las ganas que tenía de hacerlo con él. Todos los miraban; ella bailaba muy bien y Henley la dirigía con mucha facilidad. Otra cosa que él desconocía de María Fernanda era su sentido del ritmo y lo ligera que la sentía al danzar. Poco después de iniciar el baile, Henley cambió la postura colocando los dos brazos alrededor de su cintura. Ella levantó los suyos, colocándolos alrededor de su cuello. Él estaba algo sorprendido de la facilidad con que la monja María José respondía a sus movimientos. Una pareja de baile sin igual... Mientras los otros bailaban indecisos, sin saber quién guiaba a quién, ella y Henley parecían una sola persona. Danzaron toda la tanda y ella habría continuado, pero él le dijo:

—No creo que a nuestro hijo le convenga.

A lo que ella respondió:

—Según míster Tom, nuestros hijos.

—¿El médico Tom? —acotó Henley.

A la medianoche los invitados iniciaron un juego en que hacían rebotar una pelota al piso y después terminaba en la mesa de alguno de los invitados y los obligaban a cantar, recitar o tocar algún instrumento musical. Después de unos cuantos que aprovecharon la oportunidad para exhibirse, contando chistes y uno que otro cantando, la pelota cayó en la mesa de

Henley, María Fernanda y la pareja que los acompañaba. Con una moneda decidieron que Henley y María Fernanda cumplirían la penitencia. Henley pidió a María Fernanda que fuera ella quien tocara algo en el piano. Antes de levantarse de la mesa, ella le preguntó de dónde era el jefe, y él le respondió:

—De San Francisco, California.

Ella se acercó al piano, con la vista de todos clavada en ella, se sentó y tocó *I Left My Heart in San Francisco*<sup>129</sup>. Los aplausos fueron estruendosos. El jefe se levantó de su mesa, llegó adonde ella y le agradeció con visible emoción en su voz. Y, como cosa rara, por segunda vez la pelota cayó nuevamente en la mesa y esta vez Henley pidió prestadas dos guitarras a la banda de los *marines*<sup>130</sup>, y ella, sentada en una silla, y él, parado con un pie en la silla, tocaron y cantaron juntos su canción favorita: *When Irish Eyes Are Smiling*. Fueron tantos los aplausos, que ella comenzó a cantar *Let Me Call You «Sweetheart»*, y todos se unieron al coro. Pidieron más, pero Henley le dijo en voz baja:

—Hasta aquí llega el bufón de la corte. Vámonos. —Y se despidieron.

En el camino a la casa María Fernanda le reclamó:

—Fuimos casi los primeros en salir.

Él le explicó:

—Lo hice a propósito. Están con bastantes tragos, ya se sienten con confianza, veía venir que te invitarían a bailar, yo tendría que bailar con sus esposas, y sinceramente no quería.

A lo que ella preguntó:

—¿Ni siquiera con la de verde, quien toda la noche te miraba y levantaba su vaso hacia ti?

.....  
<sup>129</sup> *Dejé mi corazón en San Francisco.*

<sup>130</sup> Los infantes de marina de los Estados Unidos.

—Esa —dijo él— es una buena chica, pero está un poco confundida.

Era agosto, y Henley le informó que, al parecer, estaban esperando una visita de mucho peso, tanto así que las medidas de seguridad, limpieza y emergencia estaban al máximo. La persona que esperaban ya estaba en un barco de guerra en el Caribe y llegaría pronto a la zona.

Al día siguiente María Fernanda recibió la sorpresiva visita del capellán de la base. Llegó para solicitarle el favor de colaborar con él en los preparativos de una misa que se celebraría con la presencia de alguien muy importante que estaba por llegar. El capellán, sin preámbulos, le informó que estaba al tanto de que ella, antes de esposa de Henley Brittany, había sido monja, aunque nunca la había visto en misa. Ella le respondió que asistía a misa en la ciudad de Panamá; uno de los sacerdotes de la catedral era un pariente lejano y amigo de su familia. El capellán siguió diciendo que la había escuchado interpretar unas canciones en el club. Su colaboración era indispensable y le rogaba que aceptara la invitación a cantar en la misa. Le contó, además, que él había ensayado con unos *marines* el *Laudate Dominum*<sup>131</sup>, de Mozart, y estaba necesitando la voz de una soprano como ella. María Fernanda aceptó colaborar y pasó los días ensayando con el capellán de origen alemán.

El 4 de agosto de 1938, en el *USS Houston* llegó al puerto de Cristóbal el tan esperado visitante: el presidente Franklin D. Roosevelt. Hubo un recibimiento sin igual, tanto de los militares como de los civiles. Por la noche, en el club se celebró, por parte de los castrenses, un agasajo en su honor y la banda de música de los *marines* estuvo a cargo del entretenimiento.

.....  
<sup>131</sup> *Alabado sea el Señor.*

Henley y María Fernanda estaban entre los invitados especiales, él con su uniforme y ella con un vestido rojo de falda de dos piezas muy amplia, igualmente herencia de su tía, quien fue siempre reconocida por su buen gusto en el vestir. La banda inició la música con un vals, cosa que revolvió los recuerdos de María Fernanda. Volvieron los días que pasó aprendiendo a bailar el vals para su presentación en el baile de debutantes en el edificio de la Ópera de Viena; desde ese entonces, hacía diez años, no había vuelto a bailar un vals. Cuando vivía en Viena, era costumbre escucharlo en los parques y especialmente el 31 de diciembre para despedir el Año Viejo y recibir el Año Nuevo. Terminaron el *Danubio azul*, y nadie se levantó. Al segundo vals, *Sangre vienesa*, Henley invitó a bailar a María Fernanda, y ella casi le dice que no. Pensó: «¿Sabrá Henley bailar un vals?».

Estaba bastante asustada y dudosa del papel que harían en la pista. Pero lo siguió; pensó que, cuando más, ella haría las veces de guía en los pasos. Nadie más se había levantado y su preocupación llegó al máximo. Pero quedó muy sorprendida cuando Henley, exactamente como lo haría cualquier caballero de la nobleza austríaca, se inclinó ante ella, le tomó la mano e inició el vals. No lo podía creer, tampoco encontraba cómo modular una sílaba. Bailaron solos, y al terminar recibieron los aplausos de los presentes. En el camino a la mesa ella le preguntó:

—¿Dónde aprendiste a bailar el vals?

Él respondió, restándole importancia:

—En Annapolis de vez en cuando nos prestaban para los bailes de debutantes. ¿Y sospecho que tú en Austria?

Al día siguiente era la misa, pero a Henley le tocaba turno. Se instaló una carpa grande donde cabrían todos los que no estaban de turno de trabajo, y, debido a la importancia de quien asistiría, se llenó y hubo personal afuera. La liturgia

se inició, y durante el ofertorio María Fernanda cantó el *Ave María* de Schubert, en alemán, acompañada en el piano por un *marine*. Habían construido una tarima donde colocaron el órgano y el piano, y donde ella estuvo parada con un vestido negro largo y una rosa amarilla en el hombro izquierdo, con sus manos en el espaldar de una silla que le habían colocado en caso de que se llegara a sentir cansada. Durante la comunión, ella inició el *Laudate Dominum* con acompañamiento del órgano, los *marines* hicieron la segunda parte, y ella, el final. El presidente, en su silla de ruedas, dio media vuelta en las dos ocasiones para mirar a María Fernanda cantar. Ella misma no supo explicar el porqué sintió una gran nostalgia. Volvió a la primera vez que cantó en Providencia. Recordó al desarrapado Aska entregándole flores cada vez que interpretaba el *Ave María*, y las lágrimas rodaron por su rostro. Su voz no se alteró, pero deseó con todo su corazón volver a la vida simple y pacífica de esa isla, donde en sus noches de insomnio la acompañaba el constante llegar de las olas en su afán de abrazar la ribera, y de cuya gente aprendió a desdenar el lujo y las comodidades innecesarias. No solo ella sintió nostalgia; muchos de los presentes confesaron que les arrancó lágrimas la emoción que su voz despertó en ellos.

María Fernanda fue muy felicitada. Estaban maravillados con la armonía de su voz y la sinceridad y la emoción de su entrega. Henley no llegó a la casa sino hasta tarde, y abrazándola le dijo:

—Sé que te fue bien. No hablan del presidente, sino de ti.

Ella dijo:

—Jamás había soñado con el honor de cantar delante de una audiencia tan selecta y numerosa.

Entonces él dijo:

—Supe de tus lágrimas... ¿Por qué lloraste? Nunca te vi llorar en público.

Ella respondió:

—Sentí nostalgia por Providencia, por esa pequeña capilla de madera exenta de todo lujo, por Aska y sus flores, por el *Eero*, el bote que me llevaba a Santa Catalina, por cada piedra que pisaba al recorrer el camino al colegio, por ese misterio que guardan Providencia y Santa Catalina y que no se descubre sino a los privilegiados.

Entonces él le preguntó:

—Y ¿por el convento no sentiste nada?

—Claro.

—¿Qué sentiste? ¿Ganas de volver?

—Sí, pero no como monja.

Él comentó que le habían contado que el barco de guerra donde había viajado el presidente se había arrojado a Providencia, que fue recibido allá por otro barco de guerra colombiano, el *Caldas*, pero que no pudieron ver o hacer nada por la lluvia.

—Y hablando de Providencia, ¿quieres que mande a buscar a alguien de allá para que esté contigo durante las horas que yo tengo que trabajar?

Ella respondió de inmediato que no. Y añadió:

—Primero, porque seguramente terminará siendo un familiar tuyo y, por ende, de Izabela, tu exnovia. Y, segundo, porque me sentiría mal exponiéndolo a todas las patentadas humillaciones de nuestro entorno.

—¿Qué estás diciendo?

—Exactamente lo que escuchaste. Una situación que tú aceptas sin pestañear, pero que a mí me desvela.

—María Fernanda, ¿no te gusta estar aquí?

—Lo acepto por ahora, pero nunca me acomodaré al sistema del canal. Nunca me he sentido bien con personas que basan su autoestima en la humillación de los demás. Tú has vivido toda tu vida en él, por eso lo aceptas. A mí me repugna.

Era la primera vez que Henley veía a María Fernanda con su semblante descompuesto y hasta le pareció que estaba más bella. Todo lo dicho pasó por encima de su cabeza, la abrazó, la besó y le dijo que otro día hablarían de eso.

Un día Henley llegó a la casa y dijo muy serio:

—Según parece, lo que te dijeron tus abogados está resultando, ¿cierto? Los problemas ya están pasando los límites de Alemania. No quiero pensar en otra guerra en Europa.

Los días pasaron y seguían los rumores de guerra y la gran cantidad de inmigrantes judíos que llegaban del Viejo Mundo. María Fernanda llevaba su sexto mes de embarazo y, aunque se sentía bastante incómoda, jamás se quejaba. Aceptó la invitación a la cena de Acción de Gracias que los prácticos organizaron y también recibió un *baby shower* de las esposas de estos. Todos la miraban y le decían que tendría dos bebés. Henley no la volvió a llevar a la *Endurance*, pero todos preguntaban por ella y le mandaban decir que la extrañaban.

Otto sí volvió una vez con Henley, se quedó una noche con ellos y se dio cuenta de la preocupación que él tenía. Henley le confesó a Otto:

—Yo sé que debe ser duro para ella salir del convento a una vida de casada y en seguida, un embarazo, más la vida casi militar del canal, que no le agrada, y ahora rumores de guerra.

—Henley —decía Otto—, creo que lo que está pasando contigo es que no quieres compartir a María Fernanda ni con tus propios hijos.

—¿Será?

—Claro, pero debiste pensarlo mucho antes y no ahora. Dime, Henley —le preguntó Otto—: ¿qué hiciste con el apartamento que tenías en Colón?

—Lo vendí.

—¿Lo vendiste? —insistió Otto—. ¿Lo conoció María Fernanda?

—No, Otto, y deja las ganas de revolver mierda.

El 8 de diciembre, día del cumpleaños de los dos, Henley la invitó a comer a un restaurante en la ciudad de Panamá. Durante la comida, ella sacó de su cartera un papel y se lo dio. Era una hoja con el membrete de *La Roma*, un buque de pasajeros italiano, y en ella escrito a máquina decía:

«El práctico que nos pasó por el canal hoy se llama Henley Alva Brittany.

»Atentamente,

»Capitán [una firma ilegible]».

Henley lo leyó, la miró, se levantó y la besó.

—Para que te des cuenta, Henley. Desde el momento en que te vi quedaste atrapado en mis redes.

—Pero no me buscaste.

—¿Cómo? ¿Te parece poco todo lo que me tocó hacer para encontrarte?

—Y también hasta pensé remplazar al padre David en Providencia.

Al llegar a la casa, María Fernanda encontró la sorpresa de un piano como regalo de cumpleaños. Lo agradeció muy efusivamente.

La Navidad en la zona fue a lo norteamericano, y ella colaboró tanto con su pariente, el padre Carlos, en la vieja ciudad de Panamá, como en los eventos de la zona, pero no dejó de recordar su primera Navidad en Providencia. No dejaba de comparar la franciscana pobreza con la opulencia de la zona. Añoraba esa humildad y esa devoción de la Navidad en Providencia.

El año nuevo también le trajo los recuerdos del año anterior, y aunque estaban en el club rodeados de todos, su mente vagaba por la isla. Henley no parecía evocar recuerdos

anteriores. Él estaba feliz de tenerla a su lado y no la dejó sola un instante.

Un día Henley llegó a casa y dijo que había llegado la *Endurance* y le pareció extraño. No la esperaba hasta dentro de unos quince días. Bajaría a Colón de inmediato. Ella dijo que también iría, y él no pudo persuadirla de quedarse en casa. A la llegada al muelle de Cristóbal, no la dejó subir a la goleta y se quedaron allí. Otto bajó a recibirlos y, como sorpresa, les tenía la noticia de que el capitán Carl estaba muy enfermo en Providencia y venían expresamente a buscar a Henley.

Otto miró a María Fernanda y dijo:

—Tú no puedes ir, no veo cómo con María Fernanda en estado tan avanzado de embarazo.

—Iremos —le interrumpió ella.

—¡No —dijo Henley—, tú no puedes viajar en las condiciones en que estás!

Ella alegó que había viajado en peores condiciones cuando tuvo la emergencia del apéndice. Henley caminaba de un lado a otro del muelle. No podía dejar a María Fernanda con siete meses de embarazo, y quería ver a su padre si estaba así de enfermo. Ella lo detuvo en una de sus idas y venidas y le dijo:

—El piso no te va dar la respuesta. Tú no me quieres dejar sola, yo tampoco me quiero quedar sola y queremos ver a tu padre. Por lo tanto, nos iremos a Providencia.

Después de los permisos de ausencia del trabajo en el canal y de zarpe en Colón llegaron al día siguiente para el viaje. María Fernanda subió sin problemas a la *Endurance* y Henley la ayudó a bajar a la cabina y le advirtió que de allí no saldría ni al baño. La *Endurance* salió de la bahía de Cristóbal. María Fernanda se la pasó recordando los otros viajes en esa cabina. Henley la acompañaba y Black Tom, quien parecía tener el poder de anticipar los acontecimientos, sin

consultar a nadie, se preparaba para atender un parto a bordo y en alta mar.

Al amanecer del segundo día, sin otro contratiempo que algo de viento a ratos, uno de los marineros gritó:

—*Land ahoy!*

María Fernanda lo escuchó y se levantó del camarote casi de un salto. Era uno de los pocos momentos en que estaba sola. De inmediato, también de la emoción, sintió un dolor agudo en la cintura. Lo atribuyó a su forma de levantarse, pero al rato el dolor volvió y de repente sintió como si su estómago estuviera botando agua incontroladamente, y sintió pánico. Entró Black Tom, ella le contó lo que le ocurría y él la acostó de nuevo y subió en busca de Henley, quien miraba la nube que decían que podía ser la isla. Black Tom le dijo:

—Te voy a necesitar allá abajo. Ya se iniciaron los trabajos de parto.

—*What?*<sup>132</sup> —gritó Henley, y corrió abajo para encontrar a María Fernanda quejándose de dolor de barriga y de espalda y sudando a cántaros.

Black Tom volvió con bolsas de agua caliente y envolvió unas sábanas en ellas, y le dijo a Henley, quien estaba sentado en el camarote con la mano de María Fernanda en la suya y pálido del susto:

—Quítese, capitán, yo le diré cuándo.

Entonces le indicó a María Fernanda cómo respirar cada vez que sentía el dolor. Colocó un mantel de hule envuelto en una sábana debajo de su cuerpo, y le dijo a Henley con la seriedad de un médico:

—Ahora, Cap, tú le enjugas el sudor, y deja que ella se aferre a ti cuando sienta dolor y tenga que pujar.

.....  
<sup>132</sup> ¿¡Qué!?

Colocó las piernas de María Fernanda en la posición debida, salió a la cabina de pasajeros y elevó una oración. De pronto la escuchó gritar, entró y le dijo que pujara. Henley en esos momentos juró que nunca más la pondría en esta situación, con una mano debajo de la cabeza de María Fernanda y la otra enfrente de su busto, y ella agarrada a esta. Tanto Henley como María Fernanda sudaban, y Henley repetía que jamás la volvería someter a esa tortura. Si antes no podía quitar de su mente la culpa de haberla obligado a iniciar una familia sin siquiera hablar de ello, ahora no sabía qué decirle. No hablaba. No podía, no sabía qué decir; solamente la acariciaba y la miraba directamente a los ojos mientras ella con sus dos manos se aferraba al brazo de él. Ella pensó que, igual como le dio fuerza a él cuando el accidente, él se la estaba dando ahora. Pero él lo único que pensaba era: «Jamás te volveré a someter a esto».

Black Tom iba y venía. Afortunadamente, la *Endurance* se portaba muy bien, y después de una hora Black Tom recibió el primer niño, y quince minutos después, el otro. No se sabía quién había sentido más dolor, si el padre o la madre. Colocó toallas calientes en el estómago de María Fernanda para ayudarla a despedir la placenta y se dedicó a limpiar a las criaturas. Abrió una gaveta y los envolvió en dos camisetitas de Henley, quien seguía abrazado a María Fernanda y no había mirado ni preguntado nada. Al fin, Black Tom le dijo:

—Cap, te presento a tus dos hijos. —Y los colocó en los brazos de María Fernanda. Henley solamente dijo:

—¡No tienen más que siete meses!

Y Black Tom le respondió:

—Yo también nací de siete meses. Dejaremos todo como está, y tan pronto bajemos el bote yo buscaré a *miss* Louisa. Creo que María Fernanda se sentirá mejor con la atención de ella.

Los dos lo miraron, Henley se levantó, lo abrazó y le dio las gracias a Tom.

Los dos miraban a los bebés como si no supieran qué hacer con ellos. Ella dijo:

—Tienen tu cabello. —Y en seguida los dos abrieron los ojos.

Ellos se dieron cuenta de que eran igualmente grises como los de Henley. Por primera vez Henley sintió que estos niños eran parte de él. Muy cierto, nunca pensó tener hijos, y lo evitó al máximo, pero ahora estas criaturas estaban sacando de él un sentimiento que desconocía, y juró:

—Ustedes tres serán la razón de mi vida.

Entre tanto, en cubierta todos estaban a la expectativa de lo que estaba sucediendo. Cuando al fin subió Black Tom, lo rodearon y él les informó:

—Tenemos dos marinos más para la *Endurance*.

Apareció una botella de *whisky*, lo que estaba prohibido en la goleta, y cuando le mandaron un vaso a Henley, pensó: «Nunca había sentido la necesidad de tomar un trago como en este momento».

Henley se apartó del lado de María Fernanda mientras mister Tom le hacía tomar un té; miraba a los niños en el otro camarote y pensó que era increíble que ya estuviera sintiendo la responsabilidad de cuidarlos.

La *Endurance* fondeó en la bahía y Henley hizo bajar de inmediato los dos botes. En uno mandó a Black Tom en busca de *miss* Louisa y en el otro se iría él a Santa Catalina.

El capitán Carl sabía que la goleta había llegado y que la bandera colombiana estaba colocada en señal de emergencia.

Mientras Black Tom remaba hacia Santa Isabel, recordaba los muchos años escuchando a su madre hablar del oficio como partera de Bottom House, pero nunca pensó que a él

le tocaría enfrentar tal situación. Le daba gracias a Dios de que todo hubiera salido bien. María Fernanda era una mujer fuerte y él se dio cuenta de que ella trató de esconder al máximo su incomodidad para que el capitán no se desplomara completamente. Llegó y le contó a *miss* Louisa lo sucedido y esta de inmediato salió con él hacia la *Endurance*.

*Miss* Louisa se apersonó de todo, terminó el trabajo de Black Tom, dio instrucciones y dejó escritas otras. Según ella, María Fernanda tendría que quedarse nueve días acostada en la goleta en completa oscuridad, a lo cual esta respondió:

—Las indias en Colombia tienen a sus hijos al lado del río, se levantan y suben la ladera, y yo vengo de esa raza.

María Fernanda exigió igualmente que utilizaran los tetos con chupos que ella había empacado, ya que no tenía intención de amamantar a los niños. *Miss* Louisa se escandalizó, pero ante el grito de hambre de los recién nacidos accedió a alimentarlos con biberón.

Henley, después de despedirse de María Fernanda, tomó el bote y se dirigió a Santa Catalina. A su llegada a casa, como siempre en estos casos, había muchos familiares ayudando y estorbando. Entró en la habitación y encontró a su padre casi sentado en la cama tratando de respirar, lo abrazó y le dijo:

—Te traje a tus dos nietos. —Y en el rostro del capitán se dibujó una sonrisa, y Henley le dijo—: Te los traeré inmediatamente. —Y salió de la habitación.

En la sala su madre lo abrazó llorando, y él, como pudo, le dijo que no veía la situación tan grave.

Volvió a la goleta al lado de María Fernanda, y a ella sí le dijo:

—María Fernanda, es el fin. No hay duda, quiero llevarle los niños. Ella lo abrazó y le dijo:

—Llévalos.

En ese momento llegó Ethel con la hermana María de Jesús, quien entró en la cabina diciendo:

—Hermana María José, ¿cuándo harás tú las cosas como debe ser?

Ella respondió:

—Créame, hermana María de Jesús, que a mi manera es más interesante.

Se abrazaron. María de Jesús saludó a Henley diciendo:

—¡Te saliste con la tuya, capitán!

Él respondió:

—¿Dudabas que lo lograría?

—Sinceramente, a ratos sí —respondió la hermana.

Aunque no estaba de acuerdo, ayudó a Black Tom a alistar a los bebés. Los colocaron en una tina de aluminio, y ella y Henley los llevaron a Santa Catalina. Rosalía los recibió y de inmediato los sacó y los colocó al lado del capitán, quien dijo:

—Son idénticos a Henley recién nacido. —Estaba casi sentado en la cama, así que pudo observarlos bien. Esperó para recuperar fuerza y preguntó—: ¿Cómo está la hermana María José?

Henley dijo:

—María Fernanda está bien; manda muchos saludos. No podrá bajar de la goleta por ahora.

Retiraron a los niños, y el capitán le dijo a Henley que había construido una casa para ellos; era una sorpresa. Y añadió:

—Bajen a la madre de la goleta, nada le va pasar, y tráiganla a casa —y trató de dar instrucciones de cómo hacerlo.

De todos modos, María Fernanda pasó la noche en la *Endurance* en compañía de Henley. La hermana María de Jesús se encargó por completo de los bebés durante el día, y una de las primas se ofreció a hacerlo de noche en la nueva casa. Henley se pasó yendo y viniendo de la casa de sus padres a su nueva casa y a la goleta. El capitán Carl probó

los remedios traídos por Henley, y al amanecer del segundo día ya respiraba cómodamente acostado en las almohadas. A las ocho de la mañana míster Tom fue en busca de *miss* Louisa y, contra lo indicado por ella, María Fernanda decidió levantarse del camarote. Aceptó dormir una noche más en la *Endurance*, pero al tercer día rogó a Henley que la llevara a tierra.

Cuando María Fernanda pisó la cubierta, miró hacia su antigua casa y confirmó lo que ya sabía. El huracán de ese año había borrado todo ese sector y, ahora, imponente, el nuevo convento estaba construido al estilo de las construcciones del canal.

A su llegada a Santa Catalina, María Fernanda encontró un tapete de flores desde el muelle hasta la entrada de la nueva casa. No había que preguntar quién se había dedicado a ello. Allí estaba Aska sonriendo, y con cara feliz le dijo:

—Mary Joseph, ahora eres una de las nuestras. No solamente nos diste un marinero, sino dos.

María Fernanda le extendió una mano y la otra se la colocó en el hombro y le dijo:

—Gracias, Aska, por aceptarme y por la alfombra de flores.

Encontró la casa formidable. Estaba sorprendida y agradecida; era del mismo tamaño que la adjudicada en el canal, del mismo diseño y completamente amoblada. Según le dijo Henley, con compras de Otto en Colón por encargo de la señora Rosalía.

Obligada por Henley, María Fernanda se acostó, pero poco después le anunciaron la visita de todo el convento y de los vecinos, incluido el padre David, quien vino dispuesto a bautizar de inmediato a los niños alegando lo prematuro del nacimiento. María Fernanda aprovechó que Silvia, Rose y su marido y míster Tom estaban presentes, y les solicitó que sirvieran de padrinos; los niños fueron bautizados con los

nombres de Carl Alva y Thomas Henley Brittany Gómez, respectivamente. Así mismo, fueron inscritos como nacidos en Providencia, Colombia.

Pasó una semana y el capitán Carl se seguía recuperando. En varias ocasiones, Henley, María Fernanda y Johnny lo sorprendieron con serenatas. Estaba fascinado con los niños y no dejaba de compararlos con Henley recién nacido; le sorprendía que hubieran heredado los ojos grises de su padre, los de él y los de Henley. Este empezó a planear el regreso a Panamá para llevarlo al médico, pero su gran dilema eran María Fernanda y los bebés. Ella, mientras tanto, se fue encargando de los bebés y recibiendo instrucciones de la hermana María de Jesús y de la señora Rosalía, quien la trataba ahora como a una hija. A Henley no le cabía en la cabeza someter a esas criaturas de apenas dos semanas al viaje de dos días a Colón. Pero María Fernanda alegó que no habían dado señal de mareo en siete meses que estuvieron sometidos a más volteretas e incomodidades que las que recibirían en la *Endurance*. Ella agradecía, y le había encantado el regalo de la casa, pero Henley no saldría de Providencia sin ella y los niños, y él tampoco concebía dejarlos. Y así fue.

El capitán fue internado en el hospital en Panamá, y María Fernanda se dedicó con Rosalía a la casa y a los niños. El comportamiento de su suegra hacia ella había cambiado radicalmente. La trataba con una calidez impresionante, lo cual obligaba a María Fernanda a pensar que todo ese cambio se debía a que Henley les había dado dos nietos que habían heredado más de él que de ella, porque, no había duda, no escatimaba atención ni amor a los niños. Rosalía repetía con frecuencia que ella los podría criar en Providencia para dejar a Henley y a María Fernanda libres de las preocupaciones de la guerra, pero tanto ella como Henley rechazaban la oferta.

Henley le dijo:

—Ma, más bien ore por que no tenga que vivir un día sin María Fernanda y mis hijos...

Y María Fernanda pensaba: «Es increíble, pero estos niños sin saberlo lograron que la señora Rosalía perdonara que una colombiana desconocida, católica, monja y *panya* le robara el corazón de su único hijo y, por el camino, el de ellos».

La señora Rosalía tomaba como chiste que el único utensilio que ella sabía manejar en la cocina era el abrelatas. Loti, la *maid*<sup>133</sup> de San Andrés, era la dueña y señora de su cocina. Y en su ausencia, Henley le había demostrado que sabía y le gustaba cocinar. Y lo peor era que no tenía ninguna intención de que le enseñaran; a lo mejor aprendía.

En la zona no se hablaba sino de la guerra en Europa, pero nadie se imaginó que llegaría hasta sus puertas. Henley alquiló un apartamento en Colón cerca del muelle para que sus padres estuvieran más cómodos y tuvieran la facilidad de visitar la *Endurance* cuando llegara. La goleta, con Otto al mando, siguió repitiendo la ruta, y los abuelos estaban tan encaprichados con sus nietos que el viaje de regreso a Providencia se fue posponiendo hasta que llegó la fecha denominada de «infamia», cuando fue bombardeada por los japoneses la bahía de Pearl Harbor, en Hawái. El trabajo de Henley se triplicó, y María Fernanda estaba agradecida de tener a Carl y a Rosalía acompañándola, pero ellos decidieron volver a Providencia.

Esa Navidad de 1941 fue triste. Por doquier reinaba la incertidumbre de lo que seguiría, todos vivían pegados a la radio y a los periódicos. Alistaron la salida de los abuelos y los acompañaron hasta el último momento. La señora Rosalía, como en otras ocasiones, sugirió repetir la costumbre de las

.....  
<sup>133</sup> Empleada del servicio.

islas, según la cual los abuelos se encargaban de los nietos, y se ofreció a llevarlos a Providencia para aliviar de la tensión a Henley y a María Fernanda, pero ellos agradecieron la oferta diciéndole que no concebían separarse de sus hijos.

A la bajada se abrazaron con los abuelos y Otto. María Fernanda llegó hasta la cocina y también le dio el abrazo de despedida a míster Tom. Antes de descender por la pasarela de desembarco, dio media vuelta e hizo el ademán de despedida con los dedos entrelazados en puño a los otros marineros, quienes respondieron de inmediato. El viaje al canal fue en completo silencio, interrumpido únicamente por el balbuceo de los niños, quienes viajaban en el asiento de atrás. Henley dijo en una ocasión:

—Pasaremos la primera Navidad después de la guerra con ellos.

La *Endurance* hizo varios viajes en 1942 y, como ella, otras goletas mantenían informados a los habitantes de las islas y los abastecían con gran parte de lo que se consumía en el archipiélago. En uno de los viajes, Otto le contó a Henley que en Providencia se estaban aprovisionando de combustible para submarinos. A Henley al principio le pareció otro cuento de los que se inventan en las islas por falta de oficio. Pero en una ocasión se dio cuenta de que en una de las embarcaciones cargaban tambores de aceite *diesel*, y sabiendo que la cantidad era excesiva para el consumo de las dos islas, empezó a atar cabos. Claro, los submarinos lo necesitaban para cargar las baterías...

Más se convenció cuando Otto le contó que, en San Andrés, un alemán había abierto un almacén cuyo letrero decía «Commissary», seguramente porque sabía que los isleños en Colón y Panamá vivían embelesados con los comisariatos del canal, donde se los discriminaba de la forma más inhumana

tanto en el trabajo como en lo más elemental: sus provisiones de comida. Estaba especificado claramente que los norteamericanos blancos tenían el privilegio de hacer compras en el comisariato de la lista de oro, porque eran quienes recibían sus pagos en dólares de oro norteamericano, y los demás, en el comisariato de la lista de plata, porque devengaban en plata panameña.

Este comisariato de San Andrés estaba surtido mejor que cualquiera de los almacenes que ya existían en la isla. Además, el dueño se había casado con una isleña, se había convertido a la religión de ella y había construido una cabaña en la montaña más alta de Providencia. Todo parecía de fábula. Henley no lo podía creer. ¿Cómo era posible que todo esto estuviera pasando y las autoridades colombianas no se dieran cuenta? Solicitó más detalles a Otto para el próximo viaje y le contó que ese día había recibido una carta de la Marina en que le informaban que había sido asignado a la base de Pensacola, Florida. Pensaba contarle a María Fernanda esa noche, pero, aprovechando la salida de la *Endurance*, le solicitó el favor a Otto de informarles a sus padres, aunque sin asustarlos. Viajaría posiblemente después de diciembre a los Estados Unidos con toda la familia. El capitán Carl y Rosalía recibieron la noticia y de inmediato se alistaron para salir hacia Colón y estar con ellos esos últimos meses. La *Endurance* salió de Providencia en su acostumbrada ruta hacia San Andrés, para luego viajar a Colón.

Cuando la goleta no apareció en San Andrés a la mañana siguiente, de inmediato hubo preguntas. El viento estaba a favor y los cálculos la daban como segura para hacer el viaje a Colón en esa semana. Como no había otra comunicación con la isla, se esperó una semana más. La noticia llegó a las islas por unos pescadores de San Andrés que se habían encontrado con

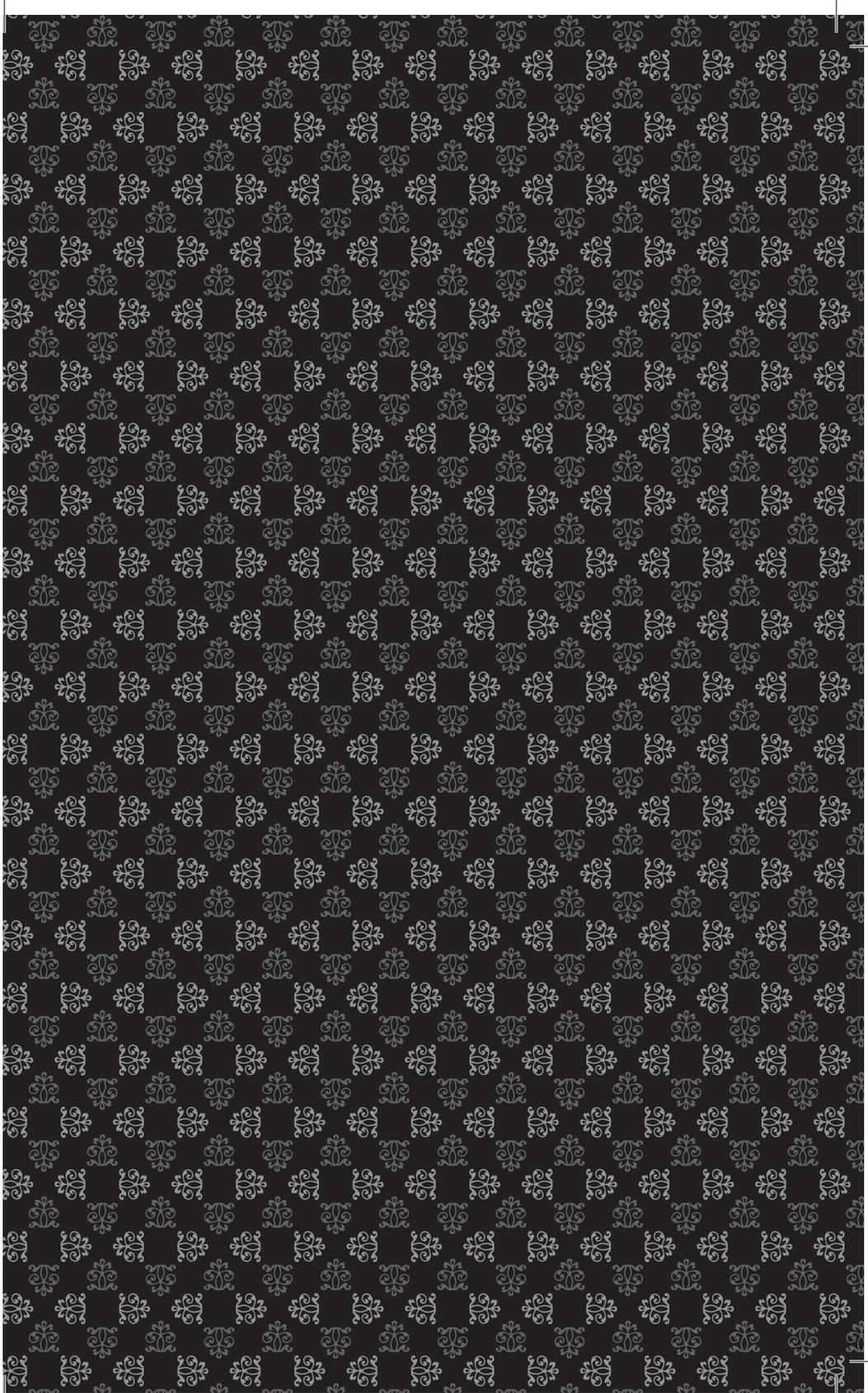
otros de Providencia, y estos le contaron que hacía nueve días la *Endurance* había salido de Providencia hacia San Andrés.

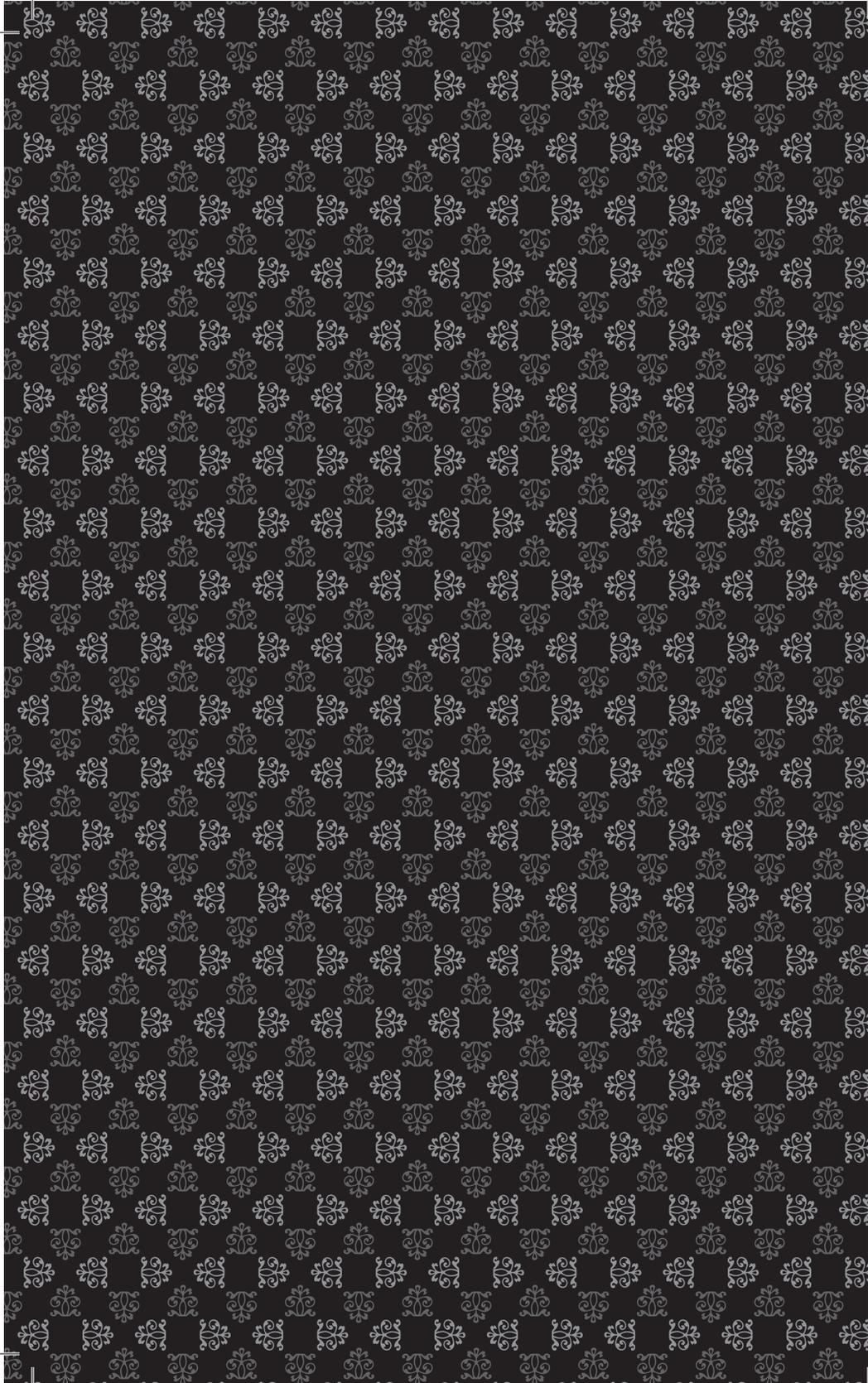
La noticia la recibió Henley por telegrama desde San Andrés, y de inmediato buscó ayuda en el canal, que le fue facilitada, pero después de dos semanas dieron por perdida la embarcación. La tristeza y el sentimiento de impotencia, las preguntas, las conjeturas de lo que pudo haber pasado lo mataban; lo único que lo alentaba era la fe y el optimismo de María Fernanda. Henley bajaba a Colón a la llegada de todas las goletas de las islas. La respuesta era siempre la misma: nada se sabía. Nada se había encontrado en el mar.

Pero el 20 de noviembre de 1942, tres meses después de la desaparición de la *Endurance*, llegó la noticia de seis sobrevivientes de la goleta *Resolute*, que un barco había encontrado y, según sus relatos, fueron hundidos por submarinos. Al fin pudieron sacar conclusiones de lo que había pasado con la *Endurance*. No se habían repuesto de esa noticia, cuando el 23 de julio de 1943, nuevamente, se encontraron restos de la goleta *Riomar*, que sin duda había sufrido la misma suerte, pero sin lograr que se salvara ninguno de sus veintidós ocupantes. De nada sirvió que las goletas pintaran la bandera colombiana en sus costados; al año siguiente corrió la misma suerte la goleta *S*, pero todos se salvaron, menos dos personas.

Henley viajó con la familia a los Estados Unidos, completamente convencido de la suerte que habían sufrido sus padres, sus parientes y el amigo mister Tom. Y ellos, como muchos otros isleños que vivieron en Colón, la zona del canal y Panamá, que salieron a Norteamérica durante y después de la segunda guerra —fuera por voluntad o por desprecio a los recuerdos del abandono de la nación a su lugar de origen— nunca más dieron señales de vida.









# SAIL AHOY!!!

Hazel Robinson Abrahams

Prologue  
Adriana Rosas Consuegra

Translated by  
Anni Chapman

Ministerio de Cultura  
2021



## CONTENT

Prologue . . . . .	.271
This Edition . . . . .	.279

### *Sail Ahoy!!!*

Chapter 1: Three Nuns on a Schooner . . . . .	.285
Chapter 2: The Convent . . . . .	.309
Chapter 3: Providence . . . . .	.329
Chapter 4: Emergency!. . . . .	.349
Chapter 5: The Wedding . . . . .	.373
Chapter 6: An Austrian Priest . . . . .	.391
Chapter 7: The <i>Endurance</i> . . . . .	.409
Chapter 8: An Austrian Doctor . . . . .	.433
Chapter 9: The Dowry . . . . .	.457
Chapter 10: Colon-Panama-Canal Zone. . . . .	.485



## PROLOGUE



*Sail Aboy!!!* tells us of seafarers in the Caribbean Sea when sailboats interconnected Providence, San Andres and Cartagena in Colombia; Limon in Costa Rica, and Colon in Panama, and of a love that is forbidden, the impediments of which the main characters—Maria Fernanda Gomez Rodas and Captain, Henley Alva Brittany—must strive to overcome.

Hazel Robinson Abrahams was born in San Andres. Her father was from Providence and her mother from San Andres. Her family's origins are revealed in her book *Los cinco delantales de mi abuela* [*My Grandmother's Five Aprons*]: "My maternal grandmother was a tiny black woman, but with hair and other features common to the white race. She was extremely proud of her white mother, her brother—a General in Nicaragua, her husband—a son of a Sephardic Jewish family, and her son who was a genius. She had a calculated respect for her father, whose origins were black and Hindu.

Grandmother knew that her father-in-law, Alexander Emanuel Abrahams (1842-1912), was rejected by the Abrahams family in Jamaica because of his relationship on the Colombian island with Drecella Bernard, granddaughter of slaves" (Robinson, 2020 p. 23).

The Robinson Abrahams intercultural mixture is typical of the Caribbean island, as explained by Antonio Benitez

Rojo in his book *La isla que se repite: para una reinterpretación de la cultura caribeña* [*The Repeating Island: The Caribbean and the Postmodern Perspective*]. These islands are very similar regarding factors of slavery and colonization but, as well, they have certain peculiarities that make each one different.

Hazel Robinson's works give us a glimpse of San Andres, Providence & St. Catalina that is unique in Colombian literature. Most of her stories are set in these islands in a period between the end of the XIX century and mid XX, except for *No Give Up Maan!* and *Si Je Puis (I will if I can)*, which are set in times of slavery.

In filling a literary space, due to the period in which they take place—before the declaration of the Free Port<sup>1</sup>, which changed substantially the sociocultural and economic system because of the *Colombianization*—her books are an example of resistance and a struggle to show her people's identity before 1953: *No Give Up Maan!* (2002), *Sail Aboy!!!* (2004), *El príncipe de St. Katherine* (2009), *Narrativa de la Isla de San Andrés* (2016), *Si Je Puis (I Will If I Can)* (2019), *Los cinco delantales de mi abuela* (2020) and *Copra* (2020).

---

<sup>1</sup> “In 1802 the islands became part of New Granada, and Colombia had little presence until 1953 when the Free Port was created. Since then, resistance, and the struggle for an identity, have manifested in a number of ways in the face of the new colonization: of the panyamanes (panyas in the book) as the Native Islanders call them, who are the mainlanders from Colombia; the Turks, as they are known in Colombia—Arabs mostly from Lebanon, Syria, and Palestine, who arrived as merchants.

Raizals are the native people from San Andres, Providence & St. Catalina, descended from Africans, with their own traditions, and the Creole tongue resulting from a mixture of African, English, Spanish and Dutch cultures, as well as those from the Antilles” (Rosas, 2019, p.64). (Note from the prologue author).

In *Sail Aboy!!!* the author describes the islands of Providence & St. Catalina during the third decade of the XX century; the community's customs, origins and mixtures, mostly between the English and the Africans; an Austrian with a suspicious past that results in his confinement on Providence, possibly fleeing and seeking a small island of seventeen square kilometers with barely any contact with the outside world, where no-one would recognize him.

In the story, Robinson give us an indication of the origins of the XXI islanders. Derek Walcott, from St. Lucia and winner of the Nobel Prize for Literature, emphasizes that through oral literature transformed into the written form, we are reconstructing the past that is separate from the data registered in the chronicles of history: "It is the story, not the history, it's what is said, the rumours, the legends, the opposite of time, places, and dates"<sup>2</sup> (Walcott, 1998 p. 121-122). Interviews with a number of sailboat captains, her personal experience of having travelled on these vessels since she was fourteen years old, plus stories about some of the people from the islands, made the groundwork for her book.

Oral memory was a vital factor in the writing of this book—stories of the seamen who sailed the Caribbean Sea in calm or stormy weather; strong currents, and gales that snapped the sails of the vessels. Means of transport are described: on horseback, in canoes, or small sailboats; the manner of celebrating weddings—often between cousins—the restrictions of the Adventists, and the colonization of the Catholic Church. There are stories of the large numbers of Islanders who went

.....  
<sup>2</sup> C'est *l'histoire*, et non l'Histoire, c'est le dit, la fable, la rumeur, à l'opposé du temps, des dates, des lieux. (Translation by the prologue author).

to work on the Panama Canal, and the racism they were subjected to by the Americans.

In *Sail Ahoy!!!* Robinson does not limit her story to events on Providence & St. Catalina, but also those in San Andres, and Colon, in Panama, plus other incidents that occurred in Cartagena, Austria, and at sea on the sailboats. Sailboats were temporary spaces of coexistence, encounters, beauty, as well as an effort to survive and not surrender to a monumental animal that could change its mood from one minute to the next—from gently rocking the vessel and its occupants, to unleashing a fury capable of devouring them and dragging them into its depths. Sea with character; a sea from which the Islanders derive their living.

Robinson's description of the sea is vibrant poetry; she travelled on sailboats; many of her childhood and teenage years were spent in her grandmother's house facing the sea; countless hours were spent talking to captains about their vessels; and these personal experiences with the ocean, and the interviews with seafarers, were transferred into fiction, interlaced with knowledge of navigation, as can be seen when Henley is aboard the *Endurance*: "He was trying to reach the prow when, all of a sudden, a flash of lightning illuminated the small craft as it battled against the elements . . . The impact flung him down on the starboard deck at the end of the cabin, almost to the side of the mainsail, and he ended up against the side of the bow. The force of the fall almost threw him overboard."

Hazel's work is a kind of resistance against what the islands have been subjected to by colonization. Resistance in the written form, to show how life was before, to prove that there is no end and new beginning, rather a consciousness and a claim for recognition of certain customs and knowledge of

the past, which is a platform for advancing more firmly towards the future.

*Sail Ahoy!* was an important phrase to the Islanders, as can be seen in one of Robinson's reports named "Sail ahoy! La voz solidaria del caracol"<sup>3</sup> [*Sail Ahoy, the conch's voice of solidarity*], published in 1959 in the *El Espectador* newspaper's *Magazine Dominical*. The phrase "Sail ahoy" had many implications and, later, would be the title of her second novel.

The use of the conch shell is a form of resistance, firstly in the face of the English colonizers and, later, in the face of the Colombian colonizers. During my interview with the author in 2018, she said: "The English took the drums away from the slaves because they were used to send messages and signals. There were certain drums and certain forms of using them. That's why they were taken away. So, what did they do? They used the conch shell. When they had no drum, they used the conch shell."

In May of that same year, in a column named "Carta de San Andrés" [*Letter from San Andres*], Hazel Robinson gave it the title "Incora Ahoy!", and explains in a somewhat assertive tone, that "the conch shell announced the arrival of a sailboat, a fire, or someone's death." Later, it was used to all meetings to discuss the Incora<sup>4</sup>, because Colombia was imposing certain restrictions on their land. Likewise, in her first book *No Give up Maan!*, the conch shell is used to announce the approach of a vessel, and also that one has gone aground.

.....  
<sup>3</sup> From 1958 up until 1960, the author wrote a series of articles for the newspaper with the title *Meridian 82*.

<sup>4</sup> The former Colombian Institute for Agricultural Reform. (Editors' note).

One historic event that had a direct effect on the Caribbean archipelago is described in *Sail Aboy!!!* During the Second World War, German submarines bombed a number of sailboats and various Islanders lost their lives. This was related in 1959 in *El Espectador* with the title “The sailboat *Persistence* crossed the sea unharmed amidst Nazi submarines”. She goes on to describe the meaning of the vessel’s name: “Perseverance, persistence or, in other words, a firmness of intentions, or steadfast in getting something done.”

Hazel has shown this *persistence* in her writing ever since 1958, when she began writing for the newspaper, and it has continued throughout her novels. A persistence to show how life was on the islands. Perseverance in achieving a work that recovers oral tradition, together with a tone of accusation, which today, is valid due to the last hurricane: “Like many Islanders who lived in Colon in the [Canal] Zone, and moved to North America during or after the Second World War, either by choice, or offended by the nation’s abandonment of their place of origin.”

ADRIANA ROSAS CONSUEGRA\*

## REFERENCES

BENÍTEZ ROJO, A. (1986). La isla que se repite: para una reinterpretación de la cultura caribeña. *Cuadernos Hispanoamericanos*, (429). Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2009. <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmch99n6>

.....

\* Adriana Rosas Consuegra is a writer, a doctor of compared literature, and a professor at the North University of Barranquilla. Her investigations include Caribbean literature, cinema and literature. She is the author of the travel book *La brújula de los deseos* (2016), the short-story collection *Frente a un hombre desnudo* (2014) and the poetry collection *Travestías* (2018).

- ROBINSON ABRAHAMS, H. (2020). *Los cinco delantales de mi abuela*. Universidad Nacional de Colombia.
- ROSAS CONSUEGRA, A. (2019). Resistencia e identidad en la isla de Providencia a través de la literatura y el cine. *Anuari de filologia. Literatures contemporànies*. Universidad de Barcelona. (9), pp. 63-73. <https://revistes.ub.edu/index.php/AFLC/article/view/AFLC2019.9.6/30637>
- WALCOTT, D. (2004). *Café Martinique*. Éditions du Rocher.



## THIS EDITION



*Sail Aboy!!!*, by Hazel Robinson Abrahams, was first published in 2004 by the Colombian National University Editorial Department, and this is the first bilingual edition. It was written in Spanish by the author and translated into English by Anni Chapman, a New Zealander who has lived on Providence Island for some years. Although the original text is in Spanish, there are parts in English, and Creole, which is the native tongue of San Andres, Providence & St. Catalina.

“Creole is an oral language, in other words, it has no written alphabetic system, and is based on the Akan dialect also known as twi, chi, or ti, spoken in Ghana, and worded in English” (Botero Mejía, 2007). The reader will find parts of the story, and certain use of nouns and adjectives, that seem closer to English, “because the author’s culture is a mixture marked by the cultural traditions of Spain and England, two countries that colonized and populated the Caribbean during the XVI century and marked also by the intervention of France and Holland” (Banco de la República, 2007, p. 2).

In linguistic terms, this novel centers on a minority group belonging to this “region rich in oral expressions, traditions, knowledge, and experiences, transmitted principally in the Native Islanders’ own tongue—Creole” (Banrepcultural, 2020). “When one mentions the Islander population, one imagines

a world completely different from the rest of Colombia; one thinks of Creole, which is based on English and spoken throughout the Western Caribbean, brought over by the Cimarron from Jamaica in the XVIII” (Abello Vives, 2013). The legacy of the African slaves and the natives is implicit in the novel and “the recuperation of the oral memory of this dialect is a form of resistance revealed in Hazel Robinson’s writing” (Rosas, 2019).

From 1959, when San Andres was declared a Free Port, the Spanish language flourished, and became more popular than Creole or English (Márquez Pérez, 2016). It was the only language taught in the schools, and this led to a fusion of the three languages. “I speak slowly”, explains Albert, an Islander and musician, “because I think in English, then I have to translate it into Spanish, and then think about the pronunciation” (Álvarez Jambo, 2014).

The original text includes words in other languages, mostly English and Creole, others in French. At times, the author included the translation in brackets, for example, melting pot (un crisol). She also included explanations regarding seafaring, and the island culture. The author has allowed us to omit these brackets, for a more fluid reading. The translations and explanations are at the foot of the pages, indicating that they are the author’s. Foreign words that appear without their translation are also at the foot of the pages, as are the translations of the names of certain songs that we considered important to the plot, and we added the names of districts and some geographic accidents, which are only in English. Certain naval terms also are defined, our reference being the Dictionary of the Spanish Language from the Spanish Royal Academy.

## REFERENCES

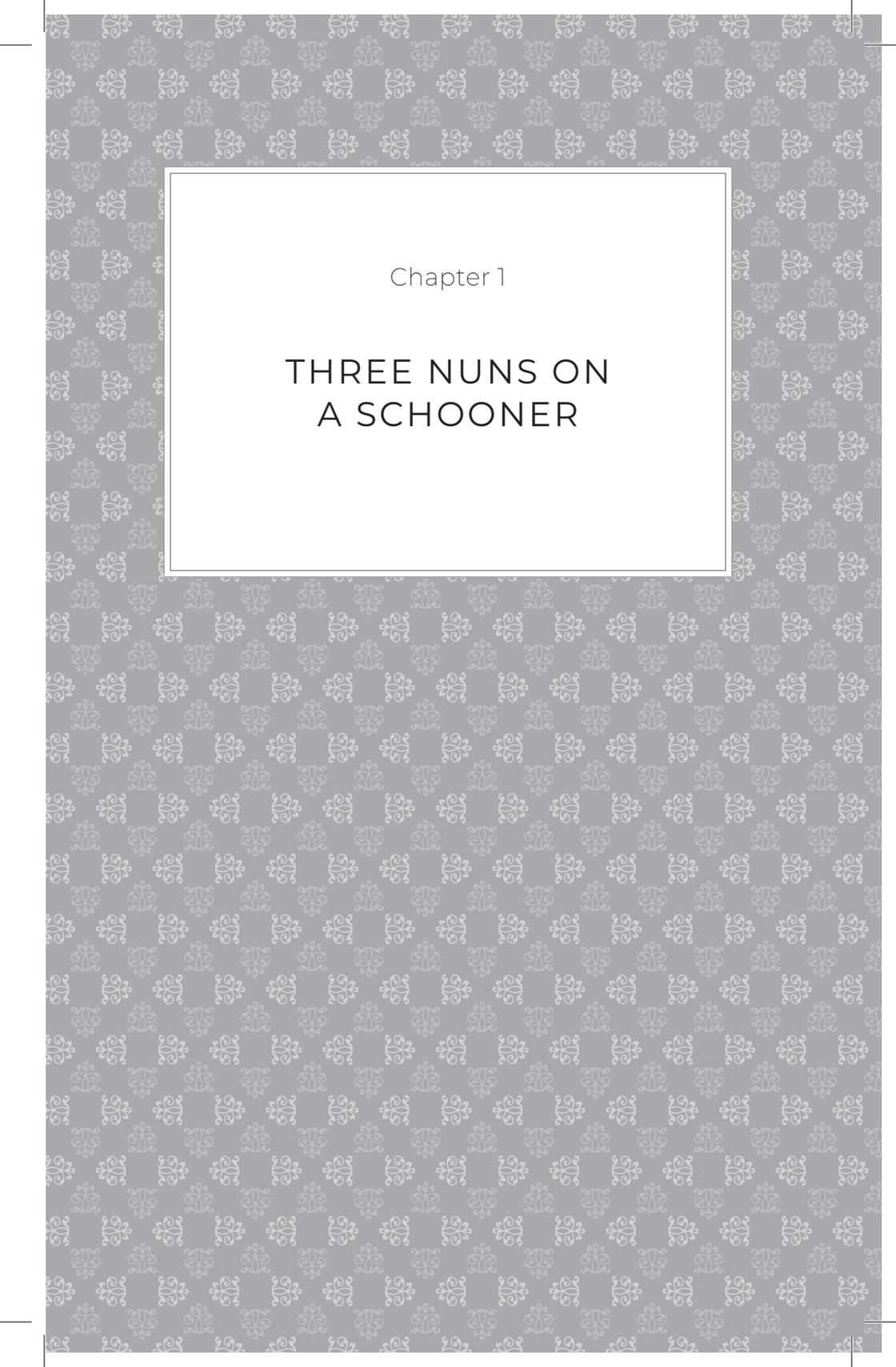
- ABELLO VIVES, A. (2013). Hazel Robinson: narraciones desde las islas del Caribe occidental. En H. Robinson Abrahams (Ed.), *Textos escogidos. Leer el Caribe*. Banco de la República de Colombia.
- ÁLVAREZ JAMBO, M. A. (2014). *Lenguas minorizadas en Colombia: lengua creole*. Universidad del Cauca. <https://en.calameo.com/read/004103645bc35bc1f415>
- BANCO DE LA REPÚBLICA, BIBLIOTECA LUIS ÁNGEL ARANGO. (2007, 13 de abril). Creole (Colombia). Música tradicional de San Andrés. En *Música y músicos de Colombia. Concierto didáctico* [programa de mano]. <https://www.babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll30/id/230>
- BANREPCULTURAL. (2020, 21 de febrero). Un trabajo cultural urgente: el rescate de las lenguas maternas de Colombia. <https://www.banrepcultural.org/noticias/un-trabajo-cultural-urgente-el-rescate-de-las-lenguas-maternas-de-colombia>
- BOTERO MEJÍA, J. (2007). Oralidad y escritura en la isla de San Andrés. *Universitas Humanística*, (64), 275-289. <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/univhumanistica/article/view/2235>
- MÁRQUEZ PÉREZ, A. I. (2016). *Hablemos del mar*. Banco de la República sede San Andrés. <https://www.banrepcultural.org/hablemos-del-mar/index.html>
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA & ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA. (2014). *Diccionario de la lengua española* (23.<sup>a</sup> ed.). Recovered on July 1st 2021, from <https://dle.rae.es> (Versión digital 23.4 actualizada en 2020).
- ROSAS CONSUEGRA, A. (2019). Resistencia e identidad en la isla de Providencia a través de la literatura y el cine. *Anuario de Filología. Literatures Contemporànies*, (9), 63-73. <https://revistes.ub.edu/index.php/AFLC/article/view/AFLC2019.9.6/30637>



SAIL AHOY!!!

---





Chapter 1

THREE NUNS ON  
A SCHOONER



Sister Maria Jose stared incredulously at the row of river steamboats and at the men filing ant-like up the gangplanks bearing sacks, whilst similar files were doing the same from ship to shore. Still more sacks lay beside each vessel waiting to be loaded—sacks of potatoes, cassava, onions, and rice, not to mention a variety of crates containing pigs, chickens, tomatoes, plantain, and numerous packages whose contents were impossible to define. An inclement sun concentrated its rays directly upon the men, whom were mostly blacks, and their systematic movements to and for, recalled the times of slavery. This strip of dusty, dirty, unkempt land, strewn with remains of previous cargoes, was a boundary set down by God to prevent the sea from advancing any further and swallowing up the more fertile land behind it. Their haste in complying with the task at hand didn't hinder them from glancing respectfully from time to time at Father Efrain, the nuns, and the six children who had begged to carry their bags when the good Father brought his car to a halt at the curb of a street which, judging by the sounds and smells, appeared to be an extension of Cartagena's marketplace.

She was certain of one thing—the steamers plying the Magdalena River which were being loaded and unloaded weren't as luxurious as the *Sociedad* which had brought the nuns

from Girardot. What were they doing in this place anyway? According to Mother Superior in Bogota, they were to travel by sea to the islands of San Andres, Providence & St. Catalina, and, yes, there was the sea, but these vessels were riverboats, and this obviously was their last docking-place, but it was not a pier for transatlantic ships. She glumly followed the priest and the other nuns, perspiring now almost as much as the men, the dust accumulating on the hem of her habit as they passed the row of steamboats with their ostentatious names, their cabins denoting differences of class, and their paddle wheels at the rear, reminding her of the bustles which were such a popular part of women's attire during the last century.

"There's our ship!" cried Father Efrain. He was referring to what appeared to be a wooden platform or raft, with no similarity at all to any of the other vessels, and which looked as though three or four decks had been removed from it. She saw only one deck with a hole into which sacks of rice, onions, potatoes, crates of beer and soft drinks, and salted meat, were being lowered. There were three vertical poles and three horizontal ones of various lengths with an enormous amount of sailcloth tied to them. In the midst of all this, seated on a bench, was a red-headed woman of some fifty years of age, with white freckled skin, fanning herself with a piece of cardboard and regarding the nuns with curiosity and surprise.

"Captain Timothy Ball," called out Father Efrain, and instantly a portly man also about the age of fifty, with slightly graying hair, appeared out of the mound of cargo and, wiping the sweat from his brow with a handkerchief, threaded his way through the sacks and boxes, leapt onto the dock, shook the father's hand vigorously, and touched the brim of his Panama hat with his fingers in greeting to the somewhat bewildered nuns.

“Captain,” continued Father Efrain, “here are my charges.”

The captain’s fingers went under his hat this time and he scratched his head pensively as if trying to remember when he had agreed to such a bizarre arrangement. He turned on his heel and yelled to someone called Sifgard, and one of the men who were loading the ship immediately grabbed the three suitcases belonging to the nuns, much to their amazement—they were barely able to lift one bag between the three of them and here was this man lifting all three at once—and deposited them on the deck as if they weighed nothing at all. The sight of their bags on board confirmed the situation once and for all and Sister Maria Jose was terrified. The priest introduced the nuns as Sisters Maria Jose, Susana Ines and Aura Maria, and Captain Ball, in strangely accented Spanish assured him, “Don’t worry, my wife is coming with us *and she’ll take care of them.*”<sup>1</sup>

“Good God in heaven!” exclaimed Sister Maria Jose. “Are we supposed to sail to the islands in this nutshell?” Unlike her companions, she couldn’t conceive of crossing the Atlantic in a thing like this. Apparently the other two had been enlightened regarding the mode of transport and didn’t seem at all taken aback, or perhaps the sacrifice and penance they were prepared to put up with were far greater than hers.

On reaching Cartagena after a seven-day voyage on the Magdalena River, they had been met by the priest, who informed them that he would take them straightaway to “the schooner” which, the captain had told him, would set sail at six o’clock in the evening. Sister Maria Jose supposed that this was the name of the ship, and had no idea that it was a type

.....  
<sup>1</sup> Some sentences and words are written originally in English. (Translator’s note).

of vessel. As she had crossed the Atlantic on four occasions in the past, that was one of the reasons she had been chosen for this mission, and she had looked forward to it with much enthusiasm and optimism. Not once did it occur to her, or did she ever imagine, that this would be any different than the others, but she had never seen this type of boat before, not even in films, and had never read about it in any novel. On closer inspection the thing looked like a coarse imitation of a sailing boat. The sister wasn't wearing a wristwatch—that belonged to the affluent life she had left behind—but she guessed it must be about three in the afternoon. However, she was wearing her newest habit, a distinct sign that the sin of vanity hadn't yet been overcome, in spite of her dedication as a novice for the past two years. There were certain aspects of her former life that refused to be vanquished.

The three of them stood there, each with a hand in a pocket clutching a rosary, telling themselves that this wasn't really happening, and wishing that the grotesque thing before them would suddenly turn into a magic carpet, but their bags were already on board, bursting at the seams with all the packets and letters the sisters had been coaxed into taking to the nuns on the islands from family and friends. Sister Maria Jose decided she had two choices: to give in and risk her life traveling aboard this tub, or to turn and flee. And what was to stop her? After all, she had every right to protect herself, didn't she? The voyage to Cartagena on the steamboat had been a new experience for her, nothing luxurious to be sure, but comfortable enough, and the river itself and the villages along its banks had afforded interesting distractions, but to cross the Atlantic in this old piece of junk was unthinkable.

However, the clock was ticking, and when the time finally came to board it was Sister Maria Jose who, without a

word or gesture, was the first to move when Father Efrain motioned them towards the edge of the pier to which coils of rope were fixed for protection against the onslaught of the schooner as the waves slapped against it. One of the perspiring carriers helped them across the gangplank and on to the deck below whilst Father Efrain, watching from above, gave them his blessing with the sign of the cross, then walked back to his car.

There they stood, huddled together like frightened sheep, doing their best to keep out of the way of the busy men, one hand still in a pocket clutching the rosary, the other vainly attempting to fend off the wind, making them painfully aware that their clothing wasn't the most suitable for such a voyage. No one welcomed them, no pamphlets with instructions, information or programs for the voyage were given to them, much to the disappointment of Maria Jose, who liked to keep such things as souvenirs of her sea voyages. They bid the captain's wife a good afternoon and she limited herself to reply likewise, so without further ado, they sat down on a trunk to which the helm was fixed. Before long Captain Ball appeared and, indicating the hole just in front of the sisters, said in English, "*All hands below.*" The red-haired woman stood up, beckoning them to follow her, and they went down three steps into an area which they later discovered was called the cabin. Once there, Captain Ball announced, "Ercilia is my wife. She no speaks Spanish, tell me if you need anything."

The so-called cabin, in the bowels of the vessel and hot from the afternoon sun, smelled of onions, rotten potatoes and a mysterious odor which they later recognized as dried coconut.

Miss Ercilia showed them some two-tiered bunks. Two of these were placed at right angles and the other was a little further away. Sisters Aura Maria and Susana Ines immediately

took possession of the latter, while Sister Maria Jose decided that if the good Lord was testing her by submitting her to live in this hell for five days—the duration of the voyage according to Father Efrain—then she would accept it as a trial of resistance instead of a sacrifice or penance. With that, she bent down and sat on the lower bunk, the only one from which the sky was visible from the entrance to the cabin. Those chosen by her companions were much hotter but had more privacy. They hung up a sheet which screened them from the captain's quarters behind and this, at least, afforded them a degree of seclusion.

Whilst the other two untied *ruanas* from their bags and arranged them on the bunks as mattresses, Sister Maria Jose remained seated, her hands folded under her chin, trying in vain to stop the tears which were coursing down her cheeks. Sister Susana took off her habit and donned a long shift made from white drill with sleeves down to the elbows and a high neck. She covered her head completely with a white cloth in the style favoured by Arabic women, then went over to Sister Maria Jose and tried to console her, assuring her that she too would feel much better if she changed her clothes. To avoid wetting her starched wimple more than it already was, Sister Maria Jose stood up and went over to the makeshift screen, took off her habit, folded it neatly, and put on her shift, whilst Sister Aura helped her wrap the cloth around her head. She returned to her bunk, placed the folded habit at the head as a pillow, and lay down on the boards. Sister Susana came to her side once more and, in a consoling tone said, "Sister Maria Jose, our Lord Jesus suffered much worse for our sake... This is nothing in comparison."

"Shut up!" cried Sister Maria Jose. "Jesus suffered because he wanted to!"

Alarmed by this unexpected outburst, Sister Susana scurried back to her bunk leaving her irate companion to herself. On hearing the cry Miss Ercilia appeared from the captain's cabin, looked at them, disappeared again, and in a few moments returned with a blanket, two sheets, and a pillow, which she took to Sister Maria Jose, touching her gently on the shoulder. The sister thanked her, but it was well into the night before she decided to make up her bed.

Some two hours later orders were given to weigh anchor and preparations to be made for sailing. Then, finally, the ship began to move.

"Sister Maria Jose, we're moving!" shouted Sister Aura Maria. The other replied quite calmly, "Of course we're moving, or did you think we'd get to the islands just by sitting in this hole?"

It was almost six o'clock when, without warning, a man appeared in the cabin. He was dressed in khaki and was so tall he had to duck his head to go through the door to Miss Ercilia's cabin. Sister Maria Jose's eyes were closed, but on feeling the presence of someone else in the room she opened them and caught a glimpse of the intruder's back. At once she turned over to face the wall and listened with dismay to the seawater seeping in and swishing around in the bottom of the boat. Only the cabin floor protected them from it. The man was speaking to Miss Ercilia in English with an accent similar to that of the southern United States. His voice was powerful but pleasantly modulated and the phrases well expressed. He was a man who knew how to use his voice, and the sister understood him perfectly. The woman told him, also in English but with a marked Irish accent, that one of the nuns was weeping, and when he asked which one, she answered, "The one on her own, the prettiest one. I gave her the bedding from your bunk."

The captain and the first mate shared a cabin on the schoolers.

“The poor girl brought nothing with her at all,” continued Miss Ercilia.

He turned and looked at the nun lying on the boards of the bunk, still facing the wall, the bedding given to her by Miss Ercilia at her side. Fortunately, neither of the other two nuns understood a word of what was being said, nor were they aware that their companion did. She heard him opening drawers—there were six of them under each bunk in the captain’s cabin—as if he were searching for something, and then he went up on deck. Later she heard him offering something to Miss Ercilia, and then to her companions. The third time, he came over to her and, bending down said, “Sister, it’s your turn to eat.”

Until that moment Sister Maria Jose hadn’t realized how hungry she was, neither had she had a good look at the intruder, and now as she turned over, she came face to face with a man who was smiling kindly at her, and he, at the same time, was thinking to himself, “Beautiful, in spite of the tears.”

She gratefully accepted the hot chocolate and bread he offered her and as she so did, they looked at each other in furtive appraisal. She saw that this was no boy, he must have been about thirty-five years old, and his white t-shirt enhanced a brawny torso and contrasted with his sunburned face. Years of scanning the horizon were evident from the lines creasing the corners of his eyes, his nose was well formed, underlined by a red mustache, and his teeth—one of the front ones slightly crooked—revealed now by his wide smile, contrasted with his complexion and the dark green cloth he wore on his head. All in all, the effect was pleasing. The sister was reminded of Blackbeard, for although he was clean-shaven there was evidence of a thick beard on his chin.

Even after she had taken the food from him, he continued to observe her, and said in Spanish, “My name is Henley. I would like to help you. May I?”

She didn’t catch the name, and answered, “No thanks, I’m fine.”

As he withdrew, she noticed he was wearing white shorts and tennis shoes, and she didn’t fail to observe that the good Lord hadn’t left one millimeter of skin without hair on his legs and arms.

Captain Ball was giving orders in formal English that had a hint of an Irish accent, and the nun, after consuming the food with relish, lay down again and stared at the wall. A while later, Miss Ercilia appeared and gave the other two nuns a chamber pot each, leaving one for Sister Maria Jose at the side of her bunk. The sea was rather rough at the mouth of Boca Chica, and the roll of the schooner made Sisters Susana Ines and Aura Maria feel quite ill, and alarmed at the possibility of what they had just eaten being deposited on the cabin floor. However, they discovered that if they lay down and kept still, they felt much better. Sister Maria Jose on the other hand, was wishing she could have a second helping of food. She felt sad and rather sorry for herself when she heard Miss Ercilia singing in English, “Now the sun has gone to rest, everything is calm etcetera, etcetera...”

She couldn’t believe her ears; it was a hymn for the closing of the day and the dawning of a new one. Someone at the helm began singing too, and then another and another until all the crew joined in with the sole feminine voice, which could have been very good with a little training. All of a sudden, she heard a note blatantly out of tune with the rest. It was the harsh sound of vomiting coming from her companions. She got up to help them and raised their heads from the chamber pots, which now

contained not only chocolate liquid and pieces of bread, but coffee beans as well.

“Oh, my goodness, the rosaries!” she thought, alarmed. “They can’t have eaten their rosaries!” On further inspection she saw they were not coffee beans, but raisins. Those selfish girls had been eating raisins and not offered her even one, and now she found herself sitting on the floor holding the chamber pots, leaning against the edge of the bunk so she wouldn’t spill the contents over herself. To make matters worse, Blackbeard suddenly appeared and, without a word, took the offending chamber pots from her and went back up on deck. Caught by surprise Sister Maria Jose sat there with her arms still outstretched, and before she could react, he returned with the chamber pots, now clean, and placed them back in her hands. She mumbled her thanks and stumbled back to her bunk.

The singing continued and a short time later the captain came down and shut himself in his cabin. Wondering who had taken over the helm, the nun peered out of the hatch and saw Blackbeard at the wheel. Keeping it steady with one hand, he extended the other to Sister Maria Jose, helping her up on deck motioning her to sit beside him, singing all the while. She was overawed at the size and strength of Blackbeard’s hands, which had nothing in common with the limp cold ones of other men that always made her uncomfortable when they shook hers in greeting. He suggested that perhaps she would feel more at ease sitting on a coil of rope nearby. Thanking him, she settled herself down upon it and listened to the hymns, the sounds of which seemed to emerge from all parts of the ship. Suddenly a gust of wind caught the cloth covering her head and carried it overboard. She watched in dismay as it flew across the waves like a seagull. Blackbeard realized that he’d never seen a nun with a bare

head before and was at a bit of a loss for a moment, but then he recovered and took off the cloth that he wore, which was nothing more than the back part of a t-shirt and offered it to her. She accepted it gratefully, and getting up from her seat with Blackbeard's help, she made her way back down to the cabin. The sight of her hair left Henley bemused at the sudden transformation of a nun into a woman. His thoughts of her lovely brown mane with its red highlights, blowing in the breeze were interrupted as he was obliged to turn his attention back to steadying the ship against the wind and waves. Meanwhile, below deck, Sister Maria Jose opened her bag, took out another piece of white cloth and, without a second thought, went back to Blackbeard and gave him back his own. Without taking his eyes off her, he kissed it and stuffed it into his pocket. Embarrassed and slightly offended she hastened back to her cabin and stayed there till morning, resisting the annoying temptation to look at Blackbeard. Her companions, weak from their exertions, were sleeping peacefully.

Saturday morning dawned and the nuns were given thick porridge and bread left over from the day before. This was to be their breakfast every day during the trip. Sister Maria Jose would have given an arm and a leg for a cup of coffee, but she wasn't aware that this ship belonged to Adventists, and coffee was not served. Her companions refused to eat any food at all and limited themselves to drinking a tea made from the *promenta* leaf. She enjoyed the bread, which she later discovered was called journey cake, and she kept her companions' rations on her bunk, tearing little pieces off from time to time and giving them to a little mouse which impudently took to sharing her bunk. Once, Sister Susana glimpsed the creature and screamed, "Oh, I'm sure I saw a mouse!" to which Sister Maria Jose snapped, "Nonsense,

you're imagining things. You're so seasick you think you're seeing mice now!"

"It's a good job she didn't see that centipede I'm sure I saw crawling across the floor," she thought to herself with amusement.

Blackbeard, who appeared to be the cabin steward as well as the helmsman, provided the nuns with fresh water in a bowl and in the chamber pots twice a day, and Miss Ercilia gave them instructions as to its use which, Sister Maria Jose at least, obeyed down to the last letter. The crew and Miss Ercilia spent the whole of Saturday singing, greeting the new day and taking leave of it at twilight.

There was much activity on board on Sunday. The ship was cleaned, decks were scrubbed, all the while accompanied by conversations which, at times, the nun understood, but at others she couldn't make out a word. Blackbeard hadn't been seen for some hours, but then she heard his voice, and a shiver ran through her whole body, making her smile.

He came below to talk to Miss Ercilia, and Sister Maria Jose kept her face to the wall, but she heard him ask, "*How are things down here?*"

"One is alive but the other two seem to be half dead," replied the captain's wife.

"Which one?" he inquired, "the one I like?"

"*Mate, be careful what you say,*" she scolded him. "Don't forget you'll soon be a married man."

"Well, maybe hell will freeze over first."

"Impudent creature," thought Sister Maria Jose to herself, although she couldn't help but smile. *Mate*. So that's what they called Blackbeard. The *Mate* on the ship she'd traveled to Europe on was second-in-command. Well, maybe he was too, but then what on earth was he doing cleaning out chamber pots?

That day, just like the day before, they ate beans. The other sisters continued their diet of *promenta* tea, refusing all food, probably to avoid the quandary the sister now found herself in... where was the bathroom? She decided to consult Miss Ercilia, whom she'd seen not long before mounting the stairs with a roll of toilet paper in her hand. She approached the captain's cabin and timidly knocked on the door, which was ajar. The woman got up and Sister Maria Jose asked the whereabouts of the toilet, pointing to the toilet roll she saw on a chest. With a kindly look, Miss Ercilia took the toilet paper in one hand and with the other led Maria Jose up on deck. After weaving their way around various bundles and boxes she opened a door of a structure resembling a large box stuck on to the ship's rail. The sister stood there staring in horror at a platform with a hole in the middle which served as the toilet seat. It was hardly two meters above the roiling sea! She was so humiliated she felt like jumping through it into the water, but she bravely entered, closing the door behind her. When she emerged, Miss Ercilia was waiting for her and motioned her to stretch her arms out over the rail, giving her a bar of soap. Then she poured water from a gourd over them. Whilst washing her hands, Sister Maria Jose decided that absolutely nothing in the world could be as humiliating as this. However, she thanked her and went back down to the cabin, leaving Miss Ercilia in conversation with her husband.

When the moon came out that night, shining its light down into the cabin, the crew began their customary serenade. On this occasion they sang songs from North America, which Sister Maria Jose knew well, and she decided to go up on deck. This time they were accompanied by a guitar, and she was surprised to find that it was Blackbeard who was playing. Black Tom, the cook, of some fifty years of age,

whose face was like that of a kindly grandfather, accompanied him on a harmonica, and she listened to them until midnight, when Miss Ercilia went below to sleep.

It hadn't escaped the sister that Blackbeard was dedicating some of the songs to her. One of them was "Don't Blame Me". Miss Ercilia had noticed it too, and between songs she warned him, "*Mate, don't hang your hat higher than you can reach.*"

He ignored the remark completely and began singing "I'm Confessin' (That I Love You)," his fingers gently caressing the strings of the guitar as he committed to memory every detail of Sister Maria Jose's perfectly oval face, her lively amber eyes, and her sensuous lips, which she licked from time to time to taste the salt spray. She had taken off her heavy shoes now and was barefoot.

Later, she lay on her bunk weeping, not knowing if her tears were because of an impossible dream, or a glimmer of hope. Without realizing the need deep down inside her she had come face to face with a way of life and a way of thinking that she now wouldn't change for anything in the world. A life she hadn't known existed, and which was forbidden to her, but she knew at once that she wouldn't allow anything or anyone, habit, rosary, vows, or family, to interfere. When she boarded the schooner, she never imagined that this big raft which, in the beginning, seemed to be life-threatening, would be the instrument to uncover an unknown facet of her life, as she later would find out.

The following night she made her bed on the cabin roof, close to the hatch so that she could keep an eye on her companions, and prepared to sleep, lulled by the cool breeze, the smell of the sea and the creaking of the sails. Blackbeard sat down beside her, guitar in hand, and the nightly concert began. The rest of the crew, some leaning against the rail, some

in the kitchen above the cabin, some in other places, sang in unison. After a while Henley looked at her and begged, “Sister Maria Jose, sing something for us.”

With a smile she took the guitar and, gently passing her fingers across the strings, adjusted the tone, and to everyone’s astonishment, began singing “When Irish Eyes Are Smiling.” After years of studying singing and guitar, she never for a moment imagined that she would make her debut on the deck of a schooner in the middle of the ocean! Henley was speechless; her voice and the way she handled the guitar had him spellbound. The applause was long and enthusiastic, even the creaking sails seemed to join in the ovation. Henley just stared at her. He didn’t applaud. He was crushed. Finally, he managed to stutter, “*Do you speak English?*”

“Yes,” was all she answered.

She gave him back the guitar and at once he began singing “Let Me Call You Sweetheart.” By now everyone on board realized that this was a declaration of love. Fortunately, the darkness hid the emotions on Sister Maria Jose’s face, and she remained on the roof of the cabin with Blackbeard, or Henley, as she’d heard him called, by her side, singing to her. He sang “Blue Skies,” “I’m Confessin’ (That I Love You),” “They Say It’s Wonderful,” and many more. She accompanied him on the guitar as he sang “I Love You,” “I Can’t Begin to Tell You” and “Don’t Blame Me.”

Black Tom was in the kitchen making coffee and didn’t hear her come in until she asked, “Mr. Tom, please, can I have some?” To show her gratitude she sang “Sometimes I feel like a motherless child” in the traditional accent of the Negroes from the deep south of the United States. Finally, tiredness overcame her and, rocked by the movements of the ship, she fell asleep right where she was. The bell rang to change

watch and Henley rose and took the helm, but he seldom let his eyes stray from the nun sleeping peacefully in the moonlight, caressed by the breeze and the salt spray. Somehow, he felt responsible for her.

Early on Tuesday morning the crew caught a red snapper, and the menu for that day was fried fish with coconut rice and fried plantain. Henley still carried out the duties of cabin steward, cleaning out the chamber pots and bringing the nuns their food. Sister Maria Jose didn't know that he had begged his uncle, Captain Tim, to allow him to do this. He'd even bribed the sailor who normally did these chores with five pesos.

Henley had first seen the nuns preparing to embark as he was walking towards the ship on that afternoon in Cartagena. Someone stopped him on the way, but he never took his eyes off them. He couldn't believe that they had the courage to sail on the schooner. The tallest of the three was the one who attracted him most when she turned and, with a sweet smile, bid farewell to the children who had accompanied them to the ship. He decided at once he would find some way to get to know her, even though it was an impossible challenge. He liked this woman. He admired the way she held herself and the smile she had given the children, which was the only recompense for carrying their bags. As they passed him, greeting him with "Hello Capi," he called them over and, without the nuns seeing him, gave each of them ten cents.

On this Tuesday night there was no serenade. Everyone had their eyes fixed on the horizon, making bets as to who would be the first to glimpse the light of the church.

"*Land aboy,*" shouted someone, but no-one really believed it because sometimes the stars played tricks on the eyesight, and often the lights came from other boats, or fishermen.

When land was finally sighted Sister Maria Jose went down immediately to the cabin to tell her companions that they would soon be arriving. They both managed to sit up and she succeeded to get them to walk to the stairs so they could see the lights in the distance, but the effort proved too much for them and they staggered back to their bunks. She sat down on the stairs watching Henley as he kept an eye on the compass, surveyed the waves, adjusted the wheel, checked the sails... and checked her too. She tried to look away but he attracted her like a magnet and she wasn't able to move an inch, much less return to her bunk.

The watch changed at midnight and Henley went over to the steps where she was still sitting and stretched out his hand to help her up on to the cabin roof. There, for the first time, they had a conversation.

“This will be your last night on board. We can see the light of the church in San Andres, and with a good wind we'll probably arrive at dawn.”

The Baptist Church on The Hill always lit a kerosene lamp at night so that sailors could calculate the entrance to the bay and not run onto the reef that enclosed it. A few decades ago, the lamp had gone out on various occasions, either accidentally or on purpose, often, strangely enough, when unknown vessels approached. The unfortunate ship usually ended up on the reef which, more often than not, resulted in an unexpected bonanza for the population.

She, like him, wouldn't have cared if this ship sailed to the end of the world. She asked him why his English was different from that spoken by the captain, from that of Miss Ercilia, and the rest of the crew, and he explained that the captain and Miss Ercilia had been educated in Providence where the English taught was that of the Puritans who had first come to the island.

Black Tom, the cook, on the other hand, spoke the dialect that the black population had invented for themselves. The other four sailors and Otto spoke a mixture of the two. He himself had been educated in the Canal Zone of Panama, and then had spent four years in the United States.

Now it was his turn to pose the question that had been on his mind since he first saw her.

“When did you enter the Convent, and where did you learn English?” he wanted to know. As he listened, he found that she had lived in Vermont during the same time he was in Maryland. He asked her about her trip to San Andres, and then, after a pause, he plucked up the courage to ask, “Do you still have the vocation to be a nun?” to which she replied, “There’s no saint without temptation.”

They continued talking about the islands, about what nationality he felt himself to be, and what he thought about Colombia. He admitted he didn’t know much about the country and explained that the people from Providence usually went to Panama or the United States to work, to study, or for health needs. The Islanders admired the power of the States although they were well aware that there was a great difference between what they thought of that country and what that country thought of them and the Caribbean people in general. Not all of them were admired or respected. During the conversation neither of them talked about their past or their personal lives, and much less about the attraction they felt for each other. The bell sounded for changing the watch and Sister Maria Jose started to get up, but Henley took her hands and said to her, “*Please stay,*” but the sister declined and went down below.

In the captain’s cabin, Miss Ercilia commented rather worriedly to her husband, “Tim, do you realize that Henley has fallen in love with that nun?”

“Do you think I’m blind?” he retorted. “And not only him, but the whole crew, well, except for Black Tom. He’s the only one that looks at her in a fatherly way. And me too, of course,” he hastened to add.

“But Henley’s going to be married after this trip,” she insisted.

“Well, we’ll see,” he said. “In the three years I’ve sailed with him, and of all the women he’s met during that time, I’ve never seen him so taken,” he frowned. “It’s impossible, but he’s swallowed the hook and now it’s stuck in his throat. The worst part is that it seems that she feels the same about him!”

“Have you noticed she speaks English just like he does, Tim?”

By dawn the island was visible, lying on the ocean like an elongated dark cloud, and as the vessel approached, it began to take form and colour. After passing the East-Southeast Cay and then navigating the treacherous coral reef which protected the island, they dropped anchor at North End Bay at seven in the morning. The sails were furled and the Colombian flag was hoisted up the mizzen mast. Sister Maria Jose was moved by the sight of it gently blowing in the breeze. All the crew, except for the captain, jumped overboard into the sea to refresh themselves after the voyage and, once again on deck, they washed themselves off with buckets of water and let their skin dry in the wind. The only one to put on a t-shirt was Henley.

The two sisters staggered around below trying to gather up their things and, with Miss Ercilia’s help, managed to get up on deck. Sister Maria Jose slowly packed up her belongings and stared at her habit, the wimple, the cincture, the missal, her rosary, and she suddenly had the urge to hurl them into the depths of the ocean, but then in a flash the desire

was gone and she knew she must resign herself to her destiny and tread the path which had been traced out for her. Who was this man she had fallen in love with anyway? She knew almost nothing about him at all, and she blamed her feelings on the unfamiliar and rather romantic surroundings. However, deep in her heart she knew she'd fallen madly in love with Blackbeard, or Henley, or whatever his name was; the captain's *Mate*, the cabin boy, whatever, who left her breathless every time he looked at her with those intense grey eyes which, at times were tender and loving, and at others boldly challenging.

The ship became a hive of activity and everyone concentrated on the job in hand. Henley was busy giving orders, whilst the captain was getting his papers together, and it was another member of the crew who brought breakfast for the nuns, although the only one who accepted it was Sister Maria Jose. The first to arrive were the port captain and the health inspectors. Greetings were exchanged, the passenger and crew list were inspected, and the mail was handed over. Another canoe with a priest and a young man drew alongside. They boarded the schooner, bid good morning to the captain and welcomed the two nuns, who seemed to be on the verge of fainting. Sister Maria Jose, on hearing the voice with a Spanish accent, went up on deck and introduced herself. The priest looked at her and announced, "Good heavens my child, you look very well indeed, not at all like your companions."

"Thank the Lord," was her reply.

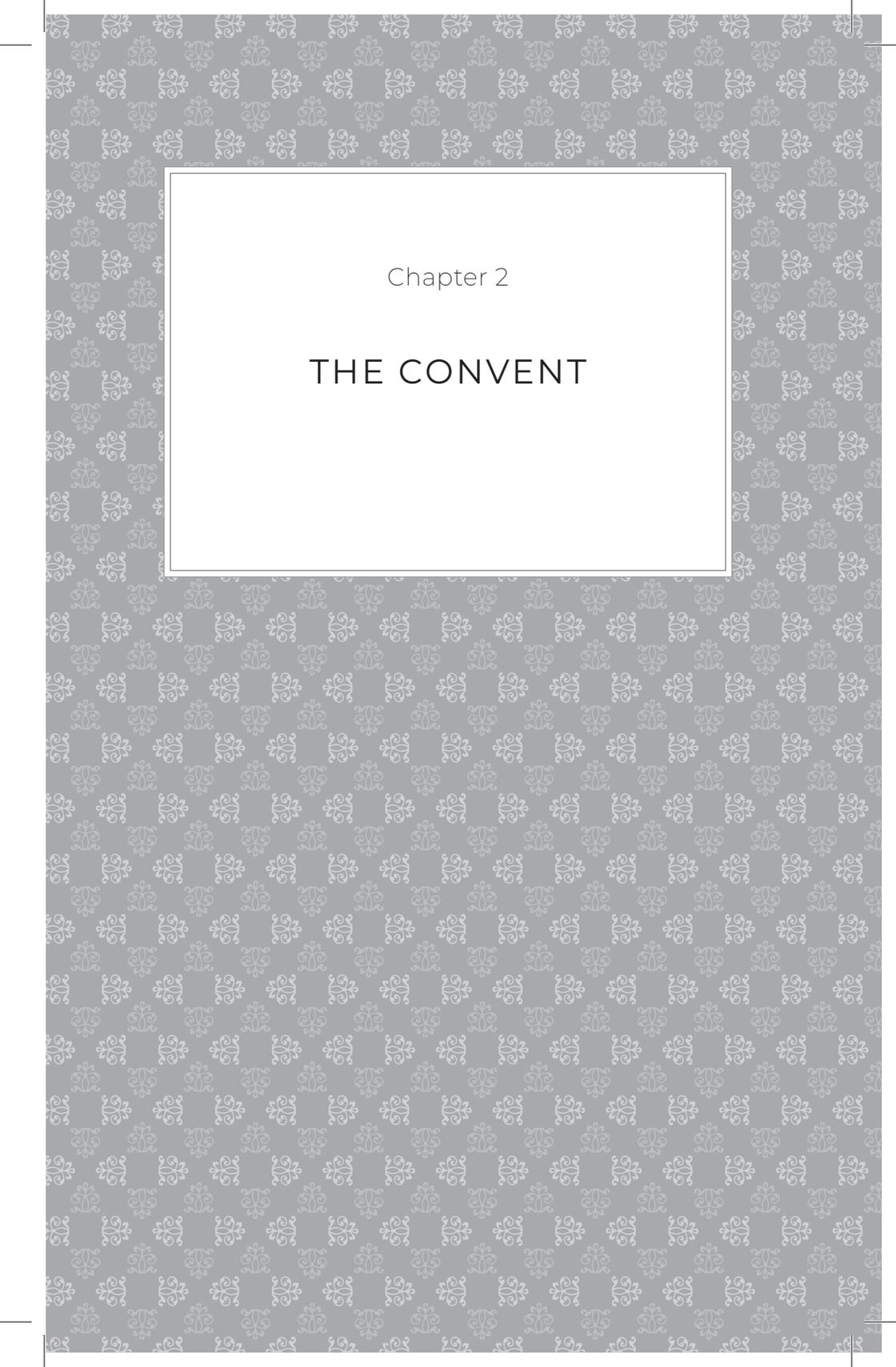
Sisters Susana Ines and Aura Maria gingerly went down the "Jacob's Ladder"—four planks tied together with rope, which was attached to the beam of the schooner when it wasn't possible to use the gangplank. The priest followed them whilst Sister Maria Jose bid farewell to the captain and Miss Ercilia.

She was making her way towards the ladder when she noticed that all the crew was looking at her. She clasped her hands in a fist and, raising them, she cried, “*Goodbye!*” And they answered her in the same manner.

Henley was waiting by the ladder to help her down into the canoe, and then the young man who had come with the priest gave a thrust against the side of the ship with an oar and began to row, along with Father Joseph. Sister Maria Jose turned to look at the name painted on the stern *Endurance*. San Andres & Providence, Colombia. The words of Abraham Lincoln came to her and she repeated them aloud. “Now we are engaged in a great civil war, testing whether that nation or any nation so concerned and so dedicated can long endure.” Rather puzzled on hearing this, Father Joseph turned to look at her and thought to himself that the voyage had definitely affected her. She looked up at the deck and saw Henley still standing in the same place, watching them as they rowed away, and she couldn’t stop the tears from falling. Fortunately for her they were mixed with the seawater which splashed over all of them as a result of Father Joseph’s lack of experience with the oars. She recalled something once said by an old lady at her riding school in Vermont, “If the sentiment of true love is unrequited, years may pass and, like everything that spins around the world, it seeks to find itself again, either for utmost joy, or sorrow.”

“I wonder if that’s true,” she mused. “Oh well, we’ll just have to leave it to fate.”





Chapter 2

# THE CONVENT



Despite her confusion—the reason for which she was well aware—Sister Maria Jose thankfully noted that her two companions had recovered. Either that or they were pretending they had. She turned her gaze back to the sea which was so clear that the vegetation beneath was perfectly visible, and she watched the fish as they fled from the monster that was chasing them—their canoe. Others, not so afraid, followed in their wake. She took the small bread-rolls from her pocket and fed pieces to them.

Finally, they reached wharf belonging to the Convent and the two nuns disembarked, this time without any help, and were welcomed by four others who were waiting for them. Sister Maria Jose waited until their bags had been unloaded before going ashore, and was surprised to hear the Mother Superior exclaim, “I can see by the look on your face that the trip didn’t agree with you.” She smiled but made no comment, and as Mother Superior proceeded to introduce her to the other three, she noted from their accents that all of them came from the region of Antioquia.

They were taken immediately to the chapel to give thanks to the Lord, and from there they went to their cells. The whole building was made from wood, erected in the form of a T, and her two companions were installed in the northern side of the head of it, while she was put alone on the southern side. Some distance from the main structure, at the foot of

the T. Built out over the sea, was a concrete outhouse where the toilets, the wash-house and the kitchen were. There was no shower, just a tub of water and a gourd and, after a good bath, she felt much better. The bell pealed a few times and, as it was only ten o'clock, Sister Maria Jose assumed that they were being summoned to the mid-morning break.

It was important to pay attention when the bell pealed, because the number of peals had different meanings. In the Convent no-one was summoned out loud and no-one was sent to fetch anyone; it was all done by the bell. One peal corresponded to Mother Superior, Alicia Regina; two were for Sister Ana Ines; three for Sister Gloria Maria; four for Sister Clementina Maria; five for Sister Susana Ines; six for Sister Aura Maria and, finally, seven for her.

She still felt dizzy from the movement of the ship, but she went out onto the veranda and made her way downstairs to join the others. When all were present, thanks were given for the refreshments—home-made jelly and watered-down condensed milk from the United States—and her two companions proceeded to give the others a detailed account of the agonizing voyage on the schooner. It was then she learned that the other nuns had arrived on a warship. “My goodness! What a luxury!” she thought to herself, but she wouldn't have exchanged the discomfort, the lack of privacy, the smell, or the food of the *Endurance* for any other ship in the world.

Everyone took a nap after lunch, and the new arrivals were allowed to take the afternoon to unpack and organize their belongings. Each of them was given a prayer-desk in the church for devotions, and Sister Maria Jose placed in hers, along with her missal, a little piece of wood she'd picked up on the schooner.

There was confession and communion at the six o'clock mass next morning. When it was her turn, she looked up

at the priest and said, “I’m a bit confused although I don’t think what I’m feeling is sinful, but I won’t confess until I’m sure what it is.” The priest decided anyhow that as penance she should say an extra rosary every day, apart from those programmed for the community, until she sorted herself out. She took communion and, after mass, she was told that her duty in the convent was to be in charge of seeing that there was enough food for the nuns and the three orphans who lived there and, of course, for the cook and the washerwoman. She was shown a small room at the head of the T which was used as a pantry. It had a door and a window and, as it was directly under the stairs to the first floor, it was difficult for her to move around, especially as she was so tall. However, the smell of onions and rotten potatoes made her smile with nostalgia—it was also dark, uncomfortable, and hot. She looked around and thought, “Cinderella must have felt just like this.”

There she stood, wondering how she could get hold of some white paint to give the place more light, when a little girl appeared. She had coal-black skin, tightly plaited hair, and lively eyes shone from a face with delicate features. She looked about twelve years old.

“I’m your helper, Sister Maria Jose,” she said by way of greeting.

“Well,” she answered, “and what is your name?”

“Tina.”

“Tina,” she repeated. “Alright little helper, our first job is to make an inventory. Let’s find a pencil and a notebook.”

“Mother Superior has lots of them. The government in Bogota sends her supplies for the schools, but she doesn’t give them out.”

Sister Maria Jose grinned at her and went off to ask for the notebook and pencil which Mother Superior gave to her at once. Back in the pantry she set about listing all the canned goods, while Tina looked at her in astonishment.

“How do you know what all of them are? The other nuns didn’t know what they were when they arrived.”

“I lived in the United States,” she explained, “and I know them all well.”

“So, you speak English then.”

“Yes,” she replied.

On hearing this, Tina’s expression grew serious, and she said, “You can’t speak it here, it’s not allowed.”

“Why on earth not?”

“Because the sisters don’t understand it,” was Tina’s explanation.

The list grew longer; soup, corn, milk, beans, sardines, salted meat, vegetable soup, bottles of tomato ketchup, a sack of flour, another of corn, potatoes, a bunch of plantain, another of bananas, salt, sugar... When they were done, Sister Maria Jose said, “Coffee. I don’t see any. I’m dying for a cup.”

“Let’s go to the kitchen. Gilma, the cook always has coffee,” suggested Tina.

Sister Maria Jose agreed. It was a good opportunity to meet Gilma and find out how the food was delivered.

Gilma was pleased to see Sister Maria Jose. As soon as she heard that the others had banished her to the southern part of the Convent, next to the storeroom for school things and items for the church, she decided she would befriend her. So did Tina and Miss Ines, who washed the clothes for the nuns and the priests. Her warm welcome cheered Sister Maria Jose. Gilma, unlike Tina, was white and had red hair, like Miss Ercilia, and when the sister asked where she was

from, she replied, “Providence. Captain Tim’s wife is my cousin. Tim is one of the owners of the *Endurance*, the boat you came on.”

“Oh,” said Sister Maria Jose, with sudden interest. “So, you know everyone who works on the schooner?”

“Oh, yes. They’re all family. The *Mate* is the captain’s nephew. The captain is half-brother to the *Mate*’s father.”

“Tell me, Gilma, what’s the *Mate*’s name?”

“Well, everyone calls him ‘*Mate*’ but his name is Henley Alva Brittany,” Gilma informed her, “he’s an Adventist, like all the rest, except for Black Tom, but he’s not family.”

“Are you Adventist?” Sister Maria Jose wanted to know.

“No,” answered Gilma. “That’s why I work here.”

Having gleaned that information, Sister Maria Jose decided she should find out more about her work, and leave thoughts of Henley for later. She would have to go out and buy coffee, salted meat (which had probably arrived on the *Endurance*), as well as salted fish, pigtail and pig feet. These were brought in from Panama on the *Persistence*. Tina told her that the shopping was done by two of the nuns, but Gilma had complained that they had no idea and never bought good things, so Mother Superior had decided that Gilma, the nun in charge of the pantry and she, Tina, should shop in the future.

“When are we going?” cried the child jumping up and down in excitement. She was as thrilled as Sister Maria Jose to be able to get out for a while.

“I’ll ask permission for tomorrow Tina. Anyhow it will have to be when Gilma has time.”

“Two o’clock will be fine,” said Gilma at once.

With that, Sister Maria Jose went to inform Mother Superior of the plans for the following afternoon. She was quite agreeable to this and gave the sister twenty pesos for the purchases.

Sister Maria Jose knew that the *Endurance* would be sailing for Providence the next afternoon and she hoped for a glimpse of it in the harbour. She made sure that they left the Convent promptly at 2 o'clock, and as they made their way down the 20<sup>th</sup> July Avenue, she was surprised at the difference between the island architecture and that of the rest of the country. Each house was separate from the next; the backyards resembled live pantries with fruit trees and vegetables growing in them; and freshly laundered clothes blowing in the breeze on washing lines enlightened her as to local fashion, even down to the underwear. The street itself—the only one—amazed her with its cleanliness and lack of traffic. There were no cars; just three horses carrying loads of coconuts; two dogs, and three or four people who greeted them in English, “All right,” without even knowing her. They arrived at what Gilma and Tina called North End and they went into a store with the name Bogota which sold a variety of goods, nearly all different from the stores in the villages on the mainland. There they bought salted meat, coffee, and selected choice pieces of pigtail and pig feet from buckets of brine. In another store, The Stanco they purchased salted fish. Her two companions informed her that The Stanco didn't sell either pigtail or pig feet because they were Adventists, and the Adventists neither ate nor sold pork. The shop assistant called out the purchases to the cashier and Sister Maria Jose paid, ready to go back to the Convent. They had to wait for Gilma who was asking about something in the Bogota, so she stood patiently outside the shop looking around her with curiosity, thinking, “This can't be Colombia. There's absolutely nothing in common here with any village or town on the coast, or even inland.”

If it hadn't been for the presence of the Colombian flag hoisted outside the building opposite, which, according to her friends, was the Intendancy, she would never have believed she

was on Colombian soil. All of a sudden, she heard someone shout, “Henley!” Gilma had recognized his back from inside the shop as he passed on his way to the dock, and ran out to greet him. He turned around and, to his amazement, caught sight of Sister Maria Jose standing outside the shop with Tina who, mouth agape, was closely inspecting the goods in the window. He couldn’t resist crossing the street and, leaving Gilma open-mouthed, went up to Sister Maria Jose and said in English, “How are you? I’ve been thinking about you.”

“Me too,” she said breathlessly.

Just then Gilma caught up with them and so did Tina, who reminded her that they still needed to buy starch and candles for the wimples.

“Safe trip to Providence,” was all Sister Maria Jose could manage.

“Thanks.” He watched them as they went off up the road.

The schooner was to sail at five o’clock. It was four-thirty already and Henley couldn’t find any reason for remaining on land any longer. He would just have to make do with the “Me too,” uttered by Sister Maria Jose. Well, at least it was the first time she’d admitted out loud that she was thinking of him. On hearing that “Me too” he felt he could lift up the *Endurance* with just one hand. When he reached the Intendancy dock, he jumped into the small boat waiting there and was taken out to the schooner.

Sister Maria Jose, Gilma, and Tina walked up the dusty street to the Convent, carrying their bags of provisions. As they passed the only concrete structure visible, Tina commented, “That’s the market.”

“The market?” she asked, stopping to look at it.

The place was completely empty and the only thing she saw inside was a large table separated from the public by steel bars.

“Yes, it’s the market,” insisted Gilma. “They kill cows here and sell them.”

As they stood there a canoe appeared, and Gilma called out to the occupants, “*When you guain kill?*”

Maria Jose was mystified. The only word she understood was “kill,” but Gilma and Tina assured her that Peter killed turtles and that tomorrow he would be doing just that. They explained that the pens there in the sea, made from sticks, were where the turtles were kept to prevent them from escaping. Tina said that the best part of the turtles was the unlaidd eggs. The others were good too, she said, but the yellow ones—at this she touched her fingers to her lips—they were the best. Sister Maria Jose asked if the nuns ate turtle.

“Oh yes!” Gilma exclaimed, “Mother Superior loves the yellow eggs!”

Having said that, she ordered five pounds of turtle, with lots of yellow eggs, for the following day. They started walking up the road again and when they reached “Chee shop” they stopped to buy the candles and the starch.

Back at the Convent Sister Maria Jose put away the supplies and went to her cell where she threw herself on the bed and wept. After a while she got up and went to ask permission to bathe and wash some clothes. She was busy in the wash-house when she saw a schooner sailing out of the bay. It had to be the *Endurance*. Sure enough, it was, and there was Henley at the wheel in his white shorts and his hair caught back with the green cloth. She couldn’t help but weep at the sight of him and her tears fell into the soapy water in front of her.

The *Endurance* reached Providence on Friday morning, and unloading began immediately. They would rest Saturday and Sunday, and on Monday afternoon they would sail again to San Andres. On this afternoon, at around four-thirty, Henley

gathered up the last of his belongings and, after stowing them in his father's boat, which had been making trips all day with his things, he went up to Captain Tim saying, "OK Uncle, that's it for a trip."

"I hope to see you before," his uncle replied looking closely at him.

He knew quite well what was going on and had commented once again to Ercilia that Henley was in love with the nun and that the marriage his parents had arranged wasn't going to work out, to which she had commented, "I hope so. I'm sick of seeing all these cousins getting married."

When Henley arrived at his home in St. Catalina his only greeting to his mother was "What's new?" To which she replied that the black bull had broken the fence twice to get to the neighbour's cow.

"It's unbelievable," she complained, "with all those he's got in the pen, and he still has to go looking elsewhere. Just the same as certain men!"

Henley only grinned, thinking to himself that what they said about mothers being telepathic was true.

As was his custom he took a bath, dressed in his usual clothes, put on his cowboy hat, then looked through the shorts he'd just taken off till he found the crucifix that Sister Maria Jose had left hanging on the cabin wall, and put it in his pocket. One of his nephews lived in the house with them and at times he helped Henley's father. It was he who had spent the day bringing Henley's cargo home. He was still down at the wharf in front of the house when Henley came walking towards him and, with a nod, got into the boat and rowed in the direction of Town.

Miss Rosalia watched him from her kitchen window, which had a shelf built onto the outside of the sill where meat and

fish were cut up and the dishes washed. She couldn't believe her eyes. He'd just arrived and instead of going to visit his future wife, he was off to Town. She wondered what he was up to. He was a man of few words, that was true, but he had behaved strangely the day before he'd left on the last trip when, after finding Izabela alone in the house and having heard what she had to say, they'd told him he must face up to his responsibilities and get married. As she watched him her husband came in and asked her why Henley had gone to Town.

"I haven't the faintest idea," she answered. "I was wondering the same thing myself."

Henley tied up his boat at the dock in Town and sauntered along the street greeting everyone he passed. When he reached the steps of the Catholic Church he stopped. He'd never been in there before, so he decided to go and have a look. He stood near the entrance where a few more men were, and listened to the service until it ended, then he went next door to visit Miss Janie and chat with her two daughters, Rose and Sylvia, who were embroidering their sister's wedding dress. They asked him at once about his own upcoming wedding.

"Those are Izabela and my parents' plans," was his only comment.

Rose's fiancé told him that the judge was leaving on the *Endurance* on Monday and wouldn't be back for six months, so maybe he'd have to postpone his wedding. The prospect of this didn't seem to disturb Henley at all, on the contrary, he seemed quite indifferent, but deep down in his heart he was secretly pleased. He could swear before God that everything Izabela had said was a lie and a trap, but he was ashamed to tell his parents that on that particular occasion he had come home drunk. That would have mortified them much more than having taken advantage of their absence

from home to go to bed with Izabela. He had tried to explain that they had been at a cousin's wedding in Lazy Hill and had got back to St. Catalina at two in the morning. He had been so tired he hadn't even accompanied Izabela home; he'd said goodnight to her outside his house and then gone straight to his room. She only lived three doors down anyway. The next day, when his parents arrived from San Andres on the *Dix*, they'd found Izabela asleep in one of the bedrooms, quite unknown to Henley, who was sound asleep in his own. He had stayed behind instead of going on that trip, which he now regretted, and the only thing he could think of at the time was to promise to marry Izabela and wait for the *Endurance* to return. He would leave the island and not come back.

After that first visit to the Catholic Church he returned to St. Catalina and, there on the wharf Izabela stood waiting.

She said at once, "You know the judge is leaving on Monday and he won't be back for six months."

Looking at her levelly he answered, "I don't care."

In a somewhat sarcastic tone, she reminded him, "You know I'm pregnant, right?"

"Maybe in your imagination."

Furious, she turned on her heel and he went into his house.

Henley had felt a sudden urge to do what Sister Maria Jose was probably doing at that very moment, so he had gone to sit in the church for a while. He had felt so close to her in that instant and he didn't care a fig about the judge leaving. So would he. Why should he stay if the wedding was to be postponed? Greatly relieved, he made his way home and, greeting his father with a simple "*Hi pa*," he went to his room.

Saturday of course wasn't a working day, so later he crossed over to Town and went to tell his uncle, Captain Timothy,

that a replacement wouldn't be needed, as he himself would be going on Monday.

That Monday was Corpus Christi and in the Convent in San Andres the nuns were preparing for the celebration. All kinds of decorations had been taken from the storeroom next to Maria Jose's cell; paper flowers, large urns, silks to decorate the alters, and angels' wings for the children who would take part in the ceremony. This would be held on Sunday, but the nuns were already in a festive mood. Sister Maria Jose went to fetch some water from the concrete cistern built between the church and the Convent. It was about four meters square and was used to collect rainwater from the roofs. There she found Tina sobbing as if her heart would break.

"Tina, what on earth is the matter?" she cried.

"Nothing," was the muffled reply.

"Then why are you crying? Who scolded you? What have you done, my little helper?"

Tina continued sobbing and Sister Maria Jose supposed that something really awful must have happened to her. She pulled the child to her feet and led her to the ironing room.

"Tina, tell me at once what's happened otherwise, I'll call Mother Superior."

"It's nothing," insisted the child, still crying. "It's something that's been happening for five years, since 1932."

Sister Maria Jose was really concerned now. "But what is it that happens every year that makes you cry so much? Are you thinking about your mother?"

"No, no," she wept. "It's not that."

"So?" Sister Maria Jose insisted.

"Sister Maria Jose, I've never been chosen to be one of the angels, and now I'm too big. They always chose white girls."

“Tina, in life we all do what we can for Jesus. They probably choose those children because they don’t know how to do anything else. The ones that carry the baskets of rose petals have their job, and you, with that angelic voice, you sing. Tell me, which one of those children could take your place? Now stop being silly and let’s iron these pieces of cloth because the sisters need them.”

With that they set to work putting coal in the furnace and then set six irons on each base.

Sister Maria Jose was at six o’clock mass when she heard the sharp sound of a horn in the distance. She didn’t find out what it was until the end of the service, when Tina happily informed her, “*Sail ahoy!* A boat is coming in and Gilma says it’s the *Endurance* from Providence.”

Sister Maria Jose put a hand to her breast and felt her heart beating wildly beneath it. It seemed as if it would fly out of her body at any moment.

The schooner had cattle on board and they had to be discharged immediately. They were lowered down into the water on ropes and then they swam ashore. Father David also disembarked and made his way first to the Intendancy and then to the Mission, where he greeted the other priests and changed his clothes. From there he went straight to the Convent. One of the sisters announced his arrival to Mother Superior with a solitary peal of the bell. She came at once, surprised to see the visitor, and led him to the sitting-room which was just below the store-room next to Sister Maria Jose’s cell. She was in there at the time, but she had no idea why a visitor had come to see Mother Superior.

Father David inquired if a nun called Maria Jose from Manizales had arrived, to which Mother Superior, arching

her brows, replied, “Indeed she has. She arrived a week ago with Sisters Susana Ines and Aura Maria.”

“And where is she now?” the father wanted to know, and was told, “She’s in charge of the pantry and the food, so she’s probably there right now. Why do you ask, Father David?”

“You may remember, Mother Alicia Regina, that you wrote to our Community about the problem of not understanding the Islanders because none of the four of you in the Convent speak English. The Community replies by sending you a nun with a diploma in history, versed in Spanish, English, German and French, not to mention the fact that she maintains both Convents with her legacy, and you, Mother Superior, you put her in the kitchen?” he asked incredulously. “There’s a warship arriving here in these days on its way to Providence—on which, by the way, the nuns should have been traveling, instead of on that schooner. I’m going to take Sister Maria Jose with me on that ship. Here is the order. It states specifically that we may decide where she will be of most use on the islands.”

Heavy rain delayed the transport of the coconuts down from The Hill and the *Endurance* was obliged to remain in San Andres longer than was usual. Henley had passed the Convent on various occasions hoping, in vain, for a glimpse of Sister Maria Jose. He didn’t dare to ask Gilma about her, and was desperate. If he hadn’t still kept up the discipline he had learned as a naval cadet, he would have done something completely unacceptable.

There was a crowd in the church for Corpus Christi, and in the midst of it Sister Maria Jose caught sight of a good-looking man with a red moustache and a sunburned face, impeccably attired in brown pants, white shirt and a very nice tie. Her hand trembled badly as she went around with the silver collection plate, so much so, that she feared she might drop it. It was awfully heavy.

That was the only time they saw each other. The *Endurance* was loaded up with coconuts and sailed for Cartagena. From there she would return via Colon in Panama.

Sister Maria Jose had no idea of the plans that resulted from Father David's visit with Mother Superior, and life went on as usual for the next month. The warship never did arrive, so Father David plucked up the courage to sail in a boat much smaller than the *Endurance*, but not before warning Mother Superior that if the warship didn't come, Sister Maria Jose was to travel to Providence on the *Endurance*.

The day before the *Endurance* was due to arrive, Mother Superior went to the corner of the veranda where the bell-rope hung and pulled it seven times. At that moment Sister Maria Jose was busy washing her underclothes and was surprised at the summons. She immediately left what she was doing and went to find out why she was needed. Without any preamble Mother Superior announced, "Sister Maria Jose, the Mother Superior of the Community and Father David have ordered you to go to Providence on the same ship you came on. It's about to arrive, so gather your things together and turn over the pantry to Sister Aura Maria today."

Without a word Sister Maria Jose went to her cell and threw herself on the bed, weeping. Whether from joy, fear, hope, or what, she had no idea. The one thing that eased her mind was that, at least it wasn't her who had encouraged this turn of events.

The *Endurance* arrived next day and began discharging the cargo. Henley had to remain on board that night, as it was his turn for the watch. The following day it poured down and he didn't even try to go ashore. They were cleaning the ship and putting everything in order for the return journey to Providence when Captain Tim arrived. He went directly to Henley. "*This is what I would call putting butter in the cat's mouth.*"

Henley was puzzled by this and asked his uncle what he meant by it. In answer Captain Tim pointed to a canoe which was heading towards them. "Your nun is on that boat. She's being sent to Providence."

Henley stared at the approaching craft, speechless, and then he spotted her and leaned weakly against the cabin roof. He wanted to shout out, to jump overboard and swim to the canoe, but the only thing he could do was wait.

The only other person in the canoe was the oarsman. There were no companions, no farewells; and while the other nuns considered the transfer a rebuff for their friend, she felt it to be the opposite. She had never been so happy in her life! She was so full of joy she could hardly contain herself. Henley stepped into the canoe to receive her and, although it wasn't necessary, helped her up the steps on the side of the schooner, whilst Captain Tim looked on shaking his head in bewilderment. On reaching the deck the crew greeted her by clasping their hands together in a fist. She did the same and went over to greet Captain Tim, who raised his hat and said, "*Sister, whom is your patron saint?*"

"*Judas, the apostle of impossible causes,*" she replied with a slight smile.

Captain Tim offered her his cabin, saying that she would be more comfortable there, but she declined, telling him that, as the voyage was only five hours, she would stay above with them.

"*Sister, I give the orders on this boat,*" was the stern rejoinder.

Rebuked and blushing she went below to the cabin and found her bag already there. She put on her white shift and covered her head. More passengers arrived; the authorities gave the captain the go-ahead and, with the wind in her favour the *Endurance* sailed out of the bay. Sister Maria Jose went over to

the cabin door in search of the crucifix she'd left hanging on the wall, but it was gone, and she went back inside. There were two bunks in the cabin with six drawers under each of them and she sat down on one of them. She was still sitting there when Henley came down to put away some papers for his uncle. As usual he didn't knock or call out before entering, but strode right in. She stood up and he threw down the papers on the bunk and gathered her in his arms, kissing her passionately, desperately; but she didn't mind at all. She'd dreamed about this, she'd wanted this so much and, again, her conscience was eased by knowing that she had done nothing to cause them to meet in this manner. His uncle's cry to veer to port brought Henley back to reality, making him painfully aware of where he was and what he was doing. He hastily shoved the papers in one of the drawers, drew the little crucifix from his pocket and handed it to her. Not a word, nor an apology, just a silent promise that this would happen again.

The wind was light as the schooner sailed out of the bay but outside the reef it suddenly picked up. The sea grew very rough and it started to rain heavily. The eight passengers in the other cabin became seasick and cried out for help. Someone came to their aid, emptying chamber pots and giving them alcohol to rub on their faces. It occurred to Sister Maria Jose that perhaps she should help, but she was afraid of being shunned; she was a nun as well as a *panya*, as the people from the mainland were called by the Islanders, so she stayed where she was. One of the passengers called out for Henley. It seemed that the help given by the other sailor didn't satisfy her. Sister Maria Jose got up and went over to her, asking in English, "*May I help you?*"

The woman, around forty years old and pretending to be fainting, gasped, "I want Henley. He knows what to do."

“He’s on watch”, Sister Maria Jose told her with a smile.

Henley stayed at the wheel even though he was exhausted. He knew that if he didn’t, he would go back down to Sister Maria Jose, and that alarmed him. Captain Tim was at the bow keeping an eye on the jib which was creaking alarmingly.

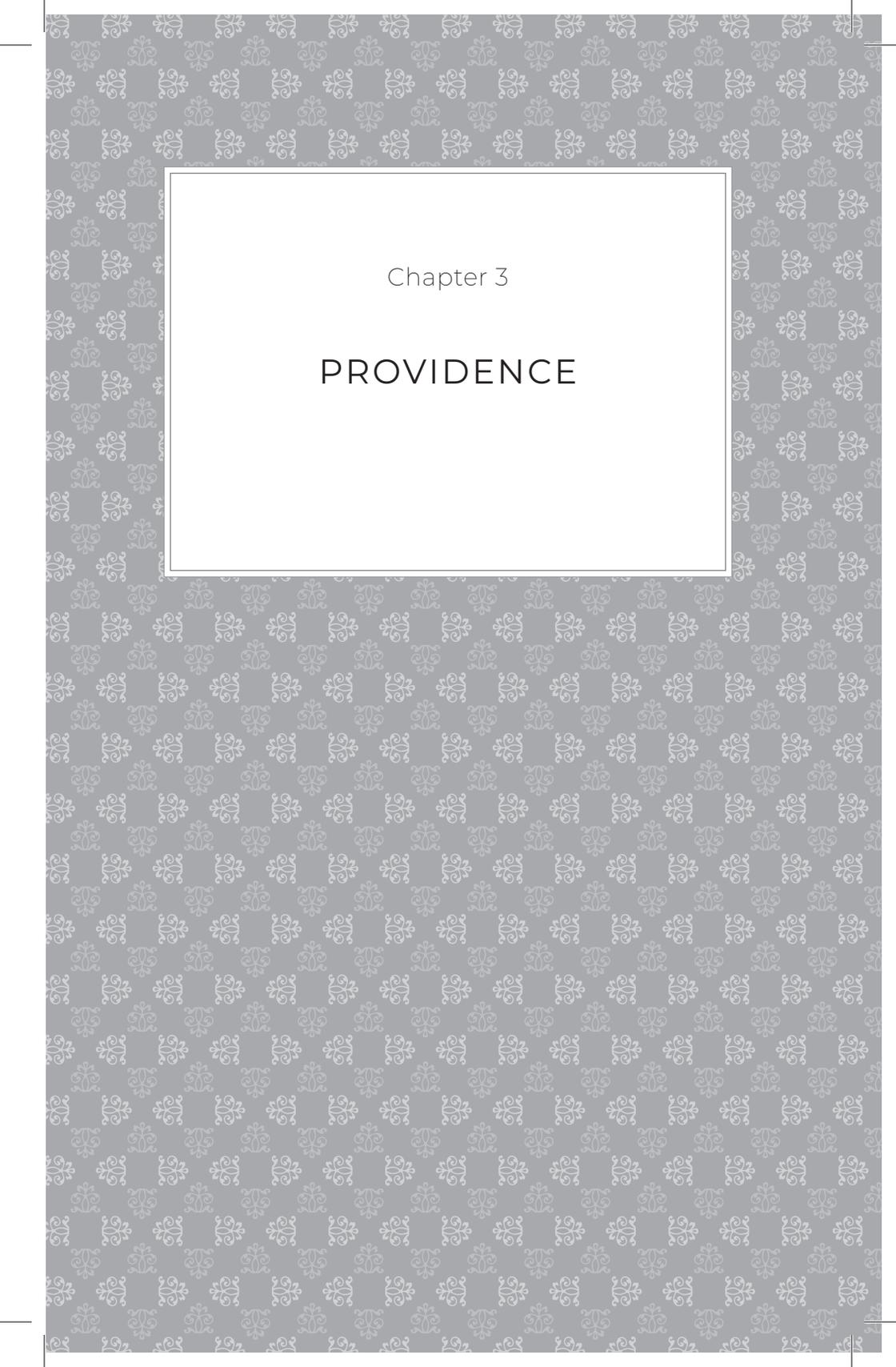
From one moment to the next, after three hours of battling the wind, the weather grew calm, the wind went down and the waves subsided. Everyone was exhausted and starving. The cook hadn’t been able to serve dinner and had gone down to the foxhole. The captain went over to Henley and took the wheel, telling him to get some rest, but the mountains of Providence were already in sight, and that was enough to take away everyone’s hunger and exhaustion. Henley decided to go down and offer Sister Maria Jose something to eat. She, however, learning from her previous experience and, with Gilma’s help, had brought along bread, cheese, biscuits, honey and something to drink. On his way to her cabin the woman who had been calling for him before complained, “I almost died, Henley, and you didn’t come!”

“*Sorry*,” was all he said, and went into the captain’s cabin to Sister Maria Jose. She looked at him and said, “Me too, *Mate*.”

Laughing, he hugged her to him and kissed her and, taking her face in his hands, said in a low voice so the others wouldn’t hear, “*I love you* Sister Maria Jose.”

She looked at him, smiling, and took the cloth off her head.

Just then one of the passengers cried, “*Mate!*” And although he didn’t reply, the cry brought him back to the present with a jolt.



Chapter 3

# PROVIDENCE



Surrounded by mountains, the bay of Providence seemed steeped in a silence of centuries past. A silence broken only by the sound of the waves as they washed ashore. The sea was so calm that the sound was clearly audible to those aboard the *Endurance* as they sailed into the bay. A light breeze rattled the fittings of the schooner and the thuds from the sacks and boxes being heaved out of the hold and dumped on deck by the crew echoed around the harbour. Numerous craft approached, their oars splashing loudly in the calm water and their occupants calling out greetings to the captain and crew. Among them were the authorities responsible for registering the arrival of the schooner and, being well aware of the captain's haste to get home, as it was a Friday, shouting out, "Welcome home Capi," they quickly boarded the boat to receive the necessary documents, the mail, and their messages, then disembarked. Most of the passengers were now on deck, and the bay was filled with their voices as they called out to family and friends to come and pick them up.

Sister Maria Jose was down in the cabin waiting for the others to disembark, when Henley appeared and took a white bag from a drawer under one of the bunks. He smiled at her and thought, "Sister Maria Jose how well you are defended behind that wall of white." He meant, of course, her wimple.

For some reason seeing her dressed in her habit had a sobering effect on him and he didn't dare touch her, although he did have a strong desire to tear it off her.

"This is yours," he said, handing the bag to her.

She looked inside and took out a doll which she recognized at once. It had been made in Austria and was a debutante doll, with a skirt made from fine straw and the rest of the dress from Austrian lace. The skirt had an opening in it and a beautiful silk scarf was in the space to give it form. The doll's face was lovely, and her hair was combed in the classic debutante style. Sister Maria Jose's eyes filled with tears as she thanked him. She reached into a pocket of her habit and drew out the little crucifix and gave it to him. He took it and kissed it, then carefully put it into one of his pockets, without being aware that these were the actions of a devout Catholic.

Her emotion on receiving the doll surprised him. He didn't know that she herself had been a debutante in Vienna ten years ago. The spell was broken by the arrival of Captain Tim. He put one hand on her shoulder, which she instinctively repelled, and the other on Henley's saying, "*Let's say Amen to this,*" and released them.

Also in English, Maria Jose immediately responded, "*Amen doesn't necessarily mean the end. It can also mean 'let it be.'*"

Henley looked at them both and grinned. Captain Tim arched his eyebrows, gave her a wary smile, and left.

At the very moment Henley was taking out Sister Maria Jose's bag, Father David stepped on deck. As soon as he saw the nun he stopped in his tracks. How could they have sent a woman like her to the islands? Enveloped though she was in her dark course habit, it was obvious the woman inside it was elegant and of high class. He took in her delicate features,

her lively honey-coloured eyes flecked with green protected by long lashes and well-defined brows, her face and hands burnished by the island sun. When she greeted him, he was even more taken by her confident tone of voice and her sweet smile, which showed off perfect white teeth. The question which immediately came to him was, “Why had this woman entered the Convent?” and, “was it because of her beauty that Mother Superior had banished her to the pantry in San Andres?”

The father greeted the captain as he was disembarking to go home, leaving Henley in charge, and was told by the latter that some packages were on board for him from Colon and Cartagena. The father seized the moment to tell him that his appearances at the church hadn't gone unnoticed.

“Thank you for visiting us Henley.”

Henley sent one of the crew to look for the father's packages and as the priest busied himself inspecting them, Henley motioned Sister Maria Jose towards the ladder to help her down. He stood with one leg braced on the beam of the ship, the other on the second rung of the ladder, and held on to the ratline with one hand. As soon as she had her foot on the second rung, he grasped her firmly round the waist.

“Jump,” he ordered, and she did. He lowered her into the boat waiting alongside. Unable to hide her feelings she didn't turn around until the father's packages had been lowered into the canoe and they were rowing away from the schooner. When she finally did turn her head, she saw that the crew was watching her. Clapping her hands together with her fingers entwined, she raised them in farewell, as she had done previously when she disembarked in San Andres. Everyone, except Henley, responded in the same manner. He just stood there smiling at her, still stirred by the feel of her in his arms.

She looked around her. It seemed as if she was sailing in the middle of a precious stone. The bay was like a big blue jewel set in a ring of gold. She could see that the dry season had taken its toll on the island. She had imagined it to be carpeted with coconut palms, but instead this seemed more like a hamlet in Europe. Although the houses were similar to those on the other island, something about their construction and their position had a European air about them, unlike those on San Andres. The only thing missing was snow on the mountains. As she gazed around, something told her that Providence was the place for her.

When they reached the shore Father David leapt onto the wharf and offered her his hand to help her up. Three nuns were waiting for them and, unlike those who received her in San Andres, they embraced her warmly. She could tell by their accents that they were from the region of Cundinamarca. There was a construction to one side of the dock which she immediately recognized to be the toilets and the kitchen, all built over the water. They made their way up a steep path towards the house and at once she felt more at ease than she had done in San Andres. The house had a sitting room-cum-office and a chapel on the first floor. On the second floor were four cells. There were no balconies, just like the houses in cold climates.

Sister Maria Jose went into the chapel and gave thanks to the Virgin for this new experience, then went upstairs to her cell. She found a single bed, complete with mosquito net, a side-table, and a wash-stand on which stood a bowl and a jug. There was also a bucket, a chamber pot and another white bowl, a place to put her clothes, a change of sheets, a table and a chair. On the wall was a picture of the Virgin Mary and another of the Sacred Heart. There were two windows—one

overlooked the sea and the other overlooked a path and the mountains. Each cell opened on to a corridor which led to the stairs going down to the ground floor.

Her bag was already in her cell and she lay down on the bed, her thoughts flying to the last moments she'd spent on the *Endurance*. She wept a little, and while she did so she reflected that her tears weren't for her home or her past life; neither were they because she was in a strange place with people she didn't know. She had to admit it; her tears were tears of joy. With all this going through her mind she fell asleep. She didn't wake up until Sister Maria de Jesus knocked on her door at six o'clock.

At dinner she met Ethel, who immediately informed her that she was a cousin of the owners of the *Endurance*, and sister of the cook at the Convent in San Andres. The two of them were the only ones in the family who had converted to the Catholic faith. Sister Maria Jose wondered if there was some kind of power that controlled coincidences. Was it the strong desire to be with Henley and to get to know him better, which attracted these coincidences that conspired to constantly remind her of him? Wasn't there anyone who believed in her vocation?

She ate with relish the lobster, cassava and sweet potatoes. Dessert was sweet corn bread and it was delicious.

At seven o'clock they all went into the chapel for devotions, after which they bade each other goodnight and retired to their cells.

Sister Maria Jose wasn't sleepy so she decided to organize her belongings. She carefully put away the Austrian debutante doll given to her by Henley. She didn't know what Mother Ana Maria would think if she saw this figure displayed openly in her cell. It represented a life they had all renounced.

She went to the window overlooking the sea and saw another island, separate from the main one, with only a few houses on it. Some of the mountains seemed to have human form. One in particular, which went right down to the sea, was the shape of a head, and stood out clearly in the moonlight which reflected on the water. She went over to the other window overlooking an unpaved street in front of the wooden church. Next to it was a house the same size as theirs, but with a veranda. Further along there were a few more small ones, and still more behind the church. The dim glow which came from their windows seemed to be humbled by the light of the full moon which shone brilliantly over the island. The mountains were like barriers. It was impossible to imagine what lay behind them. One of them appeared to have split right down the middle, as if someone had cleaved it with a machete to see what was on the other side.

She lay down on the bed and wondered where Henley lived. She knew he was from Providence but she hadn't dared to ask from which part, and now she wondered where he was and what he was doing. Out in the bay the *Endurance* rocked gently, a lantern swinging from the ratline.

As she lay there, she realized that she hadn't noticed how badly she'd been treated in the Convent on San Andres until now that she'd arrived here. The Virgin had helped it all to go unheeded.

She heard footsteps on the street below and a voice which made her leap out of bed. She rushed to the window and peeped through the curtain. The accent of the person speaking seemed to be American. It was Henley! He was telling the other person with him that they would leave at six o'clock on Monday evening, and that the cattle must be ready by five, not a moment before, or after. As he passed the house

he looked up and she was sorely tempted to draw the curtain a little so he could see her, but she refrained, thinking to herself, "So far everything has turned out well without any prompting. Let it be."

The path which led to the house in front also led to the church and as Henley and his companion walked up, greetings filled the air. Everyone was talking at once. Sister Maria Jose couldn't understand a word. An elderly woman and two younger ones came out on to the veranda and she could see them clearly in the moonlight.

"St. Judas!" she exclaimed. "Can it be that Henley is visiting his fiancé?" After all she wasn't sure if he was married or single. However, St. Judas had allowed this so far, so she didn't feel sinful. The house was filled with chatter and shrieks of laughter, but the only words she could understand were Henley's. He told them of his visit to Colon and answered their questions about various relatives. From where he was sitting, he could make out any movement in the house in front, and she wasn't sure if it was her imagination, but she had the feeling he'd already seen the opening in the curtain and, possibly, even her head, without wimple or any kind of covering.

Around nine o'clock, when one of the nuns was snoring, another was praying, and Mother Ana was probably balancing her books, as her kerosene lamp shone clearly on the ceiling, there was a cry of "Henley, sing!" All was silent for a moment and then the sound of guitar strings being gently strummed as only Henley could, wafted across the street. Sister Maria Jose, overcome with joy, opened the curtain even more, and Henley began his serenade with the song she'd first sung on the schooner—"When Irish Eyes Are Smiling." He followed with "Let Me Call You Sweetheart," "Surrender," "May I

Never Love Again,” and “Don’t Blame Me.” She rested her head against the windowsill and shed tears of joy.

Henley sang until eleven o’clock, then he and his friend took their leave and walked back down the path to the street. When he reached the house where Sister Maria Jose was, he glanced up and, touching his finger to his lips, he sent her a kiss.

In spite of a restless night, Sister Maria Jose was up at five o’clock the next morning. She went down to the bathroom and was ready for six o’clock Mass before any of the others. When Father David asked if anyone needed confession, she spoke up. “I do Father.”

He kneeled before the altar and readied himself for her confession. She repeated what she had said in San Andres, “Father, I don’t think what I’m feeling is sinful, but give me a penance until I find out the truth.”

Rather surprised, he answered, “Don’t worry my child; we all come here somewhat confused. Find a place in the house from where you can see the Virgin on top of Morgan’s Head, and say a rosary.”

Perplexed, Sister Maria Jose took communion and left. At breakfast she asked the others, “Where is Morgan’s Head.”

Laughing, Sister Maria Elena told her, “It’s that rock in St. Catalina that looks like a head. Some Irish priests put a statue of the Virgin there, but it is now so overgrown that it looks more like a bump on his head, so you just have to imagine you can see it. That’s one of Father David’s favourite penances.”

The priest returned at nine o’clock and sat down in the sitting room with Sister Maria Jose to explain the work she would be doing on the island. She already knew that Mother Ana taught conduct, sewing and geography, Sister Maria Elena math

and religion, and Sister Maria de Jesus was in charge of the affairs concerning the two houses and the church, and was also the nurse. Sister Maria Jose, said Father David, was to teach Spanish, English and history. When he'd finished, he showed her around the priests' house. In it was a small library which, along with a number of books, he kept some letters and documents written in German and English that he wanted her to translate during her stay on the island. Then they walked along the same path in front of the nuns' house that Henley had trodden the night before, and entered the church. She was surprised to find that it was devoid of any luxury or ostentation. "I like it. It's exactly the image I have of Jesus' life on earth," she pronounced.

Apparently, the pews had been made on the island, and there was a main altar, then a smaller one with a confessional to one side, all made out of wood. She was astonished to see an organ which was worked with pedals. "Who plays the organ?" she wanted to know.

"The mice," was the answer. "None of the sisters know music, and my talent only goes as far as the church bell."

Sister Maria Jose pulled out the stool from under the organ, sat down on it, and opened the lid. Without working the pedals, she passed her fingers over the keys, as if caressing them. After a slight pause, she began to work the pedals with her feet and, without permission, introduction or preamble, began playing Schubert's "Ave Maria." She sang in German, and her lovely voice filled the little church and flowed out through the open windows and doors, echoing over the bay of Providence. People living nearby began to arrive, as well as the other nuns, and all listened, enthralled by her voice and the music. Even crazy Aska, the local lunatic, who was quite some distance from the church, stopped to listen.

On their way out, Father David introduced her to the owner of the house next to the church, the same one visited by Henley the night before. He informed her that it was Miss Jane's father who had given them all the land belonging to the Mission. He also introduced her to Miss Jane's two daughters: Rose, who was about to be married, and Sylvia, who appeared to be about eighteen years old, and had been born with a dislocated hip. Rose's forthcoming marriage troubled her, and she could hardly find the words to reply properly—her heart was in her mouth. The only thing she managed to say was "I heard the lovely serenade given by your fiancé last night."

"Oh no, he doesn't sing," replied Rose, "That was my cousin Henley, the first mate on the *Endurance*. He sings well, doesn't he?"

Now, much calmer, she agreed that indeed he did.

"So do you," continued Rose. "We've never heard that piece before. It's so beautiful. My mother was in tears listening to you. Are you going to sing at Mass on Sunday?"

"Yes, if I am allowed to," was her reply.

"Sister Maria Jose, from now on you will be in charge of the singing at Mass," announced Father David, "and you will teach singing in the school too."

That Sunday morning Sister Maria Jose helped Sister Maria de Jesus to get the church ready for Mass at nine-thirty. The four nuns, followed by Father David, entered the church at nine-twenty and, as they were climbing up the steps to the porch, Sister Maria Jose caught sight of Henley, neatly dressed in blue pants, a white shirt and a red striped tie, topped by his cowboy hat, chatting with some people outside. The nuns smiled at everyone present, and entered the church. Men and women alike commented on the beauty of the newly-arrived sister. When all were seated, Father David

came out of the vestry and began the service. Two hymns were sung in English, accompanied by the sister who played the organ but didn't sing. She wanted to listen to the voices of those present. Then, when the moment came for raising the Host she sang, once again, Schubert's "Ave Maria." There was not a soul in the church who wasn't moved by the sweetness of her voice, and Henley, who was standing behind the last pew, felt a throb of emotion as he listened to her singing. He'd heard her before of course, but this was different, much different. Meanwhile, Father David, instead of raising the Host was thinking, "My God, what on earth is a woman like this doing in a Convent?"

Mass ended and everyone applauded the change in the service. The crowd dispersed little by little, and Henley went next door, having been invited to lunch by his cousin. They were pleasantly surprised to see him so often at the Catholic Church.

The nuns and Father David lunched together, as they usually did on Sundays. The rest of the week the father ate in his house. During the meal, he came to the point at once and asked her if she had had singing lessons, to which she replied that indeed she had.

"Where?" he wanted to know.

"In Austria, and later in the United States."

He made no other comment for he knew quite well that the other nuns had never left Colombia, and even coming to Providence had been like a trip abroad to them.

Everyone took a nap after lunch and, up in her room, Sister Maria Jose could clearly hear the conversation in Miss Jane's house across the street. Henley seemed quite at home there. He had taken off his shirt and was out on the veranda, looking very serious, fixing something for his aunt, and glancing from time to time across the street to the nuns' residence.

After a while all fell silent in the neighborhood and she assumed that everyone was respecting the holy day. She couldn't sleep though; neither could she refrain from watching the house across the street.

At four o'clock she readied herself to join Father David at catechism class. She was walking towards the church as Henley was leaving his aunt's house and they came face to face on the steps. He looked into her eyes and said, "*Please Sister Maria Jose, I need to talk to you.*"

Nervously, she replied, "*Please, not here.*"

Father David, thinking that Henley was waiting for him, asked if he had enjoyed Mass, and inquired at what time the schooner was leaving for San Andres the next day.

"At six in the evening," he replied. "If you need something from Colon or Cartagena, come at three."

The father thanked him and Henley left.

They waited patiently for the children to arrive. A few adults also took the class, according to Father David. The priest commented, "Henley comes from a very Protestant family. I'm really surprised to see him, for the third time now, at Mass. That usually means there's a woman involved but, well, it doesn't really matter. It's more important to save his soul, and your knowledge of English can help to do precisely that. If he has questions about the church that I don't understand, I'll call on you, I assure you."

When Henley reached home, he found his parents waiting for him.

His father took a glass of lemonade and a slice of corn bread from his wife and confronted his son. "Henley, what's all this about you going to the Catholic Church so often?"

"Well, yes, it's true."

“Are you trying to convince them to marry you?” asked his mother. “It would solve your problem with Izabela, even though she says she’d never get married in that church,” she added.

“Ma,” retorted Henley, “I couldn’t care less what Izabela says. You’re trying to force me into this marriage because of her lies and fantasies. I only agreed to marry her in the first place to please you both.”

“You could get married in the Adventist Church, and then in the registry office,” insisted Miss Rosalia.

“I won’t, Ma.”

“Don’t you love Izabela?”

“I’ve told you; I love her like a cousin and that’s all,” said Henley adamantly. Having said that he went straight to his room and lay down on his bed, hoping to sleep for the two hours that remained before the Sunday night Benediction. It would be the last chance he had to see Sister Maria Jose before he left, but, however far away from her he might be, the memory of those two trips would never leave him.

He calculated the time very carefully. Ten minutes for crossing over to Town, another five to reach the church. He would have to leave home at six forty-five. As he was on his way out, he saw his mother busy frying fish on a stove made from a kerosene drum filled with sand and stones, which helped, according to her, to keep the smell of fish out of the kitchen. She asked him if he was going to eat, but he declined. He wasn’t hungry, he told her. On his way down to the boat he turned back to look at her, thinking, “I can’t imagine Sister Maria Jose frying fish!”

He was walking towards the church when he heard rapid footsteps behind him. On turning around he was surprised to see his cousin Ethel, who cooked for the nuns, accompanied by Mr. Frank. He attended the Islanders in cases of sprained wrists

or ankles. Henley quickened his pace to keep up with them as Ethel breathlessly announced. "When Sister Maria Jose was coming from the kitchen, her foot slipped between the boards on the wharf, and it looks like she broke her ankle. It's awfully swollen and she's crying from the pain."

Henley went along with them without uttering a word, and when they reached the church, he stopped. Ethel knocked on the Convent door and Mother Ana opened it to let Ethel and Mr. Frank in, then closed it again. Not long after, a cry was heard, and the sound of a bowl falling to the floor, then the door opened once more and out came Mr. Frank. Going over to Henley, he said, "Cap, I need a strong man in here to help me."

Henley followed at once and, on entering the house, he greeted Mother Ana.

"Goodnight."

With hat in hand he stood looking at Sister Maria Jose, who was sitting in a chair bareheaded, her habit raised well above the knee and her swollen right foot resting on another chair. She was crying. On the floor nearby lay the bowl which she'd kicked when Mr. Frank was trying to work on her foot. The other nuns had tried, in vain, to keep her still. Ethel was on her knees, mopping up the water which had splashed in all directions. No-one even noticed Henley come in.

"I'm going to have to try another way, if you'll allow me," said Mr. Frank to Mother Ana. Even though he wasn't Catholic he knew that nuns needed permission for everything.

"You're the doctor," she replied.

At that moment Sister Maria Jose raised her head and saw Henley standing there. Her face grew even redder. Mr. Frank explained to Henley that the nuns weren't strong enough to keep her in the position he needed to be able to put the bone

back in place, and that's why he needed his help. Turning left foot. She did so, and he told Henley to sit down. Henley had done this before, so he knew what was coming, but he hoped that the thrill of being so close to her wouldn't hinder him from doing what was expected. He sat down, and Mr. Frank told Sister Maria Jose to sit on his lap. She looked uncertainly at Mother Ana, who consented with a slight nod of her head. Henley put his right arm on Sister Maria Jose's right shoulder and his left arm around her waist. Then Mr. Frank told her to hold on to Henley's arms, which she did, and Mr. Frank placed Henley's left leg over the sister's right one, to stop her from kicking again. If it hadn't been for the presence of Mother Ana, the other nuns, Ethel and Mr. Frank, Henley knew he would have embarrassed himself. He kept a firm grip on her and tried to keep his mind blank. When Mr. Frank gripped her right foot, Henley closed his eyes. After drying her foot, he rubbed some ointment on it and said to Henley, "*When I se one, grab her.*"

Of course, Sister Maria Jose understood and immediately began to struggle. Henley immediately tightened his grip and whispered, "*Honey, don't worry, it will be quick.*"

She buried her head in his neck and Mr. Frank continued rubbing the ointment into her swollen foot.

"OK, Frank," shouted Henley.

"One," answered Mr. Frank, and twisted. The crunch of the bone was heard clearly, and so was the sister's scream, although it was somewhat muffled by Henley's neck. She lay there, her face ashen, and Henley gently lifted her up. Mother Ana grabbed a flashlight, and Sister Maria de Jesus ran towards the stairs. Henley managed the narrow staircase with some difficulty, but finally reached her cell and gently laid her down on the bed which already had the sheet turned down.

Mother Ana thanked him and he left the room at once, hurrying down the stairs and out of the house. He was bathed in sweat.

“*Thanks, Cap,*” said Mr. Frank fervently.

“*It was a pleasure.*”

“I don’t doubt it,” was the rejoinder.

The other man’s sarcasm wasn’t at all to Henley’s liking but, God knows, the man was right. He went to Benediction, more because of Sister Maria Jose than out of piety. Afterwards, at home, he relived every minute of what had happened in the Convent. What a coincidence that he’d been there when he was needed. The thought of another man holding Sister Maria Jose as he had, wasn’t a prospect he wanted to dwell on.

On Monday at three in the afternoon, Henley picked up Father David’s mail and asked Sister Maria de Jesus how her companion was, then he went on board the schooner to supervise the loading of the cattle. The oranges were already stowed and the passengers were boarding starboard. The cattle were being taken on portside, and would later be accommodated starboard. At six o’clock sharp the *Endurance* set sail with Henley as captain and Otto as first mate. Captain Tim had informed them that he would spend the next three trips on land.

The cattle were put ashore at San Andres, along with three of the passengers. No coconuts were to be carried on this trip, first of all because of the great amount of oranges on board and, secondly, the coconut growers (sons and grandsons of former slaves), were trying to force the price up by keeping back the produce. The schooner sailed on to Colon with the cargo of oranges and four women who were going to visit their husbands working in the Canal Zone.

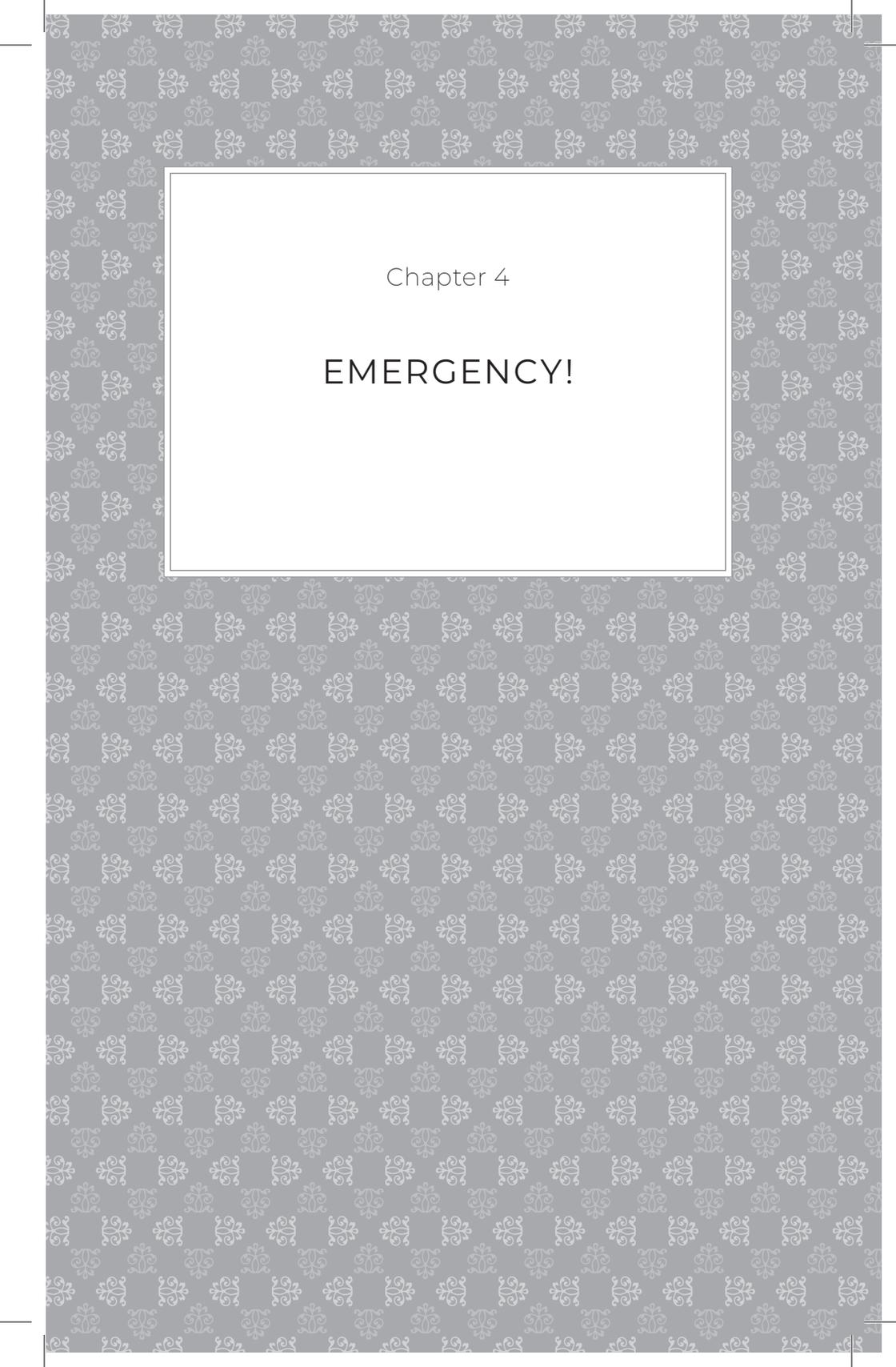
Coconuts from the coast were put aboard in Colon, and from there they sailed to Cartagena. Fifty miles from land the

*Endurance* began to take on water. Pumps had to be used continuously until they reached Bocas de Ceniza, where they immediately booked a space for repairs at the dry dock in Cartagena. Unfortunately for them there were two steamboats already in line, and they were forced to wait for a month until repairs began, then another month after that until they were finished. Captain Tim arrived on another schooner, the *Urious* and joined them.

They didn't reach Providence again until a few months later, towards the end of November. Henley went to Mass and found Sister Maria Jose walking as well as ever; he even went to visit his cousins in front of the Convent and furtively serenaded her with "Have I stayed away too long?" They did meet face to face though when Sister Maria Jose replaced Sister Maria de Jesus to take collection, and when she reached Henley she looked into his eyes and smiled sweetly.

Monday came around, and the *Endurance* was ready to load more oranges to take to Colon, when the crisis occurred.





Chapter 4

# EMERGENCY!



It was a cold dismal November morning in Providence, but not quite as dismal as Sister Maria Jose's innermost thoughts and feelings. She was stricken not only by the imminent departure of the *Endurance*, but also by nausea, stomachache and cramp, and a sharp pain in her right leg. She hadn't gone down to breakfast with the other nuns, nor had she attended Mass. Mother Ana supposed that it was normal monthly cramps, but when Sister Maria de Jesus went up and knocked on her door, she heard moaning coming from within and found Sister Maria Jose curled up in a ball on her bed, in pain. She ran back downstairs to inform Mother Ana and then, with paper and pencil in hand, hurried back up again to take note of the symptoms to take to Doctor Timgen. She knew he wouldn't come himself, but he would give a diagnosis after reading the note. Sister Maria Jose, still in tears, described her maladies in detail, and Mother Ana sent Ethel and Sister Maria de Jesus to find the doctor.

They set off at a run, tripping over stones on the unpaved road and stepping in large puddles left by the winter rain. They went up to Jacob's Ladder, the district after Town, where the doctor lived. Breathlessly they hurried along the corridor of the doctor's house and knocked on the door. No-one answered. They called out several times but still there was

no reply. It was Monday and, as the *Endurance* was preparing to sail, perhaps he was in Town. They hurried down to the dock, but no-one had seen him. Henley was arriving in his boat from St. Catalina and, surprised to see them there so early, asked them what they were doing.

“Sister Maria Jose is very ill. We went to look for Doctor Timgen but he’s not there,” explained Ethel anxiously, still out of breath. Henley’s normally serious, although somewhat roguish, expression became concerned and the lines which creased the corners of his eyes from constantly scanning the horizon, seemed to deepen.

“Go back to the Convent. I’ll find him,” he said.

They thanked him, gave him the note, and started back to their house.

Henley was surprised to find the doctor at home in a rocking chair on the veranda.

“Good morning Captain. What can I do for you?”

“A lot,” replied Henley, passing him the note. “Please read this.”

After careful perusal, the doctor replied, “Sorry Henley, there’s nothing I can do. This is a case of appendicitis. She needs surgery. She must be taken to San Andres or Colon right away.”

“But doctor, can’t you prescribe something for her meanwhile?” asked Henley.

Writing something on the piece of paper, he replied, “Keep the patient still and give her sips of water.”

Thanking the doctor, Henley raced off towards the dock, jumped into his boat and rowed out to the *Endurance*. Shouting for Otto, he gave him the order to take the schooner as close as possible to the Convent and, with two members of the crew, he set off for the Mission wharf. Mother Ana and Father David

were already waiting there. They knew that he was bringing an answer from Doctor Timgen. Handing over the note, he informed them, “The doctor says nothing can be done here. It looks like appendicitis. If Doctor Levin is in San Andres, she’ll have to be taken there, if not, then to Colon. I’ve given orders for the schooner to come as close to the wharf as possible, Mother Ana. I’ll take her wherever you decide is best. I don’t need permission because it’s an emergency, just the passports will do.” Fortunately, Sister Maria de Jesus had renewed her passport when she was informed of her transfer to San Andres. The islands were almost unheard of, and when she was told they spoke English there, she thought she’d need one.

Meanwhile the people who lived nearby were watching in curiosity as the schooner hoisted sails. Why so early? It wasn’t due to sail until six o’clock. There had been no rain so there was no need to dry them out to prevent them from rotting. Captain Tim and Henley’s father were also watching the maneuvers on the *Endurance*, in astonishment. “I’m going to see what’s happening, Carl. I think Henley’s got a problem.” Captain Tim got into his boat and rowed towards the schooner, which was now weighing anchor. Otto had given orders to hoist the jib and the mizzen sails only. He was sure they could reach the Convent with just the two of them. Captain Tim boarded the schooner and asked Otto what was going on. On hearing the reply, he said, “I’ll take over.” He knew quite well that even though Henley was a gentleman and always polite, he was only doing this because it was Sister Maria Jose. She’d penetrated Henley’s heart like an arrow.

Meanwhile, Sister Maria de Jesus, on hearing the diagnosis, rushed off to Sister Maria Jose’s cell to tell her that they were taking her to the doctor. She proceeded to wrap her up

in a blanket, like they did with newborn Indian babies, and then gathered up some of her personal belongings. Quickly she went to her own cell to get some things that she would need on the trip. Someone would have to accompany Sister Maria Jose, and she knew it would be her, so why wait until Mother Ana gave the order? Indeed, at precisely that moment, Mother Ana and Father David were deciding that Sister Maria de Jesus should be the one to go with Sister Maria Jose, and when they called her to tell her, the sister replied, "We're ready."

It was left to Henley to bring Sister Maria Jose down. So, for the second time in not too long, he climbed the stairs and entered her cell. He found her wrapped up in a bundle, which made it much easier to lift her off the bed. The only visible part of her was her face which, although red, was still lovely. He whispered to her, "*Don't worry honey. I'll take care of you.*" "*Thank you, Henley,*" she was barely able to reply.

Preceded by Mother Ana, Henley carried her down the stairs, followed by Sister Maria de Jesus carrying two small bags. They filed down to the wharf where the two sailors were waiting by the boat. They took Sister Maria Jose from Henley and waited until he was seated in the boat before passing her back to him. Father David gave them his blessing and Mother Ana handed an envelope to Henley which contained the passports and three hundred dollars in cash. The sailors cast off and rowed quickly to the schooner.

Town was where most of the Catholics lived and word that one of the nuns was dying spread like wildfire. Everyone speculated as to which of them it could be. It definitely wasn't Mother Ana because she was there on the wharf, and it wasn't Sister Maria de Jesus, because they could see her in the boat. So, it must be Sister Maria Elena or, oh, my goodness!

Sister Maria Jose who, in the short time she'd been on the island, had won the hearts of many of them.

On board, Captain Tim was following Henley's orders and was able to bring the schooner as near to the Mission wharf as was possible in the gentle morning breeze. Unlike San Andres, the water in the bay of Providence was deep, almost up to shoreline. He saw the little boat coming towards them and gave instructions for boarding the suffering Sister. The crew at once rushed to help, some even risking falling into the sea, but they managed to get her on deck without causing her any discomfort. Henley leapt on board and took her down to his cabin and laid her on his bunk. Captain Tim said, "I'm coming with you. Where have you decided to take her?"

"Colon is two days away," replied Henley. "San Andres is twenty-four hours, but I don't know if Doctor Levin is on the island. Maybe we should ask Maria Jose." This time he hadn't put "Sister" before her name, as he usually did in public.

In the cabin he kneeled before the stricken nun and tenderly caressed her brow, which was glistening with sweat.

"Sister Maria Jose, do you think you can make it to Colon, or would you prefer to go to San Andres?"

"Henley, if I'm to die, there's no other place I'd rather be. My wish is to be buried at sea. Whatever you decide is best."

Back on deck, Henley informed Captain Tim, "We're going to Colon. How many men are on board?"

"Everyone," was his uncle's reply. "We don't need Otto. He's still got time to get off if he wants."

Henley went to tell Otto, but Otto said he was going too.

"You take care of the patient, Henley," ordered Captain Tim. "We'll sail the boat."

"Anchors aweigh!" he shouted, and took the helm, turning it sharply to starboard then, taking advantage of a good aft

wind, pointed the prow towards the mouth of the harbour. He gave orders to hoist the mainsail, then he busied himself with planning the crossing.

Sister Maria de Jesus, meanwhile, was talking to the cook, Mr. Tom, as he was called when someone wanted a second helping, or, Black Tom, otherwise. He was the only crew member who lived in Bottom House, a settlement dedicated to the planting of crops. This district, and Old Town, was the flattest part on the island, where the Puritans had confined the free black slaves they found on Providence, as well as the ones they later brought in. Black Tom was about fifty years old. He had the face of a kindly grandfather, and was now going bald. He'd been a fervent admirer of Sister Maria Jose ever since he had heard her sing that night on the schooner, and again at Mass, and it pained him to hear of her present plight. He offered all kinds of suggestions to Sister Maria de Jesus for her care, informing her that, not only was he the cook on board, but he also took care of any passengers or crew who became ill. He was the ship's cook, and doctor, he said.

Before sailing, the crew had hoisted up the two lifeboats that belonged to the *Endurance*—Captain Tim's boat, and the one from Henley's home. The weight of these would help keep the schooner steady, as the hold was empty. Only that morning they had planned on loading oranges to take to Colon, but the plans had changed abruptly.

Everyone from the neighbouring districts had heard of the emergency by now, and it seemed that the whole population of St. Catalina, Town, Free Town and Old Town were gathered on the beaches or wharfs; looking out from their houses; watching from their farms; in boats, and in canoes. Who could it be that had Captain Tim, Henley, and Otto as well,

all on board at once, and so early? They knew it wasn't one of their wives, because they were amongst the astonished audience. So was Izabela, who complained in a loud voice, "That Catholic religion has really got to Henley!"

They were three miles out when Captain Tim commented to Henley, who had come up on deck after his fifth visit to Sister Maria Jose, "Henley, look how strong the current is. The wind out there will take us to Colon in less than two days, but it's going to be a rough trip. It could be dangerous for our patient. What do you think? Maybe we should keep close to the coast, so it won't be so rough and not so hard on her."

"Look Uncle, she's strong and she's brave. She'll make it. Let's take the fastest route," replied Henley firmly.

Black Tom was still expounding on his medical theories to Sister Maria de Jesus; if she was sweating it was a good sign. That meant the fever was abating. She should be given water, but by sips, as the sister already knew. He was interrupted by Henley, who had now changed his clothes in readiness for the trip.

"Cap, I want to help," said the cook.

"We all do, and we're doing everything we can," replied Henley.

"But I would like to make her feel more comfortable," insisted Black Tom.

"How?" asked Henley, darkly, "with those ointments of yours that will probably make her even worse?"

"Captain I'll be responsible," announced Sister Maria de Jesus. "Bring your medicine Mr. Tom."

He must have had it on hand, because he appeared at once with two pads reeking of garlic, in a bowl of water. He turned to instruct the sister, "Put one on the place where it hurts, and when it gets hot, change it. Always keep one in the water.

She must urinate as much as possible and move her bowels. That will take the pressure off, and she'll feel much better."

When Sister Maria de Jesus went into the cabin, she found Henley there again, kneeling beside Sister Maria Jose, wiping the sweat from her brow. Sister Maria de Jesus didn't take much notice. She was worried, and on top of that, she was feeling rather seasick and she was just glad he was there to help. She decided it would be better to get her companion out of the blanket as she was sweating so much, so Henley left. She dressed the patient in her nightdress. She even took off her underwear, as it was soaked in sweat, then she went into the passenger cabin and lay down on one of the bunks.

Otto and other members of the crew offered to relieve Captain Tim at the helm, but he refused, saying he would stay until he was exhausted. He was the one who had brought Sister Maria Jose to Providence and he would be the one to take her away, he insisted.

On seeing how seasick Sister Maria de Jesus was, Henley decided to dedicate himself completely to taking care of Sister Maria Jose. He called her only when he thought the garlic compress needed to be changed. Then the seasick nun would stagger in, change the compress, and stagger back to her bunk. Henley and Black Tom took turns to give the patient drops of water. Henley spent hours sitting on the floor next to her bunk, filling innumerable pages of the schooner's logbook, watchful of any movement she made, and singing "I Can't Begin to Tell You" and "Till the End of Time."

At ten o'clock at night they encountered a strong current that seemed to be carrying a whole forest along with it. Trees and branches were everywhere, and they had great difficulty in avoiding them. The sails were all hoisted, and the schooner rose and fell quite alarmingly with the waves. Not at all

pleasant for someone who was seasick, and even less for one who was ill. Henley stayed by her the whole time. Once, she woke up, and when he asked how she was feeling, she answered, "*Henley, I love you too,*" to which he replied by kissing her lightly on her fevered brow. As he was giving her some of the water from the thermos flask, Black Tom appeared with another. Henley bade him enter and went up on deck.

"How are you feeling?" Black Tom asked her.

"Oh, much better."

The pain in her side wasn't so intense, and her head didn't ache so much, but she still had no feeling in her legs. "I need to pee," she thought anxiously. "Where's Sister Maria de Jesus?" She decided to ask Black Tom to help. As soon as she told him to close the door, he knew what she wanted. He sat down on the bunk with his back to her and told her to get up whilst leaning on him. She did so, and reached for the chamber pot at her side. Oh! What a relief! She felt so much better after that. Black Tom took the chamber pot from her and told her to put the compress back on her side. She did, then closed her eyes and fell asleep again.

Henley found the door closed when he went to check on her. His knock was answered by Black Tom, chamber pot in hand. On entering he found Sister Maria Jose sound asleep so he decided to sit down on the floor next to her bunk and continue writing about the emergency in the logbook.

The wind was manageable but the sea was very rough, and the watch was divided mainly between Captain Tim and Otto. When Henley wasn't with Sister Maria Jose, he kept an eye on the boat, making sure everything was tied down securely. The waves now were breaking over the bows of the vessel and flooding the deck. The door of the passenger cabin was kept closed and the captain and Otto spent their time off

duty with the other sailors in the foc's'sle which, on a schooner, was really no more than a dark hole with four bunks and, above those, what was known as the twin deck, where sometimes up to three sailors were quartered. Historically, it was here where most of the mutinies broke out on ships. In this case, however, instead of resting or planning a mutiny, bets were made as to the time of arrival, and what would happen when the emergency flag was raised. The only ones to enter the cabin were Henley and Black Tom, who took care of both the sisters now. The sight of the *Endurance* battling the fierce seas would be one Captain Tim would never forget and, afterwards, whenever sailors got together to swap tales of their adventures, he would say, "It was just as if that little seventy-footer knew how vital it was to get to Colon." He would tell of how the current brought with it logs the size of lifeboats, and how the waves made by the *Endurance* as it forged bravely ahead, cast them aside to make way for the little boat.

"We didn't even have time to take on food or water, but our cook, Black Tom, who is always stashing away provisions, found sufficient for the voyage. The crew fished as well, and we were able to catch some rain water. I'm convinced that God was with us, and I'm sure that the only thing that kept that woman alive was her love for Henley. And I swear that if she hadn't survived, I would have thumped him, or tied him up, so he wouldn't jump into the sea after her. He would have gone mad; I can tell you. I never would have thought that Henley, who has women falling all over him, would end up losing his head for something so inconceivable. I tell you; I didn't doubt for a minute that he wouldn't even entertain the notion of living without her."

The second day dawned, and Colon was now in sight. The wind had died down and the patient slept continuously. Sister Maria de Jesus, who had finally succeeded in keeping something

in her stomach, had learned that when walking about on a ship, one must keep the feet well apart, to avoid falling down.

They passed Break Water, an artificial reef which broke the waves at the entrance to Cristobal Bay, made from piles of basalt taken from Culebra Cut when the Canal was built. The bay was emerald green at the mouth, but closer to the docks and land it became a dark muddy brown. All the freedom of the high seas seemed to dissipate on passing the breakwater, to be replaced by the contempt of the health and port authorities. The little ship seemed out of place among all the other large craft waiting for permission to pass through the Canal. They hoisted the Colombian and Panamanian flags upside-down, as a signal of emergency, and the health inspectors arrived at once. They were very cordial—they knew both Captain Tim and Henley. With a rather officious air, the doctor asked, “*Cap, how the hell did you made it over here in that weather?*”

“Guided by God,” was the answer.

He questioned them closely about the patient. His job was to go aboard incoming vessels and ensure that no-one with an infectious disease was put ashore. The captain told him, “We have brought a nun who has symptoms of appendicitis.”

“I want to see her,” said the doctor.

Henley motioned for him to follow and led the way down to the cabin. Sister Maria Jose was awake, and Henley went back on deck leaving Sister Maria de Jesus with the doctor whilst he examined her sick companion. He gave her an injection to ease the pain.

On deck again, he said to Henley and the captain, “*I too would have rode the Red Sea for that one.*”

He called out to the Morse Code operator to send a message that they would be arriving with an urgent case of appendicitis, and would go directly to the hospital. The doctor

gave instructions as how to move the patient, and Black Tom and Sister Maria de Jesus got her ready to disembark. At the last minute, Henley remembered the envelope given to him by Mother Ana with the two passports. After glancing quickly at the one belonging to Sister Maria Jose to find out her real name, Maria Jose Gomez Rodas, he handed them over to the immigration authorities, who had just boarded. They found everything in order on the boat, and everyone set about helping to lower the nun, now on a stretcher, into the launch belonging to the health department. With Henley and Sister Maria de Jesus also on board, the launch left for the shore at full speed.

Sister Maria Jose was operated on immediately. Henley and Sister Maria de Jesus waited anxiously outside until ten o'clock at night, when they were finally allowed in to see her. She was still under the effect of the anesthetic, but she recognized Sister Maria de Jesus, who told her that Captain Henley was with her. She asked if she could speak to him, and Sister Maria de Jesus went out to tell him. When he entered the room, they looked at each other and, smiling, she said, "There's so much I want to tell you, but this is neither the time nor the place. Thanks to you, and the others, I'm alive. You saved my life."

"Not us. It was you that hung on."

"Sister told me she can stay with me. We must get word to the Community in Bogota, so that they in turn can get in touch with San Andres and then Providence," she said anxiously.

"Don't worry," he said soothingly, "I'll send the messages. Sister Maria de Jesus can write them. But what about your family?"

"I'm sure the Community will contact them. It's hard to know in which country or city my mother is." Slightly alarmed, she asked, "How long are you going to stay here?"

"As long as is necessary. We'll take you back home," Henley replied.

Some young doctors came in and their conversation was interrupted. They were American, and asked her some questions in English. They were amazed that she had managed to make the trip in the condition she'd been in, and that the appendix hadn't burst and caused peritonitis. She told them that she had Mr. Tom to thank for that.

She spent five days in hospital, under the care of nuns from America. They weren't of the same order as Sister Maria Jose, but they took very good care of her nonetheless. Sister Maria de Jesus was always with her, and Henley took full responsibility for her in the hospital. He visited her daily until she was able to leave. The Religious Community was responsible for part of the hospital administration, and she was taken to a house they used for that purpose. There, she was able to talk with him only by telephone and she told him that they would be ready to travel by the fifteenth of December.

At two o'clock sharp on that day, Henley and his uncle arrived to pick them up. The sisters had come to Colon with only two small bags, but now, added to these, were various boxes of toys given to them by the nuns, for the children on the island. When they reached the schooner, the whole crew was waiting on deck to welcome them, and they clasped their hands together with their fingers entwined and raised them above their heads in the now habitual greeting. She responded in the same manner, with a huge smile on her face, and went up the gangplank where Henley was waiting to carry her down to the cabin. She had used Henley's bunk on the trip to Colon, and she supposed that she would use it on the way home. However, she found that it was occupied by a guitar case. The two sisters were wondering whether they should move it, and where to put it, when Henley came back in and said, "I bought this guitar for the Mission."

They were overjoyed and thanked him profusely. Sister Maria Jose took the guitar from its case and discovered that Henley had already tuned it. She went up on deck, carrying the instrument, and sat down in a little nook in the stern, behind the helm. Resting the guitar on her right leg, she began strumming some chords while the crew on the *Endurance* waited patiently for the health inspectors and the port authorities. After visiting at least ten ships that were waiting to cross the Canal, they finally arrived. Sister Maria de Jesus noticed that the doctor was the same one who had received them when they first arrived, and pointed him out to Sister Maria Jose. She greeted him in English at once, thanking him for all the help he had given her. He looked at the guitar in her hands and said, “My help has a price. Will you sing something for me?”

“Of course,” she replied, smiling. “What’s your favourite song?”

“Las Mañanitas.”

Resting her right foot on the structure supporting the helm, and the guitar on her leg, she began to sing. The doctor and everyone else from the two boats and the schooner applauded noisily. The sister thanked them with a slight nod of her head, and went back to the place where she’d been sitting. The doctor bid farewell to Captain Tim, then to Henley, to whom he added, “I think you might be needing a doctor on this trip. I myself would volunteer if I didn’t think I would end up at the bottom of the sea before reaching the islands.” Before Henley could reply, he went on, “One thing I know though—lovers think they’re invisible. You’re embarked on a very interesting, difficult, and dangerous trip, my friend.”

“*Safe trip,*” were his final words as he stepped down into his boat. Henley, with a solemn look on his face and his eyes half closed thought to himself, “*It’s none of your damn business.*”

The voyage took two days, and as Sister Maria de Jesus had now grown accustomed to traveling by boat, Sister Maria Jose decided to teach her some breathing techniques and was pleased to learn that her pupil was quite a good contralto. The voyage passed without any mishaps, and the sisters amused themselves singing religious songs and playing the guitar. Once Henley joined them and sang “Here comes Heaven again.”

Sister Maria Jose didn’t really want to spend the night at the Convent in San Andres. Henley didn’t want her to either, but she knew it was the right thing to do, so he carefully lowered her down into a small boat which would take her there. When they arrived, he sat her down on the wharf and then jumped up to help her, so she wouldn’t strain herself too much. He promised to come back for them for their return trip to Providence. Their arrival came as a surprise for those at the Convent. Although they had been notified of the emergency trip to Colon, they were nonetheless astonished to see her looking so well. Tina greeted Sister Maria Jose with shrieks of joy and chattered non-stop about everything that had happened during her absence. So much so that she became too hoarse to sing the Christmas Novena, so Sister Maria Jose offered to take her place. She played and sang “Ave Maria” in honour of the Virgin, and in appreciation of her recovery and the people who were responsible for it.

When the Novena ended there were sweets for the children, and they all sat in the park in front of the Convent, watching the people who came to admire the Nativity Scene. Tina turned to Sister Maria Jose and asked, “Why are you so different from the others? They say your family is rich.”

“I really don’t know what difference you’re talking about, Tina. It’s true that I traveled a lot as a child with my aunt and uncle. I’m grateful for that, because traveling makes you a better

person. A famous writer once said, *Traveling develops the soul in an amazing way. It gets rid of all the prejudices one has.*

“I don’t understand you, sister,” said Tina, looking puzzled, “but even though you say things I don’t understand, they sound better than when the others say them.”

Sister Maria Jose, amused, replied, “Well, thanks Tina, but that doesn’t make me feel much better.”

Then she saw him. He was standing there dressed in kha-ki, and then he came over to ask how she was feeling. On seeing him, Sister Maria de Jesus came over as well to say hello to him, and he said he would be back to pick them up at five o’clock the next afternoon to take them home. Mother Alicia Regina appeared at once, said hello to him, and told the nuns it was time to go back into the Convent. They said goodbye to Captain Henley and he walked away.

They were sitting on the stairs in front of the Convent sitting-room when Tina suddenly said to Sister Maria Jose, “Sister, I found out what love is tonight.”

“What?” exclaimed the sister, startled.

“Yes, sister. It’s true. I saw it and I felt it.”

“What do you mean, Tina?”

“I mean I saw it and felt it when Captain Henley arrived and said hello to you.”

“What on earth are you talking about, girl?”

“It’s true, sister, but don’t worry, nobody else noticed. Do you know that they say on the island that when you fall in love you find that sweet potatoes have bones?”

Sister Maria Jose had to turn her head away to hide her laughter. “See you tomorrow, Tina. You know, you really are an Angel, even though you were never given wings.”

Henley arrived the next afternoon and tried his best to touch Sister Maria Jose as little as possible when he helped her

onto the schooner. All the nuns and the priest were there to say goodbye to her. Finally, all was ready, and they set sail for Providence. Both Sister Maria Jose and Sister Maria de Jesus had made up their minds that, unless they were ordered down to the cabin, they would remain on deck. Sister Maria Jose because she was afraid of encountering Henley, and her companion because of the smell down there. Night fell and the moon came out. The sisters exclaimed that they'd never seen anything so beautiful: all around them the black vastness of the ocean, now calm; the little sailboat like a dove on the water, its white sails stark against the night; the moon lazily clambering over the horizon. Henley brought the guitar and he and Sister Maria Jose sang for hours. He and Otto took turns at the helm. On one occasion Captain Tim came up and took over for a while, and listened to them singing. He had to admit that the sound of their voices filled him with a longing he'd never had before, and he thought to himself, somewhat nostalgically, "Henley, your children will never experience something like this. I envy you. I wish I could have. I guess I'll just have to be content giving you a hand now and then."

A little before midnight Black Tom appeared with a jug of hot tea and some mugs. His eyes were filled with tears as he listened to Henley's rendering of "Surrender" and Sister Maria Jose's sweet voice as she sung "Te quiero, dijiste."

"Singing like that, she makes you feel a better person, eh Cap?" said Black Tom to Captain Tim. The captain suddenly found he wasn't able to speak, and could only nod his head in agreement. At midnight Sister Maria Jose fell asleep under the blanket which Henley had thoughtfully given to each of the sisters. They were Army surplus blankets, left over from when he had worked on the Panama Canal. She spread half of hers on the deck, and covered herself with the other half. Both

the sisters were so sound asleep that they weren't aware the cloths had slipped from their heads. With their hair ruffled by the breeze and their faces lit by the moon, they didn't look at all like nuns.

Suddenly a shout of "Land ho!" rang out and Henley, who was at the wheel, awoke the sisters. Still wrapped in their blankets, they went below, and weren't seen again until they had donned all the bits and pieces of their habits.

It was daybreak when they reached Providence. The farmers were taking the cattle back to the fields, the fishermen were arriving with fish-pots full to the brim, and windows were being opened to let the new day in and the bad dreams out. From the stillness of the night Providence sprang to life again. Sister Maria Jose watched all this from the schooner, her eyes devouring every movement, as if it were the first time she'd ever been to the island. She loved it here. This place made her feel at peace, doubtless because of the purpose which brought her. Not only that though. She felt great admiration, gratefulness, tenderness and, yes, love and passion, for Henley. Feelings that were completely contrary to those she should have, as a nun. Was she being unfaithful to her vocation? Was it a sin? Was it betrayal? She had no idea and, worst of all, she felt no guilt. She found herself having to practice what she had preached when she was amongst friends and relatives in Vienna, then again in Vermont—a concept that had scandalized those who had listened to her in Manizales. She had argued then that it was true that fidelity was more a desire than a commitment, a promise, a pledge; it wasn't a natural human condition, and, as such, it shouldn't be an obligation.

She was lost in thought when Sister Maria de Jesus commented, "Aren't you aware that Captain Henley has fallen in love with you?"

“Him, the doctor from the health department, and three more at the clinic. Believe me, Sister Maria de Jesus, this habit is like an aphrodisiac to them. To fall in love is one thing, to actually love is another,” she replied, serenely.

“Well let me tell you,” continued the sister, “if I met someone like Captain Henley, even if it was only fervour he felt for me, I’d leave this habit like a shot!”

With that the two of them collapsed with laughter.

When the *Endurance* arrived, everyone who had a seaworthy boat was out in the bay to welcome them. One of the first to reach the schooner was Father David with Calixto, who was his assistant from time to time. Apart from the two sisters, the only other passengers on board were three men. Father David welcomed the nuns and asked Captain Tim when it would be convenient for him to settle the expenses. On hearing this, Henley broke in, “You don’t owe anything Father.” Then he went on to say. “The sister has to be careful when she disembarks. It’s better she does it now before too many other boats arrive.”

The two nuns and the priest followed him to the ladder and Sister Maria de Jesus went down first and stepped into the little boat waiting alongside. Father David followed. Henley stepped onto the ladder, which was little more than two ropes with wooden slats fixed between them, and motioned Sister Maria Jose forward. She put one foot on the first rung, then the other.

“We’ll do it the same as we did in San Andres. Put your arms around my neck,” ordered Henley. She did, and with his right arm round her waist, and holding her steady with his left one, he carefully lowered her into the boat. He felt her warm breath on his neck and, trying hard to ignore it, managed to get her safely down without anyone suspecting the emotion they both felt at being so close to each other. Then he loaded

the bags and the boxes of toys in one of the boats belonging to the schooner. Settled in the boat and now slightly recovered from the turmoil she felt at Henley's touch, Sister Maria Jose turned around and said goodbye to the crew, and off they went. Henley, who had followed them in the other boat, reached the Mission wharf first and leapt out to wait for the others. When they arrived, he jumped down into their boat and, holding Sister Maria Jose by the waist, hoisted her up onto the wharf, then gently lifted her up and carried her up to the house. From then on everything was easy. The other nuns, Ethel, and the next door neighbours were waiting for her. Actually, she didn't feel ill at all, or even weak, but she had been warned to take care going up and down stairs, and not to walk too much.

Everyone went off to take a midday nap, except for Sister Maria Jose. She didn't want to climb the stairs yet and, having nothing better to do, she slowly and carefully sat herself down by the door that looked out over the sea, watching the activities on the *Endurance*. Ethel brought her a cup of tea and, thanking her, she asked, "What's new here, apart from my emergency?"

"Oh, sister, the same day they took you away we had another emergency, but luckily she didn't have to go away. Anyway, there was no boat," replied Ethel.

"Who was it? What happened?"

"Well, imagine, it was Captain Henley's fiancée."

Fortunately for Sister Maria Jose, she was already sitting on the floor, otherwise she would have fallen down on hearing that. It was the last thing she expected.

"What happened to her?" she asked apprehensively.

"That silly girl took his horse without asking. He's the only one who can ride it, you know. She tried to cross over to Town, but the horse stopped short. I don't know what

she did to it, but the animal threw her into the sea,” she told her indignantly.

“Henley’s fiancée, you said?”

“Yes, about the third one he’s had in the last three years. She’s his cousin. She’s my cousin too.”

“So, what happened? She got wet?”

“Well, that’s not all,” continued Ethel, engrossed now in telling her tale. “It seems she was pregnant and she lost the baby.”

Sister Maria Jose thought she would faint. “She was pregnant? How many months?”

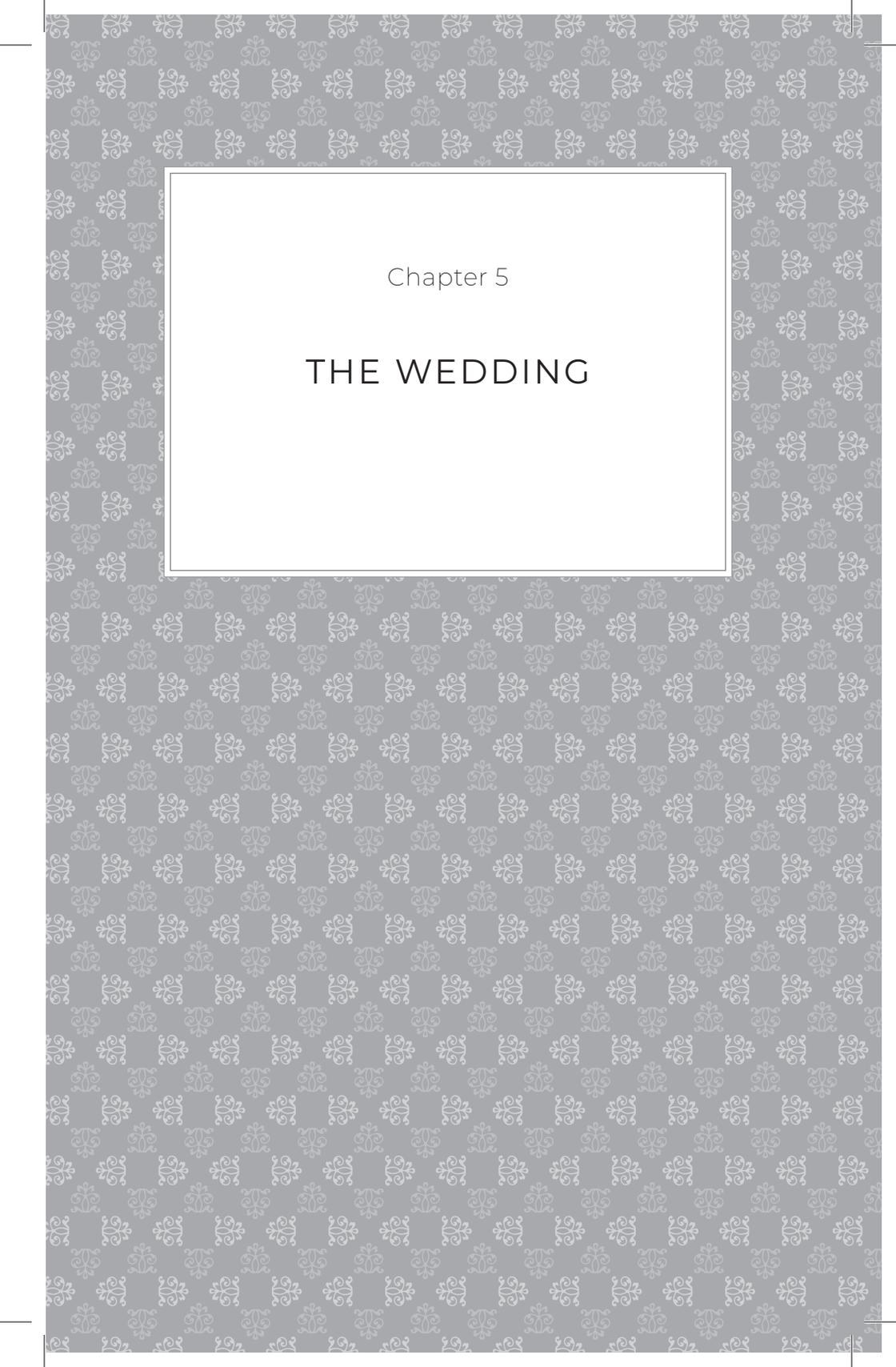
“Three is what she says, but we’ve all been doing calculations and it doesn’t add up.”

“Oh, my goodness, poor Captain Henley!” she exclaimed.

“Poor Captain Henley!?” retorted Ethel, sourly. “I don’t think he even cares. He hasn’t been very close to her lately. Sister, all men are the same. They chase you and chase you till they get what they want and, if anything goes wrong, then they play the fool and deny it!”

No, no, that couldn’t be. Henley wasn’t like that. Was he? Sister Maria Jose fell silent. She didn’t know what to say, or even what to think.





Chapter 5

# THE WEDDING



A few days after the sisters returned, preparations began for the wedding of Miss Jane's daughter, Rose. Sister Maria Jose learned from Ethel that the *Endurance* would stay in the islands until the beginning of the following year, making trips only between San Andres and Providence. She hadn't seen or heard from Henley since her return, and she was upset. Why the silence? Was it out of shame, grief over losing the child (according to Ethel), guilt, or disloyalty? She felt guilty too. If he hadn't had to take her to Colon, perhaps he could have prevented Izabela's accident. She needed to see him. There were so many things she wanted to know. No. That would be like saying, "I know you were making a fool of me." But how could she expect fidelity if she herself had said time and time again that fidelity came from commitment, which is not a natural condition in either men or women? What commitment did he have to her, what commitment did he have to Izabela, and what was she herself feeling? Hadn't she pledged herself to a religious order, and hadn't she betrayed that pledge? Her mind was in a turmoil.

The wedding was to take place on the twenty-third of December. Christmas Mass would be at midnight on the twenty-fourth, and another at nine o'clock in the morning on Christmas Day.

Things were hectic over at Miss Jane's house. The enticing aroma of cakes being baked floated over to the nuns' residence. Crates of soft drinks and boxes of wine were delivered, the white curtains used for weddings and funerals were washed and hung, and a white tablecloth, beautifully embroidered by Sylvia, was spread on the dining room table. The wedding cake was placed in the middle, decorated with pink icing and sprinkled with crushed peppermints. Other cakes of different sizes, decorated in red and white, were placed around it. The table legs were set in tins of oil to prevent ants from climbing up and devouring the fare before the guests arrived.

Sister Maria Jose told Mother Ana of her conversation with Ethel about Izabela's accident. Apparently Ethel had told her about it too, but Mother Ana said that Father David had said it was all lies and that the girl had taken the horse without permission, but then she'd cut her belly on a broken bottle on the beach when she was trying to force the animal to cross the channel to Town. Sister Maria Jose felt much better after hearing that, but it didn't explain Henley's absence at Mass, or at the house opposite. Had he decided to give up, now that he had won her heart so completely? She had to find out. After all, she didn't know much about him, but she knew he didn't have to go begging for love.

As soon as Henley left Sister Maria Jose at the Convent on the day of arrival, he heard about the accident, and the versions that were spreading through the island. He was beside himself with worry that they would reach Sister Maria Jose's ears, but there was nothing he could do to prevent that. He heard Ethel telling his mother one day that the nuns were worried about his fiancée's accident, and it infuriated him to distraction. What on earth could Sister Maria Jose be thinking about him? He spent hours racking his brains for a way to find out.

The day of the wedding finally came. The evening before, relatives who lived on the West coast of the island arrived in boats and on horseback. There were faces Sister Maria Jose hadn't seen before, from parts of the island she hadn't yet visited. Father David had told her they would make the trip in a sailboat, but that they had to wait until the wind and waves died down. She would eagerly have gone on horseback, but the father said the island women rode like Amazons, and he couldn't conceive the idea of a nun riding astride a horse.

The ceremony began at seven o'clock at night. Sister Maria Jose played Wagner's "Wedding March" and, from where she was sitting, had a good view of the bride and groom as they entered the church, followed by six ladies of honour dressed in pink, yellow, and blue. They were the same girls who had spent the past few days preparing the house where the newlyweds would live, and where they would spend their honeymoon. Most of the things had been accumulated by the bride, embroidered, and kept for years in a large chest for her future wedding day. Bringing up the rear, with another pretty girl, and smartly dressed in a gray suit and a red tie, was Henley, much to Sister Maria Jose's surprise. The ceremony was simple, followed by Mass. Sister Maria Jose sung *The Lord's Prayer* in English—it was the first time she'd sung it in Providence, and Henley's eyes bored into her the whole time, enquiring and pleading. From where he was sitting, only Father David could have seen Henley's insistence in trying to catch the sister's eye.

Miss Jane had invited all the nuns to the wedding, and they went with Father David to the house to have their cake and wine. They congratulated the newlyweds, and were taken to see the wedding presents, yet unopened, which lay on a beautiful brass bed in the main bedroom. Sisters Maria de Jesus and

Maria Elena went off in search of more cake, but Sister Maria Jose stayed behind, gazing at the presents, trying to guess what lay beneath the pretty wrappings. Mother Ana and Father David were occupied talking to the Mayor when Henley entered the bedroom and, before she could utter a word, he said, “Sister Maria Jose, I have to talk to you and I’m not leaving Providence without doing so, even if I have to ask permission from Father David. I know he will give it to me, and anyway, I want to be baptized before the first of January, so I’ll use that moment to ask him.”

“Do that,” was all she replied. Not another word passed between them.

The music began for dancing and Mother Ana gathered the nuns and they all said goodnight and crossed the road to their house. Sister Maria Jose watched everything from behind her curtain, listening to the music played on the guitar, violin, mandolin and maracas in four by four time, the sound of the dancers’ feet on the floor emphasizing the rhythm with each step. Henley danced with the bride, the matron of honour, and a couple of other ladies, then went down to the patio and kept his eyes fixed on the window opposite. He knew quite well that she was watching him through the curtain.

The party went on until three in the morning, and Henley was one of the last to leave. He hadn’t danced at all the rest of the night, but not for lack of partners, who sought him out constantly. He did sing though, and his voice rang out clearly in his rendering of “Here Comes Heaven again,” “Surrender,” “Don’t Blame Me,” and “Prisoner of Love.” Sister Maria Jose learned later from Ethel that Izabela had also been at the party and had danced all night, but not with Henley.

Mother Ana opened the front door the next morning to find the three steps outside covered with flowers. She looked

at them in dismay. What was the meaning of this? Who could have put them there? She quickly slammed the door shut and waited for Ethel to arrive in her canoe from St. Catalina. Maybe she could throw some light on the subject.

Ethel laughed out loud when she saw the flowers. “Oh, Mother, crazy Aska must have been here last night. Lately, he’s been leaving flowers on the last pew in the church as well.”

As Mother Ana picked up the flowers, Ethel told them all about Aska. When he was a small child he was taken to Panama during the time when so many people went looking for work on the Canal. He went crazy over there, and the Americans made his parents bring him back to the island. They both died not long afterwards, and he was cared for by relatives.

“He’s harmless though, and smart in his own way,” went on Ethel. “If he sees washing hanging out on neighbouring lines, he’ll swap them over. He does the same with plant pots too. He didn’t like the American priests at all. He did like the Irish ones though, and when Father David replaced them, he never came back round here. He’ll go all the way around the island, or through the hills behind the Mission, if he has to go to Old Town. It’s strange he brought the flowers though. I wonder whose garden he stole them from. Anyhow, it’s a sign of peace.”

At two o’clock Sister Maria Jose was summoned by Father David to the Rectory. He told her to sit down beside his desk, and he paced up and down the small study.

“Sister Maria Jose, I have summoned you because I wish to help you.”

She looked at him, baffled.

“Yes, sister. Help you and Captain Henley. It has come to my notice—by means that I don’t have to explain to you—that there are many who have fallen in love with Sister Maria Jose,

but the one who really worries me is Captain Henley. He's had many opportunities to be close to you, and that can only make it worse for him. It appears he even converted to the Catholic faith to be nearer to you, and he thinks I'm completely unaware of the fact. He's coming to consult me about religion, so he says, but I know that what he's really after is the opportunity—if he hasn't had it already—to make his feelings plain. Now, I haven't the faintest idea what Sister Maria Jose feels about all this, and I'm not going to ask her. My job is to save the soul of Captain Henley Brittany, by means of the Catholic faith, not by means of Maria Fernanda Gomez Rodas. Is that clear?"

With that he stomped out of the study, leaving her alone. Fifteen minutes later, there was a knock on the door. It was Henley. She told him to come in. "I see you enjoyed yourself dancing last night."

"I would much rather have been dancing with you," he said. "All my thoughts were on that window, and the shadow behind it."

They both laughed at this. She was still sitting where Father David had left her, and she motioned him to the chair opposite. He sat down, crossing his right leg over his left and, clasping his hands over his knee, he looked at her steadily. It was she who finally broke the silence. "Henley, someone once said that for how long one is happy doesn't matter. It can be short, but if it's intense, it's enough to last a lifetime. That's what I'm feeling right now. I spent my happiest days with you. You're in my heart and I'm in yours, but now it's time for each of us to continue on the path we were on before we met. I with my congregation, and you with your commitment to Izabela. God knows it breaks my heart to say this, but there can be no other way."

“Have you finished?” he asked bluntly. She nodded her head, unable to speak.

“First of all,” he continued, “I want to know your real name.”

“You saw it in my passport, Maria Fernanda Gomez Rodas.”

“Maria Fernanda,” he went on, “I have no commitment to anyone. That is the truth. Before we met, I was forced to promise my parents that I would marry Izabela so that they wouldn’t find out what had really happened. The truth would have hurt them much more than the story Izabela invented. I allowed myself to be pressured by that promise. I decided I would marry her, but that I would leave the island forever. Before you met me, you decided to enter the Convent, for what reason I don’t know, and I don’t wish to. I’m certain though, Sister Maria Jose, that you do not have the vocation to be a nun and, what’s more, you know it. The moment I saw you on the pier in Cartagena, I fell in love with you, and I know you feel the same way too. Our problem now is, what we are going to do about it. Let’s give it some time. I don’t need it, but if, after a while, our feelings are still the same, we’ll leave Providence and go to the United States. I have American nationality. I was a harbour pilot on the Canal, and I can go back to doing that. I can live anywhere in the world with that profession.”

She just stared at him. It was the first time she’d ever heard him speak so earnestly. She didn’t answer, but “Let’s go right now, I can’t stand this any longer,” was on the tip of her tongue. Instead, she bent her head and tears streamed down her face. Henley went over to her and, taking her by the shoulders, he lifted her right out of the chair saying, “Maria Fernanda, I swear to you, I promise you, there’s absolutely no-one and nothing on my part that can come between us. I’ll give you two months to make up your mind,

no longer.” He kissed her on the mouth, and left the room. Father David was in the church praying and noticed Henley as he passed. He got to his feet and went to see Sister Maria Jose. He found her sitting exactly as he had left her, and he could see at once she’d been crying. She stood up, thanked him, and went back to the house.

She spent the whole afternoon in her cell. She was so upset she couldn’t think straight. Mother Ana knew about her visit to the Rectory and tried to pry the reason for Sister Maria Jose’s sadness out of Father David. “Christmas is always a sad time for those far from home,” was his only answer.

There was to be a celebration for the beginning of Christmas in the Rectory at seven o’clock that night. Everyone was ready except for Sister Maria Jose, who had sent word that she wouldn’t be present. Mother Ana went up to her cell and said, “It’s an order, Sister Maria Jose.”

She sighed and reluctantly got up to dress. She was the last one to arrive, and to her astonishment she found that not only were the rest of the nuns present, but also Captain Carl with his wife Rosalia, Henley’s mother, Otto with his wife Sussy, Captain Tim with Miss Ercilia—whom she hadn’t seen since that first trip—and Henley with Black Tom. She greeted them all, well aware that her eyes were still red from crying. Asking her to be his interpreter, Father David thanked them all for accepting his invitation. He was well aware, he went on, that those present didn’t drink wine, so he had asked Ethel to prepare a beverage of *Sorrel* so they could give thanks to The Lord for having met such wonderful people as those present on this tiny island in the middle of the ocean who, in the recent emergency, had put aside all priorities to save the life of another. For this, the Community, the Mission, he himself, Mother Superior and the sisters, especially Sister

Maria Jose, would pray for them eternally. When he'd finished speaking, Sister Maria Jose stepped forward and said in English, "I personally want to say that I have never found in any other place I have lived, the love I have encountered on this island, and I wish to add that I feel this love for all of you too. I've seen that there are different ways to serve and praise The Lord," she continued, "I've also seen that, nonetheless, when someone needs help, the whole population is of one mind."

Afterwards they drank the *Sorrel* and ate chicken and rice, followed by a special pudding that was prepared only at Christmas—*duff*. The men understood Spanish, but Henley was the only one who spoke it well. Most of the women just smiled, except for Ethel, who was always a chatterbox. Mother Ana had brought the guitar which Henley had given to them as a present and, passing it to Sister Maria Jose, she said, "It's your turn this time Sister."

"Will you join me," she asked Henley, passing the instrument to him. After strumming a few chords, he began with Sister Maria Jose's favourite—"When Irish Eyes Are Smiling," then "Te quiero, dijiste", and "Temptation." Then he asked Captain Carl to sing, and Henley's father, looking at his wife, sang "(You Are Always) In My Heart." A blush crept across Miss Rosalia's face which even the years of being burned by the hot Caribbean sun couldn't hide, as she gazed back at her husband, touched by his gesture. Father David sang in Spanish accompanied by Sister Maria Jose on the guitar, and so they continued until almost ten o'clock.

Some of those present went off to Miss Jane's house and others to Town, all to return later for Midnight Mass. Everyone was hoping that Sister Maria Jose would sing again, and they didn't want to miss it. Henley went along with the others to

Town. Little by little, people began arriving from St. Catalina in their canoes, leaving them in Town to walk to the church. Those who had no flashlights used oil lamps, or wicks set in bottles of oil. People of all religions and from all parts of the island arrived at the church, either in groups or alone, all leaving their oil lamps and bottles in a line at the side of the road. Muddy shoes were changed for clean ones on the church steps, and everyone went inside for Mass, which began at midnight sharp. The church was prettily decorated with wreathes made from palm leaves with red bows. It was packed. There were even people spilling out onto the courtyard, and Mass was celebrated with fervent Christmas spirit. Catholics and Protestants alike sang hymns in English, and Sister Maria Jose sung Franck's "Panis Angelicus," which brought tears to many an eye, and a flurry of handkerchiefs was seen in almost every pew. When Mass was finished everyone turned their backs to the altar and wished each other a Merry Christmas. Sister Maria Jose was closing up the organ when a man came up to her with a bunch of flowers. He was of medium height, about thirty years old, and his green eyes shone in a face which, although had finely chiseled features, was prematurely aged by the sun. His clothes were clean, but somewhat wrinkled. She was sure this man was the "smart madman" Ethel had spoken about the other day. She thanked him for the flowers and placed them on the Virgin's altar, saying, "Mother, for the good health of this man."

Aska, in a voice rather louder than was necessary, said to her in impeccable English, "Sister Mary Joseph, the first time I ever heard 'Ave Maria' was on a cold morning in the Canal Zone in Panama. I'd just come off the night shift and I was passing a Catholic church where someone was singing. I wanted to go inside but they wouldn't let me, so I stayed out

in the cold and listened. It was a church for white Americans, you see. That can't be compared with the way you sang to-day, and I am honored to be able to thank you for singing it. It's as though it was for me alone."

Sister Maria Jose looked at him and thanked him once more, and they left the church together.

"Merry Christmas," she said to him in the courtyard.

"I'm an Adventist," he replied, "and we don't recognize this date as the birth of Jesus but, if it makes you happy, Merry Christmas."

All the while Henley was on the steps, waiting for Sister Maria Jose and Aska to pass. When Aska saw him he said, "*Hi Cap.*"

"Hi Aska."

He grinned and, looking Henley straight in the eye, said, "Cap, defending your territory? What is forbidden is always what one wants most," and strode off in the direction of Town.

Sister Maria Jose came over to Henley and he wished her a Merry Christmas, congratulating her on her beautiful interpretation of the hymns, then he slipped her a small object wrapped in tissue paper. After walking her to the door of the sister's residence, he bid her goodnight and set off back to town.

During the boat ride to St. Catalina the topic of conversation was, of course, Sister Maria Jose's beautiful voice.

"I told you so, I told you that there's no-one like her. Even the mountains vibrated at the sound of that voice," said Captain Tim who had heard her sing before.

On the thirtieth of December at three in the afternoon, William and Florence Taylor accompanied Henley to the church to celebrate his baptism. Father David insisted on Sister Maria Jose being present as well and, after a simple but meaningful service everyone went to the Rectory where Father David

offered wine, which Henley refused. The priest wished a long and fruitful life to his newly-baptized apostle and the same for his future children.

As he was reaching St. Catalina, Henley saw Izabela standing on the wharf. She'd already heard the news.

"Is it true you're baptized a Catholic?" she demanded, glaring at him.

"I'm baptized a Catholic", he replied shortly.

"Hypocrite!" she shouted at him in a fury. "You did that so that we can't get married in a civil ceremony, and you know quite well I won't get married in that church! I should have known, Henley. You never had any intention of marrying me!"

Grabbing her by her shoulders he said angrily, "Get this into your head. I'm not going to marry you. You're the most despicable woman I've ever met. You shut yourself in a room with a drunken sleeping man, and then go and make a scandal about something that never happened! You knew that if my parents found out I was drunk they would take it much harder than if I had taken advantage of you while they were away. You disgust me Izabela!"

Alarmed and aggrieved by Henley's violent reaction she stomped away without another word.

Henley took Communion for the first time on the night of the first of January. "This is really to feel closer to you, Sister Maria Jose," he muttered to himself.

Two days later the *Endurance* sailed out of the harbor and, as she watched, Sister Maria Jose felt that a chunk of her heart was going along with it. At the same time, Henley was feeling that he was leaving behind in Providence his only reason for living.

It was holiday time on the island and Sister Maria Jose had promised Father David to examine a box of correspondence and

documents in English and German he'd found in the Rectory. However, at the moment she was more interested in finding Calixto, the father's assistant, to try and persuade him to teach her how to manage a canoe. She'd seen Ethel coming from St. Catalina to the Mission in hers every day, so it couldn't be that difficult. She went to ask Mother Ana's permission. She gave it at once, thinking that it was a good idea that at least one of them should take an interest in the island's transport. She got into the boat, ready for her first lesson. This was the most important one—how to manage the oars.

The following day she decided to give the boat a name, and settled on *Eero*, then she lowered herself into the canoe, let go the rope and pushed off with an oar, as she'd seen Calixto do, then, when she was a little way out, she began rowing towards St. Catalina. Hers was the only boat in the harbor and all eyes were on the nun with her veil flying behind her like a black bird. They also noticed that the current was taking her in the opposite direction to where she intended to go, but she had her back towards the smaller island and hadn't realized what was happening. At least five people set off to rescue her, including Captain Carl, who was the closest to her. He jumped into his boat and rowed out towards her, threw her a line and towed her to his own jetty. By this time, she was without shoes, soaked to the skin, and her wimple was askew, but she felt elated. She greeted Miss Rosalia and gratefully accepted the glass of cane juice with lime offered to her. She looked through the window and saw Johnny, who took care of the cattle, grooming Henley's horse and she went outside to pat the animal. She would have mounted it at once if she had been more adequately attired.

After a while she said she had to leave, and Captain Carl told her that Johnny would take her back. Aska appeared from nowhere, as usual, and she sat down on the wharf with him,

dangling her feet in the water and gazing at the island, at the mountains standing out defiantly against the sky, at the clusters of houses on the shoreline, and listening to the sounds of everyday life, now all so familiar to her. “This is so beautiful,” she said dreamily. A canoe pulled up to the jetty piled with recently caught fish, lobster, and a turtle. Miss Rosalia came down for some of the fish, and the canoe left again. The lady of the house knelt down right there on the jetty and, taking a sharp knife from the pot she’d brought with her, began cleaning the fish. Before she could stop herself, Sister Maria Jose grimaced at the sight, and Aska was quick to notice it.

“Can you imagine yourself doing that?”

“No,” she admitted. “I can’t.”

“Well then woman, mark Shakespeare’s words—Be sincere with yourself and surely as night follows the day, you can never be disloyal with anyone else.”

She looked at him, rather surprised, and Ethel’s words came back to her. Definitely Aska was saner than he appeared to be. As she got up to leave, he offered to take her, and she accepted without a thought. After thanking Captain Carl and Johnny, they rowed away in the canoe. Aska handled the oars skillfully and Sister Maria Jose amused herself trailing her hands in the water, her thoughts wandering. Out of the blue he said, “Sing ‘Ave Maria’ for me.” She didn’t feel much like it but nonetheless she humored him and began singing. Almost halfway through, a sudden gust of wind whipped down the narrow channel between the two islands and caught her wimple, sending it flying like a dove over the water. It settled on the surface some distance away, like a black and white goose, whilst her hair, unrestrained at last, danced in the wind. Aska stopped rowing. “Your eyes and your hair are the same colour.”

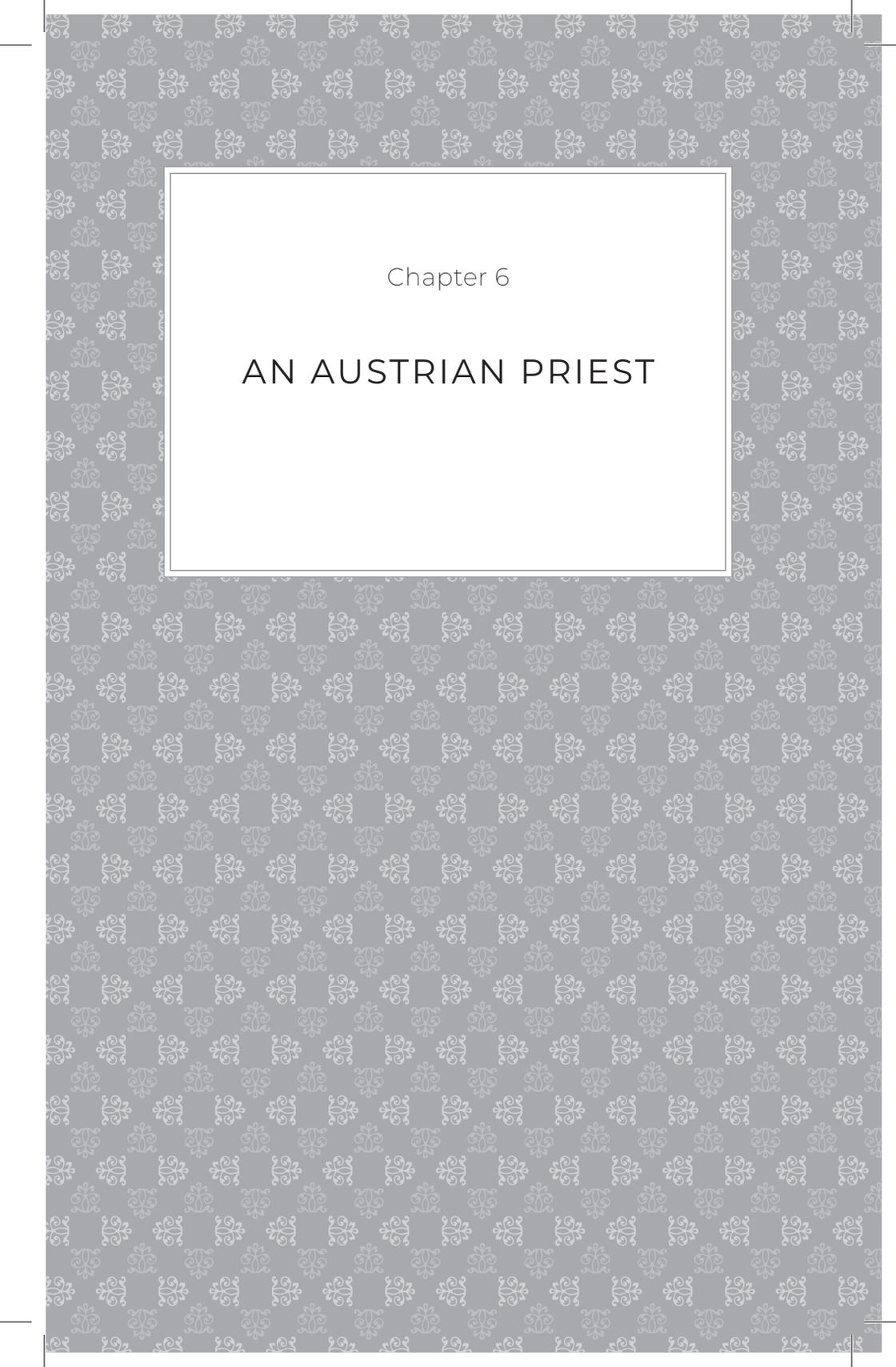
“Let’s try and get the wimple back,” she said, rather embarrassed, and he rowed towards it. Even though it was soaked she put it back on her head and tied it down firmly.

Everyone was waiting for her when they arrived at the Convent wharf, and Ethel giggled, “You look just like a chicken that has been dragged out of the bush by its tail—all ruffled.”

Mother Ana ordered her into the sitting-room, and she braced herself for a scolding. To her surprise, she took one look at the bedraggled Sister and burst out laughing.

“You know, I rather think that Aska’s madness is contagious.”





Chapter 6

AN AUSTRIAN PRIEST



Just as she had promised, Sister Maria Jose went to the Rectory for the box of letters and other documents which had belonged to the priests who had lived on the island before her Community arrived. Back in her cell she set to work. The papers were all jumbled together in no particular order. Fortunately, Father David didn't need a detailed report, nor even a written one. All he really wanted to know was why the first priests had come here, and from where; who had decided to bring the second group and, more importantly, what was it that had caused the third group to leave the islands so suddenly. That event had led him to be transferred here.

A few days later, Sister Maria Jose had a question for Father David. "Did you know that the first priests, from Austria, came here on their own initiative? No-one requested their presence as far as I can see. The first one had read an article about the islands which reported that there was no-one here to represent the Catholic faith, so he just decided to come. He began what Your Reverence inherited."

"They weren't Austrian, they were German," Father David corrected her.

"I'm sorry Father," she insisted. "The first two were Austrian and the third was English."

“Alright, alright,” replied Father David with an impatient wave of his hand. “What else have you discovered?”

“Well,” she continued, “the first priest had a dreadful time when he reached San Andres, and that’s why he decided to come to Providence. He received an extraordinary welcome here and stayed for seven years. The second one arrived in 1903 and died in Panama in 1910. The third one is a bit of a mystery. He came and went almost unnoticed. It seems that the second one contacted a Community in the United States before he died, and asked them to send someone to replace him, and they did. They sought permission from Colombia to enter the country, but with the Canal having been taken over by the United States, plus the American President’s offer to purchase the islands, the Colombian government requested them to leave. The Islanders insisted on English-speaking priests because ninety-nine percent of them spoke that language, so the Irish were sought to replace the Americans. What I haven’t been able to discover though, is why your Community replaced the Irish. Did you know, Father, that neither the Americans nor the Irish were aware that the Austrians had been here?”

The day finally came when Father David offered to take Sister Maria Jose to see the rest of the island. She had already walked from Lazy Hill to Mountain, but this time they would go by sailboat. She loved it and admired the numerous mountains with enthusiasm. “This has to be Paradise,” she exclaimed. She discovered that there were few Catholics in Rocky Point and Smoothwater Bay—they were mostly Protestants. Walking along the deserted beaches, she imagined visiting them with Henley. She went to Bottom House—Black Tom’s neighbourhood, and found that, in effect, most of the Negroes had been confined to this district.

Because of the custom inherited from the Puritans, the people in other districts tended to marry within the same families, and had largely managed to conserve their colour, although it wasn't pure white. Negroe blood had filtered through, resulting in a mixture of the two. The inhabitants of these two districts passed themselves off as white though, especially in the Canal Zone, where dozens of them went in search of work. There was no doubt that the most powerful captains and cattle-owners were from these two districts. The women had Anglo Saxon features, and always looked tired, perhaps because of the hot climate and hard work. They limited themselves to reply very primly to the customary "Good morning," keeping their eyes riveted on the ground, almost as if they were counting their steps, and they never invited the others into their homes.

They returned to the Convent at dusk and, after dinner, Sister Maria Jose spent the hours before bedtime thinking of Henley and the decision she would have to make when the two months had passed. Her heart told her clearly which path she should take, but the respect she had for what she thought of as her vocation, not to mention the fear of failing as a wife, stopped her from saying, "Mother, I'm leaving. Henley, here I am." Apart from that, the situation with Izabela still wasn't clear and she didn't want to be thought of as what she obviously was—a fiancé-thief. She fell asleep with that troubling thought running through her mind.

One day, feeling stifled in her cell, and even more so in the house, she went over to the church and sat in the courtyard. It was generally very pleasant there in the afternoons. She'd hardly settled herself on a bench when Aska appeared, seemingly from nowhere, and sat down beside her. She knew he hadn't looked favourably on Father David's arrival on the island and she took this opportunity to question him about it.

“Sister Mary Joseph,” he said very solemnly, “we would be British subjects today if the Spaniards hadn’t arrived and scared the Puritans away.”

“Just a moment,” she retorted. “According to history, the Puritans had become pirates.”

“That has nothing to do with it. They were here first. The land was theirs,” he insisted, with a glare.

Trying to make amends she said, “Well, if the people were so happy and satisfied with the Irish, why did they leave?”

“Ah, that’s another story. The Irish replaced the Americans, as you know, but the wanton behavior of the Intendent at that time caused the Irish to leave. They reproached him on his conduct and he didn’t like it. He got all the Catholics to sign a petition they didn’t understand. They thought it was a request for teachers, but it was really to get the priests out. The Islanders read and understood very little Spanish and they didn’t realize they were signing for the expulsion of the priests. Do you understand now, Sister Mary Joseph?” He stood up abruptly, and strode off without another word, with his sack and machete grasped firmly in one hand.

“He really is a smart madman, that’s for sure,” mused Sister Maria Jose as she watched him disappear down the road.

After reading all the correspondence and reports, Sister Maria Jose was intrigued by a character called Doctor Henry Timgen. She found it extremely unusual that, being a German, according to the documents, and a foreigner like herself, he should have chosen to live on an island over two hundred and fifty miles from the closest civilized port, with a population of no more than two thousand, seventy-five percent of which were women, as most of the men were working in Colon or at sea. His name didn’t appear anywhere, but she gathered that he had come to the island in 1902. She decided to ask Aska about him the next

time he turned up. Could it be true that he never charged for his services? He knew that the Islanders didn't have any money, and they probably thought of this as charity on his part. It wouldn't even occur to them to wonder where the little money came from that he needed to live on. His benevolence reminded her of something once decreed by Joseph I of Austria—*"Need is insufficient cause for shame, no-one should be publicly exposed to it,"* and Doctor Timgen carried this out to the last letter.

There was still no judge on the island and it seemed that Henley's marriage to Izabela would be postponed indefinitely. Not being able to confide in anyone, she decided to write down her feelings and her confusion on paper. Did she love Henley? Absolutely! Why was she so sure about that? Because everything about him meant the world to her. Him, his family, his island, his schooner, his horse, even his ex-girlfriend. What was it Henley had those other men she'd known didn't? She couldn't define it, but he was responsible, tender, loving and gallant, intelligent, very good-looking, strong... She loved his voice, and just looking at his eyes made her weak at the knees. But would she have the courage to leave the religious community—the community that she'd entered of her own free will, convinced that she really had a vocation, and where, she had to admit, she'd been happy? Then again, she had to acknowledge that part of the happiness on the island had been because of Henley. Alright then, she would leave. Was she willing to wait at home for Henley whilst he was at sea? No. Would she be able to manage a household, an island house, like Henley's mother Miss Rosalie? No. Was she willing to have children and bring them up in the limited environment of Providence? No. Finally, was she sure of Henley's love for her? Yes. What didn't she like about him? The fact that he wouldn't talk about the past.

She read what she had written and concluded: “I will leave, but we’ll have to live somewhere else, in another country.” There, she had made her decision and she would think no more about it.

One day, as she was resting, pondering on how to ask Aska about Doctor Timgen and then how she would approach the man, the sound of the conch shell interrupted her thoughts. Her heart skipped a beat. Could it be the *Endurance*? But no, it was a Colombian Navy ship that had been sighted on the horizon. An hour later she heard voices and, looking out of her window in curiosity, she saw a boat approaching the Convent wharf. She hurried downstairs and to her astonishment, saw her mother and her stepfather aboard. She couldn’t believe her eyes! What on earth were they doing here!? Why had they come? She hadn’t asked them to visit her and she hadn’t told them she needed them. After all, they had given her into the care of her aunt Nena at the age of five, and she looked upon *her* as her mother. The boat was secured and they disembarked, greeting everyone and giving her their usual welcoming kiss. They went no further than the wharf though. They informed everyone that they had gone to Panama after hearing of Sister Maria Jose’s illness from the Community in Bogota and, not finding her there and knowing that this ship was scheduled to visit the islands, they came. They had also brought a letter for Mother Ana. Mother Ana sent the other two nuns who had appeared, along with Ethel, back to the Convent and read the letter. When she finished, she passed it to Sister Maria Jose who, after reading it, folded it up and put it in her pocket. Looking at them she said. “I’m sorry you’ve come all this way for nothing. I’m not leaving here, nor have I asked permission to be transferred, or to leave the Community. Even

if I had, I wouldn't go back with you. My aunt and uncle are both dead, but thanks to them, I know where I want to go and who I want to live with."

Her mother opened her mouth to protest, but she interrupted, "Don't try to convince me. I'm twenty-four years old and I make my own decisions. If I need you, I'll let you know."

Her mother, somewhat hesitantly, gave her a suitcase, then the bell sounded on the boat and the lady and her husband, both elegantly clad in safari-style clothing, bade farewell in the same manner as they had when they arrived, and departed. As the launch was leaving Father David appeared and Mother Ana informed him of what had just happened. At once he asked Sister Maria Jose to accompany him to the Rectory.

"Now my child," he began once they were seated, "what's this all about?"

She withdrew the letter from her pocket and passed it to him.

"So?" he asked when he'd read it.

"Well, I haven't asked permission to leave the Convent."

"I'm aware of that, and, believe me, I know quite well why you wouldn't want to leave either the Community or the island at this particular moment but, from what I see, I have the feeling that your relationship with your parents is not all it should be. Or am I mistaken Sister Maria Jose?"

"No Father, you're not," she admitted. "The man who is with my mother isn't my father—he died twenty-three years ago. A year later my mother re-married. I was two years old at the time. She left me with Aunt Nena and spent the following years traveling around the world with her husband. My aunt and uncle took me to Europe and I lived with them until I was twelve. Then they died in a train crash. My mother, against my will took advantage of all the confusion that

their death caused me and made me go to Manizales with her. I tried my best to live with my family, but I just couldn't fit in. I didn't want to go back to Austria, so I decided I had a vocation, and sought to enter the Convent."

"Well Sister Maria Jose, what is God's will be His will," was the father's only comment.

Some days later Sisters Maria de Jesus and Maria Jose went to Town to buy provisions for the week. Sister Maria Jose sat down on one of the benches in the park whilst Sister Maria de Jesus went over the shopping list in Jay's store. The walk from the Convent had made her perspire and she dabbed at her wet face with a handkerchief. She looked up and saw Aska standing right in front of her, staring straight at her.

"You are the most beautiful woman I've ever seen."

Sister Maria Jose ignored this show of gallantry. Such remarks were considered disrespectful in nun's circles, and she said instead, "Aska, tell me, when did Doctor Timgen come to the islands?"

"It was around 1902, not long after the first priests arrived."

"Has he always been such a recluse and so mysterious?"

"In Providence, when you don't want people nosing around in your life, you keep away from them," he answered shortly.

"You seem to know him well. Why don't you tell me about him?" she insisted.

"You know, Sister Mary Joseph, for a nun you're far too curious. Or perhaps you're trying to convert him to your religion, like you did Captain Henley."

That remark disconcerted Sister Maria Jose and she decided it best to leave the topic for another occasion.

The next days were spent in preparing for the new school year, interspersed with discussions between Sister Maria Jose and Aska. She listened for hours, fascinated by his colourful,

often rather disjointed and, at times, very perceptive descriptions of Doctor Timgen and other well-known characters on the islands. As he talked, she realized that he was just as intrigued about Timgen's past as she was and although Father David had insisted that all he needed was a verbal account of the events, she felt it would be a good idea to write it all down. It was far too interesting just to be committed to memory. It was quite conceivable too that a clarification of a tragedy in the Old World, which had never been explained and remained a mystery, was on this island so isolated from the rest of humanity—a melting pot in the Caribbean to where people of all stations were drawn—often never again to leave. She spent days transcribing the information that flowed from Aska in torrents with a surprising lack of effort on his part. At times it appeared that he was happy to have someone to share his suspicions with.

Each morning Sister Maria Jose scanned the harbor in hope that the *Endurance* had come in during the night or early dawn and would be anchored there. She even enquired of Aska and Ethel as to which boats were due, but they never mentioned the *Endurance*. Then, one morning there she was. She must have come in at dawn because no other craft was alongside to receive passengers or cargo. She could make out Otto, Black Tom, the other four sailors and five other men—probably passengers—but she couldn't see Henley. Again, and again, she searched the boat in vain for a glimpse of Henley. The bell for Mass rang, but she stood frozen at her window, her heart beating wildly. Finally, she tore herself away and reached the chapel just in time for the service. After taking Communion she hastened back to her cell and took up her post at the window, eyes riveted on the schooner, but still there was no trace of Henley. Perhaps he'd already disembarked.

She saw Ethel leave St. Catalina in her canoe and watched her as she rowed up to the schooner. Boarding her she went over to talk to Otto. As soon as she reached the Convent wharf Sister Maria Jose went downstairs on the pretext of bidding her good morning. She helped her light the stove and lay the table for breakfast. She seemed rather sulky when she said to Sister Maria Jose, "Did you see that your schooner came in?" She nodded her head in reply and Ethel, clattering around in the kitchen continued, "But your friend Captain Henley didn't. I'm really mad. I asked him to bring some things for me, but he didn't even bother to send them with Otto. He probably stayed in Colon amusing himself with one of his women. He'll hear from me when he gets back."

Sister Maria Jose was so upset that she couldn't swallow a bite of breakfast, and excused herself. She went to the church and prayed fervently to the Virgin for help in controlling the turmoil inside her. Father David arrived while she was there and he seemed to be waiting for her. She crossed herself and went over to him.

"I have to pick up three small boxes that came on the *Endurance*. Calixto sent word he won't be in this morning and I wondered, most respectfully of course, if you could do me the great service of going out there and fetching them for me. Perhaps it would be better if I asked Mother Ana to let Ethel go. You two are the only ones who can handle a canoe. Meanwhile, think about it."

Think about it? Think about it?! She didn't have to think a second about it. Rushing over to the house, she informed Mother Ana of the errand at hand and, without waiting for a reply, sped down to the wharf, jumped into the *Eero*, loosed the rope, grabbed the oars, hitched up her habit and rowed out to the schooner as fast as she could. One of the sailors caught

the rope and secured the boat to the schooner. Otto helped her up the ladder and down onto the deck. She greeted him and told him she'd come for Father David's things.

"Is that all you've come for Sister?" he inquired somewhat slyly. She smiled at him and her eyes grew moist. Without a word Otto disappeared down the hatch and came back shortly with a magazine with the title *Sacred Heart*, and gave it to her. She looked at it and then back at Otto.

"But Father David said there were three boxes."

"Yes, there are. I'll get them for you right away. The magazine is from Henley. There's something inside for you."

She moved away and rifled through the pages until she found an envelope with *Sister Maria Jose from Manizales* written on it. She hastily ripped it open and began to read, tears streaming down her face and falling on the page, smudging the ink and making little blue splashes on her wimple. Henley had decided to stay in Panama for an interview for work in the Canal Zone. Depending on her answer, he wrote, he would prepare for them both to live there, or for him to live there alone. He thought about her constantly and loved her as he never thought he could love. The loneliness he felt without her was unbearable.

Sighing, Sister Maria Jose rowed back to the Convent with Father David's three boxes, the magazine, the letter safely tucked away in a pocket, and a wimple sprinkled with blue. Father David was waiting for her on the wharf and was so pleased to have his boxes that he invited her to have a snack with him. Sister Maria de Jesus, who was serving them, noticed the stained wimple and remarked, "The bottle of ink that broke splashed you."

The *Endurance* sailed the following Tuesday and Sister Maria Jose wasn't able to send Henley an answer with Otto.

She wasn't aware that the schooner had been chartered for two trips to San Andres with cargoes of cattle. Neither was she aware that Henley would be in San Andres in time to board the schooner for her last trip back to Providence.

Life went on smoothly, but it happened to be July, a month of alternating calm weather and fierce gale-force winds which seemed to sweep in from nowhere. All the Islanders knew what these seasons meant for the sailboats and were always apprehensive of unforeseen circumstances. The winds were unpredictable and would carry a vessel to port, or not, according to their whim. That is precisely what happened to the *Endurance* on the trip from San Andres to Providence, with Henley as captain, Otto as first mate, and another cousin who had gone along to lend a hand.

They sailed on a Thursday afternoon in the company of another schooner—the *Persistence*. As they rode the swells together, both crews realized that the current, although in their favour, was getting stronger. Taking that into account they estimated they would be entering Providence harbor before daybreak. Then, at midnight, both schooners lost sight of each other's lights. It was worrying, but not to the extreme. The *Persistence* kept on her course without much trouble, but the *Endurance* seemed to be battling the biggest waves as well as a whirlwind.

On land the community awaited the arrival of the two schooners—the *Persistence* from Colon and the *Endurance* from San Andres. Bets were made as to which of the two would appear on the horizon first, and the mood was festive. The afternoon passed and neither appeared, but then, no-one knew for sure at exactly what time they had sailed from San Andres. A few people saw the *Persistence* sail into the harbor at daybreak and were quite surprised. Never before had

she beaten the *Endurance*. Even more baffling though was that, after putting the eight passengers ashore, she weighed anchor at once, hoisted the sails and sailed out of the harbor at full speed. It was the newly-disembarked passengers who gave the news that the two schooners had set sail together and that the *Endurance* had disappeared during the night. Captain Tim couldn't believe his ears, and managed to board the *Persistence* before she left. He learned from her crew that Henley had sailed on the *Persistence* from Colon and was now on the *Endurance*.

Maria Fernanda knew that the *Endurance* was due to arrive, but all she hoped to receive was another letter from Henley, albeit that she hadn't answered the first one. Depending on what he wrote, she decided to sail back with them and meet Henley in Colon. The hours passed. It was time to go to bed, and the *Endurance* still hadn't appeared.

The next day dawned and the *Persistence* anchored in the bay. Sister Maria Jose supposed that the *Endurance* would appear at any moment, and she was astonished when she saw the *Persistence* sail out of the bay again. Ethel hadn't arrived as yet, so she had no idea of what was happening.

Later in the morning, after Mass, Father David and Mother Ana were discussing various matters concerning the Convent, when Father David remarked that she shouldn't rely too much on Maria Fernanda, as he had the feeling that sooner or later, she might be leaving the Convent for good. Mother Ana nodded her head in agreement, confessing that she too suspected the same, but she had given her time to decide for herself. She thought, however that the sister had already made a decision.

When Ethel arrived, she brought the news. The *Endurance* hadn't gone back to Colon, she'd sailed from San Andres

with Henley on board, but the *Persistence* had lost sight of her at midnight.

Everyone at Henley's house was worried sick. The pastors prayed, the other women tried to comfort Miss Rosalie, and Henley's cousin and ex-fiancée was already setting her sights on another cousin.

The *Persistence* returned at seven o'clock that night, and everyone watched with bated breath as she sailed into the harbor. Had she found the *Endurance*? Everyone who had anything seaworthy went out to the schooner hoping for good news, but as soon as she dropped anchor, a boat was lowered and a makeshift bed with someone on it was carefully taken off the schooner and let down into it. In the moonlight they could make out Captain Tim who, along with the boatman and two other men, rowed the stricken person straight to St. Catalina. Then the air was filled with wailing and crying. Everyone was convinced that whoever was on that boat was dead, but they still had no idea who it could be. When the boat headed straight for Captain Carl's wharf the only person who suspected the identity of the occupant, rushed down to meet them, distraught. She immediately recognized Henley when she peered into the boat and ran back up to the house again to prepared a room where he could be attended to, without knowing for sure if he was alive or dead. He was brought inside and placed on the bed. He moaned and she thanked God that he was still alive. Captain Carl called for a pencil and paper and wrote a note to Doctor Timgen describing Henley's condition. This is what it said:

Dr. Timgen,  
Capt. Henley arrived with a wound on his left thigh. It is four inches long and one inch deep and was caused when one of

the cables that secure the kitchen on the Endurance snapped and lashed his leg. He's been bleeding since twelve thirty last night. Sometimes the bleeding stops, but at the slightest movement, it starts again. He's unconscious and moans in pain. He has no fever.

CARL BRITTANY

Henley lay unconscious, bleeding, and moaning in pain. His parents kept close watch on him, anxiously awaiting an answer from Doctor Timgen. Soon Father David and two nuns arrived, followed by Johnny, who had brought the doctor's reply. It was one of the very rare notes he ever wrote, and it read:

Bind the upper part of the thigh tightly, and release the pressure every ten minutes.

Keep pressure on the wound itself, so the blood will coagulate.

Mix these drops with water, and administer them to the patient.

Scrape a towel and put the scrapings on the wound.

When the wound stops bleeding, place the inside skin of a raw egg on it.

Feed him half a teaspoon of chocolate with two raw eggs in hot water with milk.

Someone who is in good health should keep their fingers entwined with those of the patient.



Chapter 7

*THE ENDURANCE*



The mere fact that two sailboats left port at the same time for the same destination was considered by those who captained the vessels, as well as the onlookers on land, as a race. There was no need for announcements, pacts weren't made, nor bets placed (Protestants were forbidden to gamble), but the outcome was always speculated upon with great enthusiasm. The first boat to enter the southern channel of Providence, Boca Chica in Cartagena, or the artificial reef Cristobal Bay, Colon, was the winner. Heated discussions ensued as to which vessel was the fastest, which had the sailors who knew how to manage the sails to the fullest advantage, and which of the captains was most adept in choosing the fastest and least hazardous route. It was six o'clock that Thursday when the two schooners set sail from San Andres Harbour for Providence. The *Endurance* was the first one out. Winning the race was the last thing on Henley's mind. His only thought was to reach Providence in the fastest time possible. The *Persistence* followed her a little while later.

The gamblers saw both vessels off and then retired to a bench in the Bolivar Park where they proceeded to discuss at length the race in process and noisily recall noteworthy trips of the past. In such get-togethers one tale in particular always came up. This specific race was between the *Persistence*

and the *Dix* when they sailed for Cartagena. Although the *Persistence* won, the captain of the *Dix* was loathe to accept defeat, and doggedly set about inspecting every piece of navigation equipment on his ship, down to the smallest object. His stubbornness paid off, for he discovered that two pins had been inserted into the compass which, of course, caused the schooner to deviate from her course, and consequently lose the race. When confronted with the evidence by the irate captain, the skipper of the *Persistence* looked at him witheringly and said, "And you're willing to lose a friendship of years for the sake of two pins?"

The bulk of the two schooners; Captain Lem's experience, compared to that of Henley; and the skill of the sailors when it came to managing situations which jeopardized the safety of the ship, were all argued about with much relish long after the schooners had disappeared from sight. At midnight, however, the race between the *Endurance* and the *Persistence* was about to take a turn that neither those on land, nor on board, had anticipated.

It began when the ships lost sight of each other's lights. For some reason Captain Lem had gone off course. It was later discovered that the current had confused him and his sense of smell told him that the weather was taking a turn for the worse, so he changed course. Sailboat captains rely on their sense of smell to detect changes in temperature. The *Endurance* however, kept on its course, and suddenly the weather changed completely. Henley had suspected this, but he misjudged the force and intensity of the ensuing storm. It was far too late when he realized his mistake.

*"All hands on deck!"*

He gave orders to lower the mainsail but, even so, the *Endurance* continued to be battered by the roaring winds.

Visibility was no more than a meter in the pouring rain, and the waves were high and coming fast one behind the other. In spite of battling them bravely, the *Endurance* was unable to advance and was changing course erratically. Even so, Henley was sure that the storm would soon abate that they would make the southern channel by daybreak. He turned over the helm to Otto and repeated the programmed course to him. As he was fighting his way to the prow a flash of lightning lit up the small vessel as she was tossed by the raging waves, and struck one of the cables that secured the kitchen to the deck. With a loud crack, it snapped in two and flew towards him like an arrow, lashing him on his left leg. The impact flung him all the way to the end of the cabin, starboard, almost up against the mainsail mast and the beam of the schooner. It was only luck that saved him from being thrown overboard into the roiling seas. Even so, he managed to get up, and glanced towards the kitchen to see if it was still secured by the other cable. It was then he became aware of a burning in his leg and hot liquid running down it. He realized he'd been injured but in the pitch darkness he wasn't able to see to what extent. He gave orders to replace the broken cable and made his way to the stern.

Another flash of lightning lit the sky and Otto saw that Henley was bleeding and yelled at once for Black Tom. Henley went below to his cabin and searched for a flashlight. He wanted to see how bad his leg was. Although it wasn't painful it was bleeding copiously, more than was normal, in fact. The cable had cut his flesh like a knife and the wound, more than four inches long, was deeper towards one end, which made it appear to be a superficial cut only. He took off the cloth he wore on his head and bound it tightly around his upper thigh as a tourniquet. Black Tom took a look at the

cut and went off to fetch some sticks to tighten the tourniquet even more, releasing the pressure every fifteen minutes. A towel was pressed against the wound to help staunch the blood flow. It worked as long as Henley was still. Any movement made it bleed again profusely.

Otto thought it better to change course to get out of the storm and he turned sharply starboard. The rocking of the boom caused the mainsail to receive too much wind and, although it wasn't fully hoisted, the wind was too much for it and a tearing sound rent the air. When Otto looked up, he was horrified to see that the sail was not only torn, but part of it had blown away into the water. Without the mainsail now, and without any time to secure the boom, he watched helplessly as it swept across the deck moving everything in its path, causing the boat to lean perilously to one side. Henley felt the movement and imagined what had happened. Anxious to help he got up and immediately felt blood spurt down his leg. Nonetheless he made sure that all his crew was intact, then lay down in a corner of the stern. The blood flowed slowly but constantly and now the pain came, making him move his leg. The bleeding became more profuse.

They were now on a new course, using the jib and the mizzen sails. Fortunately for them there was a southerly wind. The *Endurance* advanced slowly and Otto took inventory of the ship. He found they had lost the lifeboats, the water barrels, and everything that had been between the kitchen and the stern. Everything on the prow was gone as well, swept away when the ship had leaned heavily to one side.

The pain increased, and Henley began to feel more and more drowsy. He knew very well what that meant.

The *Persistence* sailed into Providence harbour through the southern channel at three in the morning. Everyone on board

scanned the horizon anxiously, but there was no sign of the *Endurance*. As they entered the bay Captain Lem knew something was wrong. He didn't believe for a minute he had out-sailed the other schooner but, where was she? At daybreak there was still no sign of her and he ordered the passenger to disembark and, before the authorities were able to board to receive them, he gave orders to weigh anchor, and sailed out of the harbour again, with Captain Tim on board. The wind had subsided somewhat but the current was strong. There was still no sign of the *Endurance* on the rough sea.

To make matters worse, the crew glimpsed a wooden barrel, similar to those used on schooners to store water, tossed about by the waves in the midst of branches and pieces of wood. They heaved it on deck and looked in horror at *M/V Endurance* stamped on it.

"*Jesus Christ!*" yelled Captain Lem.

Captain Tim ran his hands over the barrel and muttered, "Henley, this is more than just some woman, she's become an obsession."

They sailed in the direction where they thought the *Endurance* might have gone off course in the storm, and at midday they sighted her, battling slowly and bravely through the waves with only her jib and mizzen sails. That was indication enough of what had happened. By now the whole of Providence had heard that something was amiss, but no-one knew for sure what had happened exactly until the *Persistence* arrived at seven that night.

Henley was taken on board and Captain Tim was left on the *Endurance* along with one of the lifeboats. On seeing Henley's condition, Captain Lem took the helm and yelled, "*All hands on deck! Everyone stand by! Give her everything she can take!*" The sails, which had been lowered to reduce speed,

were hoisted again, the captain turned sharply starboard, and the *Persistence* set off once again, cutting through the waves with dogged determination. Black Tom stayed with Henley who, refused to go below and lay on the cabin roof instead.

Not long after he was taken aboard, Henley lost consciousness and wasn't aware of arriving at Providence, or of being taken from the schooner to his home. Everyone in Town, Freetown, and Old Town was speculating as to what was happening. Even the nuns were watching the activity from their house, speculating as to what was causing so much consternation. Aska was the first to bring them the news. Sister Maria Jose hurried to him as soon as she saw him but before she could question him, he said, "They've brought Captain Henley. He's injured. There was an accident on the *Endurance*. The boat is still afloat but the sails are ripped to pieces."

Gasping in fright, she covered her face with her hands. Father David arrived and Aska repeated his story, then he hurried off to Freetown to tell everyone there. The father went to look for Sister Maria de Jesus, and the three of them got into the *Eero* and Sister Maria Jose rowed them to St. Catalina as fast as she could.

The wharf, the garden and the house were crowded when they arrived. Johnny—Captain Carl's nephew—was right behind them, bringing a note from Doctor Timgen with instructions as to Henley's care, based on the note he had received from Henley's father earlier. Father David went in search of Captain Carl, and when he finally found him, he announced, "Sister Maria de Jesus is a nurse, she can be of help." The captain took her to where Henley was, and Sister Maria Jose stayed outside with Father David, walking to and for in an anxiety she was unable to hide. The crowd of people, mostly relatives, watched them expectantly, hoping that they would know what to do.

Inside, Henley, his eyes still closed, breathed with some difficulty and moaned often. The bandage on his leg was soaked with blood. When Sister Maria de Jesus reached his bedside, she lifted his eyelids, read Doctor Timgen's note, and went to the kitchen, where ten or more people were gathered, all wishing to help with something. She called for water and a knife, then she went back into the bedroom and asked for a clean towel, and began scraping it. Removing the bandage, she sprinkled the scrapings on the cut. She tried to give Henley a teaspoon of the medicine, but his teeth were tightly clenched and it was impossible for her to get him to open his mouth. She asked Captain Carl to call Sister Maria Jose, and when she came in, Sister Maria de Jesus explained the problem. Without hesitation, Sister Maria Jose put her fingers into Henley's mouth and pried it open, at the same time squeezing drops from some cotton wool soaked with the medicine. On trying it herself, she discovered it to be nothing more than brandy diluted with water. The two nuns repeated the process every two hours. The bleeding finally stopped, but Henley remained unconscious. They wrapped him in a blanket, leaving only the wounded leg uncovered.

Meanwhile outside, neighbours and relatives kept watch, scanning the horizon for signs of the stricken *Endurance*. At four in the morning Father David entered the room and informed the two sisters that he was going back to the house to get ready for Extreme Unction. Sister Maria de Jesus said she would go with him so she could bring some medicine she'd found in the Rectory. Even though it was old, it was still good and might have more effect than that sent by Doctor Timgen. On hearing this, Sister Maria Jose felt faint. She picked up Doctor Timgen's note and read it. Although she found the last part rather far-fetched, she decided to give it a try.

She went over to Henley and took his hands in hers and placed them on his chest. To transmit energy to someone who is sick, that is what a healthy person should do, according to the note. Even though she found it rather ridiculous she put all her faith into it.

Whilst Carl's nephew Johnny rowed Father David and Sister Maria de Jesus back to the Convent, Sister Maria Jose stayed at Henley's bedside, with his hands firmly held in her own. By the light of the kerosene lamp she studied him. His skin, burnished by the sun and the wind, brown hair, now somewhat tousled, flecked with gold, the creases at the corners of his eyes, which were still closed. His nose seemed straighter than before, and his red moustache now had a rather unkempt look about it. His mouth was closed and his lips looked parched, so she decided to moisten them the only way she knew how, without letting go of his hands...

The *Endurance* finally made her appearance on the horizon at six in the morning and everyone hastened to watch as she limped in like a swallow with no wings. Henley, who up till then hadn't shown any sign of feeling her weight on his chest, suddenly squeezed her fingers a little and blinked.

"Henley, how are you feeling?" she asked looking at him tenderly. He didn't answer, but he knew she was there, or was he dreaming? He squeezed her hands again, to make sure. A little while later, half asleep, he called her name. "Sister Maria Jose."

"Yes, I'm right here," she replied gently.

Captain Carl had just come in and on seeing Henley's reaction, couldn't hold back his tears. As if in surprise, they streaked down the cheeks of this man who seemed to be made of solid oak. Henley tried to rouse himself but he was still too weak. Sister Maria Jose asked Captain Carl to bring some warm milk,

and coaxed Henley to drink it without much trouble—a miracle, because Henley detested milk. He must have realized though, because when he'd finished it, his eyes flew open in surprise. They were very red. Father David entered all decked out, ready to give Extreme Unction.

"It's not necessary Father. He's come to." Everyone left the room and she leaned her head on the bed and began to pray. She was in the process of promising the Virgin that, if Henley recovered, she would give up her love for him, when he suddenly pulled his hands away from hers. She almost let out a cry, wondering what on earth could have provoked such a reaction. She heard one of his arms fall on the bed, and then felt his right hand on her head, trying in vain to rip off her wimple. His hand slid gently down to her face and his fingers traced the line of her lips. She raised her head and saw that his eyes were open now and he was looking at her. Meanwhile, Sister Maria de Jesus was in the kitchen preparing one of the remedies prescribed by Doctor Timgen. He had instructed that as soon as the bleeding had ceased the inside skin of a raw egg should be placed over the wound, and a cup of chocolate with two raw eggs should be given to him at breakfast, or whenever he regained consciousness. Henley meekly surrendered to their ministrations without a complaint. "Thank you for coming Sisters," was all he said.

The sun peeked its head over the mountain tops and Sister Maria Jose would have stayed if Sister Maria de Jesus hadn't pulled her out of the chair.

"He needs sleep, and he won't get it with you here," she scolded. "Let's go."

Outside, Otto and the other sailors were still relating the events of the past dreadful night. Sister Maria de Jesus gave some instructions to Black Tom as to Henley's care, and the two

sisters greeted the rest of the crew. “Welcome home,” Sister Maria Jose said in English. They said goodbye to Captain Carl and went into the kitchen to find Miss Rosalie who, in spite of the tragedy, still couldn’t accept what was going on with her son and the sister. She said time and time again that all her ancestors were from the Island and up till now no-one had married a *panya*. Mind you, she admitted reluctantly, the only *panya* women who came to the island were nuns and she didn’t know much about them at all, except that they taught school and weren’t allowed to marry. “Even so,” she thought sourly, “they know very well how to win souls... and hearts.”

Captain Henley slept placidly for three hours, although on various occasions he called out for Maria Jose and Maria Fernanda. Captain Carl heard him and, eyebrows arched, thought to himself, “He’s calling out for the nun and for some other woman as well. This man is beyond belief! Thank goodness the nun isn’t here.”

When Henley awoke again, he was complete lucid, and sent for Otto, who told him all that had transpired after he’d been transferred to the *Persistence*. Then Henley sent for Black Tom and Johnny to help him to the bathroom. Fortunately, the house was one of the few with an inside bathroom. It had been Captain Carl’s idea to have it built when he’d returned from Panama. There were still two others though, built outside over the sea. Resting the injured leg on a box, and with the help of the other two men, he managed to change into a t-shirt and pajama bottoms. The effort was almost too much for him, and when he succeeded in getting back into bed, he lay still for a while, then fell into a deep slumber, from which he awoke on the return of the sisters. He smiled when he saw them and raised his right hand, which Sister Maria Jose took, while Sister Maria de Jesus enquired as to how he was feeling and if she could inspect

the cut. After careful scrutiny she changed the dressing and the two nuns left. As she reached the doorway, Sister Maria Jose turned and looked at him. He pressed his fingers to his lips and sent her a kiss. She was sure she actually felt it and it moved her so much that she was unable to say goodbye to Captain Carl, and walked straight down the wharf instead.

As they rowed away sister Maria de Jesus remarked.

“Sister Maria Jose, here’s your chance.”

“Chance?” she echoed.

“Right. Captain Carl asked me to inform Doctor Timgen of the captain’s condition, so instead of going back to the Convent, we’ll go to Town. So, Captain, row the *Eero* there.”

Aska just happened to be on the dock when they reached Town, and he helped secure the canoe. The three of them walked the short distance that separated the dock from the main street, the only street actually, and made their way up to slope named Jacob Ladder to the doctor’s house. Aska told them that it wasn’t a natural hill, but was land that had been dredged up when Aury separated St. Catalina from Town. When they reached Doctor Timgen’s house, Aska left them.

The ground floor or first floor of the house was concrete and the second was made out of wood. Aska had once told Sister Maria Jose that Doctor Timgen himself had overseen the building of it and that both floors had been made from concrete. The first floor collapsed when the rains came and it had been rebuilt in wood. They walked through the yard and went up the concrete steps which had a landing between each three. Unknown to them, Doctor Timgen was watching them approach. He was sitting on the porch and they didn’t see him until they reached the last step. He got up at once and opened the door to the stairs. “*What can I do for you both?*” he enquired in English.

It was Sister Maria de Jesus who answered.

“Good afternoon. This is Sister Maria Jose and I am Sister Maria de Jesus. I’m a nurse, and I’m taking care of your patient.”

He didn’t say a word, and they realized he hadn’t understood them.

“You’re going to have to translate for me Sister Maria Jose,” said her companion, and Sister Maria Jose repeated in English what had just been said. A grave nod of the head indicated that the doctor had understood.

“Now,” continued Sister Maria de Jesus, “tell the doctor that Captain Carl wants to know if we should continue with the same medicines or if he wishes to change them.”

Sister Maria Jose knew quite well what the answer would be and, instead of listening, she amused herself by studying the doctor. He was of medium height and must have been in his sixties, and probably was good-looking when he was young. He had beautiful eyes which seemed not to have aged in the slightest, although they were hidden now behind spectacles with an uncommonly cumbersome frame. His nose was slightly rounded in a face with neither beard nor moustache, framed by silver-laced dark hair. His mouth was set in a discontented grimace, but this appeared to be its natural state, rather than from a conscious effort on his part. He had quite long arms and his left one was dug into a pocket, the right one hung motionless at his side. Sister Maria Jose felt rather like an archaeologist, digging around in the ruins of this man who had spent the last thirty-six years on an island in the middle of the Caribbean. A bizarre voluntary outcast, as Oscar Wilde would say. She was searching for a clue to this anonymity when her thoughts were interrupted by Sister Maria de Jesus, who had to call her name repeatedly to get her attention. She needed her to translate, and without thinking,

Sister Maria Jose began telling Doctor Timgen in German the gist of what her companion had said. Doctor Timgen's eyes almost popped out of his head in amazement when she began to speak, but he made no comment about her German, and replied in English, "What saved Captain Henley was the same as saved you when you went to Panama with appendicitis. Keep giving him the same medicine. It's infallible. Goodnight."

"That's what I would call a politely hostile welcome," thought Maria Jose.

They went down the steps and out into the road without looking back. Even so, she felt Doctor Timgen's eyes boring into her back. When they reached the boat, Aska helped them to cast off and they rowed back to the Convent.

"*You did it, Sister Mary Joseph,*" was Aska's only comment.

"Sister Maria Jose, wake up!! What did Doctor Timgen say?" inquired Sister Maria de Jesus, nudging her.

"He said we should keep following the instructions he already gave us," she replied somewhat absently.

Owing to the location of his house, the enigmatic doctor could see the nuns as they rowed across to the Convent and secured their canoe to the wharf. He watched them, but he wasn't really thinking about them. He'd made up his mind years ago not to let anything or anyone disturb him in the least, especially not anything that reminded him of the past. He had decided that he had been born in Providence at the age of forty-six, and that his life before 1902 didn't exist.

That afternoon, while the other nuns were resting, Sister Maria Jose took the *Eero* and rowed to St. Catalina. She found that most of the few men who lived on the island were gathered there commenting on the tragedy and recalling other situations that were similar, or worse, and, of course, arguing about what the crew on the *Endurance* should or should

not have done in the circumstances. Captain Carl was surprised to see her arrive unaccompanied.

“Doctor Timgen wants us to continue with the same medication,” she said, without any preamble, and asked permission to go inside, where she found Miss Rosalia in the sitting room. Some women were keeping her company, and amongst them was Izabela, but Sister Maria Jose didn’t recognize her. She asked if she might enter, and Miss Rosalia assented with a slight nod of her head. When someone yelled, “Izabela” from the kitchen, Sister Maria Jose felt a shiver of apprehension.

Henley was in his room sitting on the edge of the bed with his injured leg stretched out on it. He held out his arms when he saw her. She went over to him and he wrapped them around her waist and rested his head on her breast. She bent her head and kissed his ruffled hair and, gently disengaging herself from his embrace, inquired how he was feeling.

“Much better now you’re here.”

She looked at him for the last time and said goodbye. She felt the hostile stares of the women on her way out and when she said goodbye to Captain Carl. She went down to the wharf, sat down on it, put her feet into the canoe and took the oars. The men outside watched her and commented on her skill, making sarcastic remarks about the concern of the Catholic Church for the patient, whilst the ladies inside declared that nuns took advantage of their habit to be in places and do things that other women wouldn’t dream of.

Henley suspected that the presence of Izabela was the reason for Sister Maria Jose’s brief stay, and in frustration and anger he yelled, “*Damn it, shet up!*”

Captain Carl heard him and came into the room at once. Henley now had both feet on the floor and he was running his fingers through his hair in desperation. His eyes had taken on

the colour of grey slate—a sure sign of anger. He said irritably to his father, “Pa, get them out of here, leave me alone!”

“Look Henley, you’re not a little boy, you’re a grown man, and old enough to solve your problems yourself without blaming others,” was his father’s swift rejoinder. “They’re doing nothing wrong, they’re family and they’re worried about you. You have a boat that’s destroyed, an injury that’s disabled you, and you’re mixed up in an impossible situation. My advice is, have patience, take your time, and you’ll solve your problems.”

Without a word Henley raised his legs back on to the bed and turned to face the wall. His hand accidentally touched the Bible that Miss Rosalia had placed beside his pillow on the day of the tragedy, and he grabbed it and threw it on the floor. Shaking his head in exasperation, his father picked it up. “The same devilish temperament as my father,” he thought ruefully.

The women heard Henley’s shout quite clearly but they took no notice, and stayed until dusk. Henley passed a fretful night, and daybreak found him gazing sorrowfully from his window at the *Endurance* and at the nuns’ residence. He felt a little dizzy and went back to bed, refusing breakfast. When Mr. Winter and his men came to examine the sails taken off the *Endurance* and to cut and sew replacements for those lost in the storm, Henley begged his father to take care of it.

Under the shade of a large mango tree right next to the room where Henley lay, the expert sail-makers examined what was left of the mainsail and came to the conclusion that it had torn because of an imperfection in the cloth. Henley listened to them and reflected, “In that gale the Devil himself would have been ripped to shreds.” He himself had lowered the sail, but maybe not sufficiently, and it was possible that the erratic changes of the wind’s direction had caused

a pouch to form in the lower part, and an extra strong gust would have ripped it apart. He should have changed course. What he couldn't understand though, was how on earth one of the cables anchoring the kitchen had snapped. Black Tom was constantly inspecting them. Perhaps there had been some distention, and a slight inclination of the schooner to starboard had caused it to give way, although Otto insisted that it had been struck by lightning. Whatever it was didn't alter the fact that now he was incapacitated, and exasperated as well. What irked him more than anything else was that Sister Maria Jose wasn't with him. He needed her, he wanted her. He had a recurring dream in which she took off her habit and threw it in the sea. That, at least, made him smile.

It was a school day and, knowing that she wouldn't be needed to assist Sister Maria de Jesus, unless Calixto wasn't able to row the canoe, she decided to fulfill her promise to the Virgin and ignore the feelings she had for Henley. Sister Maria de Jesus arrived at ten o'clock in the morning to attend to Henley's leg and, at once, he asked, "Isn't Maria Jose coming?" He didn't use "Sister" this time.

"I'll tell her to come," she said, and left.

Sister Maria de Jesus said nothing to her however, and when class finished at four o'clock, Sister Maria Jose took the *Eero* and went to St. Catalina. She found Captain Carl in the yard and he told her that they were making new sails for the schooner. She watched them as they marked and cut the sail-cloth from a large roll, and wondered where they had got it from so quickly. Captain Carl explained that Captain Lem had loaned it to them. She went into the house and, finding no-one there, went straight to Henley's room. He was sitting on the bed with his leg resting on a chair. She sat down next to the chair and he tried to pull her nearer to him,

but she resisted. He thought it was because of the men outside the window, and he smiled to himself. When she asked how he was feeling he replied, “When you’re here I feel alive, but as soon as you leave, I feel as if I’m going to die. The mere thought of not being with you drives me crazy.”

“Look Henley, I promised the Virgin that if you got better, I’d stop thinking about you altogether.”

“What on earth would you want me to live for if I can’t be with you? Wouldn’t it be better for me to die than to live like somebody damned?”

“Henley, I really don’t want you out of my life, but I have to keep my promise,” she said rather sadly.

He raised his voice in anger. “Well then, Maria Fernanda Gomez Rodas, leave right now and start keeping your promise. If you succeed, maybe you’ll tell me how you did it so I can try. Your mouth says one thing but your eyes say another!”

Henley knew quite well that what they felt for each other couldn’t be dismissed so easily but alright, he’d play along. There were still another fifteen days left until the time was up for her to make a decision. Sister Maria Jose didn’t utter a word, and left the room.

From then on Sister Maria de Jesus took care of Henley alone. Calixto rowed her to St. Catalina and Johnny rowed her back again. Henley never asked about Sister Maria Jose and neither did Sister Maria de Jesus inquire why she had stopped going with her, or why she didn’t go to St. Catalina alone any more, without permission.

Hardly a week had gone by when Sister Maria Jose, in desperation, took the *Eero* and rowed to St. Catalina. The men were still sewing the sail in the garden and, greeting them hastily, she went into the house with Captain Carl, who seemed surprised and pleased to see her again.

In his room Henley heard the sound of oars splashing haphazardly in the water and could tell that the person didn't have much experience. He threw down the book he was reading and got up to see who it could be. And there she was. With his father. When she entered the room, he was still on his feet and he took her hands in his and kissed them, then nodded towards the chair facing the bed. He sat down on his bed and stretched out his injured leg.

"The colour is back in your face, and you've shaved. Why didn't you leave the beard?"

"Do you like beards?"

"Yours, yes," she said rather coyly, glancing out of the open window at the men busy chatting and sewing. They were so close they almost seemed to be in the room with them. Then, much to her surprise, Miss Rosalia came in and offered her a glass of water with lemon and honey. It caught her unawares and, thanking her, she feigned interest in the guitar hanging on wall, and asked Henley if it was different from the one he played on the *Endurance*. It was, he answered, and told her that there were two more upstairs in his room, much better than this one. Suddenly it occurred to him to say, "Go and fetch the one you like the best, and we'll play."

"I'd better ask your mother's permission first."

"You don't have to, but if it makes you feel better... Ma!"

His mother, who as usual, seemed to be right outside the door, appeared at once and Henley told her than Sister Maria Jose was going upstairs to fetch a guitar.

She saw two guitars hanging on the wall of what appeared to be a sitting room. At one end, a doorway gave on to a room which she supposed was Henley's and, curious, she walked towards it. Meanwhile downstairs, Miss Rosalia scolded Henley, "That woman going upstairs is going to cost

you,” and stomped off back into the kitchen. In that instant she heard footsteps right above her head as Sister Maria Jose made her way to Henley’s room. She also heard them stop right at the doorway and remembered what Henley had stuck on the wall there. A few moments later Sister Maria Jose walked back across the floor, took down the two guitars, and chose the one she liked most, the one that was tuned, and went back down to Henley. She found him still sitting, but with a pillow on his head, and asked him what it was for. Lowering it, he said sheepishly, “I’m defending myself from another injury, this time to my head. How was your little expedition upstairs?”

She withdrew from her pocket the seven photos she’d ripped off the wall and threw them at him.

“Sister Maria Jose, look at the dates, will you?” he said, amused.

“Yes, a year ago. That seems to be the longest you can be keen on anyone, doesn’t it?”

She picked them up and put them back in her pocket and, without another word, began to play the guitar. Johnny, who was sitting on a log outside listening to the men as they worked on the sail, took the harmonica he always carried with him and began playing along. Henley motioned for her to pass the other guitar and, the three of them gave the best concert ever heard on an afternoon. She sang “When Irish Eyes Are Smiling” and “I’m Always Chasing Rainbows,” and Henley answered with “Let Me Call You Sweetheart.” They were the same songs they’d both sung on the crossing from Cartagena to San Andres, and again from Colon to San Andres and back to Providence. Henley followed with “Have I stayed away too long,” “Love letters,” and “Don’t Blame Me.”

Listening to them, Captain Carl commented to his companions, “Sometimes we don’t even recognize happiness. It comes and goes so quickly.”

Later on, in the kitchen, Miss Rosalia said to him acidly, “Sometimes I think you are more in love with that nun than your son is.”

“Well, let me tell you, if I was twenty years younger, I’d give him a run for his money,” Captain Carl retorted. “Now, I’m just happy that he’s happy.”

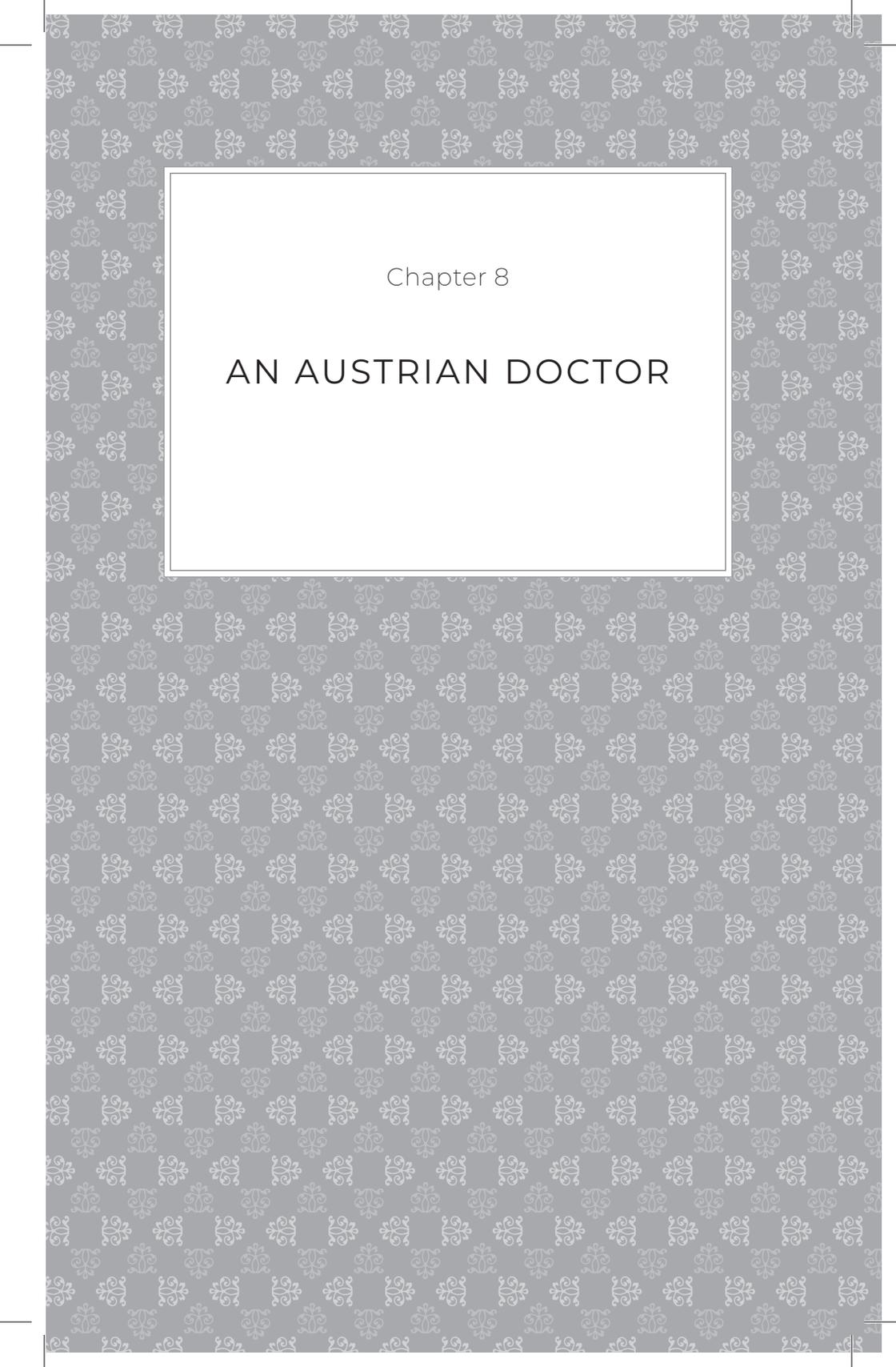
The concert continued, and Miss Rosalia had to admit that it warmed her heart to see Henley happily singing and playing again.

Suddenly Sister Maria Jose noticed that the men outside were gathering up their tools, and she leapt up, said goodbye, and ran out of the house. The men helped her with the canoe whilst Henley watched from his window. Thanking them she rowed off in the direction of the Convent, but when she’d reached halfway, she stopped, took the photos from her pocket once more, read the dedications, compared the dates, and studied the faces on each of them. She didn’t notice the current was taking her out of the bay, but Henley did, and he began to worry. He snatched up his binoculars and trained them on the canoe. Then he discovered what she was doing. She was tearing the photos up into little pieces and throwing them into the sea. When she finished, she took the oars once more and rowed towards the Convent. Henley watched her with a grin wondering what that behavior meant. Had she decided to go with him after all? Would she be afraid to leave with him after what had happened? As soon as he was well enough, he would leave, this time for good, and she had until the day of his trip to decide what she was going to do. He didn’t know what he would do if she decided not to go with him. This woman

had come into his life to stay, as far as he was concerned, and he didn't know how, nor did he have any desire, to get her out of it. He had promised Father David that he wouldn't make a scene. He wouldn't go to the Convent and demand an answer. He was sure that, if she really wanted to, she would find a way to let him know of her decision. The thought of her refusal paralyzed him with fear at times.

He had purchased various items of clothing for Sister Maria Jose, and had hidden them in a drawer under his bunk on the *Endurance*. He had figured that when she left the Convent, she wouldn't have anything to wear, but he had said nothing of this to her. First, he would wait to see what she had decided.





Chapter 8

AN AUSTRIAN DOCTOR



Now completely recovered, Henley was busy overseeing the repairs on the *Endurance*. He never missed Mass and spoke often with Father David, but his contact with the nuns was limited to a greeting when services were held, just like any other member of the church. He had no contact whatsoever with Sister Maria Jose, and heard her voice only when she sang at Mass. From St. Catalina he recognized her familiar gait and watched her as she walked to and from the schoolhouse. They had no opportunity to be close to each other, and doubts filled his mind, driving him to distraction. Then there was the maddening impatience caused by her silence. Worst of all, he couldn't think of any way of suggesting that she come with him on the *Endurance*. After what had happened, she would probably be terrified of the sea, and, then again, he had never been able to picture her as a typical Providence housewife keeping house, cooking, washing clothes, looking after animals, husband, relatives, church, and sailors. He knew nothing about the letter she'd received authorizing her to leave the Convent if she so wished, though his father had mentioned the warship which had brought her parents to the islands. Henley had asked Sister Maria Jose the reason for her parents' visit when she had last come to his house with Sister Maria de Jesus, and she said lightly

that they'd heard about her appendicitis and came to see if she was alright.

Exactly one month after the tragedy on the *Endurance*, Sister Maria Jose finally finished her report about the enigmatic Austrian doctor and was preparing to deliver it to Father David, when she was summoned by Mother Ana Maria, who gave her a letter. From the postmark she saw it was from Austria, and supposed that it was from the lawyers about her inheritance which, as it turned out, was correct. The letter had been forwarded to Providence from the Community in Bogota.

When Maria Fernanda Gomez Rodas had first entered the Convent, she had instructed her lawyers to donate the inheritance left to her by her aunt and uncle to the Community. The letter she now held in her hands informed her that she wasn't allowed to do that. Apparently, another more recent will had been found, wherein her aunt and uncle stipulated that under no circumstances could she give away or sell what she had inherited. They insisted that it should be used for her upkeep. In the light of this discovery she was now requested to appear, make the necessary annulment, and organize her assets. A reservation had been made on two different ships thirty days apart, so that she could choose whichever would be most convenient for her, etcetera.

She read the letter over and over again. It would be necessary for her to leave Providence at once, and the only ship in port preparing to sail was the *Endurance*, which was bound for Colon via San Andres. She arranged a meeting on Monday morning with Father David and Mother Ana Maria, and informed them, "Father David, Mother Ana Maria, I'm leaving this afternoon for Colon on the *Endurance*, and from there I'm taking a ship to Europe. I need your permission to leave

here in my habit, but as soon as I am out at sea, I shall take it off. I won't be traveling as a nun, but I don't want to leave here dressed in civilian clothes in front of the other sisters. The letter given to me by my mother authorizes this, and I hope you understand. I would really appreciate it. These last months have been very difficult for me. Now I shall leave everything to fate."

"Maria Fernanda Rodas Gomez," said Father David gravely, "we've been aware of your dilemma for some time now, but we've been prudently waiting for you to solve it on your own. Trivial though it may sound, it occurs to me that if coincidences are made use of, they can serve to solve all kind of problems in life. I have to admit that your leaving the Convent is the result of a whole torrent of circumstances for which you cannot be held responsible, and I pray that this is what God wants for your life."

"Thank you, Father," she said, gratefully.

The father was thinking to himself, "The truth is Sister, that Henley has been more sincere than you. In confession he professed his love for you and said he would do everything possible, respectfully of course, to convince you to leave the Convent. He swore he would avoid a scandal, and he's kept his word. Coincidence is definitely on his side." His reflection was interrupted by Sister Maria Jose.

"Father, here is the box of files from the Austrian, American and Irish priests, as well as all I have been able to find out about Doctor Timgen, which is written down in this notebook."

He looked at it and noted she had entitled it *The Prince of Samproca*.

"Father David," she went on, "I know your reverence was only interested in the people related to our religion, but on coming across this rigidly affable and somewhat distant Doctor Timgen,

I began investigating some more, which is probably quite the opposite of what he would like, but after all, the arrival of the first priests was what led to his being here.”

“I thank you Sister. I’ll read your report carefully, and when you return, we can discuss it, because you will return, although not as Sister Maria Jose. I pray that God will give you wisdom and health on this new road you are about to take. My advice is, if you have doubts, don’t do it, and may the Virgin guide your steps. We shall be here waiting for you, either as Sister Maria Jose, or as Henley Alva Brittany’s wife.”

She blushed at this, and smiled.

Sisters Maria de Jesus, Maria Elena, and Ethel the cook, said goodbye to her with tears streaming down their faces. Calixto rowed her out to the *Endurance* at two o’clock, and Otto received her aboard with much surprise. Henley hadn’t mentioned anything to him about her coming with them, but Sister Maria Jose was so sure they would take her that she hadn’t bothered to inform them. Her only luggage was the suitcase her mother had given to her, although she hadn’t even opened it to see what it contained. Otto installed her in the cabin he shared with Henley, and although she had promised not to take off her habit until they were out at sea, the heat there was suffocating and, moreover, she felt guilty sitting on the edge of the bunk dressed as a nun. At the same time, she was excited at the thought of surprising Henley. She decided to change her clothes at once.

Meanwhile, in the Rectory, Father David was reading the notebook in which she had written down her investigations, her suspicions, and her deductions. He could hardly believe his eyes as he read. It seemed more like a novel.

Your reverence,

What I have written here is really no more than a few suspicions, but I haven't been able to get them out of my mind. I have no proof that they are true, but I do think they are important enough to consider, so I have set them down here for you, and for posterity.

The first voluntary missionary from the Catholic Church arrived in 1900. The second arrived on Christmas Eve of 1903, and the third in 1905. This group worked here until 1910. It should be noted that the Puritan colony established the date of their settlement here as Christmas Eve of 1629.

Two priests, brothers in fact, came from North America in 1908, but their stay was cut short because the State of Panama was put under American rule.

The third group, which was much larger, came over from Ireland in 1912 and lived and worked here until 1925.

The first priest to venture to these islands appears to have come not only to save souls, but to look for a place to build a home for retired priests who couldn't stand the cold climates of Europe and America. It seems that he read somewhere in a magazine about some islands isolated not only from the rest of the Caribbean, but as well from the mainland and from God. According to the article, the Catholic religion hadn't reached this place as yet, and it was populated for the most part by ex-slaves who had been freed some forty-seven years before. He decided to visit them, and with the help of his community which, as most of the Communities in the world, received significant donations—theirs came from some European kingdom—he was able to embark on the long and strenuous journey to these unknown parts.

*Sail Aboy!!! (¡Vela a la vista!)*

He first arrived at New York where he discovered that no ship sailed to these islands, so he went to Jamaica and from there to Cartagena, without informing or seeking permission at all from the religious or civil authorities. He was incognito, Father David. After spending a month in Limon, Costa Rica, he found a sailboat which covered the route Limon-San Andres-Providence. He boarded the vessel with the hope of reaching the islands in four days, but in fact, it took a week. When he arrived at San Andres, he was given a very hostile reception, not only by the local authorities, who were also Catholic, but by everyone else as well. He found the Protestant religion firmly anchored on the island with an almost dictatorial force and decided to visit the two smaller ones.

These were isolated geographically from the rest of the others in the Caribbean. The inhabitants descended from Puritans who had lived there from 1729 until 1740, and he found them to be kind and respectful. The island was mountainous, in contrast with the coconut palm-covered flatness of San Andres. All in all, he thought it a perfect place, not especially for a home for retired priests—they would never be able to survive a whole week at sea—but rather for evangelization, which was just one of the reasons for this adventure. A new century was about to begin, but only the government officials were aware of it, and more than a few of them asked the priest how to write the date which followed 1899 on their letters. It was a place where numbers mostly meant adding up boxes of oranges; the space available for cattle on the schooners; the number of days a crossing would take; the amount of dollars sent home by husbands or relatives working on the Panama Canal.

What they couldn't foretell, although more than one of them was convinced of possessing the gift of prophecy, was that, with the new year, the community's wish to have a doctor in this forgotten paradise would be fulfilled.

Intrigued, Father David continued reading...

Two years passed and the priest lived on the island aided by the kindly inhabitants, although without any of the comforts of city life. It was then that a sailboat named *Vicarius* arrived from San Andres with a passenger on board. It was a white man of some forty years of age, of medium height and a somewhat military demeanor. His eyes showed him to be a man of intelligence, his ears were quite large, and his light-coloured hair was fairly abundant. He was cordial in rather a strained sort of way, discreet, and his reserved manner was exemplary, in spite of the discomforts he had endured on the sailboat. He spoke little, but was a good listener, and from the moment he arrived he was always regarded as rather intriguing.

The crossing from San Andres to Providence affected Timgen much more than the two weeks it had taken from New Orleans to Panama, followed then by another four days from Colon to San Andres, and he was thankful that he'd decided to stay for a while on this island which, from a distance, was just a dark mass rearing up from the depths of the ocean. It was four o'clock in the morning, and in spite of the blinking lighthouses, the darkness was intimidating. Nevertheless, the captain guided his vessel into the bay with the confidence and expert precision gained by many such crossings, and there was Providence, looking like a turtle rising from the water to breathe in the fresh clean air.

A solitary mass of rock in the middle of the ocean was just what he needed. As the vessel sailed into the bay, he could make out clusters of houses here and there, and his eyes followed the only road visible until they came to rest on the church. Yes, that's where he would go first. During the crossing, the captain had questioned him about his profession and had tried to convince him that he'd earn a good living on the island as a doctor. However, the man remained indifferent. He didn't want to confide his intentions to anyone until he was more familiar with the place.

The sun had now risen from behind the mountains, and the whole island was bathed in its light, illuminating the green slopes. He couldn't make out any valleys though, but perhaps they were on the other side of the island. Yes, there was no doubt. This was just the place he was looking for. The sun shone on the white houses with their red roofs, and little by little, windows and doors were opened to let out the dreams trapped by the night. People appeared in the doorways, windows and yards, some of them shouting greetings to the boat. Cattle were roaming the street, and a couple of people stopped to watch the boat as preparations were made to drop anchor. Then someone arrived to welcome them, in a canoe with a net full of wriggling fish. Soon after, the authorities came and, greeting the crew in English, they checked the papers and offered to take the passenger ashore. He gratefully accepted.

Not sure yet as to exactly where he would go, he left his leather suitcase, a box of books, and a violin, on the captain's bunk, and lowered himself into the port captain's boat. He disembarked at a dock in a place called Town, according to the captain.

Father David was so entranced by what he was reading that he felt as though he was right there with Timgen as he discovered Providence.

He walked along the road to the church, passing four people on the way who greeted him with “*All right*,” to which he politely replied “*Good morning*.” He mounted the steps to the church courtyard, went inside and, without a thought, strode up to the front and took his place at one of the prayer desks reserved for the mayor and his wife. The church was empty so Father Stefan was quite aware that someone with an unmistakably military step was walking through it. He turned around holding the Holy Sacrament and, looking over the rims of his spectacles, almost dropped it in astonishment when his gaze fell upon the man kneeling down in the place only the authorities were permitted to occupy. That was the first mistake: he was used to occupying the first place wherever he went and, without thinking, he had automatically done so here.

Father Stefan continued celebrating Mass, more out of habit than devotion, and when he turned around once more, he looked the man straight in the eye. Timgen knew he wasn't mistaken. It had to be him, and he had to talk to him. The only thing he had been told was “A mountainous island in the Caribbean; a priest whose eyes were two different colours...” He'd visited all the mountainous islands, yet he hadn't found the priest. This one was the only one left, and without knowing it, he'd already decided to stay.

At the end of Mass Father Stefan always went out into the courtyard, even if no-one had attended the service. Just like the Islanders, he would contemplate the horizon

and give thanks to The Lord for being able to live in this paradise. Today was no exception, and he knew quite well who he would find there. Timgen was the first to speak.

“Good morning Father.”

“The same to you, my son,” replied the father.

Both were wondering which language to speak—English, which they had just spoken—or German. Timgen decided on English.

“I wish to confess.”

Without another word they went back into the church, and Timgen knelt down in the confessional.

“My name now is Henry Timgen. I’ll never forget that night thirteen years ago when Your Reverence helped my friends to get me onto a cot. There was a bullet in my leg, I was drunk, drugged, and terribly confused by the events of that awful day, but even so, in the middle of all the pandemonium whilst crying for help to get out of a tunnel that seemed to be dragging me down, I saw your eyes. At first I thought it part of my derangement, and for a few days, as you took care of me, I began to think I wouldn’t remember the faces of all those who had helped me, who hadn’t wanted their names to be known, but I would never forget yours, Your Reverence. Your eyes were the anchor I needed to keep me in this world, and now, here they are, receiving me once again. I’m a little dazed and exhausted from almost a month of traveling by sea, but the satisfaction and the joy of seeing Your Reverence once more has brought me back to life. I beg you to help me to settle in this peaceful place. There’s not the slightest possibility that I will bring harm to my loved ones if I’m here.”

Side by side they walked out again into the courtyard and up the street to the priests’ residence. Only when they were inside, did Father Stefan finally speak.

“My name is Stefan. I’ll introduce you to August, the other priest. You can stay here until you find somewhere. Come, I’ll show you around. I’ll need to know exactly where you went on the other island, what you did, who you spoke to and, as well, everything concerning your arrival here.”

Timgen had hardly been on the island five hours before patients began seeking his services. This puzzled Father Stefan as Timgen hadn’t mentioned that he’d decided to present himself as a doctor. In fact, it was Captain Hawkins who had passed word around on his way from the dock to his house in Smooth Water Bay that he had brought over a German doctor, and that it would depend on how the Islanders welcomed him as to whether or not he would stay. At five o’clock a delegation of the island’s most prominent members presented itself at the Mission, and informed Timgen that there was a piece of land at his disposal, wood or, if he preferred, cement, for him to build a house and consulting room. The delegation was made up of the pastors of the two Protestant churches, the Mayor, and the Chief of Police. In a few words, just those strictly necessary, Timgen thanked them for their kindness, and promised he would consider the request for him to stay.

At that point Father David was interrupted by Sister Maria de Jesus, but as soon as she left, he continued to read:

It wasn’t until nine o’clock that night that he finally managed to shut himself in the cell put at his disposal, and he thought to himself that this day had been the most exhausting of his whole life, not because of the work, but because of the responsibility that came with being a doctor. Inconveniences? Well, yes there had been some, but he had taken them in his stride as if they were a normal part of his life. At least he’d had the

chance to release some of the tension when one of the priests had shown him around the Mission. They had gone outside, using the door that opened directly to the sea, which was separated from the house by a beach of some ten meters, at the end of which was a small somewhat rickety jetty with a shack at the end of it of about two—or three—square meters. Hoisting his habit up round his knees the priest showed Timgen how to gauge the subsiding of the waves and jump across to the jetty, repeating the same process to get back on land.

“This shack is the bath-house and toilet,” said the priest. “If you happen to get trapped because of the rain or a very high tide, you’ll find some magazines to read, and a pair of binoculars so that you can watch what’s happening from the Mission all the way to Town. It’s quite interesting, and it does break the monotony of the island. If you’re lucky enough to spot a boat on the horizon, you’ll find a conch shell too, so you can announce it. Actually, that helps a lot if you’re constipated!”

That comment brought peals of laughter from both of them.

Father David was wondering if what he was reading was really true. When on earth had Sister Maria Jose spoken to Doctor Timgen to get all this information?

The following week construction began on the house, and Dr. Timgen continued receiving patients. He decided though, to make a change. As they mostly lived quite far away, he informed them that they should write down their symptoms on a piece of paper, instead of coming personally. So, whilst the priests read their prayer books, the good doctor consulted the bits of paper and the medical encyclopedia he had brought with him. He took his meals with the priests, and at times even played dominoes with them.

As he had accepted the offer of the piece of land and the materials with which to build his house and consulting room, he himself oversaw the construction of them. It was the first house ever built out of cement on the island—usually that material was used only for building cisterns. Because he never charged for his services, the few men who hadn't gone looking for work on the Canal, or were at sea, volunteered to work on the construction as a recompense for the doctor's generosity. Two months later, the priests blessed the new house which, for twenty-nine years, would serve as a refuge for this mysterious solitary man.

When he moved, Timgen took Socam with him. He was a white Islander, about thirty years old and very poor. Ever since the doctor's arrival he had voluntarily worked with him, and, as he was a deaf mute, wasn't able to question the reasons for Timgen's way of life. It seemed Destiny had prepared Socam for just such a service, which, of course, suited the doctor perfectly.

As time passed, Timgen stopped receiving visitors, and didn't even visit the priests anymore. If he needed anything from Panama or San Andres, he sent type-written notes to Ephraim, the captain of the *Vicarius*. Father Stefan hadn't returned to Timgen's house since the day of its inauguration, but one day he decided to visit the doctor to inquire about the health of one of the ladies on the island who was in labour. Because she was an Adventist, he had limited himself to praying for a favourable conclusion to the woman's suffering, which she had already endured for three days.

"How is Emma doing?" he asked when he arrived.

"The same, from what I hear," replied Timgen. "Mary Cristina says that making her blow the conch shell hasn't

done any good<sup>2</sup>. It seems the child is sewn into the womb.” A slight smile crossed his face at these last words. “Aren’t you going to go and see her?”

“No,” was the priest’s blunt reply. “I’m not going to get myself into a situation I know nothing about.”

“Mary Cristina is the grand-daughter of George and Elizabeth Mayson, the planter that Chapman mentioned to me in San Andres. Did you know that?”

“Yes,” replied Father Stefan, “I was also told that.”

“I must say, Stefan,” mused Timgen, “this is definitely the Garden of Eden.”

“Watch your words Timgen,” warned the priest, but Timgen continued, “You know, we have more than three thousand men working two hundred and eighty miles away from the island, returning for a yearly visit, just to make work for poor Mary Cristina and the other two midwives who go from island to island, like storks.”

“Timgen, the Islanders are commenting on your silence, but fortunately, they haven’t suspected that it’s out of pride, or your way of evading the truth about yourself. They think your problem is the language.”

Timgen ignored Father Stefan’s remark and asked, “What is Mary Cristina’s husband like?”

“Well, he’s somewhat more intelligent than most of the others. He’s a schoolteacher.”

“I need Mary Cristina. I can learn a lot from her about delivering babies. It’s ironic that she came over from San Andres to learn from me,” said Timgen somewhat ruefully. “Besides I don’t think they appreciate how valuable she is here.”

---

<sup>2</sup> A practice that automatically causes the pregnant mother to push downwards. (Author’s note).

“You’re wrong about that,” asserted the priest. The Islanders have great esteem for Mary Cristina, and they respect her knowledge on the subject, even though you find it rather elementary at times.”

“Not at all,” retorted Timgen rather peevisly. “I find her extremely interesting. Too much so, in fact.”

Father Stefan was disturbed. “What does that mean?”

“Exactly what you think it means. I like her.”

The priest held out a clipping taken from a magazine. “Take this,” he said. “I insist you put it somewhere handy, and every time you get these indecent ideas, read it!”

“Where did you get this?” asked Timgen in consternation.

“I found it in a magazine, which I got rid of before Father August could see it.”

“And what did it say?”

“The usual. Just a little more mysterious than the others previously published,” answered the priest. “The last word has yet to be said.”

“I don’t care,” said Timgen obstinately, looking at the clipping. “No-one can possibly connect me with you.”

“I wouldn’t be too sure about that,” retorted Father Stefan. “In the two years I’ve spent attending to the Islanders, I’ve discovered that they are a lot shrewder than you might suppose. Furthermore, for your information, coincidences here are not just mere coincidences; they are taken great notice of. And their eyes are sharp from constantly scanning the horizon for the sight of a sail.”

“Be that as it may,” rejoined Timgen, “they’re not familiar with that environment, and only a fool would leave that fairytale-like atmosphere to come to a place like this.” Hastily, he added, “And I’m no fool.”

“May God hear you my son,” retorted the priest. “None-theless, let me remind you that you’re here doing penance and, as I’m sure you’ll be going back one day, I don’t want any entanglements with women!”

Still clutching the clipping, Timgen solemnly took a few steps towards Father Stefan and, looking out over the harbor, he said, “I’ll make you a promise. If, for some reason, I find myself entangled with a woman, as you so succinctly put it, and the logical consequences of that, I swear to you Stefan, I’ll not go back. They’ll bury me here.”

Visibly upset by this statement, Father Stefan declared, “In that case you won’t have my blessing, neither as a friend nor as a priest.”

Narrowing his eyes as if to scan the horizon more closely, Timgen answered, “I haven’t taken a vow of chastity and, as difficult as things might turn out to be, I have never contemplated the possibility of entering a cloister. I prefer the risk I’m taking now because, quite frankly, I don’t have the spirit of a martyr. Here I have found the peace I desired so much, and I have a right to it. The right to the tranquility I needed to put my life in order, a space which, over there, was denied to me. Tell me Stefan, is it my fault that for a fleeting chance of happiness, fate has given me a possibility of a companion that I need and that needs me?”

The priest walked over to Timgen and looked him straight in the eye, their faces almost touching. Raising his voice, he admonished, “She’s married, and so are you!”

Returning the other’s glare, Timgen said softly, “You forget that I am officially dead.”

Father Stefan knew that there was no point in trying to convince him further and said sorrowfully, “As your friend

and confessor, I beg you to reflect on everything that's been said and be aware that you'll be taking the first steps into a hell much worse than the one you caused here on Earth. Goodbye, Timgen. My prayers will be for you today."

"Thanks."

"Oh, I almost forgot. I'm going to San Andres on the first schooner that leaves. If you need anything, or to send anything, send a note with Socam."

"Thanks again. I'll keep it in mind," answered Timgen.

Father David was perspiring now, more from alarm than anything else, and he made up his mind that no-one else must know what Sister Maria Jose had written here.

It wasn't long after that Mary Cristina arrived at Timgen's house.

"Doctor, Emma is dying. Please, she needs your help."

"Mary Cristina, if you don't know what to do, then I'm sure I don't," was the doctor's reply.

"Doctor, the baby was born six hours ago but the placenta hasn't come out, and she's bleeding terribly! What can I do?" she cried, beside herself with worry.

Silence...

Mary Cristina mounted her horse and galloped away to Rocky Point. On arriving, she was told that Emma was dead. She returned to Timgen's house and announced, "Doctor, Emma's dead."

"That's tragic, really tragic."

Two hours later, a man on horseback was galloping round the island announcing the news of Emma's death through a megaphone.

“Funeral tomorrow, four o’clock in the evening, at Rocky Point church. Emma Roland has passed away.”

“Mary Cristina?”

“Yes Doctor.”

“Why are you crying?”

“Doctor, are you going to the funeral?”

“Mary Cristina, when have you ever seen me at a funeral in Providence?”

“But Captain Ball is a very important man...”

“More important than me?”

“You’re important, very important for us. So important that I suppose no-one will say anything if you don’t go.”

“My goodness!” Exclaimed Father David. “What an imagination Sister Maria Jose has...”

“How is your husband? What have you heard from him?” inquired Timgen.

“He’s fine,” she replied. “He’s hoping the training will be over soon, so he can get back to San Andres.

Mary Cristina was about twenty-five years old, of medium height, with blue eyes and black hair. Everyone said she was the image of her grandmother Elizabeth.

When Father Stefan arrived at San Andres and picked up his correspondence, he found a letter dated more than two months before, informing him that he was being transferred to San Jose in Costa Rica, and was awaited there as soon as possible. He spent the last day on the island running errands for Timgen. Not that there was much to do, just to pick up some medicine from Dr. Rudolph’s office. When he arrived there, the doctor received him genially, obviously pleased to see him.

“I was told you were back, but the road was impassable, even for animals. How’s Old Providence? And how is the patient?”

“What patient?” asked the father, puzzled. “When I left, the only sick person was Captain Ball’s wife, but she died bringing her fifth child into the world. As far as I know, no one else is ill. Wait till September though, when there’ll be at least ten more little inhabitants. The men who work on the Canal come home to visit their wives in December, and go back leaving us with the problem in September.”

“That’s for sure,” mused Father David.

Dr. Rudolph paid no notice to that remark and, scratching his head thoughtfully, said, “I think you should look into this when you get back, Father. I’ve received an order from Timgen for cocaine, and that is only used in extreme cases. Just a moment, let me have a look at the list he gave you. Perhaps the person who needed it already died.”

He opened the envelope and, muttering to himself, he went through the list and said with a frown, “Here it is again. He’s asking for at least fifty grams of cocaine.”

Father Stefan took the list and read it.

“Well it’s used to mix with other medicines as well. That’s probably why he needs it.”

“Perhaps,” replied the doctor.

However, Father Stefan knew quite well that the patient who needed the drug was none other than Timgen himself.

San Andres had grown so much that Father Stefan felt he was in a city, compared with the pastoral life he was used to in Providence. George and Elizabeth had opened a store in the northern part of San Andres, because Elizabeth had predicted that the future of the island would be there. The business had been passed down to their children and grandchildren.

It was well-stocked with a variety of goods, and was still the only store which sold household necessities. George Jr., his wife, and two of his children ran it now. Because of her marriage to a Providence man, Mary Cristina was the only one who wasn't part of the business.

Coconut palms grew all over the island in disorder. Everyone had dedicated themselves to planting them since 1854, and then had to watch them grow for six years, whilst trying to eke out a living from what they could scrounge from ships which ran aground on the reef, from the few crops they planted, and the animals they were able to raise. This situation compelled the ex-slaves to sell the land the government had granted them back to their old masters, which resulted in large amounts of property in the hands of just a few. The ships that passed through the islands brought pork and salted fish, and in 1903 the community was prosperous and contented. A contrast indeed to the tomb-like Providence, to which Father Stefan was accustomed. Some of the ex-slaves had retrieved their land when their old masters either died or abandoned their property when they left the island. Providence was quite different. The monthly arrival of a schooner caused waves of excitement throughout an island where social events were limited to a marriage between cousins, a visit from an official from Bogota, or the vigil of nine nights after a burial.

In the port two boats were being loaded with coconuts. These were first stripped of their outer husk by men who were sitting on the shore, then they were put in baskets which the Islanders made from dried rushes. Each basket held twenty coconuts and these were loaded on to small boats which took them out to the schooners which came from North America. The baskets were then emptied into the holds.

Father Stefan was surprised to see various Chinese in the street, dressed in the typical clothes from their country, their long pigtails swinging as they walked. He was told they had escaped from Costa Rica where they had worked on the Limon-San Jose railway line, and had been badly treated.

“You’re beginning to convince me, Sister Maria Jose,” said Father David.

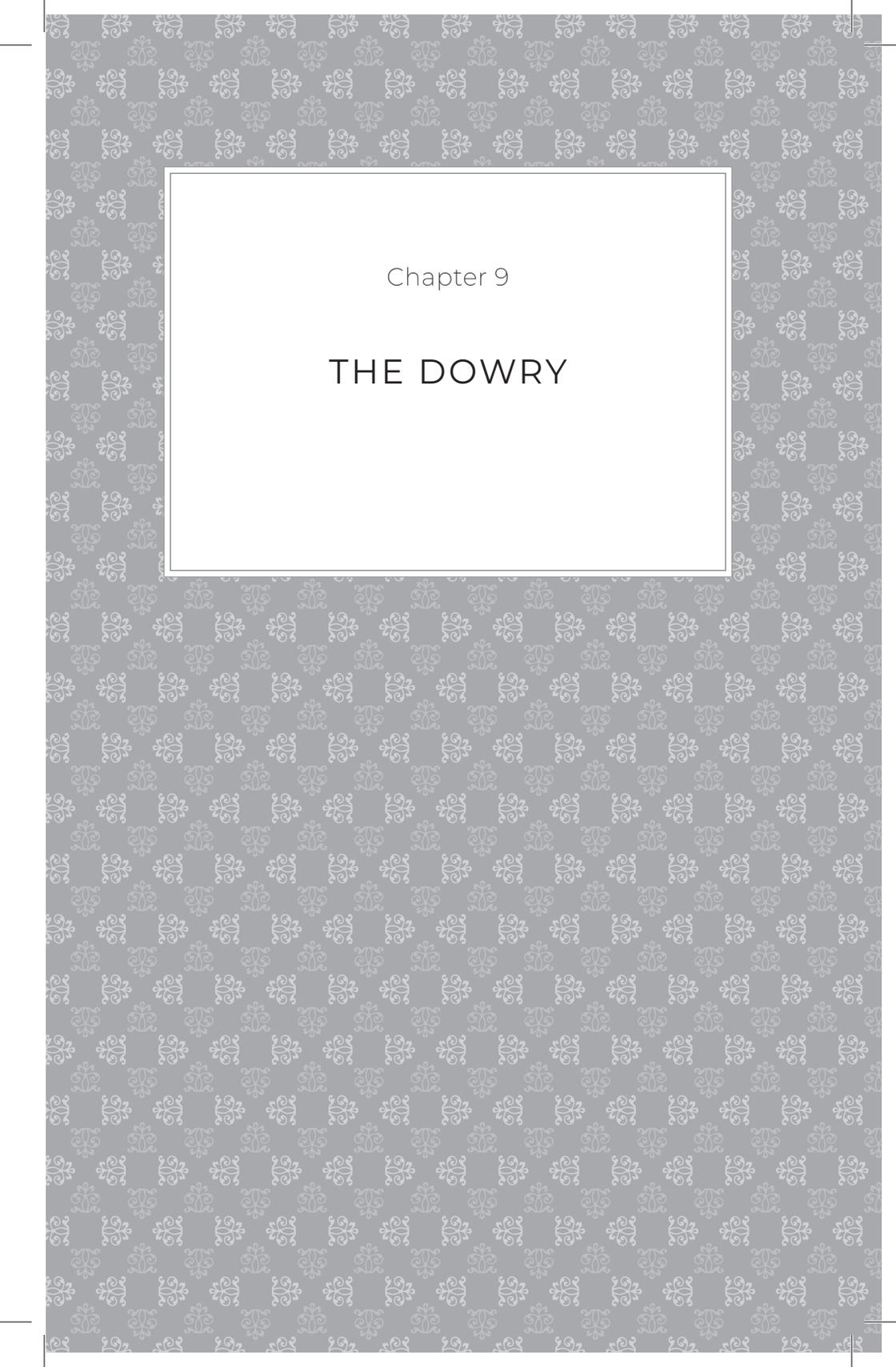
Providence was a kind of pantry for San Andres, because it provided beef and fruit, and many other things that the people on the larger island didn’t want to grow, or didn’t know how to.

Father Stefan returned to Providence just long enough to put his affairs in order, and in two days was back again on San Andres, waiting for a schooner to take him to Limon. He dispatched Timgen’s things with Socam and didn’t even say goodbye to the doctor.

Just before the departure of *The Bird*, the schooner Father Stefan was to sail on, Timgen heard someone running up the steps to his house. It was Mary Cristina. She rushed in and told him that her husband was coming back to San Andres and she had to leave that very same night. In a rage, Timgen grabbed a conch shell which was on the table he used as a desk and, without a word, hurled it at the wall. Unfortunately, it hit the window, breaking the glass, and rolled noisily down the steps. This frightened Mary Cristina and she thought to herself, “Now I know why people say he acts like a madman at times.” Without saying another word to him she ran out of the door and beat a hasty retreat to her house.

Timgen was furious and blamed Father Stefan for Mary Cristina's decision to leave Providence. When he learned that the father had also left in a hurry, he was even more enraged. He felt betrayed and was overcome with loneliness as well as anger—sentiments that he usually quelled with Port and drugs. He spent the following day sulkily going over his thwarted intentions towards Mary Cristina, and what he considered betrayal and desertion on the part of Father Stefan. He made up his mind that he wasn't going to leave the island, ever.

Father David shook his head, thinking, "He did stay too, and for twenty-nine years. He earned the respect and support of the men, and the admiration of the women, with no effort at all on his part, without even examining his patients, just reading their notes and prescribing according to their symptoms. No-one even dared doubt his medical skills, and much less inquire into his past. A man of the city, rich, educated, ambitious and noble, forced to live on an island where ninety-five percent of its inhabitants have never known *terra firme*, and much less, the life, customs and events of the city. I'm sure he must have suffered from Sinclair Lewis' 'village fever.' I wonder how these people's childish minds can stand the religious fanaticism inherited from the Puritans. Undoubtedly, he took advantage of the racial discrimination here to isolate himself from almost everyone. Of course, the need for a doctor was reason enough for those who thought that they were cultured because they knew by heart a few verses from The Bible, not to go asking questions. There's no doubt either that he followed the example of the powerful landowners and sea captains by living a wanton life. I shall pray for him."



Chapter 9

# THE DOWRY



Maria Fernanda Gomez Rodas opened the suitcase her mother had given to her and took out a brown overall trimmed with red on the collar, pocket and sleeves, and put it on. At last she could wear the chain with the cross and small diamond that Henley had given her for Christmas. She folded up the habit she'd just taken off, tied it up neatly with the cincture, and placed it at the end of the bunk. She was startled to hear orders to sail being called out on deck, and panicked. "What about Henley," she wondered anxiously. "Where is he? Isn't he coming? What's he going to think when he finds out I've gone?" She flung herself on the bunk in misery, tears streaming down her face, but then she remembered why she was making this trip, and that gave her strength. She would do it, and she would write to Henley explaining everything. She'd have more than enough time to do that on such a long voyage. Then, anguish overcame her again and, still lying on the bunk, she sobbed as if her heart would break.

The sails were hoisted and the schooner sailed out of the harbor. She looked at the watch her mother had left her. It seemed to her to signify the transition from life in the Convent to life in the real world. It was half-past two. Fortunately, she'd arrived on time. The sea was calm in spite of the breeze, and she began to relax. An hour and a half later, she was

surprised to hear orders to drop anchor. “Something odd is going on,” she thought. She was curious but didn’t want to go up on deck because her eyes were swollen from crying, and, also, she wasn’t quite sure how the crew would react to seeing her without her habit or her white shift. It was better to stay where she was until she reached San Andres or, perhaps, even Colon. She’d go up to the bathhouse at night with Mr. Tom. Where was he anyway? She hadn’t seen him either, or heard his voice. Something wasn’t right, and it began to worry her. She was the one who wanted to surprise Henley with her presence on board, and now she was the one who was surprised. She had never imagined she would be on the *Endurance* without him.

The schooner dropped anchor in Smoothwater Bay, where three boats with cattle tied to their sides had been waiting for some time. The boats rowed slowly out to the schooner, the cows swimming alongside. They were to be taken to San Andres. The owners of the animals were in the boats. Henley was in one of them too, and Black Tom was in another. When they reached the schooner, Henley boarded without a word. He seemed dejected, and a frown darkened his brow. He couldn’t understand Sister Maria Jose’s silence. He hadn’t heard a word from her, nor a sign of her decision, although she knew quite well he would make this trip. She knew also that he wouldn’t return.

The crew and Otto set about boarding the cattle, and Henley went down to his cabin to change his clothes. As usual, he grabbed the edge of the cabin roof and skipped the three steps, landing on the floor of the passenger cabin. He tossed his cowboy hat on one of the bunks and, noticing that his cabin door was closed, grumbled to himself, “Otto always has to lock up everything,” and searched his pockets for the keys as he turned

the door handle. It wasn't locked after all, and he went inside. He saw a woman lying on his bunk with her face to the wall. Taken aback, he apologized, "Oh, excuse me, I didn't know my bunk was taken." With a little laugh, he went on, "Actually, I didn't even know we had passengers."

At the sound of his voice Sister Maria Jose jumped off the bunk and they stared at each other in amazement. She, ecstatic that he'd appeared, and he struck dumb at the sight of her without her habit and dressed as he'd never seen her before. He let out a joyful yell, "Sister Maria Jose!," rushed over to her and hugged her, kissing her passionately. He'd waited months for this. All his suffering and the agonizing fear that he'd lose her was forgotten now that she was here in his cabin. Looking at her tear-stained face, he asked her why she'd been crying and she told him it was because she thought he wasn't going to come.

They would probably have stayed there for hours if it hadn't been for the sudden outcry on deck. The shouts of fear and the noise indicated a situation out of control, and Henley quickly kissed her on the lips and looked deep into her eyes. He hadn't even had time to ask her what she was doing on the schooner. He was so overjoyed he had lost his voice.

"I'll be right back," he whispered in her ear. "There's trouble on deck."

He went out reluctantly and turned to look at her once again. Their eyes met and their longing glance confirmed everything that had been left unsaid for so long.

Still wearing the same clothes, Henley went to see what the cause of all the fuss was. A cow had got loose and was on the prow, trying to jump overboard to get back to land. The poor animal, now absolutely terrified, skidded around the slippery deck, and Henley, shouting orders to the crew, finally

managed to coax it into one of the crates made specially for transporting cattle. Relieved, he concentrated on the preparations to sail.

The *Endurance* left Smoothwater Bay at six o'clock, with Henley at the helm. Shortly afterwards, Otto came up to him and said sternly, "I'd really appreciate it if you'd let me know beforehand that someone is going to occupy your bunk. I almost left Sister Maria Jose behind because you neglected to tell me she was coming aboard."

"I don't even want to think about what the consequences of that would have been Otto, but I swear to you, I had no idea she was coming. I thought you knew and weren't letting on."

"Where's she going?"

"No idea Otto, but I can assure you, she won't be leaving this schooner as a nun," replied Henley, thinking to himself, "Sister Maria Jose, you have no idea what your indecision will lead to."

The *Endurance* made her way steadily to San Andres. Black Tom was told that his favourite passenger was aboard, ensconced in the captain's cabin, and he promptly went down to see her. He was still there when Henley appeared. He grabbed a change of clothes, glanced at them inquiringly, and went back on deck.

"Girl, you've really changed," remarked Black Tom, scrutinizing her from top to bottom. "I don't know what you have in mind, but whatever it is, I wish you the best of luck. If Captain Henley is the reason for all this, then I'm very happy. He's like the son I never had, and I know him much better than his own father does. He's not a man who gives up easily. He fights for what he wants."

Sister Maria Jose smiled rather shyly, and sipped the lemonade Mr. Tom had brought her.

Although he was desperate to do so, Henley managed to restrain himself from going back down to her. Just knowing she was only a few feet away tormented him more than any other woman ever had. Moreover, he still wasn't sure that her presence on board was the result of the decision he so hoped for.

He took the watch from eight o'clock till midnight, and as he guided the schooner as gently as possible through the waves, his mood became more agreeable. Sister Maria Jose, on the other hand, was in a state of anxiety, and afraid of what Henley's reaction would be when she told him she was traveling to Europe, and that being with him was not going to happen for the moment.

They ran into a sheet of heavy rain at eleven-thirty. It was as if the new sail was being baptized. The wind was still in their favour but the rain fell in buckets. Henley didn't care. He was thrilled to be back at sea, and at having Sister Maria Jose on board, and he didn't even realize he was drenched to the bone. This voyage was unlike any other, it was special, but out of consideration to the rest of the crew, he strived to appear indifferent. He loved her, and now he had her to himself. He didn't have to share her with the church any more. Still, a most important question hung in the air. Did her presence on board mean she'd made the decision to be with him, or was she leaving him forever? No, no, their meeting down below couldn't have been more sincere. He went over it again and again in his mind, recalling the image of Maria Fernanda without her habit. He smiled to himself. "Full of surprises, this Maria Fernanda."

He turned the helm over to Otto at midnight, instructing him as to the course, and Otto repeated it to him. That watch, generally named the *Dogwatch* because of the hour, the loneliness, the fatigue and the dangers that always seemed to lurk at

night, was usually given to one of the sailors, but because cattle were on board much more vigilance was needed. Fifteen minutes hadn't gone by before he'd invented an excuse to go to his cabin to change out of his wet clothes. Normally, those coming off watch were so exhausted that they lay down to sleep anywhere at all, whether their clothes were wet or dry.

The cabin was in darkness, but as soon as Maria Fernanda heard the door opening, and was sure it was him, she got up and, not even bothering to try to find the emergency light, she fumbled around for him in the small space until she bumped into him. As they embraced, she felt his wet clothes against her.

"You're going to catch your death of cold. Take off those wet clothes," and in the darkness she began tugging off his t-shirt. He didn't try to stop her. All of a sudden everything began to spin around him. It was as if the *Endurance* were being battered by a hurricane and thrown off course, whirling crazily round in circles, and in the ensuing commotion, he heard a voice from afar calling his name... Lightning struck repeatedly, and he thought he could hear Otto shouting orders... The sail had ripped again; the boom was sweeping everyone and everything off the deck... Henley was caught up in a crashing spinning world, and Maria Fernanda wasn't helping matters at all. For the first time ever, he was unable to move a muscle, unable to find the will or the responsibility to confirm if the disaster was real, or if he'd imagined it...

Hours later, reluctant to fall asleep in case he missed a conscious moment of having her in his arms, he was thinking, "After all the plans I made for this moment, imagining the day, the place, and the perfect moment, I never thought that I would be disrespecting my uncle's cabin."

When Henley had begun working on the *Endurance*, Captain Timothy Ball had made it quite clear that there were to be

no encounters with women on his ship. Otto always disputed that saying, “He who loves doesn’t think,” and the captain always replied that not only did he think, he also calculated the consequences of any such action. Now, twelve hours after having seen Maria Fernanda again, she had driven him to shatter the self-control which in twelve years had never failed him. He smiled ironically to himself: “Making love in a bunk on a schooner is really crazy.”

Otto came off watch at four in the morning and went below hoping to rest a while on a bunk in the passenger cabin, and to inform Henley that they had sighted land. He was rather surprised to see all six bunks unoccupied, except for Henley’s cowboy hat, which had been resting on one of them since the afternoon.

“Good Lord!” he thought. “Now what?”

He was so taken aback that he went up on deck and lay down on the wet cabin roof.

Henley appeared on deck at five in the morning. He inquired how the cattle had fared and went to inspect them in their crates. He ordered the mainsail to be lowered slightly and the deck swabbed. They were approaching the Bolivar Cay reef now and it was prudent to reduce speed. At the galley he asked Black Tom for coffee, which surprised the cook because Henley never drank the stuff. Holding the white enamel mug in both hands, he stood, legs apart to brace himself, and watched the *Endurance* cleaving the waves, leaving a slash of frothy white behind her. He was bare-headed—something unusual for him, and the wind, as if celebrating this uncommon display of hair, danced gleefully in his curls. He went back to the stern and took over the helm from the sailor who had been on watch since four in the morning. Twelve hours had passed since he’d found Maria Fernanda on the

schooner and he still had no idea of her intentions, but he had a disturbing suspicion that something was about to happen in their lives that he wasn't going to like at all.

Otto was five years older than Henley and that, in his opinion, gave him the right to speak his mind.

"Give me the helm and go and finish that mess you've got yourself into."

Henley obeyed without a word, and went back below. Maria Fernanda was awake, covered only with a sheet. Her nightdress lay on the floor with Henley's wet clothes. Picking it up, he said, "We're almost at San Andres."

Wrapped in the sheet, she searched for her passport. "I'm going on to Colon, and on Saturday, I have a berth booked on the Cristobal Colon for Europe. If you don't mind, I'll stay on board. I don't have a place to stay anyway. As far as I know there are no hotels or motel on the island, and there's no way I'm going to the Convent."

Disappointment and anger swept over Henley. He looked at the passport she was holding out to him and then at her. Still holding her nightdress, he battled with his feelings. The tenderness and consideration he'd felt the night before was replaced with fury and dread, but he managed to dominate his feelings without her being aware of them. He sat down on the bunk, her passport in one hand and the nightdress in the other.

"Maria Fernanda, what does all this mean?"

"It means I love you; that I have left the Convent for you; but I have to go to Europe to attend to some matters," she explained, and hugged him.

"Tell me about this trip to Europe," he demanded.

When she'd finished, he asked hopefully, "Can't you leave it until later?"

“No Henley, I can’t,” she replied firmly but gently. “I must go, but I want you to come with me.”

“What did you say?” he stared at her open-eyed.

“I want you to travel with me,” she repeated.

”Look, Maria Fernanda, if you’ve left the Convent to marry me, then I’m the one who will decide where we live.”

“Henley, please understand, I *have* to go to Vienna. Then, when everything is settled, we’ll come back to Colon, to the Canal, to Providence, the United States, wherever, but there’s one thing I insist on. I’m not going to stay anywhere watching the horizon and waiting, like all the other wives on the island do. I’ll come with you.”

“Maria Fernanda, I can’t go with you. I have to be in Colon in five days to go back to the job I had before as harbour pilot. You’ll find me there waiting when you return. How long will you be gone?”

“A month at the most,” she promised.

Kissing her he said, “I’m going to take a dip in the sea. I’ll be right back.”

The schooner was already anchored in the harbor and Henley went up on deck, took off his shirt and pants, and jumped into the water. Then, back on board, he rinsed off the salt water with a bucket of rainwater, and hurried back below to dress, ready to receive the authorities. The cattle were put ashore, the crates dismantled, and breakfast was served. Maria Fernanda appeared clad in a black bathing suit, with a towel wrapped round her waist. She almost fled back to the cabin when she saw how everyone was staring at her. She’d gone aboard as a nun, and now here she was, wearing a bathing suit. She pretended she hadn’t noticed them though, and kept walking. Leaving her towel on the cabin roof, she went over to the ratline steps, climbed up the beam, then the steps, and made a

perfect dive into the sea. The whole crew stared in disbelief; their breakfast forgotten. Henley, who at that moment was fixing something at the prow some distance from her, was stupefied. The crew of course didn't miss the chance to rib him. "Hey Cap," they called out, "on the way to Colon we can stop at the cay for conch and lobster. We've got a good diver on board."

She swam around to the stern and Otto helped her up the ladder. Henley was at a loss, still dazed by the sight of Maria Fernanda on deck in a bathing suit. He wasn't too keen, either, that everyone was still staring at her. Mr. Tom kindly poured a bucket of rainwater over her and, wrapping the towel once more around her waist, she asked him if he had any coffee. Later she went back to the cabin, and when Henley entered to tell her he was going ashore, she was dressed again in the brown overall, face to the wall, sound asleep. Henley quietly closed the door and went back on deck to tell Otto that Maria Fernanda wouldn't be going ashore, and left.

He got through the paper-work for sailing the following day in record time. He refused all passengers, and searched in vain for a gift for Maria Fernanda in the Bogota, Stanco, and Lung stores. Nothing caught his eye, but he did buy two white towels, much larger than those on board. When he returned to the schooner, he found her sitting in the stern. She hadn't had lunch and she was waiting for him. He didn't go ashore again. Otto was asked to take charge of the things still left to do on land, and the two of them spent the rest of the day under a square of canvas erected above the cabin roof, stretching all the way back to the stern, which afforded them a good degree of shade. They watched the sun sink below the horizon, and the lights of the houses winking like fireflies in the dusk. It reminded her of the Nativity scene her aunt

and uncle always set up at Christmas. Turning to him, she asked, “Henley, why did you convert to the Catholic faith? All your family are Protestants, I’m told.”

Grinning, he replied, “Not only that. I was seriously thinking of becoming a priest.”

“So why didn’t you?”

“I don’t like the uniform, or the wine,” he said with a twinkle in his eyes.

“Come on, be serious. I think you did it so you wouldn’t have to marry Izabela. Right?”

“No,” he was more serious now. “If I hadn’t met you, I probably would have ended up marrying her, but I wasn’t planning to live with her. And, regarding the Catholic religion let me say this. For me there’s just one God, and different ways to communicate with Him. What I like about being Catholic is that you won’t be thrown out of church, or refused sacrament, because of how you live, or because you differ in aspects of doctrine. In other words, if you’re Catholic, you can live your life as you wish, and you’ll always be a Catholic. On the other hand, my parents’ religion is always interfering in your life, and if you’re not living up to its concept of good and bad, you’ll be thrown out of the church.”

The conversation turned to the islands—how one relied on the export of coconuts whilst the other, Providence, found good markets for their oranges, and how the inhabitants found work on the Canal more easily than those on San Andres. She asked the reason for this.

“You’ll understand that when you start living there.”

Black Tom excelled himself in the galley, and Maria Fernanda enjoyed the dessert made from sweet potato so much that she begged a second helping. Everyone, except the two of them, went ashore. Henley knew that some of the crew would sleep

on land that night, whilst others would return at a late hour. Even so, Maria Fernanda insisted on sleeping on the cabin roof, and no amount of cajoling on Henley's part could get her to change her mind and go back down to the cabin. They remained on deck singing "I Can't Begin to Tell You," and "I'm, Always Chasing Rainbows."

Finally, tired out by the trip and the events of the day, they both fell asleep, and that's how Otto and two other sailors found María Jose when they returned to the schooner. Henley, like the alert sailor he was, had woken up at the swishing of the oars of the approaching canoe, and in the end, all of them shared the cabin roof.

The next day she swam out to Cotton Cay with Henley, and they explored some abandoned buildings there. These once belonged to a Mr. Bradley, and consisted of his house and also a warehouse, the ground floor of which he had used to store coconuts. The first floor had once been his office. When they returned to the schooner, the port authorities arrived, and as soon as they left, the *Endurance* weighed anchor and set sail for Colon.

The trip was very pleasant indeed. Maria Fernanda described to Henley in detail all she planned to do in Europe. He, in turn, told her of all the preparations he was going to make in the Canal Zone in Panama for her return. When the schooner approached the cay, the crew begged for permission to dive for conch and lobster, and they lowered the sails so that the current wouldn't bear the schooner into the shallows. The anchor was dropped, the mainsail boom secured, and one of the three boats was lowered. Three of the sailors rowed off in it to the cay.

Maria Fernanda came up on deck in her bathing suit, ready to join them, but Henley, frowning, told her to swim around

close to the schooner. Looking at him, she smiled, dove into the sea, and swam out to the sailors. Otto was grinning widely. “Well Cap, you were able to tame that horse, but I don’t think you’ll have the same luck with this woman. As the old people say—she has a mind of her own.”

Henley gave him a sidelong glare, which clearly meant, “Mind your own business.” Meanwhile Maria Fernanda was mesmerizing the sailors with her skillful swimming and her resistance underwater, and before long, they were all heading back to the schooner weighed down with far more conch and lobster than they could eat. She was overjoyed, even though her hands were cut and scraped and stinging with the saltwater. Ignoring the harpoon, she had dragged a lobster out from under some coral by its antennae, and that had caused the lacerations. Henley helped her back on board and, noticing that his eyes had darkened, and the annoyed expression on his face, she kissed him, right there, in front of everyone. Islanders were not used to such demonstrations of affection in public, but nonetheless, Henley kissed her back, and the others applauded in delight. Black Tom called her over, and after pouring a bucket of rainwater over her, ordered her to go and change out of her wet suit and then come back so he could dress her wounds. Whilst he was doing this, she heard one of the sailors, obviously referring to her, saying in admiration, “*That panya can dive.*”

“Why do you call people who aren’t from the island and who speak Spanish *panyas*?” she wanted to know. “I know the word comes from *panyarring*. Have there been cases of *panyarring* on the island?”

“If you can tell me what you mean by *panyarring*, maybe I can tell you the reason.”

She told him, and he began to explain, “There were similar cases of persecution and rape by the first soldiers who arrived

on the island. I suppose that's where the idea came from, that all those who spoke differently from us were the same as those in Africa, who dedicated themselves to *panyarring*. In other words, capturing people to rape, or to sell." Black Tom continued with his medical attentions, rubbing ointment into the cuts and scratches. He warned her to keep her hands in the air. When she went back to Henley, she said, "I feel like Christ!"

"Don't fret," he relied with a wicked glint in his eye. "I'll be more than happy to take you down off the cross."

That night, Henley took his usual watch from eight until midnight. Maria Fernanda went up on deck at eleven o'clock with a tightly wrapped parcel. In it was everything she never wanted to lay eyes on again, and didn't want anyone else to either. She hurled it into the black sea. It symbolized her farewell to the life of a nun and a welcome to her new life as Henley Alva Brittany's wife. When Henley came off watch, he went below. Maria Fernanda was trying valiantly to hide the discomfort her wounded hands caused her. They talked for hours about many things, and at length she said unexpectedly, "You know Henley, I saw you four years ago. It was the summer of 1934, and I was sailing with my aunt and uncle on *La Roma*. We arrived at Panama from New York, and had to wait almost twenty hours before crossing the Canal. There were a lot of navy ships waiting and they, of course, had preference, according to our captain. When our ship was finally assigned a pilot, we were at the rail looking overboard. You boarded with your crew, and I remember there were some Italian girls in second class who made you glance up. I recall looking at those eyes of yours, thinking how grey they were. You looked at all the girls, and at me as well, then you went to the bridge. It was night when we reached Balboa, and I didn't know exactly when you

disembarked, but I had your eyes engraved in my memory. I asked one of the crew what the pilot's name was, and he promised to look through the records of the passage through the Canal and, at dinner, he brought me a sheet of our ship's stationery with a name written on it. That piece of paper is still in the library at my uncle's house. I never imagined for a moment that the captain of the *Endurance* would be the same man who piloted us through the Canal. It occurred to me not long ago, when I remembered the effect those eyes had on me. I fell in love with the eyes of that pilot. I'm going to look for that piece of paper Henley, and I swear, if it's your name written on it, I will be convinced that all these coincidences, as Father David would call them, have come together to change my life."

Henley looked at her openmouthed. "In 1934 the only pilot with grey eyes was me. The others had blue, brown, green, or dark brown eyes. You know, that really *would* be some coincidence."

He had a surprise for her as well, and he told her she should look through the drawers. She began opening them and in the second one she found the clothes; three skirts, jackets and blouses, underwear, a handbag, and shoes (which turned out to be too small); all well-chosen by Henley. She hugged him in gratitude, and he asked where on earth she'd found the clothes she'd been wearing on board. It was then he found out the reason for her mother's visit to Providence.

They were entering Breakwater at Cristobal Colon harbor and Henley was at the helm. Otto went over to enquire, "Is Maria Fernanda staying with you in the Canal Zone?"

"No, she's going to Europe for a month."

"Man, that's the best thing that could happen to you."

"Why?"

“You’re asking me why? Well, tell me what you’re going to do with a woman who, apart from beautiful, is educated, sings and plays the guitar wonderfully, swims like a fish, adapts to life on a schooner like none other I’ve seen, and on top of that, is in love with you. A perfect doll is what she is.”

“Then pray tell me, Otto, what is it you think is lacking in her?” asked Henley, wondering what Otto was getting at.

“Look Henley. Can you really picture her in your house on Providence, doing housework, raising children, and everything else our women do?”

“Well you look here,” retorted Henley, rather nettled. “No, I can’t imagine her washing, ironing, cooking, cleaning the house, and taking care of the animals, and even less giving birth to a child every year. Otto, I love this woman, and I don’t care if she can’t even boil water.”

“I don’t understand you Henley,” persisted Otto, shaking his head in bewilderment. “I’ve never seen you so affected by a woman before. And a *panya*, to boot. Since when have you ever liked a *panya*? And I do believe she even makes you jealous!”

“You’re wrong there, Otto. There’s no jealousy when love is corresponded. Mind you, if anyone ever disrespected her, I’d beat him to death.”

“But why? You mean to tell me that none of the others can compare with her?” Otto still couldn’t understand his friend.

Keeping one hand on the helm to steady the schooner, Henley grabbed Otto by the shirt collar with the other and, glowering, warned him in a dangerously calm voice, “If you don’t want to end up swimming in Cristobal Bay, then you’d better watch your mouth!”

At Colon Maria Fernanda disembarked elegantly attired in a cream coloured skirt and jacket and a blue blouse,

high-heeled shoes, carrying a brown hand-bag. For the first time the men saw her wearing make-up. Henley explained to Otto that they would take the train to Balboa where the ship to Europe was docked. In fact, embarking at Balboa had been Maria Fernanda's idea, hoping that the ten-hour train journey to the Pacific coast would be sufficient for her convince Henley to go with her. He, however, had a plan of his own.

"Maria Fernanda, let's get married before you leave."

Smiling up at him in delight, she asked, "Are you sure about this?"

"I've never been surer of anything in my whole life," and he kissed her passionately, right there on 10<sup>th</sup> Street, in Colon.

"Your answer?"

"If you come with me."

"I can't," he answered unhappily. "For both our sakes, I have to stay here. I swear I'd love to go, but I'll lose the job if I do, and it would be in our interest to live here for a few years."

"Alright, let's get married."

At once, Henley's mind went to work. "We'll go to the Canal. I'll look for my friend Tony, and somebody else."

"Henley, I'm planning on getting married only once in my lifetime, and I would like to do it with people who I know appreciate me, like Otto, and Mr. Tom."

"Maria Fernanda, I can't take Black Tom and Otto to the Canal," Henley told her.

"Then we'll get married in Colon, but the Americans aren't going to tell me what colour the witnesses to my wedding must be," retorted Maria Fernanda indignantly.

They spent the rest of the day running up and down getting the necessary documents and, of course, the wedding rings and, at four o'clock in Colon, accompanied by Otto and Black Tom, Maria Fernanda Gomez Rodas and Henley

Alva Brittany Hawkins were married. Immediately after, she boarded the *Cristobal Colon*, which had already crossed the Canal from Balboa to Cristobal, and was due to sail for New York at seven that same night. Henley went on board with her and introduced her to the captain, whom he knew quite well, and stayed with her until the last possible moment. He begged her to send him a telegram every day without fail, to an address in the Canal Zone.

When the time came for him to disembark, it was hard to say who was more upset at parting. When he arrived back to the dock where the *Endurance* was moored, Henley felt so desolate and forlorn that he was tempted to forget all about his plans and go to Europe with her. There were quite a few Islanders from San Andres and Providence in the square by the dock, who had come for news from the islands, and to send packages for their families back home. Among them were two girls who were friends of Henley's. Otto watched him with curiosity as he greeted first one, then other, by raising his hat slightly each time, but he didn't go up to them, neither did he speak a word to either of them, Black Tom was also observing Henley, and he murmured to himself: "Amen." Henley boarded the *Endurance*, went down below, and shut himself in his cabin.

Although Maria Fernanda was overcome with grief at having to leave Henley so soon, she couldn't resist the desire to fill the bathtub in her cabin with hot water, and soak herself deliciously in it. It was a luxury she hadn't been able to enjoy for two years, and she savoured every second. Later, she went to the ship's library for some books, and bought herself a diary in which she planned to write all about her voyage and the time she would spend in Europe. When she opened it to write however, she found herself beginning her

story in Cartagena where, for the first time in her life she had felt apprehension, and fear of being abandoned by man and God, when she was told that she would have to sail to the islands in that old tub. A fear which, within a few short hours, turned out to be the beginning of the happiest time of her whole life.

The following day was spent on the *Endurance* in unloading the rest of the oranges, and as soon as that task was completed, they began to take on assorted cargo: sacks of flour, rice and beans, boxes of five-pound cans of butter, lard, crackers, buckets of salted pig feet and pigtails, cans of soup, vegetables, and other food needed on the islands. Any space left over was filled up with packages, furniture, and assorted tools needed by the workers on the coconut plantations on San Andres and others who worked in the fields on Providence.

Henley spent a lot of time telling Otto of his plans for the future. He'd apparently forgiven his first mate for his offensive comments about Maria Fernanda, but Otto was still doubtful about the outcome of this peculiar relationship. Maria Fernanda's departure had left a much-changed Henley behind. One he didn't recognize. A Henley sunk in a melancholy that seemed to have no cure. Not even Otto's bantering and silly jokes could bring him out of it.

The *Endurance* sailed for the islands, and Henley stayed behind to receive the house and the furnishings which he would use during his stay in the Canal Zone. He signed contracts, noted the warnings, the restrictions, and pinned his work schedule on the wall. The house consisted of a living/dining room and kitchen all in one; a bathroom; and two bedrooms. There was a space for doing the laundry in the garage outside. A balcony graced the front of the house, and one side was completely fenced in with wire-netting. The interior was

painted in white and the outside walls were of a dark green. He began unpacking his suitcase and putting his clothes in one of the closets, leaving the other for Maria Fernanda. He'd already been given his uniform, and now he had to begin a fifteen-day period of training, eight hours a day.

He was surprised to hear a knock on the door and, grabbing a shirt, went to see who it was. Three ladies stood on his doorstep, young ones at that, all their ages together couldn't have added up to sixty. All had short blonde hair, one had very blue eyes, and those of the other two were light-colored. They smiled at him nervously.

"Welcome, I'm Valery, Tony Torino's wife."

"I'm Rebecca, Frank McNish's wife."

"And I'm Caroline, Mario Piovan's slave. They are your work-mates," said the third one. "We've brought this for you," and she indicated a dish covered by a plate.

"You probably haven't had time to go to the Commissary yet to buy food," added Valery.

Henley thanked them kindly, but didn't invite them in, and they left, with the same nervous smiles they wore when they arrived. He put the plates in the refrigerator, without even looking to see what was inside. During his last tour of duty, his fridge was always full with food prepared by his work mates' wives, to save him the bother of cooking for himself. They came to pick up the dishes later on and often sat down for a chat. Some of them found it odd that he didn't drink alcohol, or offer them any either.

It was usually at the officers' club where he had trouble with them. He didn't even want to think about that now, but even though his contract didn't say so in writing, it seemed to be understood that he would be available twenty-four hours a day to listen to his colleagues' wives complaining to him about

the lack of attention paid to them by their husbands. “Oh Maria Fernanda, please come back quickly,” he begged silently.

The telegrams she sent him were short, but even so, he could feel that she was longing to return. It was a month after her departure, time for her to come home, when he received two letters explaining the reason for her delay. He was in anguish, and dejected. He did his work every day responsibly and with care, as was expected of him, but when he arrived home at night, he roamed from room to room reading the telegrams and letters from his beloved wife repeatedly. He refused all the invitations made by his fellow-workers, and never said a word to any of them of the desperation and loneliness he felt. They knew only that he was married, that his wife was in Europe and was expected to return at any moment.

One day he saw the *Endurance* as he was boarding a ship to take it through the Canal, and that night he went into Colon to look for Otto. He found him in the square by the docks, in an animated conversation with one of his girlfriends. When he saw Henley, he got up at once and, taking leave of his friend, he walked with Henley to the schooner. They chatted together for a long time, and Otto found his friend worried and in quite bad humour. When he asked about Maria Fernanda all Henley said was that she hadn't arrived yet. As he was leaving the docks he saw Patty, the same girl he'd seen with Otto in the square. Apparently, she'd been waiting for him. She went up to him at once and said, “I want my key back.”

Without a word, Henley unclipped a key ring from his belt, took a key from it, and gave it to her, then he walked over to his Jeep, got in, and drove back to the Canal.

Patty was in tears when she reached the *Endurance*, and when she saw Otto on deck, she gave him the key and said, “Tell Henley I was just joking.”

Otto took the key, held it for a moment between his thumb and index finger, and then flicked it into the water.

“Patty, you’ve got as much chance of Henley using this key again as you have of finding it at the bottom of the sea.”

“Well, I’m not giving up hope,” said pouted tearfully.

Twenty-five more days passed. Henley was consumed with loneliness and distress. Maria Fernanda informed him that she was on her way to France, where she would try to find a passage on one of the ships.

Everything had gone just as she’d planned. She sought out her lawyers in Vienna, only to find that they refused to handle her affairs any longer. This surprised her, to say the least, but they explained that they were leaving Europe to go to the United States. This complicated matters somewhat. She discovered that they had decided to leave because they were Jews and the news coming from Germany wasn’t at all optimistic. They thought it prudent to get out of Austria as soon as they could. She was advised to take all her liquid assets out of the country, and leave the rest which, in fact, was only one house in Vienna and an apartment in Italy. They could be managed by people who were trustworthy.

She was taken aback to find her mother and stepfather in the hotel she was staying at in Rome. As usual they greeted each other as mere acquaintances. They weren’t at all surprised to see her without her habit, having already been informed of the reason for her visit, but they were absolutely mortified by the news of her recent marriage to Henley Alva Brittany Hawkins, Captain and owner of the boat which had taken her to San Andres and then to Providence.

“What! An Islander? Black and uncivilized?” cried her mother, trembling with indignation. “I can’t believe it!”

“That’s right,” answered Maria Fernanda serenely. “An Islander who’s charming, loving, educated, intelligent, responsible, kind, tender, good-looking and passionate. I absolutely adore him. And you know what Mother? He didn’t ask me about my lineage, unlike all your friends in Austria, and I don’t look down on his, like you did with my friends in Manizales. Let me tell you something, Mother. It’s love, not lineage, that triumphs in the end.”

With that she left them. They had breakfast together occasionally after that, but the subject of her marriage was never brought up again. On the day of her departure for France to take the ship to Panama, she said farewell to them, but left no address.

She gave a good portion of the furniture and other objects in the houses to an old folks’ home which her aunt had always visited, and the rest was packed in crates and sent to Panama. A month and a half had passed, and she was still awaiting confirmation and answers about her affairs. She wasn’t feeling well either, but she put it down to the climate and exhaustion. Telegrams faithfully came and went between her and Henley, and she wrote to him as well, explaining the reasons for her delay.

One morning she woke up feeling decidedly ill, and thought it better to see a doctor as soon as she reached Paris on her way home. She checked into a hotel for the few days she would have to wait before the ship sailed. The news of the situation in Germany was bad, and everyone was afraid that war would be declared at any moment. Although she was still on the waiting-list for a berth on the ship, she was convinced that she would be lucky to be able to sail. She still felt unwell and couldn’t understand the reason for it. Five days before sailing

she went to see a doctor, and when she returned two days later for the diagnosis, she was told she was pregnant.

She hadn't written to Henley in days, neither had she heard from him. Back in her hotel again, she cried tears of joy at the doctor's news, even though she hadn't planned on starting a family so soon. "The company I always wished for as a child was a little late in arriving," she thought, smiling to herself. She wondered how Henley would react to the news. He, too, was an only child, and had always yearned for brothers and sisters.

The day before the ship was due to sail, she received a telegram from the shipping line informing her that they weren't able to give her a berth, and that she would have to wait a week until the next ship sailed. At once she went to the office, where she complained, cajoled, begged, and even resorted to insults, but to no avail. Her connections in higher places were of no use either, and she realized then how many rich and influential people were trying to get out of Europe. She had no option but to inform Henley of yet another delay.

The day before the ship she would have sailed on arrived at Panama, she received a call from a Greek friend of her uncle, informing her that a cargo ship belonging to some friends of his would be sailing that night for Ecuador, and would pass through the Canal. He wanted to know if she had the courage to make the trip. Without a second thought, she jumped at the chance, and with all the information and papers she needed in hand, she presented herself to the captain, accompanied by her uncle's friend. She was immediately shown to a cabin reserved for the company's owners.

The voyage couldn't be compared at all with those she'd made on passenger ships, but, compared with the *Endurance*... She was well cared for, although she was seasick, but she

blamed that on her pregnancy. Even so, she had to stay in her cabin for the duration of the voyage.

When the *Tauro* arrived at the port of Cristobal, the captain, whilst waiting for the customary inspection prior to passing through the Canal, was answering questions in Morse Code regarding his ship. He took the opportunity to ask the captain of the pilots if Henley Alva Brittany was there, and was told he was off duty. He then asked if someone would go and fetch him, as his wife was on board his ship. He also begged for that piece of information not to be passed on, so that it would be a surprise.

Henley was at home, worrying about Maria Fernanda's silence, and wondering what he could or should do to get her to come back as soon as possible. With those thoughts gnawing at him, he was surprised to see one of the messengers from the pilots' office approaching the house. His heart leapt with joy. He was sure it was a telegram from Maria Fernanda, informing him of her arrival, but his heart sank again on hearing that his presence was required at the office at once, for some emergency or other. As he donned his uniform, he thought it strange that he should be summoned. When he arrived, his boss said, "I need you to go with Tony to the *Tauro*."

Henley didn't question the order, although he thought it very unusual. He found Tony organizing his crew and inquired, "Are you sick or something?"

"Something like that."

"Well, you stay here. I'll go alone."

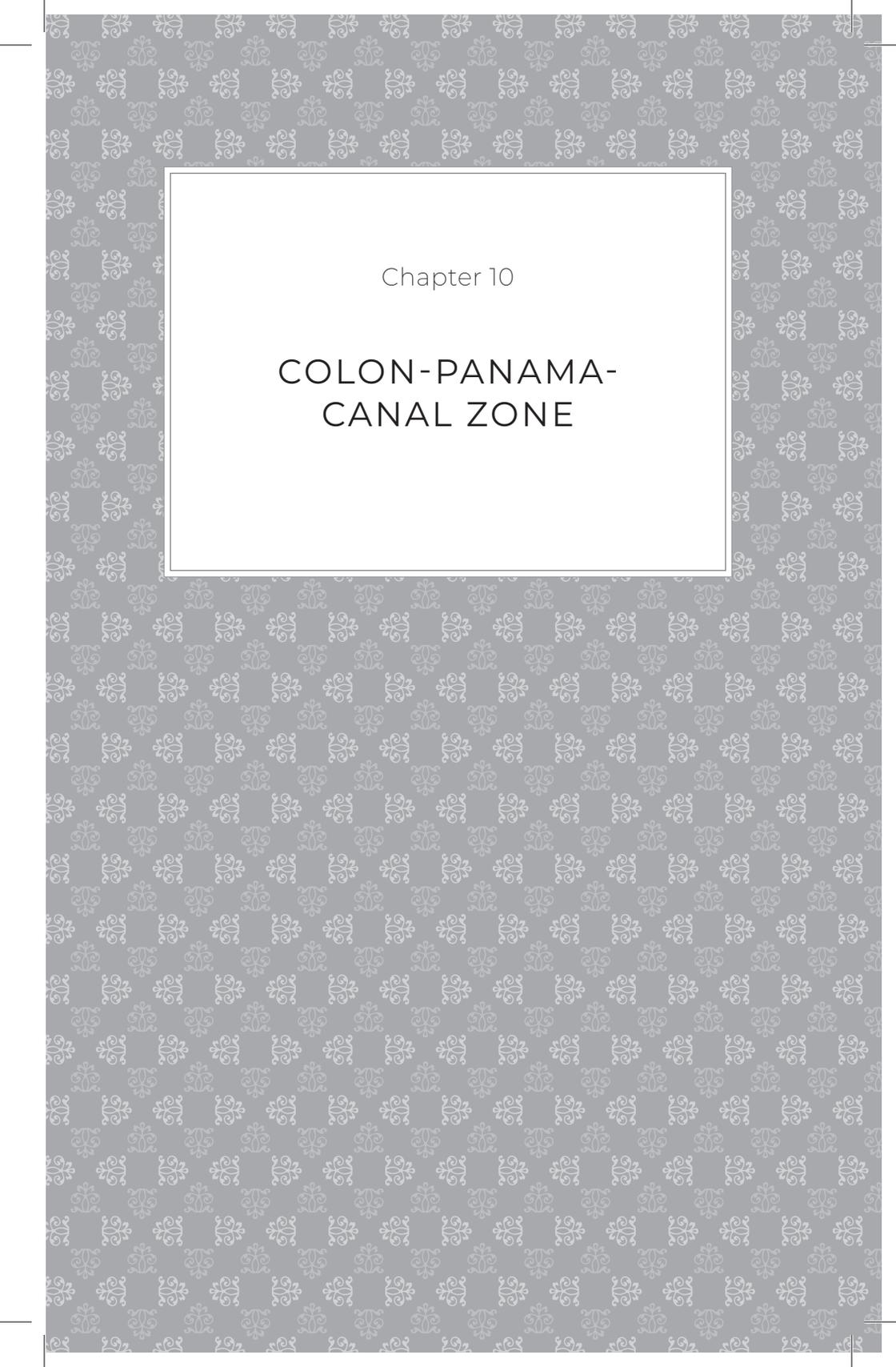
"No," insisted Tony, "I just want you there." He didn't say anything else, and Henley was sure now that something peculiar was going on. However, orders were orders...

When they reached the ship Tony and Henley boarded first, followed by the crew who operated the cables. Tony went straight to the bridge and Henley, still puzzled and somewhat uneasy, followed some yards behind. A door suddenly flew open right in front of him, and there she stood.

“Maria Fernanda!” he shrieked.

They fell into each other’s arms and were both so overcome with joy that neither could speak. Tony came down from the bridge and said, “Back on land, Captain Henley. I’m fine now. The one who needs taking care of now, is you.”

After the introductions had been made and everyone was duly thanked, Maria Fernanda and Henley went back to the dock in the launch, and from there, took the Jeep home.



Chapter 10

COLON-PANAMA-  
CANAL ZONE



The rest of the day was spent trying to catch up the separation of two months in just a few hours. She explained the reasons for her delay in Europe, and he told her about his new job as a pilot on the Canal, and the dreadful desolation and impatience he'd felt during her absence.

"How did you manage to be a pilot?" she wanted to know. "It seems to be a job exclusive to those born in the United States."

"My parents lived in Bluefields in Nicaragua, where my mother comes from. When Panama declared independence from Colombia, my father was first mate on a ship that ran the New York-Cuba route. He came back and applied for work on a ship belonging to the Panama Canal Company that sailed the New York Panama route, and was accepted. Like you, I was born on the 8<sup>th</sup> December, but in 1904, so I had six years to enjoy life before you arrived on the planet."

She looked at him and arched a brow. "That's the man's privilege. It's a good job you accept that the advantage has expired. But, it's really a coincidence, Henley, that's for sure."

"Anyway, as I was saying," continued Henley, "I was born one year before the independence and, as my mother's father was an American, and her mother was from Providence, they gave me American nationality. I was educated here; I did my

military service in an academy in Maryland; then I worked in the managerial department for the Company in the Zone. I applied to be an apprentice, and they accepted, so I began training. As simple as that, my dear. In 1935 though, I decided to go back to Providence. I really wanted to sail on the open sea. My father went to work with my uncle, and I went with them. When my father retired, I stayed on, and the rest you know.”

Maria Fernanda had another question, “How come your mother was the daughter of an American if she’d never been to the United States?”

“My great-grandfather was a deserter of the famous William Walker, the freebooter who tried to annex Nicaragua to the United States. He married my great-grandmother in 1858, and they had a son. That son married a cousin from Providence in 1884 and they had twin daughters. One of them died. The other is my mother. She married my father, also a cousin, in 1902.”

“There’s another coincidence, Henley!” exclaimed Maria Fernanda. “My mother and my aunt Nena are twins too.”

Looking him right in the eye, she went on, “Henley, tell me the truth, are you happy in your job? Don’t you feel strange? Wouldn’t you rather be sailing the *Endurance* with all the discomfort and risks? Of course, financially, there’s no comparison, and even though you’re handsome, I must admit that the uniform makes you completely irresistible!” she added archly.

Hearing this last comment from an ex-nun made Henley chuckle.

“You belong to an elite group on the Canal,” she remarked, “and you have all the privileges of the Americans, or should I say, the whites.”

Without waiting for any comment, she went on, “In Austria, I wasn’t accepted in certain circles because my lineage wasn’t

good enough. In Colombia there were too much history and class in my surnames, and in America my Indian genes would be frowned upon.”

When she finally paused for breath, Henley reassured her, “You won’t have any problems with the Americans here. I never have either.”

“You know something Henley? The only place where I’ve really felt accepted is Providence, and even their racism is still smoldering.”

“OK,” said Henley, raising a hand. “Let’s take this piece by piece. You want to know if I’m happy here. When you’re with me I’m happy; here, on the *Endurance*, in Providence or San Andres, wherever, but I had to think about where would be best for you, or where I could go if you didn’t leave the Convent. I decided that the best place was here. Don’t worry. As soon as you get used to the way of life, you’ll like it. Now, what I want to know is what happened to your family in Austria during the 1914-18 war?”

“We went to the United States, and lived for seven years in Roxbury, Vermont.”

“What made you think you had the vocation to be a nun?” he interrupted.

“Well, don’t you think it was a good choice, even if I didn’t have it? Otherwise how would we have met? I don’t regret that experience, nor the trip to the islands. How could I, although, I must confess, that at the first sight of the *Endurance* I almost turned round and fled. The time I spent on Providence was blissful, and I’ll never forget it. And I will always remember Tina, Gilma, and Ines on San Andres. I don’t remember the others much at all. But tell me Henley, where is the *Endurance* now?”

“In Colon. She arrived yesterday.”

“She’s here?” she cried in surprise.

“Yes, but I haven’t been down there yet. I was waiting for your telegram telling me where you were, or when you were arriving, and I didn’t want to go out in case I missed it.”

“Can you go tomorrow?” She asked eagerly.

The following day, they went to Colon, and there was the *Endurance* moored at the Cristobal docks. Maria Fernanda was the first up the gangplank, and happily greeted Otto, as he helped her up on deck. He was surprised to see her. She immediately went over to Mr. Tom, as she called him, who was watching her from the entrance to the galley. He took her hands in his and said, “Congratulations little mother. You’re even more beautiful pregnant.”

Gaping at him, she said in a low voice, “How did you know?”

“Oh, I knew as soon as you reached the docks. You’re two months along, and they’re twins.”

“Henley doesn’t know yet.”

“What? Why haven’t you told him?”

“I’m afraid to,” she confessed.

“Afraid of what, may I ask?”

“Mr. Tom, Henley never talks about children, and when they told him that Izabela lost her baby, he didn’t even seem to care,” she answered with a troubled expression on her face.

“Girl,” retorted Black Tom, “the situations are completely different. I know for a fact that Henley didn’t love Izabela, and he didn’t have any plans to be with her either. It was all a lie on her part. Henley has always been careful about having children scattered around. It was his mother who moved Heaven and Earth to try and get Henley to marry that girl. She wanted a grandchild, and thought that the best way to get one was by marrying Henley off to Izabela. Don’t you fret. Tell him.”

Maria Fernanda went back to Henley and Otto, hungrily devouring a green mango Black Tom had given her. Otto took one look at her and said, “You’re just like Sussy when she was pregnant, Maria Fernanda. When are you going to make me a godfather?”

Henley was resting against the boom and she went up to him and leaned against him. He put his arms around her waist and whispered in her ear, “I’m not blind you know.”

He’d noticed the change in her body as soon as she had arrived, but was loathe to say anything to her, not knowing how she would feel about being pregnant so soon in their relationship. She’d never mentioned children, and he didn’t know if she planned on having any. He didn’t even know how she really felt about children. Of course, she had taught them in school on Providence, but that was different. But, as he held her in his arms, he discovered that she was overcome with joy to be able to share her secret with him at last.

When she finally freed herself from his embrace, she went over to tell Mr. Tom and Otto the news. At that moment a sailor cried out, “Warship ahoy!”

Otto looked towards the dock and said to Henley, “Guess who’s come to visit.”

“Who?”

“Patty,” he answered.

“*Holy shit*,” exclaimed Henley.

Maria Fernanda turned too, and saw a woman approaching who looked suspiciously like one in the photos she’d torn up and thrown into the sea. Tall, and white, she wore her hair caught up at the back of her neck. Henley went on talking as if she didn’t exist, but Black Tom knew at once that Maria Fernanda realized what was happening, and said to her, “You’ve got nothing to worry about. You’re in his heart, she never was. Believe me.”

Patty realized immediately that she was not welcome and turned on her heel and walked away.

Maria Fernanda spent the afternoon with the Islanders who arrived to pick up their mail from the islands, inquiring about their families, and exchanging gossip with those who lived in Colon. It seemed to her that there were more Islanders in Colon than on Providence. It was late when they arrived back home, and during the ride Henley talked about Maria Fernanda's pregnancy and the anxiety he had felt when he suspected it, when she was still on the *Tauro*.

"As soon as I hugged you, I thought 'It feels like something has exploded inside her body', and I felt really guilty."

"And I thought that you didn't like children," she answered. "You never talked about having any."

"Neither did you," he replied, "I never said I wanted them, but then, I never said I didn't. Being a bachelor, it just wasn't in my plans."

Henley continued his routine as pilot on the Canal. At times he worked during the day and at others he worked the night shift. Maria Fernanda went over to the Commissary, and he introduced her to his workmates and their wives. Everyone thought her very beautiful, although somewhat distant, and not very inclined to be part of their group. Instead, she spent her days cooped up in the house, waiting for Henley to return from work, and even though she would have liked to have something to do, she never complained. On the few occasions she did get together with one or two of the other wives, the same subjects always came up: Is it true you were a nun? How did you meet Captain Henley? Where did you learn English? Where do you come from? What did you study? They say you're not from around here... Do you know the United States? Are you jealous? The captain is

very good-looking, aren't you afraid he'll leave you? Is this your first marriage? Aren't you afraid your pregnancy will ruin your figure?... The questions were always the same, and at times she felt like yelling at them to shut up and mind their own business.

One afternoon Henley came home and told her they were invited to the Club to celebrate his boss's fifteenth anniversary on the Canal. To refuse the invitation would have been rude. It was her first social event and, although she wasn't over-enthusiastic about going, she did feel a certain curiosity. So far, she had visited a relative, a priest, who lived in Panama City, she'd gone to the cinema and the beach, but she'd never been keen on social get-togethers, and since knowing Henley, she found them very boring.

She chose a blue dress which elegantly concealed her growing belly, although it seemed far bigger to her than it really was. She had found the dress in her aunt's wardrobe in Italy. She entered the Club on Henley's arm, and he led her to a table where one of the other pilots and his wife were. She didn't know the woman, but her face was familiar. The Master of Ceremonies, also a pilot, was congratulating their boss, and another presented him with a silver platter with the Canal engraved on it. An elegant buffet was served and there were a variety of punches, beer and alcohol, as well as soft drinks to choose from. Maria Fernanda drank lemonade, and Henley had a whiskey (which rather surprised her, as she'd never seen him touch a drop of liquor). When the music began, he asked her to dance, and she remembered how he'd danced at Rose's wedding on Providence, and how she'd wished then that she could have been his partner. Everyone's eyes were on them. She was a good dancer, and Henley led her around the floor with expert ease. He didn't know she

had so much rhythm in her, and she felt as light a feather in his arms. After a little while, he changed position, putting both arms around her waist, and she wrapped hers around his neck. How amazing this nun Maria Jose was, a perfect dance partner. The others were dancing rather clumsily, not sure who was leading who, whilst Henley and Maria Fernanda seemed to be as one in their fluid and perfectly attuned steps. They danced a whole set, and she would have happily continued, but Henley restrained her. "I don't think it's good for our child," he said.

"Our children, according to Mr. Tom," she corrected him.

"Doctor Tom?" replied Henley, quizzically.

At midnight a game began in which everyone took part. A ball was bounced on the floor in a manner that it would land on one of the tables. The occupants of that table had to sing, recite a poem, or play a musical instrument. Everyone took part with enthusiasm, some telling jokes, others singing, and then the ball landed on Henley's table. The four of them tossed a coin to see which couple would have to perform. It fell to Henley and Maria Fernanda, and Henley asked her to play something on the piano. Before leaving the table, she asked him where his boss was from.

"San Francisco."

As she walked over to the piano, she felt everyone's eyes on her. She sat down and began to play "I left my heart in San Francisco." The applause was deafening, and the boss got up from his table and, visibly moved, went over to thank her. Again, the ball fell on their table, and this time it was Henley who got up and asked one of the musicians from the Marine Band to lend him two guitars. She seated on one chair, and he, standing with one foot resting on another, played and sang their favourite song "When Irish Eyes Are

Smiling.” The applause was so enthusiastic this time that she began to sing “Let Me Call You Sweetheart,” and everyone joined in the chorus with gusto. They yelled for more, but Henley whispered to her, “The court jester is finished for tonight. Let’s go,” and they said goodnight, and left.

“We were the first to leave,” complained Maria Fernanda on the way home.

“I did it on purpose,” he explained. “Everyone’s drinking a lot and they start taking advantage. I can just see them asking you to dance, and me having to dance with their wives and, quite frankly I don’t want that.”

“Not even the one in the green dress who kept looking at you and raising her glass to you the whole time?”

“She’s a nice girl,” he said, “but a bit confused.”

In August, Henley informed her that they were expecting a visit from someone very important. Security and emergency measures were stepped up, and everything was cleaned and polished until it was spotless. The man expected was already in the Caribbean on board a warship, and would be arriving after the 6<sup>th</sup> August. The following day Maria Fernanda received a surprise visit from the Navy chaplain. He wanted her to help him prepare a Mass which was to be held for the important person who was about to arrive. Without mincing words, he said that he was aware that, before marrying Henley Brittany, she had been a nun, although he’d never seen her attending Mass. She told him she went to Mass at the Cathedral in Panama City because one of the priests there was a distant relative of the family. The chaplain went on to say the he’d heard her singing at the Club, and that her help would be of great value to him. Then he begged her to sing at Mass. He’d already been rehearsing Mozart’s “Laudate Dominium” with some of the Marines, and he needed a

soprano. She would be just right. Maria Fernanda accepted, and spent the following days rehearsing with the chaplain who, oddly enough, was of German blood.

The 6<sup>th</sup> August passed and a few days later the *S.S. Houston* arrived at the port of Colon with the much-awaited dignitary on board. It was none other than the President of the United States, Franklin D. Roosevelt. The welcome he received, by the military and civilians alike, surpassed any ever seen before, and that night the military personnel held a reception in his honour, accompanied by the music of the excellent Marine Band.

Henley and Maria Fernanda were among the special guests. Henley looked dashing in his uniform, and she was elegantly attired in a red dress with a two-piece skirt—another garment which had belonged to her aunt, who had always been admired for her good taste in clothes. The first piece of music was the Waltz, which brought back memories of days spent practicing the dance for her presentation at the Debutantes Ball in Vienna's Opera Building. That was ten years ago, and was the last time she'd ever danced the Waltz. When she lived in Vienna, she often heard it played in the city parks, especially on New Year's Eve.

The band finished playing the "Blue Danube," and no-one had danced. They continued with "Viennese Blood," and Henley asked her to dance. She almost refused. Would he know how to waltz? She was rather apprehensive that they would look foolish on the dance-floor, but she followed him anyway. If necessary, she could guide his steps. No-one else was on the floor, and her anxiety mounted. She could barely hide her amazement as Henley, in the same manner as any Austrian nobleman, bowed to her, took her hand, and began to waltz her around the floor. She was so stunned that she couldn't

utter a sound. They danced the whole piece alone, and when they left the floor, everyone present applauded them.

“Where did you learn to waltz?” she asked as they walked back to their table.

“Sometimes at Annapolis we had to attend Debutante Balls,” he replied casually. “I suppose you learned in Austria.”

Mass was the following day, but Henley was on duty. A large tent was set up for those who weren’t, and it was quickly packed by people who wanted to see the President. There were even personnel outside, looking on. The service began, and during the offertory Maria Fernanda sang Schubert’s “Ave Maria” in German, accompanied on the piano by one of the marines. A special podium had been set up for the organ and piano, and she stood there and sang, attired in a long black dress with a yellow rose adorning her left shoulder, her hands lightly resting on the back of a chair that had been thoughtfully placed there in case she tired. She began the “Laudate Dominium” during Communion, accompanied by the organ. The marines sang the second part and she the final piece. On two occasions the President, sitting in his wheelchair, turned to look at Maria Fernanda as she sang.

She felt a sadness come over her and couldn’t explain why. Her thoughts went back to the first time she sang on Providence, and she remembered how Aska, in his shabby clothes, had always given her flowers when she sang “Ave Maria.” Tears fell from her eyes, although her voice didn’t falter once. How she longed for the simple and peaceful life on that little island; where the sound of the waves had soothed her sleepless nights; where the people didn’t long for unnecessary luxuries. She wasn’t the only one overcome with emotion however. More than a few of those present confessed later that the sound of her voice had awakened a feeling of homesickness,

and brought tears to their eyes as well. She was enthusiastically congratulated, and everyone was struck by her lovely voice and the sincerity and emotion with which she sang.

It was late when Henley arrived home. He took her in his arms and said, "I heard you were great. No-one is talking about the President, only about you."

"I never dreamed that I would have the honour to sing to such a select and numerous audience," she said, still somewhat overwhelmed.

"I heard about your tears," he said. "What made you cry? I've never seen you cry in public."

"I was homesick for Providence, for the bare little wooden church, for Aska and his flowers, for the *Eero* that took me so faithfully to St. Catalina, for each stone I stepped on the path to school, for that mysteriousness which shrouds Providence and St. Catalina, which is only revealed to a privileged few."

"Didn't you feel anything for the Convent?" he wanted to know.

"Of course," she replied.

"What did you feel? That you wanted to go back?" he asked uneasily.

"Yes, but not as a nun," she assured him.

He told her that the warship the President was on had gone to Providence where she was received by the *Caldas*, but because of heavy rain, they couldn't see or do anything at all.

"Speaking of Providence, would you like me to send for someone from there to keep you company when I'm at work?"

She declined the offer at once and added somewhat acidly, "First of all, it would probably be one of your family, or even your ex-girlfriend Izabela and, secondly, I would feel awful to have to expose them to the blatant humiliations in this place."

"What on earth are you talking about?"

“Just what you heard. You accept it without blinking an eye, but I can’t stand it.”

“Don’t you like it here Maria Fernanda?”

“I put up with it. For now. But I’ll never get used to life on the Canal. I’ve never been able to stand people who have to boost their self-confidence by humiliating others. You’ve been used to it all your life, but I detest it.”

Henley had never seen Maria Fernanda so irritated, and he thought she looked lovelier than ever. That distracted him so much that he didn’t really pay attention to what she was saying. He hugged her and kissed her, and promised that they would talk about it another day.

One day Henley arrived home looking serious. “It seems that what your lawyers said is true. Trouble now is not only in Germany. I dread to think about another war in Europe.”

As the days passed, rumours of war and the number of Jews who were fleeing the Old World grew. Maria Fernanda was in her sixth month of pregnancy, and was beginning to feel rather uncomfortable. She never complained though. She graciously accepted an invitation to the Thanksgiving dinner organized by the harbor pilots, and agreed to a baby shower given for her by the other wives. Everyone agreed that she would have twins. Henley never captained the *Endurance* again, but the crew always asked about her, and said they missed her a lot. Otto did come back once with Henley to spend the night with them, and Henley took the opportunity to confess what had been troubling him for some time.

“It must be really hard on her, leaving the Convent to lead a married life, and becoming pregnant right away. On top of that, the almost military-style of life here on the Canal, which she doesn’t like, and now, the rumours of war.”

“Look Henley,” said Otto at length. “I think the trouble is that you don’t want to share Maria Fernanda with anyone at all.”

“Do you think so?”

“Of course, but you should have thought about all this long ago, not now. Tell me,” he went on, “what happened to that apartment you had in Colon?”

“I sold it.”

“You sold it!?” exclaimed Otto, aghast. “Did Maria Fernanda ever see it?”

“No, she didn’t Otto, and stop stirring the shit.”

The 8<sup>th</sup> December was their birthday, and Henley invited her to dinner at a restaurant in Panama City. During the meal she took a piece of paper from her purse and handed it to him. It was a page of stationery from *La Roma*, an Italian passenger ship, on which was typed “*The harbour pilot who took us through the Canal today is Henley Alva Brittany. Yours sincerely, Capt.* (The signature was undecipherable).”

Henley read it then, looking at her, he got up and kissed her.

“You see Henley, from the minute I saw you, you were caught in my net.”

“But you never tried to find me.”

“What! After all I’ve had to go through to finally get you!” she said, pretending to be indignant.

“And imagine, I was hoping to be able to replace Father David on Providence,” said Henley grinning cheekily.

When they arrived back home, Maria Fernanda received the surprise of her life—a piano Henley had bought for her birthday. She was overcome with joy and thanked him profusely.

Christmas in the Canal Zone was traditionally American, and she helped out with the preparations there, as well as in Panama City. Her mind kept wandering back to her first

Christmas on Providence, and she couldn't help comparing the Franciscan poverty there with the opulence of the Zone. How she missed the humbleness and the devotion of that Christmas on the island. The New Year too brought back memories of the year before, and even though she was surrounded by a crowd in the Club, her mind was on the island. Henley didn't seem bothered by any memories or homesickness. He was overjoyed to be with her, and only left her side if he was absolutely forced to.

One day he came home with the news that the *Endurance* was in port. It surprised him because she wasn't due for another fifteen days. He decided to go to Colon right away. She told him that she would go with him and nothing he said could persuade her to stay home. When they arrived at Cristobal docks, he adamantly forbid her to go aboard, and they both stood beside the gangplank as Otto came down to talk to them. He brought the news that Captain Carl was very sick, and they had come to take Henley back to the island but, taking one look at Maria Fernanda he said, "But you can't go, not with Maria Fernanda so advanced in her pregnancy."

"We'll go," she interrupted.

"No!" Exclaimed Henley, mortified. "You can't possibly travel in your condition!"

She argued stubbornly that she'd traveled in much worse conditions when she had appendicitis. Henley paced up and down the dock in exasperation. He couldn't leave his seven-month pregnant wife alone, but he dearly wanted to see his father if he was so ill.

"The ground isn't going to give you an answer," she said as he paced by once again. "You don't want to leave me alone, I don't want to be alone, and we both want to see your father so, we're going to Providence." She was adamant.

Permissions were granted for Henley's leave of absence and for the *Endurance* to sail, and the couple appeared the following day, ready for the trip. Maria Fernanda boarded the schooner without effort, and Henley helped her down to the cabin, telling her she wasn't to leave it, not even to go to the bathroom. He stayed by her side, and Black Tom, with his usual perspicacity, and without a word to anyone, went about preparing for a birth on the high seas.

The second day dawned, and other than a little wind at times, the voyage was unremarkable. Then, a sailor's voice rang out, "*Land aboy!*"

Maria Fernanda heard it and jumped out of the bunk like a scalded cat. It was one of the rare occasions that she was alone. At once she felt a sharp pain and supposed that it was from the excitement, and her haste in getting up. However, the pain came again, and this time she felt as if her stomach was uncontrollably discharging water, and she began to panic. Black Tom came in and she told him what was happening. He ordered her to lie down, and rushed up on deck to get Henley, who was gazing at the black cloud ahead that presumably was Providence. "I need you below—she's in labour."

"*What?*" yelled Henley, rushing down to find Maria Fernanda on her back writhing in pain, soaked in sweat. Black Tom was back in an instant with bags of hot water. He wrapped some sheets around them and said to Henley, who was sitting on the bunk, pale as death, holding Maria Fernanda's hand, "Get out of the way Captain. I'll tell you when."

He showed Maria Fernanda how to breathe when the pain came, and then he placed a tablecloth made out of a piece of oilcloth, wrapped in a sheet, beneath her. With all the seriousness of a doctor, he said, "Now Cap, you wipe the sweat, and let her grab onto you when the pain comes and she has to push."

He positioned her legs for the birth, and went out of the cabin to offer up a prayer. It wasn't long before he heard her scream, and he hurried back inside and ordered her to push. Hearing her, Henley swore to himself he'd never put her through this torture again. He already felt guilty about having made her start a family without even planning it, and now he didn't know what to say to her. He was tongue-tied. He just caressed her, and kept his eyes fixed on hers, as she clung on to his arm with both hands. She knew he was giving her strength, just as she had done with him when he had the accident. The only thing Henley was thinking was, "I'll never make you go through this again."

Black Tom was busily coming and going the whole time. Fortunately, the *Endurance* was on her best behavior. After an hour, Black Tom delivered the first baby boy, and fifteen minutes later, the second one. He didn't know who had suffered the most—the mother or the father. He placed hot towels on Maria Fernanda's stomach to help her expel the placenta, and began to clean the newborn babies. He took some of Henley's t-shirts from a drawer and wrapped the infants in them. Henley still had his arms around Maria Fernanda and hadn't seen anything, nor uttered a word.

"Cap, let me introduce you to your two sons," said Black Tom placing them in Maria Fernanda's arms.

"They're only seven months," were the only words Henley managed to get out.

"I was born at seven months too," Black Tom replied. "Just let's leave things as they are and when we let the boat down, I'll go for Miss Louise. I think Maria Fernanda would prefer to have her."

They looked lovingly at each other, and Henley got up, kissed her, and thanked Tom.

They gazed at their babies as if they weren't quite sure what to do with them, and Maria Fernanda said, "They have your hair," and they both opened their eyes at the same time. They were exactly the same shade of grey as Henley's, and for the first time he felt that these tiny babies were really a part of him. Up to now he'd done his best to avoid having children, and had never thought much about the subject, but, looking down at them now, a feeling crept over him that he never had before, and he vowed, "You three will be the reason for my living."

On deck everyone was anxious to know how things were going below. Finally, Black Tom appeared and reported, "We have two more sailors for the *Endurance!*"

A bottle of whiskey was furtively produced from somewhere—alcohol was strictly forbidden on the schooner—and a glass of it was sent down to Henley. He received it thinking, "If ever there was a time I needed a drink, this is it." He moved over to make room for Black Tom to give Maria Fernanda some tea, and watched the babies, lying on the other bunk, and marveled at the sudden urge he felt to be responsible for their care.

When the *Endurance* dropped anchor in the bay, Henley ordered both lifeboats to be lowered. He sent Black Tom off in one to look for Miss Louise, and the other he would later take to St. Catalina. Captain Carl already knew that the schooner had arrived and that she was flying the emergency flag.

As Black Tom rowed towards Town, his mind went back to his mother. How many years had he heard her talk about her work as midwife, but it never occurred to him that he himself would be in such a situation? He thanked God that everything had turned out well and that Maria Fernanda was a strong young woman. It was obvious too, that she had done her best to hide her discomfort from the captain, so as not

to upset him even more than he already was. Miss Louise listened intently as Black Tom explained the situation, and they set off at once for the *Endurance*. Once there she took charge and finished the excellent work done by Black Tom, giving orders and writing down others. She said that Maria Fernanda should stay on the schooner for nine days, in bed, and in complete darkness, to which the new mother replied obstinately, “The Colombian Indians give birth to their children at the side of the river, then they get up and climb up the bank. I am from that race.”

She had packed some feeding bottles and insisted on them being used, as she had no intention of breast-feeding the twins. Miss Louise was scandalized at this, but as both babies were screaming with hunger, she gave in and used the bottles.

Henley said goodbye to Maria Fernanda and took the boat to St. Catalina. He found a horde of relatives in the house, trying to help, but mostly getting in the way. His father was in bed propped up with numerous pillows, breathing with much difficulty. Henley embraced him. “I’ve got two grandsons for you,” and the captain’s face lit up with joy.

“I’m going to get them right now,” and he left the room. In the sitting room his mother sobbed as she clung to him, and he tried to calm her, telling her that he didn’t think it looked too serious.

Back on the *Endurance*, he said to Maria Fernanda, “He’s at the end. There’s no doubt. I want to take the twins to him.”

She hugged him and said, “Take them.”

At that moment Ethel and Sister Maria de Jesus entered the cabin. “Sister Maria Jose,” said the nun, “when are you going to learn to do things the right way?”

“Believe me Sister Maria de Jesus, it’s much more fun my way,” and they hugged each other.

“You got your own way, eh, Captain?”

“Did you think I wouldn’t?” he grinned.

“Well, at times I rather doubted it,” replied the sister.

She didn’t agree to Henley taking the babies, but nonetheless helped Black Tom to get them ready. They placed them in an aluminum tub and she and Henley set off to St. Catalina. Miss Rosalia was waiting for them, and took the twins straight in to her husband.

“They look exactly like Henley when he was born,” said the captain proudly. From his half-seated position, he could see them perfectly. After a moment to regain his breath he asked, “How is Sister Maria Jose?”

“Maria Fernanda is fine, and she sends greetings. She can’t leave the schooner yet.”

When the babies were taken away, the captain told Henley that he’d built a house for them. It was a surprise. “Take the mother off the schooner,” he said. “Nothing is going to happen to her. Bring her home.” Then he began to give Henley instructions on how to do this. Maria Fernanda and Henley remained on the *Endurance* that night however, and Sister Maria de Jesus took care of the twins during the day. One of Henley’s cousins offered to care for them at night. Henley spent his time coming and going from his father’s house, his own new house, and the schooner. Captain Carl began taking the medication brought by Henley, and on the second day his health had improved greatly, and he was able to breathe easily lying down on the pillows.

Mr. Tom went to fetch Miss Louise at eight o’clock in the morning and, much to the good lady’s horror, Maria Fernanda declared that she was getting up. She agreed to stay one more night on the *Endurance*, but on the third day she pleaded with Henley to take her ashore.

On deck, she looked towards the house where she had lived, and confirmed what she had been told. A hurricane earlier in the year had destroyed the whole neighbourhood, and now a new Convent stood in place of the old one, just like the buildings she'd seen on the Canal.

When she reached St. Catalina, she saw that the wharf and the path up to the house were covered with flowers. Aska had been at work again, and there he was, smiling happily.

“Mary Joseph, now you're one of us. You've given us not only one sailor, but two.”

“Thanks for accepting me Aska, and for the carpet of flowers,” she answered, giving him her hand and resting the other on his shoulder.

She loved the house and was overjoyed and surprised to find that it was the same size and design as the one they lived in on the Canal. It was completely furnished as well. Apparently, Miss Rosalia had asked Otto to buy everything in Colon. Henley insisted that Maria Fernanda lie down, but almost immediately, visitors began to arrive. Everyone came from the Convent, neighbours as well, and Father David too, anxious to baptize the twins at once, because of their premature birth. Maria Fernanda took advantage of Sylvia, Rose, her husband, and Mr. Tom being present, and asked them to be the Godparents, and the twins were baptized Carl Alva and Thomas Henley Brittany Gomez respectively. Their births were duly noted in the Registry of Births and Deaths, Providence, Colombia.

Captain Carl's health improved greatly in the next few days, and Maria Fernanda, Henley, and Johnny often surprised him with serenades. He was captivated by his grandchildren and frequently remarked on their resemblance to Henley when he was born. He was surprised, and proud, that their eyes were the same shade of grey as his and Henley's. Henley was

making plans to return to Panama so that his father could see a doctor, but the problem was Maria Fernanda and the twins. She was taking care of them herself now, under the careful guidance of Sister Maria de Jesus and Miss Rosalia, who had begun to treat her as her own daughter. It was unthinkable to submit these tiny creatures, hardly two weeks old, to a two-day voyage to Colon, but Maria Fernanda argued that they had showed no signs of seasickness in her seventh month of pregnancy, in spite of the discomforts and movement they had undergone on the *Endurance*. She was more than grateful for their new house, she said, but wouldn't let Henley leave Providence without them. He couldn't conceive of leaving them behind either.

In the end, Captain Carl was checked into hospital in Panama, and Maria Fernanda and Miss Rosalia took care of the children and the house. Her mother-in-law's attitude towards her had changed completely, and she treated her new daughter-in-law so lovingly that Maria Fernanda suspected it was because Henley had given them two grandsons who looked more like him than her. In any case, no love was spared when it came to the twins. She often insisted that she could bring them up on Providence, so that Henley and Maria Fernanda wouldn't be so affected by the war, and Henley always replied, "Ma, just pray that I don't have to spend even one day without Maria Fernanda and my children."

"It's unbelievable that these babies, without even being aware of it, have made Miss Rosalia accept an obscure Colombian woman—a Catholic, a nun, and a *panya* to boot—who stole the heart of their only son, and then stole theirs!" Maria Fernanda often reflected in wonder. Miss Rosalia, on the other hand, was highly amused that the can-opener was the only object Maria Fernanda knew how to use in the

kitchen. Lotti, their maid from San Andres, was in charge of that area of the house.

The topic of conversation in the Zone was always the war in Europe, but no-one ever thought that it would affect them in the slightest. Henley had rented an apartment near the docks in Colon so that his parents would be more comfortable, and it would be much easier for them to visit the *Endurance* on her frequent arrivals. Otto was in charge of the schooner now. Henley's parents were so smitten with the twins that their return to Providence was repeatedly postponed. Then Pearl Harbour was bombed by the Japanese. Henley's duties tripled, and Maria Fernanda was thankful for Carl and Rosalia's company, but then they decided they should go back to Providence.

Christmas of 1941 was a sad one. Uncertainty as to what would happen next reigned over all, and every word broadcast by radio and written in the press was avidly absorbed and discussed. Henley's parents stayed until the last moment, Miss Rosalia still insisting that the new parents allow them to take the twins with them to raise them on the island, as was the custom, so that Henley and Maria Fernanda would be less burdened. They thanked them kindly, but repeated that they wouldn't hear of being separated for a moment from their children.

Finally, aboard the *Endurance*, everyone sorrowfully embraced. Maria Fernanda went to the galley to give a final hug to Mr. Tom, and on her way, she stopped for a moment to give her customary salute, with her hands clasped together above her head. The sailors responded likewise.

Neither of them spoke during the ride back to the Canal. The only sounds which broke their dejected silence were the gurgles and murmurs of the twins who were settled on a seat behind them.

“We’ll spend the first Christmas after the war with them,” was all Henley said.

The *Endurance* made numerous trips during the troubled year of 1942 and, like the other schooners, kept everyone on the islands up to date with the news, and supplied most of the food consumed in the archipelago. On one such trip, Otto told Henley that submarines were being fueled on Providence. Henley didn’t believe him at first, thinking it just another rumour spread by people who had nothing better to do, but soon after, he discovered that one of the schooners was carrying a quantity of diesel oil that far exceeded the amount normally needed on the islands. He began putting two and two together—of course, he realized, the submarines needed diesel to charge their batteries. He was even more convinced on San Andres with a signboard which read *Commissary*, knowing full well that the Islanders in Colon and Panama were fascinated with the Commissaries on the Canal. They were discriminated in the vilest form, not only concerning work, but also in their most basic need—food. It was clearly specified that only white Americans had the privilege of purchasing provisions at the Commissary on the Golden List, because they were paid in dollars. The others had to go to the Commissary on the Silver List, because they were paid in Panamanian currency. The Commissary on San Andres was stocked with items far superior than those of any other store on the island. The owner had married an island woman and had converted to her religion. He’d also built a cabin on the highest mountain on Providence. It seemed so ridiculous that Henley was inclined not to believe it. If it was really true, how come the Colombian authorities hadn’t heard about it? He pressed Otto to find out more about this, and to report to him on the next trip. He also told him about a letter he’d received that same

day from the Navy, informing him that he was being transferred to the base in Pensacola, Florida. He was planning to tell Maria Fernanda that same night, but as the *Endurance* was about to sail, he asked Otto to break the news gently to his parents. He would probably have to leave for the United States with his family shortly after December.

As soon as Captain Carl and Rosalia heard the news, they began preparations to go to Colon, to spend the last few months with Maria Fernanda and Henley. The *Endurance* sailed once more from Providence on her now customary route to San Andres and from there to Colon.

There was much speculation when the schooner hadn't arrived at San Andres the next morning. The wind was favourable and, according to everyone's calculations, she would be able to make a safe crossing to Colon that same week. There was no other means of communication between the two islands, and another week went by before news came from some fishermen from San Andres who had met some others from Providence. According to them, the *Endurance* had left Providence for San Andres nine days before. A telegram was sent to Henley from San Andres, and he immediately sought help on the Canal. Everything possible was done, but after two weeks of fruitless searching, the *Endurance* was deemed lost. Each time a schooner from the islands docked in Colon, Henley went in search of news. The answer was always the same: no trace had been found of the *Endurance*.

Three months after her disappearance, on the 20<sup>th</sup> November, news arrived that six survivors of the *Resolute* had been rescued by another ship. According to them, their schooner had been sunk by submarines. It was concluded that the *Endurance* had met the same fate. Nothing further transpired until, on the 21<sup>st</sup> July, remains of another schooner, the

*Sail Aboy!!! (¡Vela a la vista!)*

*Riomar*, were sighted, but this time there were no survivors. Doubtless, she too had been sunk, like the others, regardless of the Colombian flag painted on their sides. The following year the schooner *Rubby* was also a victim of the submarines. This time, all but two of those on board survived.

Resigned now to the loss of his parents, relatives, and his friend Mr. Tom, Henley left for the United States with his family. And they, like many Islanders who lived in Colon, the Zone, and Panama and who, later, went to the United States after the second world war, whether by choice or out of contempt for a nation who had forsaken their islands in time of need, were never heard of again.







*Este libro de la escritora  
Hazel Robinson Abrahams  
se terminó de imprimir  
en noviembre de 2021.*

*Bogotá, Colombia*